



**DICTADURA
Y REVOLUCION**

LUIGI FABBRI

EF

El pasado puede ser imaginado de manera diferente porque el presente puede ser pensado de distintos modos. No se trata de una ilusión, sino de un tránsito hacia el futuro. La sociedad recibe herencias materiales inevitables, pero no pautas ideológicas e insuperables. El momento se capta como se perciben los pueblos de hoy. Por eso, cualquier hecho, por pequeño que parezca, es susceptible de incidir en el curso de los acontecimientos. La posibilidad de una acción humana adecuada es de un orden de probabilidad. Una vez que se comienza, las contingencias se multiplican y la realidad se transforma radicalmente.

Este libro ha sido escrito entre 1979 y 1980 en el marco de un curso y un seminario de China que había organizado la Universidad Nacional de Tucumán en 1978. El autor desea agradecer a los profesores de la Universidad y a los participantes por haber sido una ocasión para el intercambio de aquella revolución. Las opiniones expresadas en este libro son de exclusiva responsabilidad del autor. El libro comienza hablando de la revolución china, pero pronto abandona el tema para abordar el problema de la revolución en general. El autor intenta hacer un diagnóstico de la situación actual y proponer una serie de medidas que permitan superar la crisis actual. El libro trata de responder a las preguntas: ¿qué es la revolución? ¿por qué es necesaria? ¿cómo se realiza? El autor intenta responder a estas preguntas de una manera que sea comprensible y útil para los lectores.

En esta obra se trata, desde luego, lo meramente político, pero el autor quiere decir que este aspecto es el valor principal de esta obra. El autor quiere decir que la revolución es un proceso que se realiza en la práctica y que no se puede reducir a un simple concepto teórico. El autor quiere decir que la revolución es un proceso que se realiza en la práctica y que no se puede reducir a un simple concepto teórico. El autor quiere decir que la revolución es un proceso que se realiza en la práctica y que no se puede reducir a un simple concepto teórico.

DICTADURA Y REVOLUCIÓN

Para el autor, la revolución es un proceso que se realiza en la práctica y que no se puede reducir a un simple concepto teórico. El autor quiere decir que la revolución es un proceso que se realiza en la práctica y que no se puede reducir a un simple concepto teórico. El autor quiere decir que la revolución es un proceso que se realiza en la práctica y que no se puede reducir a un simple concepto teórico.

[Handwritten signature]
por el autor

Colección Signo Libertario

**LUIGI
FABRI**

LECTADURA Y REVOLUCIÓN



**Editorial Proyección
Buenos Aires**

Titulo de la obra en el original italiano
DITTATURA E RIVOLUZIONE

Editada en Ancona, en 1921, por
Libreria Editrice Internazionale

Traducción directa de
D. A. DE SANTILLAN

1ra. edición en castellano: Buenos Aires, 1923
2da. edición en castellano: Barcelona, 1938

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
© Editorial PROYECCIÓN
Avenida de Mayo 1370
Buenos Aires



NOTA DE LA EDITORIAL

En el 50º aniversario de la Revolución Rusa, Editorial Proyección se complace en reeditar una obra casi desconocida por las nuevas generaciones. Escrita entre 1919 y 1920, es decir al calor de aquel enorme acontecimiento histórico, fue publicada en italiano en 1921. Cuando la Editorial Argonauta, de Buenos Aires, preparaba su traducción, el autor se limitó a agregar unas pocas páginas y unas cuantas notas. El texto que ofrecemos es completo y sigue fielmente al de la edición italiana.

Teniendo en cuenta el momento en que fue pensado y elaborado, el país desde donde el autor observaba y estudiaba, la masa contradictoria de informaciones tendenciosas y parciales, este libro tiene un valor definitivo, indiscutible e insoslayable: su valor profético. Quizá ningún militante de aquel tiempo haya percibido con mayor profundidad que Fabbri las derivaciones probables de la Revolución Rusa, y quizá muy pocos lo hayan igualado en haber sentido al mismo tiempo tanta inquietud, preocupación y angustia por su destino definitivo.

Con mucha ligereza e insuficiente conocimiento suele decirse que los revolucionarios de antaño tenían una fe ingenua en el hecho catastrófico, que soñaban con el cambio mágico, que creían en la inevitabilidad cercana del alzamiento universal. Se trata de una verdad a medias. Hace más de un siglo, un obrero francés pleno de fantasía creadora previó con apabullante realismo el desarrollo difícil, penoso y de ningún modo lineal de la idea de revolución y del fenómeno revolucionario mismo. Luigi Fabbri también era un realista así. Y sin embargo, como Dejacques — a quien cita —, entusiasta, apasionado, realizador. Puede que tuviera una especie de fe. En todo caso, era una fe esperanzada en el sentido finalmente positivo de la marcha, apoyada en una suerte de pa-

ciencia histórica. El camino se hará y se reiniciará muchas veces y el revolucionario debe estar armado de esa conciencia trascendente para levantarse y renovarse siempre, después de cada fracaso, o de cada derrota, o de cada traición. Desde esta actitud ni lírica ni ingenua, Fabbri consideró los grandes riesgos de cualquier revolución. Por eso esta obra, no obstante haber sido vertebrada en el clima de ardiente polémica de aquellos años, es de una estoica y casi inconcebible serenidad.

Luigi Fabbri entró a la polémica de ese tiempo con una preocupación fundamental: había que salvar a la Revolución, había que profundizar y extender la Revolución. No le interesaban las discusiones bizantinas o fanáticas, ni el cruce de floretes para un ínfimo sector. Abordó de lleno los problemas hondos con lenguaje claro y hasta reiterativo para que lo comprendieran todos: el intelectual, el obrero, el campesino. En varios países de Europa había condiciones para la Revolución. En Italia y en España había movimientos anarquistas importantes. Era necesario llevar el debate ideológico al último rincón. Cálidamente, Fabbri tendía su mano. Para sepultar al régimen capitalista se hacía imprescindible la coincidencia de las distintas fuerzas revolucionarias. En la presente obra, tal colaboración parecería estar guiada por este pensamiento: *golpear juntos, marchar separados*. Es decir, cada corriente debe recorrer su propio camino, no diluir su ideología ni perder su autonomía siguiendo los pasos de las demás, pero haciendo converger las marchas en determinados momentos y sobre determinados objetivos. Los adversarios de Fabbri podrán imaginar cualquier crítica, pero lo que no podrán negar nunca es su conmovedora sinceridad.

En medio de esta larga discusión que quiere ser un franco diálogo, Luigi Fabbri es sacudido por las noticias alarmantes de la prensa grande sobre la Revolución Rusa. Las consigna, pero con infinitas reservas. Más aún: las discute y si es necesario se remonta hasta la Gran Revolución Francesa. En parte era comprensible: las peores noticias las difundía la prensa capitalista. Además, sus camaradas de ideas, los anarquistas rusos, se hacían matar en las calles de Moscú o de Petrogrado para defender a los bolcheviques (los *hermanos-enemigos*, al decir de Sadoul), y las guerrillas anarquistas de Mackno, para salvar a la Revolución, se batían victoriosamente en toda Ucrania contra el ejército inva-

sor. Más tarde le llegarán noticias insospechables y directas: las de sus propios compañeros. Los informes revelaban que los temores estaban bien fundados. El movimiento anarquista ruso era perseguido, su prensa prohibida, sus locales clausurados, sus militantes presos o directamente liquidados. Desaparecido el peligro exterior, el peso del ejército rojo se volcó contra las guerrillas de Mackno. Triunfaba la dictadura. Retrocedía la Revolución.

El lector advertirá rápidamente en qué sentido fue profética esta obra. Hagamos notar, sin embargo, que tal condición no proviene de afirmaciones más o menos literarias e intuitivas sino de un estudio razonado y metódico de la realidad y de la historia. En las notas fechadas en 1922 se leerán las amargas quejas de Fabbri por no haberse equivocado. Las moderadas críticas de Malenkov a la burocracia partidaria cuando todavía vivía Stalin, o la posterior y brutal condenación del régimen stalinista por parte de Kruschev en el XX Congreso, no hicieron más que admitir una ínfima parte de lo que el autor de este libro había anticipado hacía un largo tiempo.

Es conveniente señalar, además, que ateniéndonos a la concepción del autor y al método seguido en este libro, la sucesión de Lenin por parte de Trotski no hubiera variado el desarrollo interno del régimen ni la evolución del estado bolchevique. Las previsiones de Fabbri no se fundan en el análisis del carácter y demás condiciones de los principales protagonistas sino en el análisis de los hechos, ideologías, partidos, movimientos y tendencias que luchan en el seno de la Revolución. Por otra parte, en este mismo libro el lector encontrará elementos teóricos de Lenin a partir de los cuales no importa quién debía llegar a los mismos resultados. Stalin no es un invento del bolcheviquismo, sino su consecuencia. Trotski, además, descubrió su mano férrea y su espíritu implacable en la represión de Cronstadt y en la destrucción de las guerrillas macknovistas.

Para alertar a los militantes europeos sobre los peligros del desviacionismo, del centralismo, del verticalismo, Fabbri apela con gran rigor y clara inteligencia a las enseñanzas de las insurrecciones y revoluciones anteriores a la Revolución Rusa de 1917. En la incursión descubre hechos, experiencias, autores y textos sumamente interesantes que serán de gran utilidad en estos momentos.

Este análisis histórico puede ser incorporado íntegro a la crítica revolucionaria de las últimas décadas.

Todos estos aspectos de la obra, no obstante su indudable importancia aun en una consideración aislada, son en verdad las derivaciones de un tema fundamental: la irreductible oposición entre dictadura y revolución.

Justamente la discusión de este problema capital de todas las revoluciones es lo que confiere a este ensayo su mayor valor y su mayor vigencia. No es por azar que se reeditó en Barcelona en 1938, es decir en plena Revolución. En España se reprodujeron los dilemas de la Revolución Rusa. Ambos acontecimientos tienen muchas similitudes. Y es precisamente en España donde la tesis de Fabbri se reactualiza y recibe nueva confirmación. Mientras predomina la corriente federalista y libertaria de la plena participación popular la Revolución se profundiza y se extiende; cuando comienza a ser decisiva la tendencia centralista, estatal y dictatorial, la Revolución se estanca y retrocede.

Los años, sin embargo, no habían pasado en vano, por lo menos para muchos. Cuando el minúsculo Partido Comunista español quiere arrebatar al anarquismo ibérico, en medio de la revolución y de la guerra, el poderoso bastión de Cataluña, los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) levantarán sus barricadas en las calles de Barcelona. Curiosamente, un encuentro semejante también había sido previsto por Fabbri para una región como España sobre la base de la importancia creciente del movimiento anarquista en los países latinos. No obstante, es una fecha funesta: mayo de 1937. A partir de entonces el stalinismo español modificará la táctica e irá logrando sus principales objetivos con el enorme respaldo de la URSS: institucionalización, control y fiscalización de todas las creaciones espontáneas de la Revolución; destrucción progresiva y a veces fulminante de las socializaciones industriales y de las colectividades campesinas; campaña de desprestigio y calumnia contra el Movimiento Libertario Español; militarización de las milicias revolucionarias de obreros y campesinos.

De todos, este último objetivo era el más importante, pero al mismo tiempo el más difícil. Ahora que algunos de los teóricos del marxismo hablan de la exitosa combinación de fuerzas irregulares y ejército de línea probada en Vietnam, ahora que pare-

cen redescubrir el valor y las posibilidades de la guerrilla, es de gran utilidad recordar su política anterior. En Rusia, las guerrillas de Mackno actuaron autónomamente, y también por encargo del titulado poder revolucionario bolchevique, y lo hicieron con éxito contra un ejército de línea, contra un ejército regular. Pero esta era una experiencia que a los comunistas españoles les interesaba ocultar. Por algo el estado ruso liquidó aquellas guerrillas legendarias y victoriosas. Por lo mismo, en España se hará la gran campaña del mando único, del ejército único, del plan único. Las columnas anarquistas y todas las fuerzas irregulares habían demostrado su eficacia, no obstante sus escasos medios y el enfrentamiento con un enemigo en realidad universal. Los campesinos y los obreros guerrilleros finalmente fueron militarizados. La Revolución perdió su poder de defensa. Quien controla el poder controla las armas. El Estado cumplió su lógica interna, obedeció su ineludible ley.

El Estado no fue, ni es, ni será jamás la Revolución. La Revolución es algo mucho más complejo, más profundo y más definitivo que la simple toma del poder. Puede destruirse el colonialismo y el capitalismo. Si el Estado subsiste, los reemplazará a la perfección.

Si nos ha interesado destacar el valor profético de este libro no es ciertamente para señalar los méritos de nuestro autor. Lo hicimos porque puede ser una advertencia para las generaciones nuevas. El mundo se encuentra en situación más difícil que la de 1920. Se han producido fabulosos avances técnicos, pero también gravísimos retrocesos. La ciencia y la técnica están dominadas y controladas por los grandes centros de poder, y estos centros de poder pretenden mantener al mundo en una condición de feudalidad. Las simples necesidades materiales para la subsistencia crecen a una velocidad impresionante, y estas necesidades no podrán ser contenidas ni amenguadas con píldoras anticonceptivas. La humanidad de nuestros días vive un tiempo ruptural y enfrentará a breve plazo dificultades y problemas de magnitud desconocida.

El capitalismo y el Estado han demostrado su incapacidad y su inutilidad para atender las necesidades más urgentes. No sirven ni siquiera para controlarlas, para marchar a la par. Se explica: ni el capitalismo ni el estatismo están sobre esta tierra

para solucionar realmente las necesidades de todos. Ambos siguen apelando al viejo recurso de la mano fuerte, del militarismo dictatorial. Pero ya es un anacronismo estéril. Ni siquiera puede ocultar las tensiones populares. Los problemas le revientan en la cara.

Tampoco valen las minorías lúcidas, por revolucionarias y bienintencionadas que se digan o se consideren. Lo primero que debe saber y que honestamente debe admitir cualquier minoría lúcida es que la complejidad y magnitud de los problemas de nuestra época requieren la participación universal y colectiva.

A pesar de los retrocesos, desvirtuaciones y traiciones, la idea de la Revolución se ha abierto camino de nuevo. Pero su centro de gravedad no está ya en Europa, sino en el vasto y subdesarrollado Tercer Mundo. Este hecho es promisorio, pero está erizado de peligros.

La humanidad no puede continuar equivocando su camino, no puede pasar de un error a otro error. Esto conduciría al desastre.

No basta querer la Revolución, ni sacrificarse por su causa.

Hace falta saber encauzar la Revolución hacia sus máximas consecuencias para que la dictadura no se le sobreponga ni la domine, para que aflore de una vez el mundo nuevo que necesitamos y que pugna en sus entrañas.

Hay que internacionalizar el debate ideológico en torno de este problema central del contenido y de la orientación de la Revolución. La ideología no puede ser reemplazada con simples consignas partidarias ni compensada con imágenes propagandísticas de países-centro.

Este libro penetrante y sencillo del gran revolucionario italiano puede ayudar a despejar el camino.

PRÓLOGO *

A dos años de distancia de cuando fue escrito, el libro de Luigi Fabbri acerca de la Revolución Rusa conserva todo su vigor y sigue siendo el trabajo más completo y orgánico que conozco sobre el tema. Antes bien, los acontecimientos posteriores ocurridos en Rusia han venido a confirmar el valor del libro, dando una ulterior y más evidente confirmación experimental a las deducciones que Fabbri desentrañaba de los hechos conocidos hasta entonces y de los principios generales sostenidos por los anarquistas.

En este libro se pone de relieve la vieja, eterna oposición entre libertad y autoridad, que ha llenado toda la historia pasada y trabaja como nunca al mundo contemporáneo, decidiendo la suerte de las revoluciones en acción y de aquellas que aún están por venir.

La Revolución rusa se ha desarrollado con el mismo ritmo de todas las revoluciones pasadas. Después de un período ascendente hacia una mayor justicia y una mayor libertad, que duró en tanto la acción popular atacaba y destruía los poderes constituidos, ha sobrevenido el período de la reacción desde el momento en que un nuevo gobierno logró consolidarse; la obra, a veces lenta y gradual, a veces rápida y violenta, del nuevo poder, encaminada a destruir en todo lo posible las conquistas de la revolución y a restablecer un orden que asegure la permanencia en el poder a la nueva clase gobernante y defienda

* Este prólogo fue escrito para la primera edición en castellano publicada por la Editorial Argonauta, de Buenos Aires, en 1923. (Edit.)

los intereses de los nuevos privilegiados y de aquellos entre los viejos que consiguieron sobrevivir a la tormenta.

En Rusia, gracias a circunstancias excepcionales, el pueblo destruyó el régimen zarista, constituyó por libre y espontánea iniciativa sus *soviets* (que fueron comités locales de obreros y campesinos, representantes directos de los trabajadores y sometidos al control inmediato de los interesados), expropió a los industriales y a los grandes terratenientes y comenzó a organizar, sobre bases de igualdad y de libertad y con criterios de justicia, aunque fuera relativa, la nueva vida social.

Así la Revolución se iba desarrollando y efectuando el más grandioso experimento que la historia recuerde, se aprestaba a dar al mundo el ejemplo de un gran pueblo que pone en actividad, por su propio esfuerzo, todas sus facultades y alcanza su emancipación y organiza su vida de acuerdo con sus necesidades, con sus instintos, con su voluntad, sin la presión de una fuerza exterior que lo trabe y le obligue a servir los intereses de una casta privilegiada.

Desgraciadamente, sin embargo, entre los hombres que más contribuyeron a dar el golpe decisivo al viejo régimen hubo fanáticos doctrinarios, ferozmente autoritarios, porque tenían una convicción cerrada de poseer "la verdad" y de tener la misión de *salvar al pueblo*, el cual no lograría liberarse, según ellos, si no seguía estrictamente el camino que le indicaban. Aprovechando hábilmente el prestigio adquirido por la participación que habían tomado en la revolución, y sobre todo la fuerza que les daba la propia organización, consiguieron apoderarse del poder, reduciendo a la impotencia a todos aquellos —y en especial manera a los anarquistas— que habían contribuido a la revolución tanto o más que ellos mismos, pero que no pudieron oponerse eficazmente a esa usurpación porque se encontraban disgregados, sin previos acuerdos, casi sin organización alguna.

Desde entonces la revolución estaba condenada.

El nuevo poder, como está en la naturaleza de todos los gobiernos, quiso absorber en sus manos toda la vida del país y suprimir cualquier iniciativa, cualquier movimiento que surgiera de las entrañas populares. Creó primero en su defensa un cuerpo de pretorianos y luego un ejército regular y una poderosa policía que igualó o superó en ferocidad y manía liberticida aun a la

misma del régimen zarista. Constituyó una innumerable burocracia; redujo los *soviets* a simples instrumentos del poder central o los disolvió con la fuerza de las bayonetas; suprimió con la violencia, a menudo sanguinaria, toda oposición; quiso imponer su programa social a los obreros y campesinos reacios, y así desanimó y paralizó la producción. Defendió sin embargo con éxito el territorio ruso de los ataques de la reacción europea, pero no logró con ello salvar la revolución, pues ya la había despedazado por sí mismo, aunque buscara defender las apariencias formales. Y ahora se esfuerza en hacerse reconocer por los gobiernos burgueses, en entrar con ellos en relaciones cordiales, en restablecer el sistema capitalista... En suma; en sepultar definitivamente la revolución.

Así, todas las esperanzas que la revolución rusa había suscitado en el proletariado mundial habrán sido traicionadas. Ciertamente Rusia no volverá a su estado anterior, pues una gran revolución no pasa sin dejar huellas profundas, sin sacudir y exaltar el alma popular y sin crear nuevas posibilidades para el porvenir. Pero los resultados obtenidos serán muy inferiores a los que hubieran podido lograrse y cuya realización en verdad se esperaba, y enormemente desproporcionados a los sufrimientos padecidos y a la sangre derramada.

No queremos profundizar demasiado la investigación de las responsabilidades. Desde luego, una gran culpa del desastre cae sobre la dirección autoritaria dada a la revolución; buena parte de la culpa cae también sobre la particular psicología de los gobernantes bolcheviques que, aun equivocándose y reconociendo y confesando sus errores, están siempre igualmente convencidos de ser infalibles y quieren siempre imponer por la fuerza su mutable y contradictoria voluntad. Pero es tanto o más cierto aun que esos hombres han debido afrontar dificultades inauditas, y que quizá mucho de lo que nos parece erróneo y malvado ha sido el efecto ineluctable de la necesidad.

Y por eso nosotros nos abstendremos de dar un juicio, dejando para la posteridad el fallo de la historia serena e imparcial, si es verdad, después de todo, que sea posible una historia serena e imparcial. Pero existe en Europa todo un partido que está fascinado por el mito ruso y quisiera imponer a la próxima revolución los mismos métodos bolcheviques que han matado a la

revolución rusa; y es urgente por lo tanto poner en guardia a las masas en general, y a los revolucionarios en especial, contra el peligro de las tentativas dictatoriales de los partidos bolcheviquizantes. Y Fabbri precisamente ha prestado un notable servicio a la causa, mostrando hasta la evidencia la contradicción que existe entre dictadura y revolución.

El argumento principal que utilizan los defensores de la dictadura, que continúa llamándose *dictadura del proletariado* pero que es más, en realidad —ahora ya todos lo admiten—, la dictadura de los jefes de un partido sobre toda la población, el argumento principal, decía, es el de la necesidad de defender la revolución contra las tentativas internas de restauración burguesa y contra los ataques que vinieran de los gobiernos exteriores si el proletariado de esos países no supiera tenerlos a raya haciendo, o amenazando al menos con hacer él mismo la revolución tan pronto como el ejército se viera empeñado en una guerra.

No hay duda de que es menester defenderse, pero del sistema que se adopte dependerá en gran parte la suerte de la revolución. Que si para vivir se debiera renunciar a la razón y a los fines de la vida, si para defender la revolución se debiera renunciar a las conquistas que constituyen el fin primordial de la revolución misma, sería preferible entonces ser vencidos honorablemente y salvar las razones del porvenir que vencer traicionando la propia causa.

Es menester asegurar la defensa interna destruyendo radicalmente todas las instituciones burguesas y haciendo imposible cualquier retorno al pasado.

Es vano querer defender al proletariado contra los burgueses poniendo a éstos en condiciones de inferioridad política. En tanto haya hombres que poseen y hombres que no poseen, los que poseen terminarán siempre burlándose de las leyes; aun más, apenas desvanecidas las primeras agitaciones populares, serán ellos quienes irán al poder y harán las leyes.

Vanas son también las medidas de policía, que pueden servir bien para oprimir pero que no servirán jamás para libertar.

Vano, y peor que vano homicida, es el llamado terror revolucionario. Verdad es que es tan grande el odio, el justiciero odio, que los oprimidos encierran en su alma, son tantas las infamias cometidas por los gobiernos y por los señores, son tantos los

ejemplos de ferocidad que vienen desde lo alto, tanto el desprecio de la vida y de los sufrimientos humanos que ostentan las clases dominantes, que no hay que maravillarse si la venganza popular, en un día revolucionario, se desata terrible e inexorable. Nosotros no nos escandalizaremos y no trataremos de refrenarla sino por la propaganda, pues el querer frenarla por cualquier otro procedimiento nos llevaría a la reacción. Pero es verdad, según nosotros, que el terror es un peligro y no ya una garantía de éxito para la revolución. El terror en general cae sobre los menos responsables; otorga valor a los peores elementos, a aquellos mismos que hubieran sido esbirros y verdugos bajo el viejo régimen y se sienten felices de poder desahogar, en nombre de la revolución, sus perversos instintos y de poder satisfacer sus sórdidos intereses.

Y esto si se trata del terror popular ejercido directamente por las masas contra sus opresores directos. Que si luego el terror ha de ser organizado por un centro, hecho por orden del gobierno y por medio de la policía y de los llamados tribunales revolucionarios, entonces sería el medio más seguro para matar la revolución y sería ejercido, más que para daño de los reaccionarios, contra los amantes de la libertad que resistieran las órdenes del nuevo gobierno y ofendieran los intereses de los nuevos privilegiados.

A la defensa, al triunfo de la revolución se provee interesando a todos en su éxito, respetando la libertad de todos y quitando a todos no sólo el derecho sino también la posibilidad de explotar el trabajo de los demás.

No es necesario someter los burgueses a los proletarios, sino abolir la burguesía y el proletariado asegurando a cada uno la posibilidad de trabajar como mejor quiera y colocando a todos, a todos los hombres aptos, en la imposibilidad de vivir sin trabajar.

Una revolución social que después de haber vencido está aún en peligro de ser sobrepujada por la clase desposeída es una revolución que se ha detenido en la mitad del camino, y para asegurarse la victoria no tiene más que seguir siempre adelante, siempre más hondo.

Queda aún el problema de la defensa contra el enemigo de afuera.

Una revolución que no quiera terminar bajo el talón de un soldado afortunado no puede defenderse más que por medio de milicias voluntarias, haciendo en modo tal que cada paso dado por los extranjeros sobre el territorio insurrecto los haga caer en una trampa, procurando ofrecer todas las ventajas posibles a los soldados mandados por la fuerza y tratando sin piedad a los oficiales enemigos que vengan voluntariamente. Hay que organizar lo mejor posible la acción militar; pero es esencial evitar que aquellos que se especializan en la lucha militar ejerzan, en cuanto militares, una influencia cualquiera sobre la vida civil de la población.

Nosotros no negamos que desde el punto de vista técnico cuanto más autoritariamente sea dirigido un ejército tanta mayor probabilidad tendrá de victoria y que la concentración de todos los poderes en las manos de uno solo —se comprende que este uno debe ser un genio militar— constituiría un gran elemento de éxito.

Pero la cuestión técnica sólo tiene una importancia secundaria; y si por no arriesgar una derrota de parte del extranjero debiéramos arriesgarnos a matar nosotros mismos la revolución, serviríamos muy mal a la causa.

Que el ejemplo de Rusia sea útil a todos.

Dejarse colocar un freno en la esperanza de ser mejor guiados no puede conducir más que a la esclavitud.

Que todos los revolucionarios estudien el libro de Fabbri. Es necesario para estar bien preparados y evitar los errores en que han caído los rusos.

ERRICO MALATESTA

Roma, julio de 1922.

CARTA-PRÓLOGO DE LA EDICIÓN ITALIANA *

Mi muy querido Fabbri:

Sobre la cuestión que tanto te preocupa, la de *la dictadura del proletariado*, me parece que estamos fundamentalmente de acuerdo.

Se me ocurre pensar que sobre este asunto la opinión de los anarquistas no podría ser dudosa, y en verdad, antes de la revolución bolchevique no había dudas para nadie. Anarquía significa *no gobierno* y por lo tanto, con mayor razón, *no dictadura*, que es el gobierno absoluto, sin control y sin límites constitucionales.

Pero cuando estalló la revolución bolchevique algunos amigos nuestros confundieron lo que era revolución contra el gobierno precedente y lo que era un nuevo gobierno que venía a sobreponerse a la revolución para frenarla y dirigirla a los fines particulares de un partido, y casi casi se declararon ellos mismos bolcheviques.

Ahora bien, los bolcheviques son simplemente marxistas que han permanecido honesta y consecuentemente marxistas, a diferencia de sus maestros y modelos, los Guesde, los Plejanov, los Hyndmann, los Scheidemann, los Noske, etc., que han tenido el fin que tú bien sabes. Nosotros respetamos su sinceridad,

* Errico Malatesta —el hombre a quien más debo de mi formación moral e intelectual desde cuando, siendo yo todavía estudiante, fue maestro y casi padre— me había prometido un prólogo para este libro. Antes de que pudiera cumplir su promesa, las puertas de la cárcel se cerraron sobre él. Por ello publico aquí, en lugar del prólogo, el fragmento de una carta auya que en cierto modo me sugirió el tema que procuro desarrollar en el presente volumen. — L. F.

admiramos su energía, pero como no hemos estado nunca de acuerdo con ellos en el terreno teórico tampoco sabríamos solidarizarnos con ellos cuando de la teoría se pasa a la práctica.

Quizá la verdad sea simplemente esta: que nuestros amigos bolcheviquizantes entienden, con la expresión "dictadura del proletariado", solamente el hecho revolucionario de los trabajadores que toman posesión de la tierra y de los instrumentos de trabajo y tratan de constituir una sociedad, organizar un género de vida en el que no haya lugar para una clase que explote y oprima a los productores.

Entendida así, la "dictadura del proletariado" sería el poder efectivo de todos los trabajadores dirigido a la destrucción de la sociedad capitalista, y se convertiría en la *anarquía* apenas cesara la resistencia reaccionaria y nadie más pretendiera obligar a las masas a obedecer y trabajar para otros. Y entonces nuestro disentimiento no sería más que una cuestión de palabras. *Dictadura del proletariado* significaría dictadura de todos, es decir, no sería ya dictadura, como gobierno de todos no es ya gobierno, en el sentido autoritario, histórico y práctico de la palabra.

Pero los partidarios verdaderos de la "dictadura del proletariado" no lo entienden así y esto lo hacen ver perfectamente en Rusia. El *proletariado*, naturalmente, entra en ella como entra el *pueblo* en los regímenes democráticos, esto es, simplemente para esconder la esencia real de las cosas. En realidad se trata de la dictadura de un partido, o más bien de los jefes de un partido; y es una verdadera dictadura, con sus decretos, con sus sanciones penales, con sus agentes ejecutivos y sobre todo con su fuerza armada, que hoy sirve *también* para defender la revolución de sus enemigos externos pero que servirá mañana para imponer a los trabajadores la voluntad de los dictadores, detener la revolución, consolidar los nuevos intereses que se han ido constituyendo y defender contra las masas una nueva clase privilegiada.

También el general Bonaparte sirvió para defender la revolución francesa contra la reacción europea, pero al defenderla la ahogó. Lenin, Trotski y sus compañeros son, seguramente, revolucionarios sinceros dentro de la forma en que ellos entienden la revolución, y no traicionarán; pero preparan los cuadros gubernamentales que servirán a los que vengan después para apro-

vechase de la revolución y matarla. Ellos serán las primeras víctimas de su método y con ellos, me temo, caerá la revolución. Es la historia que se repite: *mutatis mutandis*; es la dictadura de Robespierre que lleva a Robespierre a la guillotina y prepara el camino a Napoleón.

Estas son mis ideas generales sobre los asuntos de Rusia. En cuanto a los detalles, las noticias que tenemos son todavía demasiado variables y contradictorias para poder arriesgar un juicio.

Puede suceder también que muchas cosas que nos parecen malas sean el fruto de la situación y que en las circunstancias especiales de Rusia no hubiera sido posible obrar diversamente de como se hizo. Es mejor esperar, tanto más cuanto que lo que nosotros digamos no puede tener influencia alguna sobre el desarrollo de los sucesos en Rusia, y en Italia podría ser mal interpretado y dar a entender que nos hacemos eco de las calumnias interesadas de la reacción.

Lo importante es lo que nosotros debemos hacer; pero, lo de siempre: yo estoy lejos y en la imposibilidad de cumplir mi tarea...

ENRICO MALATESTA

Londres, julio 30 de 1919.

INTRODUCCIÓN

Recordamos aún la embriagadora impresión que nos produjeron las primeras noticias de la Revolución Rusa. Estábamos en plena guerra, bajo un régimen de censura, entre la hostilidad general contra toda idea de libertad, en tanto que cualquier oposición era sofocada sin piedad, en el interior con la prisión y el domicilio forzoso, en el frente con el fusilamiento. Europa estaba envuelta en una densa tiniebla de muerte y de mentira.

Nosotros acechábamos cada débil signo de despertar de la humanidad atormentada. Era un gran consuelo para nosotros toda voz libre, toda palabra de verdad, de cualquier parte que vinieran, aun del campo políticamente más adverso. Cada expresión de un sentimiento sincero de humanidad y de piedad era un alivio para nuestro espíritu, despedazado y envilecido por el espectáculo de tanto dolor y por la constatación de una enorme impotencia. Un remordimiento agudo nos laceraba pensando haber hecho demasiado poco contra el mal triunfante, no haber sabido encontrar en nosotros mismos ni siquiera la fuerza de la desesperación para un acto cualquiera de suprema y fulgurante justicia.

La primera voz de fraternidad internacional salida de Zimmerwald —que hoy aparece ya tan débil y superada por los hechos—, voz que sin embargo no era nuestra en la fría letra del programa, nos había dado un primer consuelo, había despertado en nosotros las primeras esperanzas, había reafirmado nuestra fe en una moral superior y en un mejor destino para el género humano. Pero a comienzos de 1917 su eco se había atenuado y la esperanza se extinguía en los corazones.

Y he aquí que el sol del 16 de marzo de aquel año memorable irradió de improviso en nuestra mente y en nuestro espíritu. ¡Por fin había llegado la Revolución! Apenas abierto el periódico y leído las primeras noticias, comprendimos la importancia —que entonces se llamaba “derrotista”, pero que nosotros llamábamos social y humana— de los nuevos acontecimientos. El zar abdicaba, las tropas adherían al movimiento, las casas de los ministros habían sido invadidas, los prisioneros políticos libertados por el pueblo, la insurrección se propagaba de Petrogrado a Moscú y a otras ciudades. No podía haber duda. ¡Era la Revolución, por fin!

Un grito de alegría surgió de nuestro pecho. ¡Por fin! El recuerdo de aquellos primeros días quedará grabado en nosotros hasta el último suspiro como uno de los momentos más felices de nuestra vida.

Seguimos con ansia ardiente los acontecimientos. Seguimos el curso fatal de aquella “nueva historia” que comenzaba, con tranquila fe y seguridad en su lógico desenvolvimiento. En efecto, todas nuestras ideas sobre el desarrollo de la revolución, que nos ayudaban a discernir la verdad entre el cúmulo de mentiras con que la prensa de las clases dirigentes intentaba ahogarla, eran sucesivamente confirmadas por la experiencia de los hechos.

En tanto, después de la tentativa fracasada de julio, la revolución en octubre daba el paso decisivo; y de política que era hasta aquel momento, al menos en sus formas exteriores, se convirtió en social. ¡En la Revolución Social que el proletariado de todos los países esperaba desde hacía sesenta años! El espíritu de la guerra entre los pueblos fue herido de muerte; comenzaba la guerra social, la guerra civil, civil en el sentido más alto y noble de la palabra.

* * *

Fue entonces que se oyó hablar por primera vez de los bolcheviques y de la dictadura revolucionaria, que antes eran conocidos, como hecho y como teoría, sólo por los cultores de las cuestiones sociales y por los inscriptos en uno solo de los partidos. Y ya que eran los bolcheviques quienes aparecían como los conductores más audaces y más afortunados de la revolución, y la revolución misma se efectuaba bajo la forma dictatorial y con el nombre de “dictadura del proletariado” —y porque todas las

iras, las calumnias, las insidias y las violencias de la burguesía y de los Estados occidentales se lanzaron contra todo lo que operaba con tales nombres dentro y fuera de Rusia—, la clase obrera de todos los países simpatizó con los bolcheviques y con la fórmula dictatorial de la revolución.

Nosotros los anarquistas no somos bolcheviques, es decir, no somos marxistas y autoritarios como lo son los bolcheviques rusos, y nuestra concepción libertaria de la revolución está en abierta pugna con la concepción dictatorial. Pero al principio, bien que reclamando la atención del público extraño y poco informado sobre estas diferencias de programa, no insistimos demasiado porque era mucho más urgente la propaganda de oposición a la guerra y la defensa de la revolución rusa tomadas conjuntamente.

Acabada la guerra, obtenida nuevamente aquella relativa libertad de prensa posible en un régimen estatal y capitalista, nos dimos cuenta de que con los nombres de bolcheviquismo y de dictadura proletaria se iban creando tales equívocos que, con el tiempo, podían llegar a ser peligrosos. No pocos confundían a los anarquistas con los bolcheviques, y algún anarquista parecía aceptar esa nueva adjetivación; y más de uno, queriendo entender por “dictadura proletaria” la acción insurreccional contra el Estado burgués y la toma de posesión de la riqueza social por parte del proletariado, aceptaba la fórmula, bien que en realidad fuera como nosotros adversario de toda idea estatal y gubernamental de la revolución.

Pero el equilibrio tuvo una duración muy breve. Poco a poco aquellos cuantos anarquistas que se habían dejado fascinar más o menos por el éxito de ciertas fórmulas, nuevas solamente para los recién llegados, reconocieron que ellas no correspondían a las precisas concreciones propias y que más bien servían para aumentar la confusión en las filas proletarias y revolucionarias; y las abandonaron a aquellos que, por el contrario, las aceptaban en su exacto y preciso significado.

La idea del desarrollo libertario de la revolución, en oposición a la orientación autoritaria y dictatorial, fue afirmada por decisiones de algunos acuerdos anarquistas provinciales y regionales en Florencia, Ravena, Roma, Bolonia, etc., y de estas decisiones

copiamos la que nos parece más completa y precisa,¹ adoptada por el Convenio Emiliano - Romañolo, en Bolonia, el 14 de noviembre de 1919:

El Convenio anarquista Emiliano-Romañolo, después de discutir la cuestión de la "dictadura del proletariado", constata que hay UNA ABSOLUTA CONTRADICCIÓN, TANTO TEÓRICA COMO PRÁCTICA, ENTRE LA CONCEPCIÓN ANARQUISTA Y LA CONCEPCIÓN DICTATORIAL DE LA REVOLUCIÓN, puesto que el método de la dictadura llamada del proletariado daría a la revolución misma una dirección autoritaria, contraria a los fines del anarquismo y tendiente en definitiva a detener su desarrollo y a neutralizar sus mejores efectos; recuerda que la revolución será tanto más radical y completa cuanto más anarquista sea, es decir, libre de todo poder coercitivo y de toda centralización; y que por consiguiente no sólo no es necesario, sino que es nocivo a la revolución confiar su dirección a un gobierno central, pues su mejor garantía y salvaguardia reside en la libre iniciativa insurreccional, proletaria y popular, manifestada a través de la acción directa, no sólo individual y espontánea sino también de los grupos locales, de los comités y soviets comunales, regionales e interregionales, de los sindicatos y las uniones de oficio, etc.; los cuales procederán, sin esperar ni respetar órdenes de arriba, a la destitución inmediata de las autoridades existentes, a la contemporánea expropiación del capitalismo y, federándose por un mutuo acuerdo entre sí, a la organización nueva sobre bases comunistas y libertarias.

Los delegados aquí reunidos consideran que antes de la revolución los anarquistas deben informar en tales criterios su propaganda y su acción práctica de preparación revolucionaria, sin transacciones siempre inútiles con las tesis opuestas; y una vez iniciada la revolución deben participar en ella en tal sentido y con tales concepciones, procurando que en todas partes la revolución misma adquiera la orientación más antiautoritaria y anticapitalista posible; pero en caso de que la revolución, por predominio de opiniones opuestas o por circunstancias imprevistas y por la fuerza de los acontecimientos, tomara un cariz diverso, más o menos autoritario y dictatorial, los anarquistas —bien que continuando en la propaganda de las propias ideas y métodos y permaneciendo en la oposición frente al nuevo poder, constituyendo en cierto modo la extrema izquierda revolucionaria del movimiento— estarán igualmente dispuestos a defender a toda costa la revolución misma, cualquiera sea su orientación, contra las fuerzas reaccionarias y antirrevolucionarias supervivientes en el interior o procedentes del exterior, con intransigencia y violencia aun mayores que en todos los demás, no olvidando nunca que, antes de la definitiva derrota y desaparición del capitalismo y de sus gobiernos, son y serán estos nuestros principales enemigos.

Cuando el 1º de julio de 1920 se abrió en Bolonia el Congreso de la Unión Anarquista Italiana, la polémica sobre la cuestión de

¹ Hemos suprimido solamente una parte de la Introducción, de carácter contingente, sin importancia hoy.

la dictadura había sido liquidada por completo desde hacía tiempo en un acuerdo unánime sobre las ideas más arriba expresadas. No hubo por tanto en el seno del Congreso ninguna discusión al respecto. Si hubiera sido aún necesaria, la discusión precedente habría quedado implícitamente terminada con la aprobación unánime de la "Declaración de principios" propuesta por Errico Malatesta, que contenía afirmaciones categóricas bastante claras sobre este asunto.

Los anarquistas deberán, pues, en una eventual revolución, después de vencidas las resistencias del pasado régimen, impulsar al pueblo no sólo para que entre en posesión de la riqueza social a fin de administrarla en una forma comunista, sino también para que organice la vida social por sí mismo, mediante asociaciones libremente constituidas, sin esperar órdenes de nadie y rehusando nombrar o reconocer cualquier gobierno, cualquier cuerpo constituido que bajo tal o cual nombre (constituyente, dictadura, etc.), se atribuya, aunque sea a título provisional, el derecho de hacer la ley y de imponer a los demás la propia voluntad. Y si la masa del pueblo no responde a su llamado, los anarquistas deberán —en nombre del derecho que tienen a ser libres, aun si los demás quieren permanecer esclavos, y por la eficacia del ejemplo— realizar por sí mismos cuanto sea posible de las propias ideas, no reconocer al nuevo gobierno, mantener viva la resistencia y obtener que las localidades donde sus ideas hayan sido acogidas favorablemente se constituyan en COMUNIDADES ANARQUISTAS, rechacen toda injerencia gubernamental, establezcan libres relaciones con las otras localidades y procuren vivir de acuerdo con el propio criterio.

Sin embargo, la precedente discusión sobre la dictadura no se hizo en vano. Ayudó ante todo a los anarquistas, que hicieron con la polémica un nuevo examen de las propias ideas y sentimientos, para exponer con más claridad el propio programa revolucionario. Además, de una discusión de carácter interno, como fue al principio, se transformó después en una oposición polémica con las otras concepciones socialistas, real y fuertemente apegadas a la dirección autoritaria y estatal de la revolución, involucrando una gran cantidad de otros problemas colaterales y secundarios, nuevos o viejos, pero todos igualmente interesantes para quien mira el porvenir con la esperanza siem-

pre viva en el bienestar y en la libertad de los pueblos, emancipados por fin de toda miseria y de toda sujeción moral, intelectual, económica y política.

Este libro es en parte una referencia, un eco agrandado y hecho lo más completo posible, de aquellas apasionadas discusiones; quien esto escribe no se propone en él una árida y sofisticada esgrima de paradojas o de teoremas abstractos, sino la investigación ardiente y, sin embargo, serena de una llama de verdad que, como la columna de fuego de la leyenda bíblica, guía por un camino práctico y útilmente bueno, hacia una paz realmente durable, a esta humanidad cansada de vivir bajo el peso de las más terribles y dolorosas injusticias.

Agosto de 1920.

* * *

A ocho meses de distancia de cuando escribimos esta Introducción y el libro estaba ya terminado y entregado a la imprenta, en el momento de dar el consentimiento para la impresión de estas pocas páginas que deben preceder al volumen, advertimos que una parte de la Introducción y algunos de los primeros capítulos, cuando menos, debieran ser rehechos o suspendidos o en buena parte modificados.

Los asuntos que tratan no son ya aquellos esbozados en la Introducción de hace ocho meses. Además, los capítulos tercero y cuarto, que procuran resumir del modo más objetivo posible las ideas bolcheviques y el estado de la libertad en el régimen soviético ruso, tendrían necesidad de ser completados, pues otros escritos y hechos más recientes han venido a valorizar mucho mejor las ideas por mí defendidas en el curso de este libro. Aquellos dos capítulos son ya viejos; responden a la verdad, pero a una verdad ya insuficiente y casi diríamos superada. Todo un capítulo habría que agregar sobre las relaciones entre el gobierno bolchevique y los anarquistas, relaciones que han llegado a ser muy ásperas en perjuicio de los segundos, siempre más perseguidos y privados aun de las más elementales libertades. En los capítulos sucesivos el lector verá nuestro esfuerzo por suplir las lagunas precedentes; y además, con notas y llamadas, hemos procurado también corregir algunos errores puestos en descubierto y algunas informaciones que resultaron inexactas después de la impresión de los primeros capítulos.

El retraso en la publicación del libro ha contribuido a hacerlo más completo, pero le ha quitado en cambio aquella frescura y aquel valor de previsión que le habrían dado un mayor valor hace ocho meses. ¿Quién hubiera pensado, entonces, en plena omnipotencia socialista, y cuando todos hablaban de revolución y el advenimiento del proletariado al poder parecía a tantos como inminente, que después de un verano de esperanzas habría de venir un invierno de desilusiones y esta triste, trágica y pavorosa primavera de reacción? Sin embargo, la fatalidad de lo que hoy ocurre nosotros la advertimos ya en el primer capítulo de este libro, cuyas páginas fueron escritas hace más de un año, y de las que no debemos hoy modificar nada, sino quizá añadir un signo de interrogante al título —única concesión que entonces hacíamos al ambiente saturado de ilusiones— que, como el lector verá por sí, apenas modificado de este modo correspondería exactamente al contenido.

No es este el lugar, ni tal vez sería este el momento, de hacer el proceso de los errores cometidos por los partidos y las fracciones revolucionarias desde hace un par de años; fueron muchos y terribles por parte de todos, sin excluir a los anarquistas. El más grave, ciertamente, ha sido el de haberse dejado arrastrar por la corriente de los acontecimientos, meciéndose y satisfaciéndose en falaces apariencias, postergando de continuo para el incierto mañana lo que debía haberse hecho ayer y que luego no se hizo nunca; callando demasiado las verdades amargas para poder ver así todo fácil, disimulando a sí mismos y a los demás el rudo y urgente deber del sacrificio y del trabajo; derrochando energías preciosas casi exclusivamente en manifestaciones superficiales y verbales, aquí y allá regadas con sangre, que no dejaban tras sí nada concreto, sino tan sólo una larga estela de ilusiones que iban preparando las desilusiones más dolorosas.

Los hechos más graves repiten hoy como advertencia que todos los progresos que se basan sobre la ilusión o la ignorancia de la verdad son falsos, tienen ante sí abismos y preparan desastres. Investigar la verdad, deshacer las ilusiones, es por consiguiente una obligación de honor para todo aquel que desee cooperar al triunfo de una justicia superior, al advenimiento de una mejor

civilización. Para satisfacer al menos en parte esta obligación ha sido escrito el presente libro.

Bolonia, mayo de 1921.

* * *

El retardo con que se publica la edición en idioma castellano de este libro me permite mantener una promesa que había olvidado: la de agregar una Introducción especial para los lectores no italianos.

En realidad, sin embargo, yo no mantengo esa promesa ni aun ahora. Me limito apenas a explicar... por qué no la he mantenido y por qué creo inútil mantenerla.

¿Qué debería decir, en efecto? ¿Quizá excusarme con los lectores si el libro, a medida que el tiempo corría, me ha parecido cada vez más incompleto? ¿Quizá advertir que los acontecimientos posteriores a 1920 harían necesarios tantos agregados como para formar un segundo volumen? ¡Pero todo esto los lectores lo verán y comprenderán por sí mismos!

Así, por ejemplo, los lectores comprenderán por qué —en 1919-20 cuando el libro fue escrito— yo rodeaba de reservas y cautelas no las críticas teóricas, se entiende, sino los ataques a las personas y a los hechos de los bolcheviques.

Había entonces una doble razón, más bien triple, para no embestir con exceso contra el bolcheviquismo. Ante todo, el hecho de que se lo confundía aún, por lo menos fuera de Rusia, con todo el complejo de la Revolución que tanto había estremecido y embriagado, y con la cual éramos y somos siempre solidarios. La rabia, el odio con que toda la prensa burguesa internacional atacaba conjuntamente a la revolución y al bolcheviquismo era para nosotros un mayor motivo para no dejarnos llevar más allá de ciertos límites del espíritu crítico y partidario.

Además, hace dos o tres años conocíamos muy pocos hechos y con muy poca precisión; y otros acontecimientos importantes no habían ocurrido aún. La nuestra era en gran parte una intuición de la verdad más que una evidencia documentada y positiva. Los elementos de juicio a nuestra disposición eran aún muy escasos, sus fuentes demasiado inciertas y muchas veces sospechosas. Por otra parte, las tentativas militares del capitalismo mundial, especialmente europeo, que hacia fines de 1919 y

comienzos de 1920 amenazaban con ahogar en sangre a la revolución rusa, y así la vida misma del pueblo ruso, nos preocupaba mucho más que el problema de la orientación de la revolución.

Esperábamos aún en aquel tiempo que, cesada la presión militar externa por parte de los Estados burgueses, la Revolución pudiera retomar en el interior de Rusia una dirección más libertaria y más en consonancia con las necesidades de la emancipación proletaria.

Esta esperanza parece hoy completamente perdida. Y esto, junto con el cese de las precedentes condiciones de hecho, nos autorizaría a usar sin consideración alguna toda nuestra libertad de crítica. Todas nuestras previsiones se han verificado. Mas aún: han sido superadas. Cuando los hechos han llegado a nuestro conocimiento hemos visto documentado con pruebas indiscutibles todo lo que habíamos intuido sobre muy escasos elementos y a la luz de nuestras razones ideales.

Hoy, los mismos bolcheviques no niegan para nada los hechos que dos o tres años atrás parecían inverosímiles, sino que los admiten abiertamente, intentando sólo justificarlos con los zarandeados sofismas de la dialéctica marxista o seudomarxista.

Si me extendiera, pues, sobre este asunto, debería retomar la crítica hecha dos años atrás y acentuarla, hacerla más áspera...

Pero confieso que no tengo para ello voluntad alguna en este momento por la simple razón de que vivo —no en Rusia, pero sí en Italia— horas trágicas para la civilización; horas de reacción legal e ilegal, en las cuales socialismo, comunismo y anarquismo de todas las escuelas y tendencias vienen siendo tratados sin piedad, a sangre y fuego; en las cuales toda nuestra libertad y cualquier esperanza de liberación del proletariado amenazan con ser sofocadas por completo. Maiora premunt!

LUIGI FABBRI

Bolonia, octubre de 1922.

¿VÍSPERAS DE REVOLUCIÓN?

Esperamos la Revolución deseándola como a la libertadora de todos los hombres de la mayor parte de los males que los afligen, y la esperamos desde el primer momento en que de estos males adquirimos conciencia. Sin embargo no sentimos reconocimiento hacia la guerra por la situación revolucionaria que nos ha dejado de herencia.

Algunos, que bajo una fraseología más demagógica que revolucionaria apenas disimulan un arraigado sentimiento nacionalista, así como durante las polémicas anteriores a la intervención italiana en la guerra, en el periodo de neutralidad (1914-15) trataban de matizar su propaganda intervencionista con pretextos revolucionarios, hoy exaltan para la glorificación de la guerra el hecho de que las consecuencias desastrosas de ésta hacen más posible que antes una revolución. Así inscriben la revolución rusa entre los méritos de la contienda y, en lo que respecta a Italia, el favor popular que han adquirido en estos últimos años las ideas y los partidos más revolucionarios, como reacción contra las consecuencias del enorme conflicto.

Cualquiera ve lo grotesca que es esa exaltación de la guerra en vista de la reacción, de la indignación y de las rebeliones que provoca. Con una lógica semejante sería preciso exaltar el hambre sólo porque frecuentemente incita al pueblo a rebelarse contra sus hambreadores; y, siempre con la misma lógica, se podría hacer el elogio de los hambreadores del pueblo y justificar una propaganda y una política que determinasen el

hambre popular. Así, por ejemplo, el mérito de las primeras insurrecciones de 1789 sería de los odiosos acaparadores de granos, colgados muy luego de los faroles, tanto y quizá más que de los heroicos asaltantes de la Bastilla y de las Tullerías.

Podría ser (aunque no faltan elementos para sostener lo contrario) que sin la guerra mundial la revolución rusa no habría estallado o se hubiera hecho esperar todavía mucho tiempo; entonces sería necesario atribuir su desencadenamiento a los delincuentes coronados que prepararon y después provocaron la guerra, a las intrigas del militarismo y del capitalismo internacional, y —tanto para personificar, aunque impropriadamente, estas causas— al kaiser, al emperador de Austria, al zar, etc. Puesto que sin enfermedad no puede haber curación ni restablecimiento del enfermo, con el mismo método de argumentar se podría sostener que el mérito de la curación pertenece más al que provocó la enfermedad que al médico que la atendió.

Un médico que, por una aberración tal vez posible, acabe por considerar su ciencia como fin de sí misma y no como medio de impedir, aliviar o curar el mal, puede felicitarse de que le caiga entre manos un "hermoso caso" digno de estudio que le procure el placer y la gloria de una bella curación. Pero no se felicitarán, ciertamente, los enfermos, quienes habrían preferido no estarlo. Si además la aberración científica ha llegado a oscurecer en el médico la conciencia humana, puede suceder —algunas veces aconteció— que él mismo inocule el mal a una persona sana por el gusto de estudiar el curso de la enfermedad y poderse alabar después en doctas memorias de la curación obtenida. Pero nuestra conciencia condena como delito tal modo de proceder.

Aquellos que han aceptado una parte cualquiera de responsabilidad en la guerra, sea en su preparación, en su extensión o en su continuación, en solidaridad con los gobiernos y las clases dirigentes, con el pretexto de que la guerra haría surgir después una revolución, tienen la misma mentalidad que el médico que agrava o provoca una enfermedad en un cliente a fin de curarlo después. En nuestro caso hay aun algo peor: que la enfermedad resultaba segura y el restablecimiento, en cambio, muy incierto. En efecto, no sólo no ha surgido todavía la paz de la guerra, sino que la misma revolución, a pesar de aparecer

muy probable, es incierta y sus resultados son muy dudosos desde el punto de vista de una mejor ordenación de la sociedad humana.

* * *

Los que exaltan la situación revolucionaria creada por la guerra olvidan que la situación era eminentemente revolucionaria aun antes de 1914 en todas las naciones de Europa. Estábamos ya entonces en vísperas de la revolución; y el historiador futuro que recoja en una síntesis los enormes acontecimientos de principios del siglo llegará a esta conclusión: la guerra de 1914-1918 fue organizada y precipitada por las clases dominantes porque era el único recurso para impedir la revolución proletaria que llamaba a sus puertas.

G. A. Laisant, cuya veracidad no puede ser puesta en duda a causa de sus ideas libertarias, ya que fue en Francia, desde 1914 en adelante, uno de los más ardientes propulsores de la "Unión Sagrada" patriótica, contaba en 1912 una conversación sostenida con una de las más autorizadas personalidades financieras parisienses, la cual en cierto momento le hizo las siguientes textuales confesiones a propósito de la ayuda monetaria prestada en aquellos días, simultáneamente, a los turcos y a sus enemigos de los Balcanes por los banqueros franceses:

Lo que queremos es la certidumbre de tener una influencia efectiva en el desarrollo de los asuntos, cualquiera sea el resultado de las hostilidades; lo que queremos es convertirnos, de hecho, en los árbitros soberanos de la situación; y nosotros lo somos.

Inevitablemente, de aquí en adelante la guerra europea será la consecuencia de los acontecimientos actuales; ¹ porque nosotros la queremos y porque no es posible resistirnos.

Queremos la guerra; nos es necesaria por múltiples razones. La principal es el acrecentamiento de la potencia de la clase obrera organizada, especialmente en Francia y en Alemania... Si los progresos de la organización obrera continuaran, dentro de diez años nadie podría detenerla; y nos encontraríamos frente a una catástrofe revolucionaria segura, frente a una ruina universal e irremediable.

Otro motivo no menos poderoso para desear la guerra es la situación financiera de Rusia, a la cual hemos dado los millones del ahorro francés.

¹ Así fue en realidad. Las guerras balcánicas, originadas en la guerra italo-turca por Libia, originaron a su vez la "gran guerra" de 1914-18.

Rusia no puede pagar, y en cuanto proclame su bancarrota provocará la revolución de los que expusieron sus pequeñas economías; y nosotros nos veremos perdidos. Solamente la guerra nos proporcionará una solución: es un caso de fuerza mayor que responde a todo y exime de pagar.

En el estado actual de cosas no tenemos resistencia alguna. Especialmente en Francia, el espíritu de las masas ha permanecido accesible a las excitaciones chauvinistas, y los poderes públicos y la gran prensa no dejarán extinguir esta llama... Será una inmensa carnicería, es verdad; el hambre y las epidemias serán aún más mortíferos que los fusiles y los cañones; pero no se defienden los grandes intereses, representados en nosotros, con sentimentalismos humanitarios.

Sobre las ruinas reconstruiremos. La organización obrera, generadora del desorden económico, será despedazada en el mundo entero... Por otra parte, no disponemos de mejores medios para elegir; con el recurso supremo de una guerra europea tenemos la ventaja de una victoria segura. Nos es indiferente el saber cuáles serán los vencidos y cuáles los vencedores, puesto que al fin de cuentas nuestro enemigo es el proletariado; éste será vencido y nosotros seremos los verdaderos vencedores...²

Para esclarecer la situación revolucionaria europea en las vísperas de la guerra mundial sería preciso un largo examen, y éste nos llevaría muy lejos. Pero en Rusia como en Francia, en Alemania como en España, en Austria como en Italia, los tiempos estaban maduros; no se podría exceptuar tal vez más que a Inglaterra y a las pequeñas naciones que habrían debido seguir la corriente de las grandes. En unos países la situación era más legal y moderada, como en Alemania, donde la democracia social ya estaba por provocar el ocaso de la vieja camarilla militar y cortesana en beneficio de una democracia burguesa más progresiva; en otros, en cambio, era más revolucionaria, como en Rusia y en Italia, donde el choque estaba ya por producirse.

Para Italia, un síntoma elocuente fueron los episodios insurreccionales que llevan el nombre de *semana roja*, en junio de 1914.

El episodio se consideró luego insignificante y casi infantil en comparación con los terribles acontecimientos posteriores; pero por la forma en que estallaron y se desarrollaron aquellas insurrecciones, por el apoyo que tuvieron, por el espíritu popular que reflejaron, y también por la debilidad orgánica del Estado italiano que apareció entonces más evidente que nunca, esos

² *La Bataille Syndicaliste*, París, 18-12-1912.

movimientos constituyeron una revelación para todos, tanto para el gobierno como para los revolucionarios. El carácter improvisado y espontáneo que tuvieron (pues en aquel momento nadie los esperaba), en virtud del cual el pueblo pudo adueñarse de una decena de ciudades y de un mayor número de pueblos y de aldeas, de las Marcas y de la Romagna con medios risibles y con gran facilidad, es una razón significativa de los movimientos mismos, los cuales no fueron ni una revolución ni una insurrección propiamente dicha, y no llegaron a serlo tal vez porque en otras partes de Italia el movimiento se detuvo demasiado pronto y las organizaciones obreras no tuvieron la audacia de arriesgarse. No obstante, quedó claramente demostrado que en Italia era posible una revolución.

A la revolución se hubiera llegado, ciertamente, sin necesidad de la guerra que estalló poco después, si Italia no hubiera intervenido en ésta. La "semana roja", precisamente porque había revelado al proletariado en general y a los revolucionarios principalmente su propia fuerza, dejó en pos de sí un fermento extraordinario. Su derrota, si así puede llamarse el hecho de que en todas partes el *orden* no fue restablecido por el gobierno sino que se produjo espontáneamente (los soldados llegaron cuando todo estaba ya en calma), no dejó una depresión en los espíritus, sino al contrario, los excitó más; y se delineó una acción mucho más vasta, con una armonía nunca vista antes ni después de entonces, entre los diversos partidos y organismos proletarios.

Sin la intervención italiana en la guerra, y sin la desorientación y la discordia que algunos de los más conspicuos revolucionarios (estimados entonces como sinceros, pero que después se pasaron abiertamente, uno a uno, casi todos al campo enemigo) sembraron en el campo proletario con el intervencionismo bélico, la revolución italiana habría precedido en bastante tiempo a la rusa; y quizá habría contribuido, más todavía que ésta, a detener inmediatamente la enorme carnicería y a difundir la tea de la revolución social por toda Europa antes que la guerra hubiese consumido hasta el último recurso de vida de los pueblos, antes que la misma revolución se hiciera demasiado problemática, demasiado espionosa y demasiado repleta de peligros y de dificultades.

La intervención italiana en la guerra, pues, salvó a la monar-

quía y en general a las clases dirigentes, que, en su pereza, no habrían tomado resolución alguna si no hubieran comprendido que la guerra era necesaria para evitar, o al menos para retardar, la revolución.

* * *

Esta posibilidad de una revolución en Italia, en 1914-15, era entonces reconocida por muchos que, aun diciéndose revolucionarios, sostenían que era más urgente la guerra. ¡No comprendían la importancia —o fingían no comprenderla— de una intervención revolucionaria de Italia en los asuntos europeos!

La idea que la guerra podría facilitar la revolución tuvo cierto éxito en aquel momento, especialmente entre los elementos menos coherentes y más irregulares de los diversos partidos. Estos elementos, dotados de aquella inteligencia superficial y aparente que se origina en una cultura desordenada, esencialmente periodística, estaban poseídos por la manía del éxito más que por una fe revolucionaria profunda. Pero aún antes esa misma idea se había abierto camino, especialmente en Francia, durante el período de la propaganda llamada entonces *herveista*, la cual, no obstante sus actitudes heréticas, estaba menos alejada de lo que se piensa de la mentalidad patriótica del intervencionismo ulterior.

Algunos de aquellos sofismas fueron repetidos también en Italia, en tiempos de la guerra líbica. Contra ellos procuró reaccionar entonces Errico Malatesta con varios artículos en periódicos italianos, franceses e ingleses; recordamos uno de los más notables,³ en el que denunciaba el peligro de "habituarse a considerar la guerra como una condición necesaria o aun simplemente útil para una insurrección popular, mientras en realidad la guerra es la peor oportunidad que se puede imaginar para el triunfo de una insurrección, aun en el caso de derrota."

Si se consideran atentamente las circunstancias en que se han producido las revoluciones después de la guerra en toda Europa, se verá cuánta razón hay en tales palabras. La revolución bajo el talón de un vencedor extranjero es la más inestable y nunca puede ser bastante radical. Si va demasiado lejos corre

³ *Le Mouvement Anarchiste*, Revue mensuelle, París, Nos. 6-7 (enero de 1913): Errico Malatesta: "A propos d'insurrection."

el riesgo de ser sofocada, como aconteció en Hungría, o bien es condenada a ser ultramoderada, como en Alemania, o a tener que someterse a todas las injerencias extranjeras, como en Austria. En todas las circunstancias la revolución está obligada a seguir la ley de los vencedores, con el peligro constante —ya que esta reducida a la impotencia militar o poco menos— de que los vencedores le impongan o faciliten, como en Hungría, una vuelta al viejo régimen o a otro peor aún.

El ejemplo afortunado de Rusia viene también en apoyo de nuestra opinión con otros hechos completamente distintos. La revolución que en Rusia estalló como reacción contra la guerra ha herido a ésta, pero a su vez halló en la guerra el mayor obstáculo para su consolidación. Aún hoy es la guerra la que, ganada o perdida, por dentro o por fuera, amenaza matar a la revolución, así como hasta ahora ha sido la guerra la que facilitó o hizo inevitables muchos de los errores de la revolución misma.⁴

La revolución rusa habría ciertamente, en su comienzo, costado un esfuerzo mayor, habría destrozado más difícilmente las principales trincheras del zarismo si éstas no hubiesen sido debilitadas por la guerra o si la guerra no se hubiera producido. El parto revolucionario hubiera sido mucho más laborioso y doloroso. Pero en cambio la revolución hubiera podido correr con más rapidez y con mayor libertad una vez vencidos los primeros ejércitos extranjeros en la frontera. Y en último análisis, el esfuerzo tenue, relativamente, que costó la revolución de marzo de 1917, ha sido compensado con usura con el derroche de sacrificios, de energías y de sangre necesarios después y que aún serán necesarios.

Entre tantas condiciones desfavorables en que ha debido desarrollarse la revolución rusa, tuvo en cambio una suerte que la favoreció; y es justamente la de haber estallado cuando Rusia, no obstante haber sufrido ya algunos reveses militares, no había sido aún verdaderamente derrotada por los ejércitos alemanes; es decir, el haber precedido por varios meses al descalabro más

⁴ Téngase en cuenta, de una vez por todas, que este libro fue escrito en 1920. Hoy parece haber desaparecido en Rusia todo peligro de guerra, pero ella ha venido siendo una amenaza constante hasta hace poco, y es la guerra precisamente la que más perjuicios ha causado a la revolución.

grande (el de la ofensiva de Brusilov, deseada por Kerenski impuesta por los aliados) y haber podido así tener tiempo de madurar y consolidarse. Es obvio que si Rusia, en lugar de encontrarse frente a un enemigo ocupado mucho más terriblemente en otras luchas y deseoso por lo tanto de concluir prontamente la paz hubiese tenido delante, desde los primeros momentos un vencedor verdadero y libre de sus movimientos, éste no habría permitido llegar en el camino de la revolución mucho más allá de los límites consentidos por la conveniencia del imperialismo germánico.

La revolución que, al menos en los primeros tiempos, implicaba una condición de inferioridad militar, no desagradó mucho al enemigo de más allá de la frontera, pero siempre que no avanzó demasiado! Tampoco en 1871 la Comuna fue mirada con malos ojos por Bismarck y Moltke; pero esto no impidió que facilitaran a Thiers su aplastamiento. La revolución de setiembre, con la república de Jules Favre, una revolución de proyecciones reducidas, he ahí lo que deseaban: nada más.

Estos efectos limitadores de la revolución en los países vencidos se transforman en efectos siempre feroz y cínicamente reaccionarios y contrarrevolucionarios en los países vencedores. Así como las victorias de 1886-1870 envenenaron a Alemania y la hicieron el centro de la reacción en Europa, después que Alemania misma había sido durante medio siglo el país del pensamiento libre, así la victoria de 1918 hace hoy enloquecer de orgullo militarista y de espíritu conservador a Francia. El país de la Gran Revolución y de la Comuna vuelve a ser la tierra del criminal Termidor, de los asesinos del 48 y del 71, de los guillotinos del 49, de los congregacionistas y de los militaristas falsarios y prepotentes.

Hasta en Inglaterra la reacción hace sentir sus garras, mientras el gobierno militar británico aplasta toda libertad en Irlanda, en Egipto, en la India, dondequiera que un colonizador inglés extienda sus manos rapaces.

Italia, en este aspecto, es el país que se encuentra en mejores condiciones. A menudo hemos leído, aun en los diarios más conservadores, que Italia es el país relativamente más libre entre las naciones vencedoras: hay quien constata esto con descontento, en el deseo de oprimir toda libertad, y hay también quien

lo anota como una especie de reproche a la clase obrera, que no habría estar bastante reconocida a las clases dominantes por la libertad que éstas le consienten.

Hay en esto algo de verdad, pero una verdad demasiado relativa. *Beati monoculi in terra coecorum* ("En la tierra de los ciegos el tuerto es rey"), suele decirse. El que tiene unos pocos cobres puede parecer rico al que no tiene nada. Pero aun estos pocos cobres de libertad de que se goza en Italia (que, por otra parte, mientras escribimos esto [1920] van continuamente disminuyendo entre una descarga y otra de fusiles y revólveres reaccionarios sobre la muchedumbre proletaria), no son sin duda una consecuencia del liberalismo de las instituciones vigentes, ni de las concesiones espontáneas del poder, ni menos todavía un fruto positivo de la "hermosa guerra realizada por la independencia de los pueblos, por la libertad, por la justicia", etc. De la guerra son más bien una consecuencia negativa.

Italia, que salió tan malparada de la guerra, ha tenido esta suerte: que, después de una victoria militar coreográficamente impresionante, ha sido diplomática y económicamente, de un modo cínico y despiadado, privada por sus propios aliados de todo beneficio concreto en la victoria que no fuese la anexión puramente mecánica de unos pocos kilómetros cuadrados de tierra irredenta, como para poder considerarse (también esto con alguna parsimonia) una nación más bien vencida que vencedora.

De esta manera faltó a sus clases dirigentes y a la dinastía todo motivo de vanidad militarista y aquella fuerza moral que habría hecho pesár la victoria sobre los súbditos del modo más oprimente. Las instituciones monárquicas y burguesas han salido por esto debilitadas de la guerra, casi como si ésta hubiese terminado en una derrota.

El pueblo ha tenido, por consiguiente, de tal derrota la ventaja de un debilitamiento de sus dominadores, sin sufrir los perjuicios de la invasión de ejércitos extranjeros con todas las desastrosas y peligrosas consecuencias inherentes a una invasión. Y ya que las libertades populares están, en todo régimen, en razón directa de la debilidad moral y material del gobierno, y ya que, por otra parte, las poblaciones que salieron cansadas e irritadas de la guerra tienen una disposición de ánimo revolucionario que obliga al gobierno y a la burguesía a ser también

más transigentes, tenemos así explicada la razón por la cual en los primeros tiempos después del armisticio el proletariado italiano pudo encontrarse en condiciones de relativa libertad, escasa sin embargo, pero siempre mejores que las del proletariado de tantos otros países.

* * *

¡Pero no hay que hacerse ilusiones! Ante todo, el Estado va haciéndose de nuevo bastante rápidamente dueño de sí. Además, si el gobierno como organización civil y política central es débil, al margen del gobierno y eventualmente también contra él hubo siempre, y hoy es mucho más visible, una fuerza reaccionaria no indiferente, acrecentada por la guerra.

Esta fuerza está constituida por el organismo militar, salido intacto del conflicto mundial, que no quiere adaptarse a las funciones de una rueda secundaria del Estado ni someterse a una reducción, en vista de las economías inevitables, después de haber tenido durante cuatro años un poder absoluto sobre la mitad de Italia y relativo sobre toda ella. La guerra aumentó grandemente el personal dirigente, extrayéndolo de las clases parasitarias menos afortunadas, y por lo tanto temerosas ahora de dejar los grados y empleos que le aseguran una vida fácil y un estipendio magnífico y seguro. Un nudo intrincado de intereses se enlaza a esta situación. La casta militar, con la numerosísima oficialidad y con los jefes del Estado Mayor a la cabeza, constituye un Estado dentro del Estado y, repetimos, cuando le conviene, contra el mismo Estado.

El gobierno civil busca el equilibrio o quisiera resistir a las tendencias de la casta militar, la cual tiene necesidad por su propia razón de ser de que Italia permanezca bajo el régimen militarista de la paz armada y de la guerra siempre en perspectiva. Pero no puede hacer una seria resistencia porque es su esclavo. En realidad, el poder del gobierno actual habría concluido si se hubiera puesto frente a la casta militar; de ahí que prefiera dejarla obrar lo más posible, cerrar los ojos frente a sus ilegalidades más evidentes, ayudarla abierta o disimuladamente, y servirse de ella de tanto en tanto contra el proletariado. Ciertamente el gobierno ha intentado constituir milicias propias de policía, voluntarias, pero ya que no ha podido atraer elementos más que del ejército, llegará el día en que tales milicias estén

más bien en la órbita del militarismo nacionalista que en la de su política. Para el proletariado, además, esto es aún peor: puesto que mientras la gran masa de soldados no le fue nunca completamente hostil, las milicias voluntarias, unidas al gran número de oficiales, constituyen un ejército de la contrarrevolución verdaderamente peligroso.⁵ Ni tampoco le faltan aliados a esta minoría, pequeña en relación al número de la población italiana pero compacta y provista de todos los medios ofensivos y de defensa, comprendida la tácita, ya voluntaria, ya forzosa, complicidad del gobierno. Ante todo está allí la pequeña pero riquísima plutocrática comandita de los industriales de guerra, con idénticos intereses que la casta militar, en cuanto un desarme efectivo y la entrada en un período real de paz significaría para ella la cesación de toda ganancia y quizás una pérdida parcial de lo ya adquirido. Y en torno a este núcleo central plutocrático existen el periodismo, que es subvencionado abundantemente, y todo el montón de empresarios, grandes intermediarios y proveedores, que, sin mayor fatiga, extraen espléndidas ganancias de la industria de guerra y de la administración militar.

Indudablemente la guerra ha encendido en las masas proletarias una gran hostilidad contra la clase burguesa y contra el gobierno; las ha vuelto más agresivas, más compactas, más unánimes, más abiertas a las ideas socialistas y anarquistas de un derrumbamiento completo de todos los órdenes sociales; las ha familiarizado del mismo modo con el peligro y preparado a batirse con todas las armas; ha sobreexcitado de tal forma su descontento como para poder constituir en la actualidad un nuevo elemento de éxito para la revolución, que indudablemente no existía antes de 1914. Pero antes de 1914 no había tampoco una fuerza contrarrevolucionaria unida, relativamente numerosa, rica, bien armada y teniendo prisionero al gobierno con la solidaridad muda de la burguesía y del clericalismo reorganizado a las espaldas; no existía entonces la fuerza reaccionaria cuyos elementos principales hemos apuntando anteriormente. Dado este

⁵ Estas milicias voluntarias de policía, carabineros y guardias reales han sido integradas posteriormente por una tercera especie de milicia fuera del Estado, pero favorecida por el Estado: el fascismo.

estado de cosas, la revolución no puede ciertamente estar agradecida a la guerra.

A pesar de cuanto hemos dicho en las páginas anteriores, podrá quizás ponerse en duda nuestra opinión de que la guerra haya alejado la revolución, pero es innegable que ha hecho más difícil una real victoria de ésta que no consista en un simple cambio formal e inútil de gobierno; y ha hecho en cambio que la revolución no pueda dejar de ser verdaderamente sangrienta. No sólo esto. La guerra ha determinado además tal crisis económica, política y psicológica, que traerá una catástrofe inevitable; el choque de las fuerzas contrarias ha sido en cierto modo sustraído al arbitrio humano e impulsa fatalmente hacia la revolución aunque el momento parezca desfavorable a menos que se prefiera el triunfo de la más terrible contrarrevolución.

Por todas estas razones llegamos a la conclusión indicada al principio, que la revolución no puede estar enteramente agradecida a la guerra por la especial situación revolucionaria que la guerra misma nos ha dejado en herencia. El proletariado está hoy en esta encrucijada: o se lanza con todas sus energías a la lucha y hace lo antes posible la revolución —no obstante las dificultades ya examinadas y los inconvenientes, sobre todo de carácter económico, que harían extraordinariamente penoso el paso del viejo orden de cosas al nuevo— o al contrario, abandona su actual actitud de hostilidad, se adapta a trabajar mucho más y a consumir mucho menos, vuelve a las condiciones brutales de existencia de hace cincuenta años, para comenzar, una vez reconstruida en beneficio del capitalismo la riqueza destruida por la guerra quién sabe dentro de cuánto tiempo, un nuevo movimiento para mejorar su situación y ser más libre.

En una palabra, la catástrofe es inevitable. O dar un salto adelante o darlo atrás.⁶

* * *

Un observador que contempla los acontecimientos que precipitan la sociedad, día a día, hacia esa solución catastrófica, si-

⁶ ¡Y se lo ha dado atrás! El proletariado no ha hecho la revolución, pero la catástrofe ha ocurrido igualmente, en sentido reaccionario, para daño suyo (1922).

tuado de modo que no llegaran a influirlo las esperanzas o los temores, tendría la impresión de dos trenes salidos de puntos opuestos y que corren sobre una misma línea con una velocidad creciente: destinados, por tanto, a encontrarse tarde o temprano en un punto indeterminado. El punto preciso, y especialmente al momento del encuentro, son todavía desconocidos y sólo se sabrán después. Se sabe sin embargo ahora que el instante del encuentro se aproxima siempre más y que nada podrá evitarlo porque ambas fuerzas no saben y no quieren impedirlo. La lucha de clases se está convirtiendo en guerra de clases y culminará pronto en una primera y tal vez decisiva batalla entre las clases.

Aquellos que aun queriendo el triunfo de la libertad y del proletariado piensan todavía que se puede alcanzar a través de transacciones y de colaboraciones con las fuerzas adversarias —son los llamados “reformistas”, pero se los encuentra, poco o mucho, en todos los partidos— se parecen a ciegos y sordos que caminan, para seguir el parangón, con una banderita en la mano, por la línea ferroviaria en que ha de ocurrir el encuentro de los trenes, imaginándose que su gesto puede bastar para evitar la catástrofe. Pero ellos, al contrario, serán las primeras víctimas, puesto que sus esfuerzos, vanos en el intento de impedir el choque, pueden sólo ilusionar y debilitar a la parte mejor y más vecina a ellos por sus aspiraciones —este es el proletariado—, la consecuencia de su política podría ser el fracaso de la revolución, de la libertad y del proletariado, que no salvaría entonces de ese choque fatal ni siquiera lo poco ya conquistado y con lo cual se contentarían los más acomodaticios.

Los proletarios, los revolucionarios pueden con sus esfuerzos arrancar a la historia su propio triunfo; su conformidad y todo camino centrista, al contrario, favorecerá al enemigo y determinará la propia caída del proletariado.

De aquí en adelante la crisis espasmódica que atravesamos marchará hacia su fase resolutive por fuerza de las cosas, independientemente de los hombres mismos que han contribuido a provocarla como también de aquellos que la lamentan inútilmente.

La guerra nos ha precipitado hacia esta crisis que es inútil discutir desde el momento que su causa no fue deseada por nosotros. Reconozcamos nosotros mismos que ésa no es la solución

ideal para los revolucionarios, con las dificultades acumuladas por la guerra y toda la herencia desastrosa de ésta. Ciertamente, la revolución esperada desde hace cincuenta años por el proletariado era otra revolución, provista de toda la riqueza amontonada con el trabajo anterior, que luego sería posible quitar a la burguesía cuando ésta tuviera repletos sus graneros. Pero ya no hay otro camino para elegir; y si la revolución se presenta, como parece, pobre y privada de todo aquello que la burguesía ha derrochado en cinco años de una guerra de destrucción y de muerte, no por eso deja de ser la única solución posible para la crisis actual, desde un punto de vista superior de civilización y de libertad.

Especialmente en lo que respecta a Italia, la situación general es tal que aun cuando la clase obrera fuese la menos deseosa del cambio y la menos revolucionaria del mundo, sería igualmente impulsada a salir a la calle por la crisis que se agrava cada día más. El gobierno, a falta de paliativos, entre un asesinato y otro procura alejar el momento de la desesperación; pero todo retraso hará más aguda la crisis, más violenta la desesperación, más tremendo el estallido. Que todo esto lo haga el gobierno para tener una mayor oportunidad de prepararse para vencer la prevista revuelta proletaria o que simplemente lo haga para ganar tiempo viviendo al día, lo cierto es que el equilibrio actual se hace siempre más inestable; y es pura ilusión el pensar que la situación pueda mejorar o permanecer como está, dejando intacta la armazón constitucional de la sociedad.

En Italia se consume mucho más de lo que se produce: esta es la realidad. Los obreros tienen perfecta razón al no renunciar a la satisfacción de sus necesidades y al comprender que trabajando ocho horas para los patrones trabajan siempre ocho horas más de lo que sería justo, mientras que estarían dispuestos a trabajar aun doce, siempre que fuese para sí mismos. Mas, esta incontestable razón no cambia la realidad: que al continuar la sociedad actual italiana produciendo menos y consumiendo más, se llegará a un punto más allá del cual no se podrá ir sino invirtiendo los términos, o sea trabajando más y consumiendo menos, se realice la revolución o no.

Si aconteciera la revolución, esa necesidad se advertiría más fuertemente y más pronto; pero se trataría de un sacrificio re-

partido entre todos, más proficuo desde que las fuerzas serían consagradas enteramente a la producción útil; atenuado, por otra parte, por la expropiación de la riqueza quitada a los ricos y distribuida, y hecho soportable, sobre todo, por la convicción de que se trataría de un sacrificio en verdadero beneficio de todos y, además, de un sacrificio pasajero. Después sería posible, por fin, un real bienestar para todos los trabajadores, mil veces mayor del que puede esperarse en la sociedad burguesa.

Si no acontece la revolución, es decir, si la burguesía permanece dueña del poder y de la riqueza, el período de expectativa podrá quizás prolongarse y el sacrificio ser impuesto a los trabajadores más gradualmente; pero es inevitable, aun por ser ellos los más débiles, que les llegarán el hambre y la fatiga más extenuadores, con la agravante de que será un esfuerzo a pura pérdida, destinado tan sólo a reconstruir la sociedad para los otros y no para sí mismos, después de lo cual nada les quedará y será preciso volver a comenzar desde el principio a arrancar a los opresores, miga a miga, un poco más de pan, de reposo y de libertad. Esperar que escaparemos de este destino sin la revolución, con las solas y simples huelgas parciales o generales pacíficas, con el único objetivo de conservar lo poco hasta aquí obtenido sería una loca ilusión a la que seguiría pronto la más grande de las desilusiones.

Por todo esto contemplamos hoy con un sentido de disgusto la sucesión de tantas huelgas por razones puramente corporativas y económicas. De tanto en tanto nos sentimos solidarios con los trabajadores huelguistas y anhelamos su victoria; pero después nos preguntamos qué se ha logrado en realidad, aparte de la obtención de una breve e ilusoria ventaja para unos pocos y de aguzar el malestar para todos; ciertamente que una huelga de tal índole puede también beneficiar acercándonos al fin de la crisis, pero sólo a condición de que no nos ilusionemos sobre el alcance de los resultados obtenidos y de que nos preparemos a salir del ambiente de las rencillas parciales para ir a una lucha de conjunto contra el complejo de las instituciones capitalistas y estatales.

Esta lucha costará ciertamente más sufrimientos y sacrificios, pero con su triunfo dará después a la comunidad humana una mayor riqueza y le asegurará una existencia digna de ser vi-

vida, con la satisfacción de todas las necesidades y el goce de la más amplia libertad.

* * *

La revolución, repetimos, está siendo impuesta por la crisis económica, política y espiritual de toda la sociedad contemporánea, en Italia tanto y más que en cualquier otra parte. Las huelgas y los tumultos que se suceden ininterrumpidamente y con un movimiento acelerado son como los preliminares, los "anunciadores de la tempestad".

A cada instante hay un resquebrajamiento de la armazón social, un derrumbe de ilusiones, un acercamiento al punto terminal en que burguesía y proletariado, gobierno y pueblo, se encuentren frente a frente sin más obstáculos, sin más intermedios, sin más materiales aisladores. No hay ya más margen para las concesiones de una parte y los conformismos de la otra. La plusvalía que antes de la guerra podía ser tema de discusión entre patronos y obreros está desapareciendo rápidamente; y no se puede quitar ya nada a una parte sin un desequilibrio demasiado grande de la otra opuesta. La burguesía no puede conceder más al proletariado, sin suicidarse como clase, todo lo que éste necesita absoluta y urgentemente; y el proletariado, si llegara a conformarse con lo que tiene, si cesara de pedir y de resistir, sería en poco tiempo, por la creciente carestía de la vida, reducido al hambre, a vivir, en todo caso, una existencia absolutamente incompatible con el grado de conciencia a que ha llegado.

De ahí la intransigencia, por una y por otra parte de la barricada, vanamente ocultada, en toda huelga o conflicto parcial, por medio de negociaciones en que una quiere lo que la otra juzga excesivo y en que ésta concediera sólo lo que la primera considera irrisorio. De ahí el hecho de que el conflicto resuelto y aplacado por un instante estalle nuevamente después de poco tiempo. Los conflictos, las huelgas y los tumultos se suceden continuamente unos a otros, insistentes, imperiosos. Es la revolución que se acerca, suele decirse.

Pero esto es verdad hasta un cierto punto. Es verdad más como deseo que como hecho real. Nosotros hemos hablado — todos hablan — de una situación revolucionaria; pero sería más concreto y más de acuerdo con la verdad llamarla simplemente catastrófica. Es menester, pues, pensar que una catástrofe puede

precipitarse en sentido revolucionario, pero también en sentido reaccionario; y que, si la voluntad humana es impotente para crear determinadas situaciones, llega el momento preciso, el instante fugitivo, en que la resolución en un sentido o en otro de las más importantes crisis históricas depende puramente del predominio de una determinada voluntad.

Para que la revolución triunfe, para que al llegar no sea paralizada, limitada o sofocada de inmediato, para que sea social y humana en el más vasto significado de la palabra es preciso que la voluntad de los hombres intervenga en su dirección para animarla con su espíritu idealista. El choque entre las fuerzas sociales adversas es inevitable; y en este sentido la revolución adquiere hoy, como consecuencia de los hechos pasados y por tanto no evitables ya, un carácter de fatalidad. Pero sería erróneo y funesto hacerse la ilusión de que la fatalidad del choque entre el proletariado y la burguesía, entre el pueblo y el gobierno, implica sin más la fatalidad del triunfo del pueblo y del proletariado en perjuicio del gobierno y de la burguesía.

El triunfo es mucho menos que fatal: será el premio al esfuerzo voluntario realizado. Esfuerzo que necesitamos por consiguiente preparar teniendo antes plena conciencia de lo que se quiere y del camino que se debe seguir para obtenerlo.

II

EL PROBLEMA DEL ESTADO

Todos aquellos que examinan las condiciones en que podría desarrollarse una probable revolución próxima descuidan casi por completo la cuestión del Estado, y por consiguiente las relaciones entre el Estado y la revolución, no sólo antes de iniciarse las hostilidades —cuando no es concebible más relación que la hostilidad y la lucha entre el Estado capitalista y el proletariado revolucionario— sino también aquellas relaciones que deberán establecerse entre la revolución que haya vencido ya la resistencia del antiguo régimen y el gobierno, cualquiera que él fuere, que se llegará muy probablemente a constituir sobre las ruinas del viejo, a partir del primer instante en que este nuevo gobierno se haya constituido.

La poca atención que se concede a esta parte importantísima del desarrollo de la revolución depende de una imperfecta e incompleta valoración del problema del Estado en sí, desde un punto de vista general, no sólo en lo que respecta a la revolución sino también en lo que concierne a todos los acontecimientos históricos actuales y anteriores: error que se ha cometido además por ambas partes, pero con igual resultado de semiceguera, en el estudio de las causas y los efectos de la última guerra mundial. No se vio con suficiente claridad (y se acabó por disminuir su importancia) hasta qué punto y por qué medios la organización de las relaciones e intereses sociales en una constitución estatal, de forma "gubernamental" como dicen los franceses, influye sobre los acontecimientos y los determina en un sentido o en otro.

De aquí la necesidad de reclamar la atención de los lectores sobre este problema, sobre todo para que se advierta claramente el punto de vista desde el cual nosotros examinamos los acontecimientos: punto de vista que nos parece menos imperfecto que los demás, no porque nuestra verdad especial sea mejor que la verdad afirmada por otros, sino porque nosotros agregamos a las otras, sin negarlas, una verdad más. En una palabra, tenemos una comprensión más integral pues afrontamos las cuestiones que nos interesan aun en los aspectos que los demás dejan en plena oscuridad.

* * *

Hay en nosotros dos tendencias naturales que contribuyen a hacernos perder la visión exacta de las cosas y la percepción de las necesidades reales que la revolución debe afrontar: la tendencia a simplificar demasiado todo problema y a reducir las cuestiones más complejas y las causas más diversas a una cuestión y a una causa única, la que más nos impresione; y la tendencia a escoger el camino más cómodo, que presenta menos obstáculos y que ofrece mayores oportunidades para recoger el consentimiento de los adversarios y de los indiferentes, aunque este camino, en realidad, y a pesar nuestro, nos aleje de la finalidad a que aspiramos, o sea con ella *grandemente divergente*.

Son tendencias, por decirlo así, instintivas, que debemos tener en cuenta y no repudiar en una forma demasiado absoluta. Simplificar los problemas significa también hacer posible una acción precisa y decisiva que sería imposible si debieran antes discutirse y resolverse de una manera segura todas las dudas que sucesivamente se nos presentan. Además de esto, la tendencia a escoger el camino menos desagradable responde a la necesidad de la economía de fuerzas, al deseo de alcanzar el máximo de beneficio con el mínimo de esfuerzo. Pero conviene advertir que si nos dejásemos llevar sin freno alguno por estas dos tendencias, explicables por sí mismas y hasta cierto punto útiles, acabaríamos por perder de vista las reales necesidades de la lucha y la finalidad a la que aspiramos con la misma. Trabajaríamos inútilmente, y quizá también por resultados contrarios a los que deseamos.

En medio del movimiento obrero y revolucionario europeo, especialmente en aquel de tendencias socialistas, pero en parte

también entre el elemento anarquista, tal fenómeno de desviación se ha manifestado ya donde hasta ahora no existía y se ha acentuado grandemente donde existía ya, a causa de una mentalidad más accesible a los acomodamientos y a las transacciones formada bajo la presión coercitiva de la guerra. Puesto que la guerra no consentía, con sus gobiernos militares, actitudes demasiado radicales en sentido revolucionario, el esfuerzo por adaptarse lo mejor posible a un ambiente horrible y, a la vez, de reaccionar contra las malvadas fuerzas predominantes, ha influido sobre muchos, determinando un olvido completo de los principios fundamentales de la revolución social.

No aludimos aquí a la desviación de muchos revolucionarios, comprendidos algunos anarquistas, que en Italia, en el período de la neutralidad estatal, tomaron el nombre de "interventistas". La unilateralidad y el posibilismo de la mayor parte de ellos los ha impulsado fuera de la órbita socialista, anarquista o revolucionaria. El mal por ellos suscitado fue muy grande; pero demasiado evidente para que nos sea necesario dar una demostración.

Pero en Italia, desde 1914 se delinó también casi exclusivamente entre los socialistas, que ya estaban predispuestos, y poco o nada entre los anarquistas, otra desviación en sentido opuesto que llamaremos *neutralista* o *pacifista*; la cual durante la guerra fue bastante menos acentuada y peligrosa pero que después de cierto tiempo comenzó a acarrear efectos perjudiciales al movimiento revolucionario, precisamente porque al principio su incoherencia había sido menos advertida.

La aspiración más que legítima a la terminación de la guerra durante el curso de la misma, junto con el deseo de encontrar apoyo entre el mayor número posible de personas, hicieron en aquel período de tiempo aceptables las ideas que oscilaban entre el pacifismo burgués y el neutralismo estatal, ideas unas veces más agudas y otras menos, pero que se inspiraban por lo demás en el concepto democrático y estatal del socialismo autoritario y marxista.

No habría, sin embargo, que extrañarse de que esto se haya verificado solamente entre los socialistas; pero la misma orientación mental fue tomada por algunos que se decían anarquistas, especialmente en Francia y un poco en Alemania. Pero esto no ocurrió, al menos en forma visible y notable, en Italia. Tales

ideas han quedado relegadas para aquellas ocasiones en que se discuten las causas y los efectos de la guerra.

Un síntoma apenas perceptible de desviación se tuvo desde fines de 1914 en el manifiesto "Por la Paz", de Sebastien Faure, de París. En ese manifiesto —bajo otros aspectos valerosísimo e inspirado en los más nobles sentimientos humanos— asomaba ya la idea de que una paz durable se podía conseguir por la buena voluntad de los gobernantes, con la mediación de las potencias neutrales como Italia y Estados Unidos (¡se vio después qué género de intervención... pacífica fue la suya!) y más adelante con la obra de los diplomáticos de los Estados en guerra sentados en torno de la mesa de negociaciones de paz. ¡Lo que son capaces de hacer los diplomáticos en los tratados de paz se vio muy pronto también! Nosotros advertimos en aquella época el error,¹ señalándolo apenas porque otros y más graves eran los errores y los desacuerdos de los cuales entonces era preciso ocuparse; pero en aquel error, apenas inicial y todavía sin importancia, estaba en germen el desconocimiento de la verdad de que no puede esperarse de ningún Estado bien alguno que no sea anulado y superado por otros tantos males.

El mismo desconocimiento encontramos después de seis años, más acentuado y llevado a las últimas conclusiones, sin salir del campo revolucionario, en las declaraciones de un anarquista alemán —Erich Mühsam— que quería justificar su aceptación de la dictadura del proletariado y su entrada en el partido comunista autoritario, porque lo cree *indispensable para la conquista del poder*,² es decir por la razón misma por la que sería aconsejable el más completo repudio del método por él adoptado.

Durante la guerra, tal vez, cierto lenguaje era empleado para dar al movimiento de resistencia contra la contienda una orientación que no lo llevara a estrellarse contra los escollos de la censura y de las disposiciones policiales; pero insensiblemente tal lenguaje acabó por hacer aceptar una fórmula de solución estatal de la guerra que, por simpática que fuese, a nosotros nos constaba perfectamente que su realización era imposible y de ninguna manera revolucionaria y anarquista. Esta tendencia.

¹ En *Volontá*, Ancona, N° 3, del 16-1-1915.

² Revista *Comunismo*, Milán, N° 15, del 1°-5-1920.

aun cuando se ha hecho más atrevida, no ha llegado más allá de la afirmación marxista y social-demócrata de la lucha de clases y del determinismo económico.

* * *

El error principal, en lo que se refiere a las causas de la guerra y a la posibilidad de resolverla con una paz durable, consistía y consiste todavía en considerar la cuestión sin tener en cuenta el problema estatal, siendo indudable en cambio que una de las causas más importantes del gran conflicto reciente ha sido la existencia del Estado, como también que no habrá jamás una paz verdadera y duradera mientras subsista el Estado.

Algunos parecen suponer posible una paz segura y durable dentro de la constitución estatal actual de la sociedad, creyendo que bastarán para garantizarla los pactos, o el recurso del referéndum popular, o el desarme, o una distribución más equitativa de la riqueza, etc. Si tuvieran razón, todos los ideales revolucionarios habrían sido superados o relegados a la impotencia porque la cuestión de la paz o de la guerra en la sociedad humana no puede ser resuelta verdaderamente sin resolver al mismo tiempo toda la compleja cuestión social. La primera solución implica la segunda.

Pero en realidad no es posible resolver la cuestión social, en el sentido de asegurar a todos los hombres el bienestar y la libertad, si se deja subsistir en una forma cualquiera, por una parte, el monopolio de las riquezas y por consiguiente la explotación del hombre por el hombre, y por otra el monopolio del poder, es decir la autoridad coercitiva de unos pocos sobre los demás; si no se liberta la sociedad humana de la doble tiranía del capitalismo y del Estado. El Estado es un organismo que gobierna con la violencia o la amenaza de la violencia por medio de una fuerza que se le ha confiado, no importa cómo, por parte de los ciudadanos, pero a quien todos los ciudadanos deben someterse; es la arbitrariedad codificada tanto en el terreno económico como en el político.

El estudio de las causas de la guerra y de su desenvolvimiento ha demostrado eso suficientemente. De ahí la necesidad de la abolición del Estado y la de una organización social nueva basada en la cooperación libre; finalidad que es, naturalmente, insepa-

rable de la solución socialista o comunista del problema económico, puesto que no podría ser posible una sociedad verdaderamente libre mientras no se asegure a cada uno de sus miembros la satisfacción de sus necesidades materiales. "El socialismo es la base económica y la anarquía es el coronamiento político", solía decir Pietro Gori.

En el primer número de una revista de París que sostiene las ideas socialistas maximalistas de los bolcheviques rusos, un escritor francés, bastante conocido entre los anarquistas, André Girard, decía que "la causa profunda de la guerra, de todas las guerras, puede sintetizarse en el *derecho de apropiación de la tierra y de sus productos*";³ y decía la verdad, pero sólo a medias. Se hubiera debido agregar: y *en el de la apropiación de la libertad*, en cuanto la existencia del Estado implica la confiscación de la libertad de los ciudadanos, pues verdaderamente libres en un régimen autoritario lo son solamente los que mandan, del mismo modo que la existencia del capitalismo implica la confiscación de la riqueza que por derecho pertenece a todos los trabajadores y tan sólo a ellos.

La causa de todos los males sociales, comprendida la guerra, es pues doble: privilegio económico (autoridad del patrón sobre los obreros) y privilegio político (autoridad del gobierno sobre los gobernados).

Reducir toda la historia a la única interpretación materialista, no tomando en cuenta más que el factor económico, es por tanto un error, una semiceguera. Por ejemplo, hay en la guerra últimos aspectos que no se explican bien por el determinismo económico marxista. No todos los imperialismos son predominantemente capitalistas; y los que son capitalistas, no del todo. A menudo y en una mayoría de países la supremacía, o por lo menos la influencia decisiva, está en las manos de los intereses dinásticos, de las intrigas diplomáticas, de los apetitos de las castas burocráticas y militares, etc., que pueden ser englobados bajo el nombre de *intereses estatales*.

Hubo naciones en las que los intereses estatales, al precipitarse los acontecimientos de la guerra, pesaron más que el interés simplemente capitalista; hubo otras en las que los inte-

³ *L'Avenir International*, París, N° 1, enero de 1918.

reses políticos pesaron tanto como los factores económicos; como hubo también algunas, naturalmente, en que estos últimos predominaron de un modo absoluto. Por ejemplo, en ciertos países como Austria, Rusia, Italia, y un poco también Alemania, algunos partidos, castas o gobiernos han visto en la guerra el mejor medio para conquistar, conservar o aumentar el propio poder político e imperialista en el interior y en el exterior.

En cuanto a Italia, a menos que se rebaje el determinismo económico hasta comprender la venalidad de los periodistas y de los políticos, no existió un verdadero interés de carácter puramente económico de la burguesía italiana para hacer la guerra, sino en el sentido de detener por intermedio de la guerra el movimiento socialista y proletario: en suma, un interés eminentemente político. El interés mayor en favor de la guerra ha estado (como tentativa, aunque no hayan sido tales los resultados) de parte de la casta militar, del gobierno, de la monarquía. La guerra fue la consecuencia de las pasadas intrigas diplomáticas, bajamente maquiavélicas, llegadas ya al punto culminante en el que la intervención en el conflicto se hacía una verdadera necesidad, no para el pueblo, ciertamente, ni para la libertad, como charlaban los demagogos del intervencionismo, sino para las instituciones monárquicas. Sólo por medio de la guerra, lo hemos visto ya, tenían éstas por aquel entonces la posibilidad de salvarse de la situación incómoda en que se encontraban colocadas, como entre el yunque y el martillo, entre la hostilidad de los gobiernos extranjeros y la amenaza de la revolución.

El zarismo ruso por su parte vio en la guerra un derivativo para la inminente insurrección de millones de hombres, un medio para salvarse acariciando el paneslavismo de la burguesía y resucitando el sueño imperialista de Pedro el Grande. La corte de los Habsburgo vio la ocasión propicia para prolongar el propio dominio, para establecer sobre más sólidas bases el imperio, agotado ya por la lucha de nacionalidades y asediado en el norte por su mismo aliado germánico. Y también Alemania buscó en la guerra, al mismo tiempo que mercados comerciales y todos los beneficios económicos de que tanto se ha hablado, un medio para consolidar el poder imperial contra las presiones de-

mocráticas y socialistas internas y para realzar con una guerra victoriosa el prestigio, ya decadente, de su casta militar.

Algo muy semejante podría decirse de la Francia "agredida", la cual no es menos responsable que los otros países del desencadenamiento de la guerra. Todos saben que la elección de Poincaré a la presidencia de la república significó la entrada en el poder del partido de la guerra, no solamente por razones capitalistas sino también en interés de la casta militar que calladamente, poco a poco, había venido tomándose la revancha del asunto Dreyfus y con algún ex dreyfusista a la cabeza había reconquistado las más altas cumbres de la política francesa. Por lo demás, a fines de 1898, Piotr Kropotkin hacía observar que la alianza franco-rusa, a la que se debe en parte la guerra, era fruto del "cesarismo" reaccionario y del militarismo francés, así como también las intrigas cortesanas de Londres, de Petersburgo y de Berlín:⁴

Si en Alemania y en Francia las razones "estatales" de la guerra se equilibran con las económicas (también las cuestiones coloniales que han contribuido por su parte a provocar la guerra son frecuentemente de carácter militar y político mucho más que económico); si en Rusia, Austria e Italia fueron preeminentemente razones estatales, es preciso recordar que al contrario el factor económico de la guerra fue fundamental para Inglaterra y Estados Unidos. Especialmente en lo que concierne a Inglaterra vale la pena recordar lo que en 1912 escribía Kropotkin, que debía después desconocer completamente tales verdades:

Celosa de mantener su supremacía en los mares, celosa sobre todo de conservar sus colonias para la explotación por parte de sus monopolizadores, irritada por los éxitos de la política colonial del Imperio Alemán y por el rápido desenvolvimiento de su marina de guerra, Inglaterra redobla los esfuerzos para tener una flota capaz de quebrantar de un modo seguro a la flota alemana... La burguesía inglesa quiere hacer hoy, con Alemania, lo

⁴ Ver *Les Temps Nouveaux*, París, año IV, del 3-12-1898 al 25-2-1899, artículos "Le Cesarisme" y "L'Alliance franco-russe". En estos artículos se encuentra en germen el error que debía conducir a Kropotkin, en 1914, a tomar su desdichada actitud favorable a la posición de los aliados en la guerra; pero en ellos se encuentran muy bien aclarados también los orígenes "estatales" de la guerra en lo que se refiere a Francia y a Rusia.

que ya hizo dos veces para detener, durante cincuenta años o más, el desenvolvimiento de la potencia marítima rusa; la primera en 1855, con la ayuda de Turquía, de Francia y del Piamonte, y la segunda en 1904, lanzando al Japón contra la flota rusa y sus puertos militares en el Pacífico. Y es así como desde hace dos años vivimos en constante aprensión por temor a una colosal guerra europea que puede estallar de un momento a otro.⁵

* * *

Pero no nos extendamos sobre esto. Hemos indicado apenas las causas complejas de la última guerra sin pretensión alguna de hacerlo de un modo definitivo ni aun lejanamente suficiente. Hemos dado el nombre de algunas naciones sólo para simplificar; pero hechas las debidas proporciones y excepciones —en cuanto de Estado a Estado hay siempre, en todo, ciertas diferencias— todos comprenderán bien que... ¡el mundo entero es igual!

No queremos, por otra parte, que se nos entienda mal. Hablando del factor *estatal* de la guerra, como de cualquier otro acontecimiento histórico, no hablamos de algo separado, distinto y que se encuentre siempre y por fuerza en oposición al factor *económico*.⁶ Uno y otro se asocian, se entrelazan y frecuentemente son inseparables aun ante los ojos de los más meticulosos investigadores de distinciones. Es esto, tal vez, lo que hace posible y superficialmente aceptable el error de los ultramarxistas, los cuales simplistamente sólo ven en toda la historia humana, según las palabras de F. Engels, “nada más que la expresión, más o menos clara, de la lucha entre las clases sociales”⁷; la existencia de otros factores es, según ellos, una derivación y un efecto, mientras que en realidad éstos no son a menudo más que causas concomitantes. Pero esto no impide que ya uno, ya otro de estos factores históricos adquiera el predominio.

Como ejemplo de la variación, en el tiempo, de la importancia

⁵ P. Kropotkin, *La Scienza Moderna e l'Anarchia*, pp. 210-211. [En castellano: *La ciencia moderna y el anarquismo*, Valencia, Edit. Sempere, s/f. Traducción de Ricardo Mella.]

⁶ No debiendo hacer aquí un estudio sobre todos los factores de la guerra, hemos hablado solamente de los dos más importantes y fundamentales. No ignoramos, se comprende, que hay muchos otros —morales, psicológicos, etc.— nada indiferentes ni descuidables por cierto.

⁷ Prefacio a *Il 18 Brumaio de Luigi Bonaparte*, de Karl Marx.

recíproca de los diversos determinantes históricos se recordará que al principio de la guerra y hasta cerca del estallido de la revolución rusa, las razones de carácter económico aparecían como predominantes en el oeste, mientras que las otras, políticas e imperialistas, dominaban en el este. Después el fenómeno pareció trastocarse, pero en todas partes ambos factores continuaron coexistiendo. Esto no lo vieron, en el estudio de la guerra, los marxistas que han descuidado siempre extremadamente el problema del Estado, subordinándolo de un modo excesivo —(aun en los casos en que era el fundamental) como menos importante y de él dependiente— al problema de la propiedad.

Los intereses económicos han influido bastante, por cierto, en el estallido de la guerra después de haberla preparado; podría decirse también, en líneas generales, que han influido predominantemente. Pero si paralelamente a ellos no hubieran ejercido su presión los intereses estatales y políticos, los primeros quizás no habrían sido suficientes (al menos en algunas naciones), aun por el hecho de que en todos los países a los intereses que podían ser favorecidos por la guerra hacían oposición otros intereses no menos formidables que debían verse perjudicados por el estallido de la contienda. Pero en contra de éstos y en beneficio de aquellos, por intereses específicos propios, se determinaron los respectivos gobiernos haciendo inclinar la balanza con el peso de su espada de parte de la guerra. Que después algunos gobiernos hayan errado en sus cálculos y hayan recogido de la guerra frutos bastante amargos como Alemania, Rusia, Austria, Italia, y otros, no tiene mucha importancia.

De las causas dinásticas, estatales, imperialistas y no eminentemente capitalistas de la guerra se han ocupado con preferencia en todos los países ciertos escritores con el fin de legitimar la guerra desde el punto de vista del propio gobierno; pero todos descubrieron estas causas en lo referente a los gobiernos enemigos, ignorándolas en lo concerniente al propio. Decían también verdades parciales; pero uniéndolas en conjunto resulta una verdad general bastante completa para servirnos de guía en la comprensión del complejo de la guerra. El error mayor de esos escritores no fue el de revelar la infamia y la responsabilidad de algunos gobiernos ultrafronterizos, sino el de limitar a aquellos solamente la propia crítica apasionada.

Cuando después ellos mismos, basándose en sus argumentos unilaterales, prometían que una victoria de parte de sus gobiernos predilectos traería como consecuencia que aquella fuese la "última guerra", si eran sinceros al decir tal cosa, soñaban verdaderamente con los ojos abiertos.

Indudablemente la guerra de 1914-18, de la que todavía perduran signos tan sangrientos, dolorosos y amenazadores, aun cuando todo se haya calmado, dejará tal vacío y abatimiento, tal espanto y asco tal, y tan grande necesidad de reposo, que es fácil prever la posibilidad de un largo período de paz. Pero creer semejante paz verdaderamente durable y compatible con la existencia del Estado es una ilusión. Todos los proyectos de desarme, de arbitraje obligatorio, de Sociedad de las Naciones, de los Estados Unidos de Europa, o del mundo, etc., son castillos en el aire que se sostendrán como ilusiones hasta que los pueblos hayan olvidado la lección actual (y para esto sólo se necesitará que pasen dos generaciones), y mientras nuevos intereses capitalistas y estatales en conflicto no vean su único camino de salvación en una nueva guerra.

Las mismas causas no pueden dejar de producir los mismos efectos. Como todo lo que ha ocurrido de horrible y de desastroso en estos últimos cinco años era lógicamente previsible e inevitable dada la constitución estatal de la sociedad humana, así una paz "justa y duradera" no podrá establecerse más que con una solución en sentido libertario del doble problema de la propiedad y del Estado, es decir cuando a los hombres les sean asegurados el pan y la libertad por la socialización y por la comunidad de todos los bienes y la organización de la sociedad sobre las bases de la asociación voluntaria.

Una solución parcial de la cuestión social no sería suficiente ni definitiva para volver a dar a la humanidad la paz que desea. Tampoco una forma de socialismo de Estado que resolviese el problema del pan para todos —si fuera capaz— pero que dejase en pie, bajo cualquier otro nombre, los diferentes gobiernos, no aseguraría la paz porque la constitución estatal implicaría siempre la existencia o la formación de intereses colectivos para cada Estado y de intereses personales para los individuos en el poder, intereses que pueden hacerse, y se harían ciertamente con el tiempo, antagónicos, y por lo tanto constituirían una nueva fuen-

te de conflictos futuros entre gobernantes y gobernados, entre un gobierno y otro, entre uno y otro Estado.

Una prueba anticipada del antagonismo que puede crearse entre naciones y naciones (antagonismo que involucra también los intereses, no importa si ilusorios o reales, de las clases oprimidas, que serán las clases dominantes del porvenir) la hemos tenido durante la guerra en la política adoptada por la casi totalidad de las asociaciones de oficio y por muchos partidos socialistas de todos los países. Los laboristas americanos e ingleses, los obreros organizados alemanes y austriacos, los sindicalistas franceses y con ellos los partidos socialistas franceses, alemanes y austriacos, aceptaron el punto de vista guerrero de sus propios gobiernos sobre todo porque vieron o creyeron ver que su interés de clase, presente y futuro, coincidía con el interés —sobre el terreno de la guerra— de sus propias clases dirigentes.

Estas grandes asociaciones autoritarias y legalitarias de trabajadores son ya, en miniatura, los Estados socialistas centralistas del mañana y participan desde ahora de los defectos inherentes a toda forma de Estado o gobierno, llámese éste Monarquía o República, Democracia parlamentaria o constituyente, Dictadura militar o Dictadura del proletariado, Comité de salud pública o Comisariado de los soviets.

El grave error de las diversas corrientes socialistas, exclusión hecha de la anarquista, consiste en no ver clara esta cuestión del Estado. Algunos la descuidan, aun rechazando toda idea de socialismo de Estado; otros ven en el Estado un organismo que debe ser conquistado, útil para administrar la sociedad socialista futura; otros, todavía, que por sus aspiraciones finales se acercan más a los anarquistas, odian al Estado pero lo reputan un simple engranaje de la máquina capitalista que caerá con la destrucción de ésta como una hoja seca en el otoño. Estos últimos, por consiguiente, creen también inútil preocuparse por el problema estatal. Este descuido hace que en ellos se desarrolle poco el sentimiento de libertad o que a su partido sean atraídos muchos elementos antilibertarios. La conquista de la libertad es para ellos una palabra vacía de sentido. A veces llegan a ver en la libertad una fuerza antagónica con el socialismo. Según ellos es inútil, poco científico y utópico preocuparse por la con-

quista de la libertad que "vendrá por sí" con la solución de la cuestión económica.

Desde el tiempo en que Marx atacaba a Proudhon, los socialistas demócratas han tratado siempre como "preocupaciones pequeñoburguesas" las reivindicaciones libertarias de los anarquistas contra el Estado; y Felipe Turati, de acuerdo con Plejanov, definía en 1893 al anarquismo como "una exageración y una exasperación del individualismo burgués". Lo que, aparte de la forma despectiva, es en el fondo una verdad por cuanto los anarquistas llevan a las últimas consecuencias posibles, lógicas y prácticas la idea de libertad de las revoluciones pasadas, que hasta aquí ha permanecido como inútil expresión literaria o exclusivo privilegio de las clases dominantes. Pero el desprecio con que los social-demócratas hablan, sólo disimula mal una instintiva aversión hacia la libertad, hacia la verdadera libertad, que no puede ser confundida con la libertad de votar y de morir de hambre bajo el régimen capitalista.

Para los anarquistas, quienes consideran la conquista de la libertad tanto o más importante que la conquista del pan, el Estado es un enemigo no solamente porque es hoy el hermano gemelo del capitalismo, no solamente porque es el agente de negocios de la burguesía y el perro de guardia de la propiedad privada (como suelen decir los marxistas enunciando apenas la mitad de la verdad), sino porque es nocivo y tiránico por sí mismo, independientemente de sus funciones de aliado y puntal de las clases explotadoras.

* * *

El Estado —es decir la institución gubernativa que hace las leyes y las impone por medio de la fuerza coercitiva, con la violencia o la amenaza de la violencia— tiene una vitalidad propia y constituye con sus componentes estables o electivos, con sus funcionarios o magistrados, con sus gendarmes y con sus clientes, una verdadera y propia clase social aparte, dividida en tantas castas cuantas sean las ramificaciones de su poder; y esta clase tiene sus intereses especiales, parasitarios o usurarios, en conflicto con los de la colectividad restante que el Estado pretende representar.

Este enorme pulpo es el enemigo natural de la sociedad, de la cual absorbe su alimentación. Aun en un régimen capitalista,

donde el Estado es el aliado natural y la garantía material, armada, de los privilegios económicos, no son solamente los trabajadores conscientes quienes ven en el Estado un enemigo; también una parte de la burguesía siente aversión por el Estado, pues ve en el gobierno un competidor que le roba con el fiscalismo una parte de sus beneficios y le impide desarrollar y ejercer más allá de ciertos límites su función explotadora. Baste recordar, a tal propósito, ciertas filípicas contra el Estado de Bastiat, Spencer, y otros, que no fueron precisamente anarquistas.

Estos escritores burgueses, sin embargo, no llegan a las últimas conclusiones de su crítica; consideran al Estado un mal, *pero un mal necesario*. Se comprende que ellos lo reputen necesario... para defender contra los trabajadores el privilegio de la propiedad. Semejantes sociólogos burgueses quieren restringir y limitar las funciones del Estado a las de simple vigilancia armada de la propiedad; y por consiguiente se guardan bien de patrocinar su abolición.

Pero ellos caen en un grave error. El Estado, siendo un depositario de la mayor fuerza física y material, tiene demasiado poder en sus manos para adaptarse a ser el simple guardián del capitalismo y estar a sus órdenes. El capitalismo tiene por su parte en el Estado un aliado mucho más potente que él mismo, que divide con él los despojos de la explotación y de la opresión en daño de las clases oprimidas; pero el Estado da, frente a los hechos, pruebas de la independencia de su aliado, y no es raro el caso —en circunstancias especiales y cuando la estupidez de los súbditos lo permite— de que busque en los mismos explotados, ó en ciertas categorías de éstos, una ayuda en perjuicio de una parte de la clase explotadora para poder mantenerse así en el poder contra los rivales por ésta preferidos.

Naturalmente son litigios que pronto se arreglan en daño de los trabajadores. Capitalismo y Estado no tardan en volverse amigos, como los proverbiales ladrones de Pisa. Pero esto no lo comprenden los socialistas autoritarios; o, por lo menos, aun comprendiéndolo derivaron quizá de los pasajeros conflictos entre el Estado y el capitalismo parte de sus ilusiones de poder servirse útilmente del Estado en la lucha contra la explotación, así como también de convertirlo en el porvenir, mediante su con-

quista, en el supremo gestor de la propiedad socializada. Grave error es este —igual, si bien en sentido opuesto, al error de los críticos burgueses del Estado— aunque sus intenciones sean las de limitar el poder del gobierno, eliminar algunas de sus actuales atribuciones, herir al pulpo en algunos de sus tentáculos; y sigue siéndolo aun cuando se tenga la esperanza de que las funciones del Estado desaparezcan después de que haya, con la fuerza de su autoridad, suprimido el privilegio económico.

¡Intenciones ilusorias y vanas esperanzas!

Herir el pulpo estatal en algunos de sus tentáculos dejando vivos los otros significaría verlo renacer siempre más amenazador; no herirlo directamente en la cabeza, sino limitarse a asaltar al capitalismo aliado suyo, sería condenarse al trabajo de Sísifo. “Si el capitalismo fuese destruido y se dejase subsistir un gobierno, este gobierno mediante la concesión de toda suerte de privilegios lo crearía de nuevo porque, no pudiendo satisfacer a todos, tendría necesidad de una clase económicamente poderosa que lo apoyase a cambio de la protección legal y material que recibiera.”⁸

No se debe decir —escribía Errico Malatesta hace más de veinte años— que cuando dejen de existir las clases privilegiadas el gobierno no podrá ser otra cosa que el órgano de la voluntad colectiva; los gobernantes constituyen por sí mismos una clase, y entre ellos se desarrolla una solidaridad de clase mucho más poderosa que la existente entre las clases fundadas sobre privilegios económicos. Es verdad que hoy el gobierno es el siervo de la burguesía, pero no precisamente porque sea Gobierno, sino porque sus miembros son burgueses; por otra parte en cuanto es gobierno, él, como todos los criados, engaña a su patrón y lo roba.

El que está en el poder quiere permanecer allí y quiere a cualquier precio hacer prevalecer su voluntad, y puesto que la riqueza es un instrumento efficacísimo de poder, el gobernante, si no abusa también y no roba personalmente, fomenta a su alrededor el surgimiento de una clase que le deberá sus propios privilegios y que estará interesada en su permanencia en el poder. Los partidos de gobierno son en el campo político lo que son las clases poseedoras en el campo económico.

... Propiedad individual y poder político son los dos anillos de la cadena que oprime a la humanidad. No es posible libertarse de uno de ellos sin libertarse del otro. Abolir la propiedad individual sin abolir los gobiernos y

⁸ “Il programma anarchico”, aprobado por el Congreso de Bolonia de la Unión Comunista Anárquica Italiana (1º-4 julio 1920).

aquella se reconstituirá por obra de los gobernantes. Abolir el gobierno sin abolir la propiedad individual, y los propietarios reconstituirán el gobierno.

Cuando Engels decía —tal vez para resguardarse de la crítica anarquista— que desaparecidas las clases el Estado, propiamente dicho no tiene más razón de ser y se transforma de gobierno de los hombres en administración de las cosas, no hacía más que un vano juego de palabras. Quien tiene el dominio sobre las cosas tiene el dominio sobre los hombres; el que gobierna la producción gobierna a los productores; quien mide el consumo es el señor de los consumidores.

El problema es éste: o las cosas son administradas según los libres pactos de los interesados y por parte de los interesados mismos, y en tal caso se realiza la anarquía, o las cosas son administradas según las leyes hechas por los administradores, y entonces existe el gobierno, el Estado, que fatalmente se vuelve tiránico.⁹

Una prueba, por lo demás, de que con el socialismo autoritario que deja en pie al Estado es posible e inevitable que subsistan las formas de explotación es ésta: cuando los social-demócratas han querido concretar una forma de organización económica futura idearon el colectivismo, que es aquella forma de salariado dependiente del Estado que criticó tan bien Kropotkin en un capítulo muy conocido de su *Conquista del pan*.¹⁰ ¿No es acaso verdad que los socialistas han tomado como verdadera “quintessencia del socialismo” a aquel ideal de cuartel germánico, expuesto bajo ese mismo título en un pequeño volumen, reproducido y traducido por obra de los socialistas en todos los países, debido a la pluma nada socialista, sin embargo, de Schaeffle?¹¹ ¿Se diría que hasta en las construcciones ideológicas —donde es bastante más fácil que en la realidad conciliar lo inconciliable— les es a los socialistas imposible imaginar una completa emancipación económica y una verdadera libertad de los trabajadores de la tutela del Estado!

“La humanidad se ha dejado gobernar mucho tiempo, demasiado tiempo; y la fuente de sus desgracias no reside en ésta o en

⁹ Periódico *L'Agitazione*, Ancona, del 15-5-1897, artículo “Lo Stato Socialista”.

¹⁰ Piotr Kropotkin, *La conquista del pan*, Capítulo “El asalariamiento colectivista”. [Edición argentina: Américalee, 1957.]

¹¹ A. Schaeffle, *La quintessenza del socialismo*. (Publicado en Italia por la “Critica Sociale”, de F. Turati; en Francia por la “Bibliothèque Socialiste” de Cornely).

aquella forma de gobierno, sino en el principio y en el hecho mismo del gobierno, cualquiera que sea.”¹² Así se expresaba Bakunin a fines de 1871. Ni los años transcurridos desde entonces ni el desarrollo, que a nuestro espíritu acongojado pareció más largo todavía, de la guerra mundial han demostrado que Bakunin estuviera equivocado. Muy lejos de ello, han demostrado lo contrario y han consolidado e iluminado con más viva luz esa verdad de Bakunin.

En esa verdad consiste la base fundamental, la característica principal del anarquismo. He ahí por qué los anarquistas no cayeron —salvo raras excepciones— durante la última guerra en el error de desconocer que la paz de los gobiernos no podría nunca ser la paz de los pueblos; he ahí también por qué en realidad si los anarquistas eran contrarios a la guerra no lo eran porque fuese una guerra, sino porque *no era la guerra de ellos*, porque no era la santa guerra por la libertad y por el proletariado.

* * *

La lucha contra el Estado, como contra toda forma de autoridad coercitiva y violenta del hombre sobre el hombre, en nombre de la libertad individual, en pro de la formación de una sociedad nueva basada en el mutuo acuerdo, es la razón de ser del anarquismo. Y en tanto que los anarquistas son socialistas, tienen también la misión de combatir el capitalismo, *ça va sans dire*; pero su función específica, como anarquistas, es la de combatir la autoridad estatal, no sólo en sus manifestaciones inherentes al régimen capitalista sino también en su propia esencia constitutiva del Poder gubernamental.

Descuidando tal función, se podrá ser demócrata, socialista, sindicalista, lo que se quiera, pero no se puede ser anarquista.

Si esta idea sobre el Estado y sobre la función del anarquismo fuera una exhumación doctrinaria, apartada de la realidad y con un carácter puramente académico, se tendría razón para postergarla mientras todo un mundo se derrumba en torno nuestro en la crisis más enorme que haya trabajado a la humanidad. Pero se trata en cambio de ideas que tienen su demostración práctica día a día, de las que se puede extraer, según sean se-

¹² Mijail Bakunin, *Oeuvres*, t. IV, p. 252.

guidas o no, una línea de conducta buena o mala. Ellas constituyen la brújula orientadora a través de la tempestad, evitando los escollos y el naufragio, hacia el puerto seguro de la verdadera paz humana.

La idea anarquista, antiestatal y revolucionaria, es la mejor guía para una acción verdaderamente eficaz, inmediata o futura, tendiente a la liberación del proletariado de su esclavitud; y es al mismo tiempo el mejor punto de vista para juzgar los acontecimientos y las situaciones que se van sucediendo y que se delinearán rápidamente bajo nuestros ojos. Aquellos que durante la guerra no tuvieron o perdieron esta brújula en el pensamiento o en la acción acabaron desorientados, no viendo la realidad en su complejidad o perdiéndola de vista, no sabiendo ni aun qué querían, y cediendo a cada instante a las sugerencias más distintas del momento, como una barca sin remos y sin timón que los vientos y las olas impulsan ya hacia un lado, ya hacia otro.

Aparte de aquellos que se hicieron partidarios de los gobiernos beligerantes hundiéndose en el peor de los naufragios, hubo otros que (como ya hemos dicho) se desviaron en sentido opuesto. Algunos, conmovidos por la voz simpática y altamente humana de Romain Rolland, llegaron a soñar posible una paz organizada por los gobiernos. Otros, admirando con razón la intrépida iniciativa socialista de Zimmerwald y Kienthal, que tuvo en efecto un extraordinario valor moral y civil, no advirtieron sin embargo que “Zimmerwald ha querido volver a la Internacional como existía antes de 1914”¹³ y adhirieron a ella sin más trámites; a pesar de que en Kienthal se reafirmó la táctica autoritaria y la lucha por la conquista del poder político, táctica que había ocasionado en gran parte el fracaso de la Internacional socialista en 1914. Otros aun redujeron todo su espíritu revolucionario a los mínimos términos de la intransigencia socialista, dentro de la órbita de la política estatal, encerrándose en las ideas de Marx y de Jaurés. Y no hablemos de aquellos a quienes una deficiente valoración del problema del Estado y las supersticiosas ilusiones sobre la democracia de su

¹³ Palabras de Errico Malatesta en una carta a A. Borghi. (*Guerra di Classe*, Florencia, 11-11-1917.)

propio país hicieron creer por un instante, hacia fines de 1913, que la defensa de la libertad pudiese identificarse en Francia, por ejemplo, con la defensa de un ministro sin escrúpulos como Malvy, el cual se había valido de los peores sistemas de espionaje, de soborno y de venganza contra la clase obrera a fin de corromper a sus hombres.

Todas estas consecuencias de la desorientación producida por la guerra o por el descuido o el desconocimiento del problema estatal no se advierten ahora, porque cesaron o se agotaron en sí mismas o bien porque fueron superadas y anuladas por los acontecimientos sucesivos. También el socialismo de Zimmerwald, esa luz que brilló por un momento tan viva y benéfica, hoy ha palidecido y no tiene ya más que un valor de recuerdo histórico. La revolución rusa, con su sorprendente desarrollo, lo ha sobrepasado.

Pero la revolución rusa misma, con el prestigio de su éxito y la sugestión de misterio en que el bloqueo estúpido de la burguesía occidental la colocó por tres años, ha propagado, bajo otra forma, el error autoritario y estatal por todo el mundo. El experimento de la "dictadura proletaria", que no ha terminado aun en Rusia, tiene ya ante los ojos de muchos revolucionarios el valor de una verdad adquirida y definitiva; y éstos, entre los cuales hay algunos que antes la rechazaban, aceptan sin más la idea del Estado como un instrumento revolucionario. La revolución rusa los ha embriagado de gozo, como por otra parte nos ha embriagado a todos. Pero la deficiente valoración del problema del Estado les impide ver con claridad en los grandiosos acontecimientos del oriente europeo; y por esto han perdido de vista el interés verdadero de toda revolución, que consiste en dejarla libre de todo lazo legal y estatal. Esclavos del hecho realizado, no advierten que en los hechos está precisamente la demostración de que la conquista del poder puede tener consecuencias contrarrevolucionarias a pesar de las más revolucionarias intenciones de los hombres detentadores del gobierno; pues todo gobierno es un principio de reacción, aunque se diga democrático, obrero o socialista; y los gobernantes con mejores intenciones de ser útiles a la revolución son condenados a la impotencia, o bien a obrar en gran parte en contra de sus propias ideas.

La revolución social por medio del Estado es una contradicción en términos, pues no tratándose de sustituir una dominación por otra, como ha ocurrido en las revoluciones pasadas, sino de abolir todo dominio del hombre sobre el hombre, es el mismo poder gubernamental el que es menester abolir, y por lo tanto combatir como a un enemigo. La revolución consiste, pues, en una lucha continua contra el Estado en tanto que éste persista y bajo cualquier forma que se presente; en obstaculizar su funcionamiento, en disminuir en lo posible su poder y sus atribuciones, y no por cierto en confiarle justamente a él las funciones más delicadas de la vida social y el desarrollo de la misma revolución que debiera destruirlo.

La dictadura, que es el Estado bajo forma de gobierno absoluto y centralizado, aunque tome el nombre de proletaria o revolucionaria es, pues, potencialmente, la negación de la revolución. Después que las viejas dominaciones han sido abatidas, ella es aún el Estado tiránico que renace de sus propias cenizas.

III

DEL SOCIALISMO AUTORITARIO AL COMUNISMO
DICTATORIAL

Después de la revolución rusa, el problema del Estado en la revolución debe ser estudiado en su aplicación más rigurosa, la que toma el nombre de *dictadura*, puesto que la gran mayoría de los socialistas, que hoy piensan en la revolución como en algo posible y próximo han concretado en la fórmula "dictadura revolucionaria del proletariado" las ideas del socialismo autoritario por ellos propagadas desde la época de Marx en adelante.

Antes de 1917 esos mismos socialistas no tenían ideas muy claras al respecto y muchos de ellos hablaban indiferentemente de constituyente revolucionaria, de dictadura proletaria, de república social, etc., sin ver, entre las diversas expresiones, diferencias o contradicciones demasiado evidentes. Los hechos, desde 1917 en adelante, han obligado a los socialistas a precisar sus ideas; y ellos, bajo la influencia de la revolución rusa, las han concretado siguiendo la pauta de aquellas que parecen haber tenido en Rusia la mejor fortuna. Hay, es verdad, otros socialistas que no aceptan la idea dictatorial de la revolución: algunos, bastante pocos, de extrema izquierda, que se acercan más a los anarquistas¹ por tener las mismas preocupaciones liberta-

¹ Hemos hablado con más de un maximalista que rechaza la idea de dictadura. Entre ellos Errico Leone, que la llama ilusoria y, en su significado literal e histórico, inaceptable; él cree que Marx aceptó la expresión "dictadura proletaria" sólo para dar mayor eficacia pedagógica a la idea de la fuerza proletaria en el ejercicio de su función revolucionaria. (Ver *Il Lavoratore*, Trieste, 22-5-1920.)

rias que éstos; otros, más numerosos, del ala derecha, que todavía piensan en un desarrollo gradual revolucionario a través de experimentos democráticos sociales, por medio de la constituyente, de las colaboraciones burguesas, etcétera.

De la constituyente hablaremos aparte, como de una forma distinta de desenvolvimiento revolucionario pero siempre autoritaria, siempre sustancialmente dictatorial. Por ahora queremos ocuparnos de la idea de "dictadura del proletariado", que ha alcanzado el mayor éxito, sea en los hechos de Rusia, sea en el consentimiento espiritual de la gran mayoría de los socialistas revolucionarios de todo el mundo; además vemos en ella, por ahora, el germen que podría matar en su nacimiento a la revolución social, o bien detenerla, limitarla y desviarla en su desarrollo.

Para estudiar la idea de la dictadura no podemos prescindir de lo que aconteció y acontece aún en Rusia, donde el experimento dictatorial de la revolución se va desenvolviendo; ni podemos ignorar las ideas que la informan ni pasar por alto a los "bolcheviques" rusos, que constituyen allí el partido dominante y de gobierno. Esto implica un derecho de crítica del cual nosotros nos hemos inhibido hasta aquí voluntariamente por un sentido de oportunidad revolucionaria, pero que ahora estimamos que puede ser ejercitado sin peligro de ser mal interpretado y peor explotado por los enemigos de la revolución.

La Rusia revolucionaria ha vencido las dificultades exteriores que, con el bloqueo y la guerra, le creaban los Estados capitalistas que oprimen a las naciones occidentales. Por consiguiente, su seguridad actual no sólo nos restituye el derecho de crítica sino que nos impone el deber de ejercerla, que es nuestro deber específico de defensores de la libertad en el socialismo y en la revolución. Mientras en Rusia la revolución estaba en peligro, nosotros, sin renunciar a nuestras ideas y sin dejar de ajustar a ellas nuestra propaganda y nuestra actividad, considerábamos como principal deber nuestro la defensa de la revolución rusa contra todos los ataques, las difamaciones y las calumnias de la burguesía, así como también que debíamos ante todo solidarizarnos con la revolución, cualquiera fuese su orientación, contra nuestros gobiernos capitalistas que la asediaban

con el bloqueo del hambre y la agredían militarmente, a traición, por todas partes.

Ahora que estos peligros han desaparecido casi por completo debemos ocuparnos de la revolución rusa recobrando nuestra libertad de crítica, libertad propia de todo movimiento de minoría, aun en el seno de la revolución, que es una condición esencial de progreso para la revolución misma. Tal crítica no tiene un carácter apriorístico de hostilidad que le busque pelos a la rana para encontrar a la fuerza algo malo que decir; es más bien un estudio de los hechos comprobados desde el punto de vista revolucionario, que nos guíe y nos haga comprender cuáles actos y hechos de la revolución resultaron útiles y cuáles resultaron nocivos; cuáles de estos últimos pudieron ser evitados o no; cuáles trajeron beneficios a la causa de la libertad y del bienestar para todos y cuáles al contrario originaron perjuicios. Y esto, no para una inútil recriminación posterior, sino más bien para esforzarnos en comprender cómo, dadas ciertas causas, fueron inevitables ciertos efectos y por consiguiente ciertos errores. Los cuales no pueden ser reconocidos como tales, a menudo, sino después de haberse realizado la experiencia.

Los frutos de la experiencia rusa no deben ser inútiles. Puesto que en nuestros países es de prever, tarde o temprano, el desarrollo de acontecimientos revolucionarios, el estudio crítico de la revolución rusa es de inmensa importancia, no para un fin fríamente cultural sino para que los revolucionarios occidentales puedan regular su acción a fin de evitar los errores que la experiencia rusa haya podido eventualmente poner en claro.

* * *

Desgraciadamente estamos demasiado poco informados sobre lo que sucede en Rusia; y todo lo que sabemos nos llega a través de fuentes que no dan fe de suficiente objetividad. Los periódicos burgueses están llenos de noticias sobre Rusia, pero tan evidentemente falsificadas, de tal modo tendenciosas y saturadas de odio, que no pueden ser tomadas en serio de ninguna manera. Aunque alguna vez haya en ellas un poco de verdad, es tan difícil distinguir las de la mentira y resultan tan poco seguras que es imposible extraer de ellas una argumentación o una enseñanza cualquiera.

La prensa socialista es infinitamente de más confianza y nos basamos, en nuestras discusiones, casi exclusivamente sobre lo que ella nos narra. Por lo menos es sincera y movida por sentimientos en gran parte semejantes a los nuestros, es desinteresada en cuanto defiende los intereses de un partido o de una idea, pero no con el bajo y mercenario móvil de los asalariados del periodismo burgués. Sin embargo, a pesar de ser más atendida y simpática, tampoco la prensa socialista es objetiva; ella tiende, al contrario de la prensa burguesa, a mostrar que en Rusia todo procede del mejor modo posible y según sus propias ideas; y está inclinada naturalmente a ver los hechos bajo una luz parcial y a no ver en cambio aquellos otros hechos que contrastan con su tesis.

Especialmente sobre los hechos que más nos interesan a los anarquistas, la prensa socialista nos tiene completamente, o casi por completo, en la obscuridad: me refiero a las relaciones entre el gobierno bolchevique y la oposición revolucionaria (socialistas revolucionarios de la izquierda, anarquistas, maximalistas inmediatistas), a las relaciones entre los soviets y el gobierno central, al funcionamiento de la policía y de los varios órganos ejecutivos, etc. Es decir, conocemos las relaciones teóricas, la diversidad de ideas, las relaciones establecidas en las leyes y en los reglamentos, las funciones legales de los varios órganos, etc., pero carecemos completamente de una exposición del modo en que tales relaciones, teorías y funciones se traducen en hechos, cuáles son practicadas y cuáles son letra muerta, cuáles han sido sus resultados, etc.

No llega hasta nosotros absolutamente voz alguna que no sea la oficial del gobierno bolchevique y de sus secuaces, o bien de la oposición burguesa y reaccionaria.² Hasta hace más de un año, por ejemplo, se sabía que existían en Rusia periódicos anarquistas, diarios, semanarios y revistas; pero desde hace un tiempo no vemos más señales de ellos por ninguna parte. ¡Sin em-

² Esto era verdad en 1919-20. Hoy ya no es así. Muchos anarquistas de diversas nacionalidades han estado en Rusia y muchos anarquistas rusos han venido hacia aquí; entre todos ellos nos han documentado bastante sobre la vida social y revolucionaria en aquel país. Pero ningún elemento nuevo ha venido a desmentir las ideas sostenidas en este libro; por el contrario, han surgido nuevas pruebas en sustento de su tesis (1922).

bargo los anarquistas, que desde 1905 en adelante se han multiplicado rápidamente por toda Rusia y que fueron un potentísimo coeficiente revolucionario tanto en marzo como en octubre de 1917, no pueden haberse volatizado completamente! Es verdad que si tuviésemos una fuente anarquista de información y nos basásemos sólo en ella seríamos siempre igualmente unilaterales y estaríamos en peligro de caer en erróneas apreciaciones; pero ella nos sería utilísima para completar el material informativo y documental y aun como elemento de confrontación y de control. En cambio su ausencia es perjudicial para una seria valoración de los hechos, en cuanto carecemos propiamente de la única fuente en que podríamos depositar más fe, porque los problemas que más interesan a los anarquistas son tratados por los demás con toda indiferencia y, a menudo, hasta son ignorados por completo.

No podemos saber qué es lo que impide que la voz de los anarquistas llegue desde Rusia hasta nosotros; preferiríamos inculpar al bloqueo de la Entente que traba las comunicaciones a cuantos no tienen los medios poderosos del gobierno ruso para romper o atravesar el "cordón sanitario". Ciertamente, si se agregase a tal impedimento el creado por el gobierno bolchevique, éste prestaría un pésimo servicio no sólo a nosotros y a la verdad sino sobre todo a la revolución y a sí mismo: pues ello podría dar la impresión de que toda voz anarquista, toda oposición revolucionaria es sofocada e impedida por el gobierno leninista, lo que nosotros esperaríamos y deseáramos que no fuera cierto.³

No obstante todo lo cual es ahora posible, por nuestra parte, establecer algunas observaciones sobre los hechos de Rusia —bien que no de un modo exacto y completo—, primeramente por el abundante material de la literatura socialista sobre el tema; luego por los escritos de algunos periodistas ingleses y norteamericanos que se han mostrado más objetivos e imparciales; y, en fin,

³ Parece que nuestra esperanza estaba mal fundada. Humbert-Droz, socialista bolchevique suizo, vuelto de Rusia, recordaba en una conferencia en Ginebra que el gobierno bolchevique no consiente oposición alguna en el campo revolucionario y que procede con los anarquistas y los socialistas revolucionarios de la izquierda como procede con los peores reaccionarios.

por los datos que han podido referir algunos anarquistas, por carta o procedentes de Rusia, algún tiempo atrás.

* * *

Rusia está experimentando, una vez más, una orientación autoritaria de la revolución. ¿Cuáles son los frutos y las enseñanzas de la misma? Una respuesta definitiva podrá ser dada solamente cuando todas las fronteras se abran y podamos tener relaciones con nuestros compañeros de allí y oír los testimonios más serios desde nuestro punto de vista.

No obstante, desde ahora podemos comprobar muchas cosas y sacar muchas deducciones.

La Rusia proletaria, en su revolución, ha seguido un poco la misma trayectoria que siguió la revolución burguesa de Francia en 1789: derrocamiento del gobierno con la ayuda de una parte de las tropas, tentativas de acomodamiento, primero constitucionales y después republicanas, cada vez más avanzadas. Pero al final, con la caída del gobierno burgués —que en Francia correspondería en 1793 al triunfo de los hebertistas, los cuales, al contrario, fueron guillotinado— las cosas tomaron un cariz diverso. Es decir, el cariz fue diverso en el sentido de que subieron al poder los representantes de los proletarios, los partidarios de la igualdad económica; pero en el terreno político, en lo que respecta a la formación del gobierno, éste asumió un carácter muy parecido al centralista y dictatorial de los jacobinos y de Robespierre.

En la polémica con los anarquistas, los socialistas y los comunistas suelen a menudo tratar a aquéllos como *jacobinos*; pero no se comprende el por qué.⁴ La orientación jacobina de la revolución es precisamente la preconizada por los socialistas partidarios de la dictadura proletaria. Se puede decir, en efecto, que fueron los jacobinos quienes crearon la primera dictadura revolucionaria. El que guste de las similitudes históricas puede, por lo tanto, decir que los comisarios del pueblo con Lenin a la cabeza son en Rusia lo que fue en Francia el Comité de Salud Pública con Robespierre al frente; y los soviets locales rusos con el soviets central de Moscú son lo que eran las sociedades o clubes

⁴ Ver *L'Ordine Nuovo*, Turín, 29-11-1919.

jacobinos en varios puntos de Francia con la Sociedad madre de París a la cabeza.

El parangón, además, fue aceptado también por Lenin cuando, en 1904, los mencheviques rusos creían ofenderlo acusándolo de jacobinismo. "El jacobino —respondía— que une su destino al de la clase social más avanzada de su tiempo, a la del proletariado, es el revolucionario socialdemócrata". Catorce años después, el 6 de setiembre de 1918, en un discurso a la asamblea del Soviet de Petrogrado, al día siguiente del atentado contra Lenin, uno de los hombres más visibles del movimiento bolchevique, Zinoviev, hacía su apología recordando la respuesta mencionada a los mencheviques y agregando: "La figura del proletario jacobino Lenin oscurecerá el recuerdo de los más famosos jacobinos de la gran revolución francesa."⁵

Los nombres nuevos, los barbarismos introducidos en el lenguaje socialista, no deben escondernos la esencia de las cosas. Los bolcheviques no son más que la fracción mayoritaria del partido marxista ruso, llamado social-democrático antes de la guerra; y esta fracción es una de las tendencias más autoritarias y centralistas del socialismo internacional, la misma contra la cual han polemizado continuamente los anarquistas desde los tiempos de Bakunin en adelante. Ellos llegan hasta a admitir —como por lo demás también Marx— la desaparición del Estado en el porvenir, pero sólo como una consecuencia automática de la asunción del poder por el proletariado y de la subsiguiente socialización de la riqueza social. No combaten por lo tanto directamente al Estado, antes bien tienden a apoderarse de él; en la práctica son autoritarios, por lo tanto, como lo eran los jacobinos.

Para comprender bien, pues, la orientación adoptada por los bolcheviques en su política y en su gobierno, y antes de examinar los hechos de Rusia llegados a nuestro conocimiento, es preciso conocer sus ideas y seguir la evolución de éstas desde el viejo socialismo autoritario o social-democrático hasta llegar al nuevo socialismo revolucionario dictatorial que ha tomado el nombre de *bolcheviquismo*.

* * *

⁵ Ver *La Vie Ouvrière*, París, 7-5-1920.

El *Partido Socialista Democrático Obrero Ruso* fue fundado en 1898, en un congreso, en oposición a los otros partidos socialistas rusos que, en su opinión, cometían el error de expresar tendencias demasiado políticas (en el sentido del liberalismo burgués) o demasiado anárquicas. Su programa era el mismo de la social-democracia alemana, del Partido Obrero Francés de Guesde y de los socialistas intransigentes italianos que tenían por jefe a Lazzari. Era siempre el colectivismo o comunismo estatal, idea que la escuela doctrinaria de los comunistas alemanes había derivado del socialismo de gobierno y jacobino de Louis Blanc, de Pecquer, etc. Este partido tuvo su segundo congreso en 1903 y allí se delineó la escisión entre aquellos que, habiendo logrado mayoría, se llamaron *bolcheviques* (palabra que significa mayoritarios) y los otros que quedaron en minoría y se llamaron *mencheviques* (es decir, minoritarios).⁶

En el congreso siguiente, el tercero, que se efectuó en Londres en 1905, el *Partido Socialista Democrático Obrero* estaba compuesto ya exclusivamente por los bolcheviques; los mencheviques se habían organizado aparte. Por aquel entonces las ideas del partido estaban siempre en favor de la constitución de una república democrática rusa, surgida de una asamblea constituyente, con su correspondiente gobierno provisorio, etc. En aquel tiempo, Lenin, de acuerdo con el congreso de Londres, *rechazaba completamente la idea inepta y medio anárquica de la realización inmediata del programa máximo y de la conquista del poder por la revolución social*.⁷ En el mismo escrito, publicado en ruso en Ginebra, Lenin alababa a los bolcheviques como los *jacobinos de la democracia socialista contemporánea*.

En el mismo año en que Lenin publicaba el libro donde expresaba estas ideas, estallaba en Rusia la primera, tan gloriosa y tan desgraciada revolución rusa. Fue entonces cuando surgieron los *Soviets*, vale decir las asambleas permanentes de los representantes de los trabajadores, o mejor dicho los *Consejos obreros*.

⁶ E. Antonelli, *La Russie bolsceviste*, p. 58.

⁷ N. Lenin, *Deux tactiques de la démocratie socialiste*, p. 397. (Advertimos que tomamos esta cita del libro *Lenin*, de M. A. Landau-Aldanow [pp. 34 y 35], libro tendencioso y adverso a los bolcheviques. El autor es un socialista populista, partidario de Kerenski. No creemos, sin embargo, que su partidismo llegue hasta el punto de falsificar las citas.)

Se confunde a menudo el bolcheviquismo con el sovietismo precisamente a causa de la imprecisión que adquieren estas dos palabras transportadas literalmente, en lugar de ser traducidas, a los demás idiomas. El bolcheviquismo, como antes se ha visto, no es más que una doctrina de partido y este partido es el marxista revolucionario. El sovietismo es muy otra cosa: un sistema práctico de organización de las relaciones obreras y revolucionarias, un modo de proseguir la vida social aun en tiempo de revolución y después de derrocar el poder, sea de acuerdo con el poder nuevo, sea independientemente de él. En cierto momento los soviets en Rusia se hicieron bolcheviques porque, especialmente en las grandes ciudades, los bolcheviques constituyeron mayoría en su seno y pudieron así imponer su sistema a los otros por medio del poder político conquistado por el proletariado industrial de los grandes centros.

Pero esto no quiere decir que los soviets, en tanto que soviets, sean al mismo tiempo bolcheviques. Todos recordarán que, precisamente al principio de la reciente revolución rusa, algunos de ellos eran socialistas revolucionarios, otros mencheviques, había otros más moderados aún y algunos más avanzados, y hasta en muchos lugares ejercían los anarquistas una influencia preponderante.

En la primera revolución de 1905 los bolcheviques ejercieron una gran influencia, pero no en los soviets o por intermedio de éstos; sino por su fuerte organización de partido, por su espíritu revolucionario y de iniciativa. La insurrección de Moscú fue predominantemente bolchevique. Kropotkin⁸ notaba en 1907 que uno de las razones del fracaso de la revolución fue entonces el espíritu demasiado sórdido, demasiado sectario, demasiado exclusivista de que estaban animados los social-demócratas. Pero esta es una cuestión distinta.

Por lo que concierne a los soviets, Zinoviev cuenta en la biografía de Lenin que éste asistía como espectador, sin tomar participación, en 1905, a las sesiones del Soviet de Petrogrado, el cual por lo demás era de tendencias preponderantemente mencheviques, o, como decimos nosotros, reformistas. Esto sucedía, entre otras causas, porque Lenin estaba en Petrogrado ilegalmen-

⁸ Ver *Les Temps Nouveaux*, Paris, N° 12, del 20-7-1907.

té y los compañeros le habían prohibido exponerse. Pero es lícito suponer, como dice Zinoviev, que desde entonces Lenin ideó el régimen sovietista, o más propiamente (agregamos nosotros) el modo de utilizar los soviets para establecer sobre bases más sólidas el poder del partido social-demócrata o bolchevique.

Los soviets nacieron en realidad independientemente del bolcheviquismo; surgieron del espíritu de iniciativa de los obreros de las ciudades y de los pueblos, aguijoneados por la necesidad de proveer inmediatamente y de un modo orgánico a las necesidades prácticas de la revolución, a las relaciones, a la alimentación de las masas, a la producción, al armamento, etc. Tenían una organización sencilla, podría decirse federalista o autonomista, aun permaneciendo cada uno en relación con los demás para las necesidades de la vida social en su propio pueblo, barrio o ciudad. El acuerdo entre los varios soviets se hacía sobre bases igualitarias y sin coerciones de unos sobre otros.

El breve experimento de 1905 fue sumamente útil. Apenas estallada la segunda y esta vez victoriosa revolución en marzo de 1917, los soviets se reconstituyeron en una escala mucho más amplia, hasta abarcar con una espesa red a toda Rusia. Sus caracteres propios, ligeramente esbozados y no bastante claros doce años antes, se concretaron y delinearon mucho mejor todavía. La nueva institución se hizo tan fuerte que ningún gobierno habría podido existir sin ser, al menos, tolerado por ella. Los bolcheviques comprendieron bien esto y trabajaron sistemáticamente para adquirir en ella una mayoría efectiva, por lo menos en las ciudades más importantes y más populosas; donde por otra parte el predominio del proletariado industrial, ya inclinado a seguirles, facilitaba su tarea y donde era también más fácil apoderarse del gobierno por medio de golpes de mano e insurrecciones armadas.

Un artista americano, de ideas o tendencias anarquistas, Robert Minor, que estuvo en Rusia durante los primeros tiempos del régimen bolchevique, concretó exactamente lo que hemos dicho en las siguientes palabras: "La existencia de los soviets no se debe precisamente a los líderes bolcheviques, los cuales no los crearon ni los guiaron durante algunos meses, ni aun cuando eran considerados como sus dirigentes. Los bolcheviques encontraron ya constituidos los soviets, brotados del suelo por

así decirlo, creación de millares de inteligencias incultas en una tentativa de regular las cosas sin necesidad del gobierno.⁹

“Los originarios sostenedores de los soviets pueden justamente ser llamados anarquistas y comunistas. La gran empresa consistía, pues, en adueñarse de esta inmensa fuerza anárquica, de domesticarla y de guiarla.”

En suma, los *soviets* se deben, ante todo, a las tendencias anarquistas de las masas rusas; y si los bolcheviques lograron transformarlos en sus organismos de gobierno, esto no quita que la idea soviética, antiautoritaria y federalista contradiga y choque con el espíritu autoritario y centralizador del bolcheviquismo, y por lo tanto de la concepción socialdemócrata y marxista de la revolución. Tanto es así que los anarquistas rusos, partidarios entusiastas de los soviets en el período de su formación original, encuentran en Rusia la mayor hostilidad precisamente en los bolcheviques, que deben a la institución de los soviets su poder y su fortuna políticos.

Esto no puede explicarse más que de una manera. Los anarquistas, defendiendo la libertad y la autonomía de los soviets contra la invasión y la preponderancia del gobierno central, que está en manos de los bolcheviques, impiden a éstos consolidarse y hacen así menos “fuerte” la dictadura.

Ciertamente, en la hostilidad hacia los anarquistas no puede haber dejado de influir el antiguo “odio teológico” marxista, que ha quedado como herencia en los bolcheviques y que no se ha atenuado jamás, sino que solamente ha callado en los momentos en que la ayuda de las fuerzas anarquistas les era necesaria para lograr el triunfo. Especialmente Lenin no deja escapar ocasión para hablar con desprecio de los anarquistas y también con aquella misma jactanciosa ignorancia de sus ideas que se encuentra tan a menudo en los escritores socialdemócratas. Así, por ejemplo, él se complace en atribuir al anarquismo, copiando a Marx en la polémica sostenida contra Proudhon, un carácter

⁹ Este origen espontáneo y popular de los soviets, no previsto ni preordenado por partido alguno, es admitido también por el conocido escritor bolchevique Karol Radek, según el cual *la idea de los Consejos ha sido engendrada y se ha formado del mismo modo genial que la naturaleza genera y forma sus cristales*. Véase C. Radek, *El desarrollo del Socialismo: De la ciencia a la acción*, p. 21.

pequeñoburgués, que es, en todo caso bastante más atribuible al socialismo autoritario y parlamentario.

P.-J. Proudhon, autor tan desordenado como enciclopédico, puede ser considerado como el último de los socialistas utópicos y el primero de los socialistas modernos impropriamente llamados “científicos”. Ha dejado una enorme producción intelectual, de la que una parte es fuerte y originalmente anarquista, lo cual hizo llamar a Proudhon “el padre del anarquismo”. Pero hay además toda una parte utópica, en la cual Proudhon propone varias reformas y varios modos de llegar a la solución del problema social que los anarquistas no aceptaron nunca (y que es la más criticada por Marx), pero que ha sido literalmente saqueada por el socialismo reformista, al cual se podría por lo tanto, con mayor oportunidad, atribuir el epíteto marxista de “pequeñoburgués”.

Pero Lenin no se cuida de todo esto. Y como antes de 1917 repudiaba, llamándola “anárquica”, la táctica que después hizo propia de la conquista del poder por medio de una revolución socialista, hoy se mofa de las preocupaciones libertarias que inspiran a los anarquistas su aversión hacia la dictadura y las tilda de pequeñoburguesas. “Es especialmente claro para nosotros —dice— la exactitud de la proposición marxista que considera al anarquismo y al sindicalismo como tendencias *burguesas*, irreconciliables con el socialismo, con una dictadura proletaria y con el comunismo”.¹⁰ Cómo todo esto pueda ser tan claro —incluso para los solos ojos de Lenin—, no lo podemos comprender, sea porque en los tiempos de Marx el sindicalismo aun no existía, sea porque el anarquismo y el sindicalismo, aunque opuestos a la dictadura, son partidos y movimientos proletarios esencialmente socialistas; y todos saben, por lo demás, que los anarquistas son, en el terreno económico, comunistas.

Sin embargo Lenin precisa bastante bien la cuestión, y en una forma tal que podemos suscribir también nosotros la distinción entre socialismo y anarquismo (o, para ser más correctos, entre

¹⁰ N. Lenin, *L'Opera di ricostruzione dei Soviet*, p. 25. (Edit. Avanti!, Milán). Aquí Lenin dice solamente *burguesas*, pero en el conjunto del texto, que sería demasiado extenso transcribir, explica bien que para él se trata de hábitos y tradiciones opuestos al control del Estado, *especialmente por parte de la pequeña burguesía*.

socialismo libertario y socialismo autoritario), en un escrito suyo citado por un periódico socialista,¹¹ pero cuya fuente original ignoramos, en el que se expresa así: "La diferencia fundamental entre socialistas y anarquistas a propósito del *gobierno* no debe ser descuidada. Los socialistas quieren utilizar las presentes instituciones gubernamentales en la lucha por la emancipación de la clase obrera, e insisten por eso en la necesidad de hacer uso del gobierno para crear una forma de transición del capitalismo al socialismo. Esta forma de transición, que es pues una forma gubernamental, es la dictadura del proletariado. Los anarquistas quieren *abolir el gobierno, abatirlo*; los socialistas son partidarios de su extinción, de una *gradual eliminación* del gobierno después de la expropiación de la burguesía".

Los anarquistas observan que todo esto no es más que traducción al ruso del viejo socialismo marxista y blanquista. La expropiación por medio del Estado y la eliminación gradual de éste son, precisamente, ideas del socialismo autoritario que se remontan a 1870; contra ellas los anarquistas han polemizado incesantemente, desde los tiempos de Bakunin en adelante, sosteniendo que no es la dictadura sino la revolución permanente, la oposición a toda autoridad constituida, la lucha directa de los obreros contra los residuos del viejo régimen, y su asociación libre para la producción y la distribución, lo que ha de caracterizar al período de transición de la sociedad burguesa a la verdadera sociedad socialista.

Pero Lenin, al contrario, tiene el concepto de la dictadura de puños de hierro, en el sentido clásico y despótico de la palabra. Que la desee con un buen fin no modifica la esencia de las cosas. Y puesto que muchos modifican arbitrariamente el significado de la palabra *dictadura* para ver en ella sólo un sinónimo de violencia proletaria, conciliable con la libertad de movimiento individual y colectivo de la clase obrera y de las fuerzas revolucionarias en acción, perdonarán los lectores si reproducimos, del famoso discurso-programa pronunciado por Lenin en el Congreso Panruso de los Soviets en abril de 1918, toda una extensa pero clara exposición de su concepción dictatorial:

¹¹ *La Versilia*, Viareggio, 24-8-1920.

Si nosotros no somos anarquistas debemos admitir la necesidad del Estado, es decir de la *coerción*, en el período de transición del capitalismo al socialismo. La forma de coerción será determinada por el grado de evolución de la verdadera clase revolucionaria, además que por circunstancias especiales como, por ejemplo, la herencia de una guerra larga y reaccionaria y luego por las formas de resistencia de la burguesía y de la pequeña burguesía. *No hay por lo tanto absolutamente ninguna contradicción de principio entre la democracia de los Soviets y el uso del poder dictatorial por parte de algunas personas.* La distinción entre una dictadura proletaria y una burguesa consiste en esto: la primera dirige sus ataques contra la minoría de los explotadores, en interés de la mayoría explotada; y además en esto: que la primera, aunque ejercida por *algunas* personas, no sólo es realizada por la masa de los trabajadores explotados sino también por las organizaciones que están estructuradas para elevar esas masas al trabajo creador de la historia.

Los Soviets forman parte de esta clase de organizaciones.

En mérito a la segunda cuestión sobre el significado del *poder dictatorial individual* desde el punto de vista de los problemas específicos del período presente, nosotros debemos decir que toda gran industria de maquinarias —que es la causa productiva material y la base del socialismo— exige la *más ilimitada y rígida unidad de la voluntad, que dirija* el trabajo común de centenares, de millares y de decenas de millares de personas.

Esta necesidad es obvia desde el punto de vista histórico, técnico y económico, y fue siempre reconocida por todos aquellos que aportaron algunas ideas al socialismo como un requisito indispensable. ¿Pero cómo podemos asegurar una firme unidad de voluntad? *Con la subordinación de la voluntad de millares de personas a la voluntad de una sola.*

Este sometimiento, si los participantes en el trabajo común son idealmente conscientes y disciplinados, puede semejarse a la débil dirección de un director de orquesta; pero puede asumir la forma extrema de una dictadura si falta la disciplina ideal y consciente. De cualquier modo, *la subordinación indiscutible a una voluntad única es absolutamente necesaria* para el éxito del proceso del trabajo, organizado según el tipo de la gran industria mecánica. Esto es doblemente verdadero para los ferrocarriles. Y precisamente este pasaje de una labor política a otra, que en apariencia no tiene semejanza con la primera, constituye la característica del período presente.

La revolución ha roto apenas las más antiguas, las más fuertes, las más pesadas cadenas a las que fueron las masas obligadas a someterse. Así era ayer. Y hoy la revolución misma —y en interés del socialismo, verdaderamente— *exige la absoluta sumisión de las masas a la voluntad única de aquellos que dirigen el proceso del trabajo.*¹²

¹² N. Lenin, ob. cit., pp. 38-39.

Como se ve, aquí ya no se trata de violencia y de coacción en daño de los viejos dominadores y de la superviviente burguesía solamente sino de su aplicación también sobre las masas obreras, sobre las masas populares. La dictadura de clase se convierte efectivamente en la dictadura de un partido, en la dictadura personal de los dirigentes de ese partido, tanto en el campo de la organización política como en el de la organización económica.

Es verdad que, a propósito de la primera, Lenin observa que la dictadura se ejerce "contra la minoría de los explotadores en beneficio de una mayoría explotada". Pero no son las intenciones lo que aquí se discute; esas intenciones pueden ser óptimas; son las consecuencias de los hechos las que nos dejan pensativos. Porque todos los gobiernos, todas las dictaduras han pretendido y pretenden ir al poder por voluntad de la mayoría contra las exigencias o las rebeliones de la minoría; en realidad no consultan más que la voluntad propia y aquella de los pocos que lo rodean.

"Una dictadura —dice Lenin en otra parte del citado discurso¹³— es un gobierno riguroso, compuesto por revolucionarios audaces, atrevidos y despiadados en la supresión de los explotadores y de los bribones". Pero muy a menudo el gobierno, aunque sea revolucionario, tiene una tendencia natural a ver "bribones" en todos sus opositores. Por ejemplo, el mismo Lenin no nombra casi nunca a los anarquistas sin acusarlos de tendencias burguesas o pequeñoburguesas; del mismo modo no hace más que hablar de las tendencias anarquistas de la pequeña burguesía, y de ahí a tratar de bribones a los anarquistas y querer por lo tanto suprimirlos, el paso es bastante más breve de lo que parece a primera vista.

En una palabra: de la lectura de los programas dictatoriales, tipo puño de hierro, que vemos esbozados aquí y allá —no demasiado claramente porque excepto Lenin los demás son muy poco explícitos sobre este aspecto del problema revolucionario— surge lógicamente una pregunta: Cuando el nuevo poder nos haya libertado de la vieja dominación estatal burguesa, es decir de la dictadura capitalista, ¿quién nos librará del nuevo gobier-

¹³ N. Lenin, ob. cit., p. 36.

no? ¿Quién nos librará de los dictadores proletarios o que actúen en nombre del proletariado?

* * *

Ateniéndonos a las palabras empleadas por los jefes bolcheviques, la "dictadura proletaria" —como organización política, no desde el punto de vista económico— es un gobierno como todos los demás, al que son inherentes los mismos defectos, las mismas perniciosas consecuencias. Ella es en sustancia la "dictadura de un partido" sobre toda la población, o mejor de los dirigentes de un partido, y precisamente (por lo que concierne a Rusia) del partido bolchevique. El cual, aun con un nombre distinto, es siempre el partido de los "jacobinos de la democracia socialista" de antes de la guerra y de antes de la revolución.

No hay que dejarse trastornar por el calidoscopio de los nombres. Los bolcheviques rusos, y sus secuaces de todas partes, hoy repudian el viejo apelativo de "social-demócratas" y se lanzan violentamente contra los que lo conservan todavía, especialmente contra los mayoritarios y los independientes alemanes. Para distinguirse de los social-demócratas, han vuelto a adoptar el nombre de "comunistas" que Marx y Engels habían aceptado cuando entraron a formar parte de la Liga homónima poco antes de 1848, pero que después todos los socialistas o casi todos abandonaron hacia el año 1880 para llamarse "colectivistas". El colectivismo se diferenciaba del comunismo por una concepción distinta del reparto de los productos en el régimen socialista; pero ésta era una cuestión secundaria que pocos tenían en cuenta. En sustancia, el colectivismo no era otra cosa que el antiguo comunismo de Estado de los socialistas alemanes.

Desde 1880 fueron los anarquistas quienes abrazaron el comunismo —y comunistas son todavía, menos una pequeña minoría de individualistas—, pero emancipándolo de las trabas estatales, concibiéndolo como la organización de la producción y del reparto de la riqueza social más apta para hacer posible una sociedad sin gobierno, basada en la cooperación voluntaria y en el libre acuerdo. Pero de esto nos ocuparemos más adelante.

La concepción del comunismo, de la transformación social y de las relaciones humanas en una sociedad socialista es, al contrario, para los bolcheviques, la misma concepción ultraautori-

taria de la democracia social de otro tiempo, con la mayor acentuación e intransigencia revolucionaria que en todo momento le dieron los socialistas rusos. De nuevo hay una mayor precisión dada al concepto de la dictadura, que en Marx era poco claro —tan poco claro que habría que dudar si la entendía en el sentido que le dan hoy los bolcheviques—, y especialmente la adopción del sistema práctico soviético, al cual los bolcheviques supieron adaptarse, o mejor dicho supieron aprovechar para hacer de él un instrumento de dominio.

Las características principales del viejo marxismo, de la antigua social-democracia —es decir el espíritu ultraautoritario, la hostilidad hacia el anarquismo, la antipatía por la libre iniciativa, la disciplina coercitiva, la centralización de los poderes y de las funciones y especialmente la finalidad de la conquista del poder público— han quedado en los bolcheviques. Son las mismas características, por otra parte, del comunismo de los tiempos de Marx y Engels.

Solamente que la conquista del poder, que la socialdemocracia alemana desde 1870 en adelante concebía a través del mecanismo parlamentario burgués, fue efectuado por los bolcheviques rusos por medio de la insurrección y del golpe de mano —más en armonía con su propia tradición revolucionaria— después de haber conquistado electoralmente los soviets, al menos aquellos estratégicamente más importantes.

Los soviets han sido aceptados por los bolcheviques, pero para ser transformados en una especie de complicado sistema electoral y parlamentario en el que revive la idea madre de la socialdemocracia: el derecho de las mayorías (no importa si más o menos ficticias) de imponer su propio poder (es decir el poder de sus propios jefes) a las minorías. Lo único distinto de este régimen democrático es que está compuesto —o debiera estarlo según la ley— por emanación de los trabajadores, y solamente de los trabajadores, de los revolucionarios y de los socialistas, con exclusión de todas aquellas personas que pertenecen a las supervivientes capas sociales burguesas. Pero ésta es una novedad solamente en cuanto la revolución ha venido a imponerla; antes hubiera sido imposible. En efecto, antes de 1917, como hemos visto, Lenin aún estaba en favor del sufragio universal, de la

asamblea constituyente, de la conquista electoral de los poderes públicos, etc.

* * *

Ciertamente no podía esperarse, asumido el poder en Rusia por un partido que entre los partidos socialistas es el menos animado por el espíritu de libertad, que la causa de la libertad pudiese triunfar demasiado fácilmente. Esperamos que triunfe más adelante también en Rusia, cuando el estado de paz permita sin temor a los partidos de la libertad, especialmente a los anarquistas, levantar la cabeza; pero por ahora, según se deduce del material informativo de que podemos disponer, no es una herejía decir que el Estado ruso, socialista en las aspiraciones, es autoritario como todos los otros Estados y da o deja a sus súbditos no mucha más libertad que los demás. Tal vez menos...

Pero antes de proceder a un examen de las relaciones entre la dictadura revolucionaria y la libertad, entendámonos bien: al hablar de libertad no queremos en modo alguno referirnos a la de los enemigos de la revolución, de la cual éstos pueden o entienden servirse en perjuicio de la revolución misma. La libertad que nosotros defendemos, de la que nos preocupamos tanto, es la que está en el ámbito revolucionario; es decir, es exclusivamente la libertad popular, la libertad de los proletarios, de los revolucionarios, de las oposiciones de izquierda; libertad individual y colectiva, de prensa, de reunión, de asociación, de propaganda; libertad de acción en sentido revolucionario, sea en el ataque a los antiguos privilegios, sea en la experimentación de nuevos sistemas; libertad de desarrollar las propias actividades sin los estorbos burocráticos, estatales, etc. En una palabra "libertad de oposición", siempre en el círculo de la solidaridad revolucionaria contra los viejos enemigos burgueses.

Para que no surjan equívocos, insistimos mucho en hacer notar que las violaciones de la libertad de las cuales nos preocupamos son las cometidas en daño del proletariado y de sus fuerzas revolucionarias de izquierda y de extrema izquierda; no ciertamente de las maniobras sedicentes socialistas y revolucionarias o socialdemocráticas y socialpatriotas que favorecen abiertamente a la reacción, las cuales deben ser necesariamente combatidas. Aunque estamos persuadidos de que estas y las demás fuerzas reaccionarias pueden ser combatidas con medios revolucionarios

por el propio pueblo mejor que con medios autoritarios por el gobierno, de modo que las armas adoptadas contra los reaccionarios no tengan la posibilidad de ser vueltas contra la revolución misma, no es por cierto la sofocación y la derrota de las oposiciones contrarrevolucionarias, lograda por cualquier medio, lo que puede preocuparnos y afligirnos en lo más mínimo.

Ahora, lo que nos interesa es saber cuánto y hasta qué punto ha sido limitada o respetada por el gobierno bolchevique la libertad proletaria y revolucionaria; hasta qué grado se concilia y desde qué punto, al contrario, no se concilia ya con la centralización dictatorial de la revolución el espíritu de rebeldía y de libre iniciativa, sin el que ninguna revolución es posible.

Esto es lo que trataremos de ver en seguida con la mayor objetividad e imparcialidad posibles, con la guía de la poca información documental que tenemos a nuestra disposición.

IV

DICTADURA Y LIBERTAD EN RUSIA

La misma enorme escasez de noticias sobre el estado de la libertad en Rusia autoriza a sospechar que aun la misma libertad proletaria y revolucionaria se encuentra reducida a su mínima expresión, y no solamente la de los burgueses y de los contrarrevolucionarios.¹ Si fuese verdad todo lo que al respecto nos ha venido contando la prensa conservadora y reaccionaria de Europa occidental, tendríamos que llegar a la conclusión de que actualmente no existe un gobierno más tiránico que el de Lenin. Pero nosotros nos rehusamos deliberadamente a tomar en cuenta tales testimonios, sabiendo la tendenciosidad difamatoria de la burguesía; no ocultamos sin embargo que nos deja turbados el hecho de que la prensa socialista, que puede estar mejor informada, no se cuida en lo más mínimo de desmentir esas especies calumniosas, si son tales, ya que ha sabido desmentir victoriosamente tantas otras.

El no cuidarse de restablecer la verdad sobre esta cuestión demuestra en los socialistas una mentalidad, por lo menos, más que mezquina, peligrosa para la causa de la libertad, a la que parecen conceder tan poca importancia. Creemos en cambio que sería su deber, así como su interés, demostrarnos con hechos que allí donde la revolución socialista venció, donde el dominio burgués ha sido destruido, todos los trabajadores y los

¹ (1922) Esta sospecha se ha convertido hoy en una certidumbre más que probada y documentada.

revolucionarios gozan de una mayor libertad que bajo el viejo régimen capitalista, pues el socialismo ha prometido a los trabajadores no tanto ni tan sólo el poder político para sus representantes, sino, ante todo, el pan y la libertad. Y los socialistas se preocupan demasiado poco por demostrar que estamos en un error al temer que en Rusia el pan y en especial la libertad no pueden ser asegurados precisamente a causa del excesivo autoritarismo y de la centralización del poder político.

La revolución rusa, aun apoyada en la irritación popular contra el hambre y los estragos causados por la guerra, ha estado caracterizada sobre todo por una gran sed de libertad. No podía ser de otra forma en un país regido por el peor despotismo, para cuyo pueblo, por lo tanto, la libertad —en sus varias concepciones, la de los demócratas y la de los socialistas, la de los republicanos y la de los anarquistas— aparecía como el bien supremo, la más ardiente aspiración, el único camino para llegar al bienestar de todos.

Esto lo comprendieron bien los bolcheviques, que de marzo a noviembre de 1917 se valieron de esta sed general de libertad para abatir todos los vestigios del antiguo régimen, para impedir la formación de un poder burgués estable, para minar la autoridad del Estado en todos sus ramos, en la burocracia, en el ejército y entre los obreros de los servicios públicos.

El partido bolchevique favoreció, cuando estaba en la oposición, a todas las fuerzas disolventes en perjuicio del gobierno de Kerenski y compañía, fomentando el espíritu de desobediencia y de indisciplina contra el partido dominante adverso, utilizando todas las tendencias anarquistas desencadenadas por la revolución, prometiendo el máximo de libertad: haciendo en realidad lo que los buenos revolucionarios deben hacer y lo que los anarquistas han hecho siempre por su parte. Por eso no tuvieron, entonces, más ardientes aliados que los anarquistas, que cooperaron poderosamente en todas las revueltas de los bolcheviques contra Kerenski, determinando por fin la completa derrota de éste. Más tarde, el anarquista Abba Gordin, en el periódico *Burewestnik* (*El Amunciador de la Tempestad*) podía con amargura recordar a Lenin haber sido herido dos veces por defenderlo en la lucha contra el gobierno burgués de transición.

El lenguaje de los bolcheviques era entonces muy semejante

al de los anarquistas; sus tendencias eran juzgadas claramente anárquicas no sólo por los periodistas burgueses, que tienen el deber de no comprender nada de semejantes cuestiones, sino también por casi todas las demás escuelas socialistas y hasta por algunos anarquistas, los cuales, especialmente los de fuera de Rusia, en los primeros tiempos llevaron hasta la exageración hiperbólica su admiración por los bolcheviques. De esto dependió, en gran parte, el hecho de que algunos anarquistas creyeran posible aceptar (aunque fuera por poco tiempo y con un significado completamente distinto) la fórmula de la "dictadura proletaria", no obstante el contraste que como expresión y como significado ofrecen estas palabras con todas las ideas del anarquismo.

En cuanto a los anarquistas rusos, no carecería de interés saber en qué medida han contribuido a la revolución y estudiar a fondo la historia de sus relaciones con los bolcheviques.² Estamos obligados a esbozar apenas todo esto, sea por falta de noticias completas, sea porque ello nos llevaría fuera de los propósitos de esta publicación. Nos limitaremos por lo tanto a decir, incidentalmente, aquí y allá, tan sólo aquellas cosas que se refieren a nuestra argumentación, conforme se nos presente la oportunidad.

Por otra parte, acerca de la participación de los anarquistas en la revolución rusa, en su primera fase, en marzo, o en la segunda, en octubre, han hablado ya largamente no sólo los periódicos anarquistas rusos sino también las crónicas de los corresponsales extranjeros tanto burgueses como socialistas. John Reed, miembro del Partido Socialista norteamericano, director de *The Communist*, que estuvo en Rusia durante la revolución, llegó a decir que *es innegable que los anarquistas han promovido y hecho la revolución*, aunque agregando, y esto es natural en un socialista autoritario, que más tarde, *estando los bolcheviques en el poder, debieron poner un freno a los excesos tentados a impulsar la revolución hacia consecuencias imposibles*.

² Hoy, después de casi dos años, la historia de la acción anarquista en la revolución rusa podría ya ser escrita. Se necesitaría para ello todo un capítulo aparte. Recordemos a este respecto los interesantes trabajos publicados en Europa y en América, en estos últimos tiempos, de Rudolf Rocker, Emma Goldman, Alexander Berkman, Volin, A. Shapiro, etc. (1922).

Pero lo que es cierto es que los anarquistas estuvieron al lado de los bolcheviques mientras éstos no se asentaron en el poder, y que juntos lucharon y vencieron al zarismo primero y a la burguesía democrática después; de tal modo que mucha gente en los primeros tiempos confundía a los unos con los otros.

Los anarquistas, demasiado en minoría y poco organizados, no pudieron ciertamente impedir que los bolcheviques se adueñaran del poder. Estos últimos, poco a poco, gracias también a su infatigable actividad y a su línea intransigente de conducta, contraria a la prosecución de la guerra, acabaron por ser mayoría en aquellos Soviets que más tenían en sus manos el mecanismo estatal; y cuando estuvieron seguros de tener en ellos una base popular suficiente aprovecharon la primera ocasión, fortalecidos por el apoyo de los soldados hartos ya de la guerra, para derrocar a Kerenski y a los otros demócratas y socialpatriotas y ocupar sus puestos bastante más firmemente que ellos.

* * *

Entonces las cosas cambiaron. Los bolcheviques en el poder trataron gradualmente de restablecer el principio de disciplina y obediencia, de combatir las tendencias anarquistas, de limitar las diversas formas de libertad.

Sostuvieron que todo esto era necesario para salvar a la revolución de la reacción que la asediaba en el interior y en el exterior. Dado su mentalidad autoritaria, es natural que no pensarán que una orientación anárquica de la revolución y de la lucha contra los reaccionarios internos y externos fuese en realidad el camino menos sangriento, más rápido y eficaz. Nosotros no queremos poner en duda a este respecto la sinceridad y la buena voluntad con que hayan deseado obrar. Por otra parte, los peligros que asediaban a la revolución rusa eran enormes; en repetidas ocasiones ella estuvo a punto de ser sofocada, primero por el militarismo alemán, después por las bandas sublevadas y armadas por la Entente.

Todo contribuía, en suma, a facilitar a los bolcheviques su propósito de convertirse en los dictadores de la revolución; por una parte los elementos positivos que contaban en su favor: su número, su audacia, la claridad de sus ideas, la sugestión de su propaganda, etc.; por otra parte los elementos negativos: no sólo

la debilidad de los partidos adversarios, sino, ante todo, el peligro de la contrarrevolución y de la invasión extranjera que, con la amenaza de una distinta y más terrible dictadura, hacía tolerar la sedicente proletaria aun por aquellos que eran sus mayores adversarios. Estos, en efecto, tenían, y con razón, que si se dedicaban a combatirla hasta desgarrar a la revolución en luchas intestinas favorecerían sin quererlo los intereses de los reaccionarios burgueses y zaristas.

Esto explica, por lo menos en parte, a falta de pruebas y noticias directas, la razón por la cual los anarquistas, después de haber sido tratados tan duramente, como veremos, en abril de 1918, pasado el primer momento de furor, no llevaron su oposición más allá de ciertos límites; y también por qué algún anarquista no desdeñó la colaboración con los bolcheviques en obras de interés público y de utilidad general.

El periodista inglés Arthur Ransome recordaba en el *Daily News* de Londres que un anarquista, Will Shatov, era en marzo de 1919 comandante de Petrogrado. Shatov declaraba que colaboraría con los bolcheviques mientras se atacase a la revolución, pero que sería el primero en derrocarlos cuando la revolución estuviese a salvo, es decir cuando cesasen los ataques con fines reaccionarios contra ella.³ No discutimos aquí el hecho en sí, ni las intenciones en juego; referimos tan sólo a título documental la información de Ransome, que estuvo en el terreno de los hechos. En Ucrania fueron las bandas voluntarias de los partidarios del anarquista Mackno las que más contribuyeron a derrotar a las tropas aliadófilas del aventurero Denikin.

Sin embargo, a pesar de esta colaboración temporaria y ocasional, impuesta por los peligros de la revolución, los anarquistas continuaron en la oposición. La victoria de los bolcheviques y su instalación en el poder habían desvanecido ya toda clase de ilusiones aun entre aquellos anarquistas que hasta entonces las mantenían.

Por su parte, los bolcheviques llegados al gobierno con la pro-

³ Véase Arthur Ransome, *Seis semanas en Rusia*. Recordamos que el nombre de un W. Shatov —como los de otros rusos— figuraba en marzo de 1915 junto al de Malatesta, Domela Nieuwenhuis, Bertoni, Emma Goldman, Recchioni y otros, al pie de un "Manifiesto Anarquista Internacional" contra la guerra, publicado en Londres. Probablemente se trata de la misma persona.

mesa de asegurar al proletariado revolucionario una mayor libertad, por el hecho mismos de convertirse en el "poder" se vieron forzados a olvidar la promesa empeñada y a hacer más bien todo lo contrario, es decir a limitar siempre más la libertad de los ciudadanos en sus principales manifestaciones: reunión, prensa, palabra, asociación, autogobierno local, etc.

Por consiguiente, la oposición de los anarquistas, más bien benévola al principio, inspirada en un criterio teórico más que práctico, y solamente de control y de crítica, poco a poco se hizo oposición activa y combativa conforme crecían las limitaciones de la libertad, no ya directamente contra los reaccionarios y contrarrevolucionarios aliados con el enemigo externo sino también contra los obreros que disientían de los bolcheviques contra todas las formas de oposición, aun contra aquellas más audazmente revolucionarias. El conflicto se hizo más agudo especialmente en la primavera de 1918, después de la paz de Brest-Litovsk, atacada por los anarquistas y los socialistas revolucionarios de la izquierda; estos últimos habían estado hasta entonces de acuerdo con los bolcheviques y habían participado en el gobierno.⁴

La paz de Brest-Litovsk y el comienzo de la reanudación de relaciones diplomáticas y comerciales con Alemania imponían al gobierno bolchevique la necesidad de aparentar un gobierno fuerte y ordenado, de *impedir los excesos de la revolución, de poner fin a la anarquía*. Los anarquistas fueron desde entonces más bien un estorbo que una ayuda, pues proyectaban una luz comprometedor sobre el gobierno que los toleraba, a los ojos de los militaristas que querían hundir a Rusia y que no eran por cierto alemanes solamente.

El coronel Thomson, de la misión militar norteamericana, al preguntar en cierto momento a Lenin por qué permitía que en Moscú los anarquistas dominasen la situación, oyó esta respuesta del dictador: "En Moscú tenemos muchos grupos de

⁴ "Excepción hecha de los bolcheviques, todos los partidos representados en el Congreso de los Soviets (marzo de 1918), comprendido el partido anarquista, se declararon contrarios a la ratificación de la paz y en favor de la reanudación de la guerra. También una minoría de los bolcheviques era de este parecer, y a su cabeza figuraban Kollontai, Dibenko, Rozanov, Bujarin, y otros." Jacques Sadoul, *Notes sur la Révolution bolseviste*, p. 266.

anarquistas, todos armados, decididos a cualquier cosa para hacer triunfar sus ideales. Mi gobierno es todavía demasiado débil para combatirlos. Pero apenas hayamos asegurado nuestra posición, en poco tiempo sabremos librarnos de ellos".

"El partido anarquista —escribía Jacques Sadoul desde Moscú a A. Thomas el 6 de abril de 1918— es el más activo, el más combativo de los grupos de oposición y probablemente el más popular; es también el único que se apoya en fuerzas bastante numerosas para poder entrar en lucha contra las bayonetas bolcheviques y hasta parece que va ganando terreno en la ciudad".⁵ Los anarquistas habían ocupado en Moscú algunos palacios de la aristocracia, en los que habían instalado la "Casa del Anarquismo", especie de ciudadela en la que pretendían vivir libres, sin tener que obedecer al gobierno, con toda independencia. Pero esto constituía el "desorden", y los generales y diplomáticos alemanes insistían para que, al contrario, el "orden" fuese restablecido en Moscú, amenazando hasta con la ocupación militar de la capital a fin de restablecerlo.

La realidad es que el gobierno bolchevique en cierto momento impuso a los anarquistas la sumisión y el abandono de los palacios ocupados, y al recibir una contestación negativa, en la noche del 11 al 12 de abril de 1918 los hizo rodear de tropas con ametralladoras y cañones; en poco tiempo los dispersó, hizo arrestar a cuatrocientos o quinientos y fusiló luego a algunas docenas haciéndolos pasar por delincuentes comunes. No excluye esto, naturalmente, que pudiera haber algunos; pero el propósito real de los bolcheviques no fue ciertamente, como después pretendieron, el de "purificar a la anarquía de los malhechores que la deshonran", sino tan sólo el de deshacerse de una oposición que comenzaba a preocuparlos.

* * *

Sadoul contaba a su amigo Thomas que después del *barrido de los nidos anarquistas, Trotski estaba radiante*; y que también *la burguesía había sido agradablemente sorprendida* por el éxito de semejante vigorosa operación por parte de la policía. Fue ese un golpe, nota también Sadoul, para todos los partidos de ope-

⁵ Jacques Sadoul, ob. cit., pp. 286-287.

sición que, después de la derrota de los anarquistas, se sintieron abatidos. Pero si la burguesía se regocijó no fueron ciertamente los opositores reaccionarios quienes se sintieron heridos, sino solamente los revolucionarios.

En efecto, los bolcheviques comenzaban a inclinarse hacia la derecha. En un artículo del periódico anarquista ya mencionado, el *Burewestnik*, a continuación de los hechos antes esbozados, se acusa a los bolcheviques de monopolizar para sí el derecho de expropiación y de buscar la cooperación de los elementos burgueses. El mismo Sadoul se felicita, en una carta del 6 de abril de 1918, que *los bolcheviques entierren día a día al bolcheviquismo, como con razón no cesan de repetir los anarquistas y los socialistas revolucionarios de la izquierda;*⁶ y antes todavía, el 27 de marzo, nota que *los bolcheviques marchan a pasos agigantados hacia la necesaria colaboración de las clases.*⁷

No discutimos los motivos; registramos los hechos. Por un lado se rechaza a los anarquistas y aun se los combate como enemigos, y por el otro se busca la colaboración técnica y militar de los elementos burgueses, colaboración que sin embargo (es preciso decirlo) no tiene nada que ver con la colaboración estatal y de clase en un régimen burgués, de la cual son partidarios los reformistas del socialismo occidental.

Esta acusación de colaboracionismo que los anarquistas y los socialistas revolucionarios de izquierda hacían a los bolcheviques no les impedía totalmente colaborar algunas veces con éstos. Por ejemplo, como ya hemos tenido ocasión de decirlo, y lo repetiremos sin duda más adelante, muchos anarquistas han colaborado con los bolcheviques en la gestión administrativa y en la defensa revolucionaria de la revolución. Sadoul notaba, en el período mismo en que los contrastes entre anarquistas y bolcheviques eran más vivos, que "los intelectuales anarquistas, dirigentes del movimiento de su partido, podían ser fácilmente influidos por los bolcheviques y llevados a una provisoria colaboración con éstos".⁸

Aun después del conflicto de principios de abril, pasada la primera indignación, los anarquistas no desconocieron que por

⁶ Jacques Sadoul, ob. cit., p. 292.

⁷ Jacques Sadoul, ob. cit., p. 279.

⁸ Jacques Sadoul, ob. cit., p. 275.

encima de su hostilidad a los bolcheviques estaba la necesidad de defender a la revolución, y volvieron repetidas veces a colaborar con sus hermanos-enemigos, especialmente en los momentos más críticos. Robert Minor aseguraba, inmediatamente después del violento *barrido de los nidos anarquistas*, que a pesar de todo "la mayor parte de los anarquistas no hicieron nada por debilitar el poder bolchevique, porque si caía éste la revolución estaba perdida y porque los anarquistas aceptan la idea de Soviet".⁹

Hay ciertamente algo de inexacto en el lenguaje de Minor, pero el concepto central, bien claro, es que los anarquistas no querían perjudicar a la revolución sólo por el placer de vengarse creando obstáculos a los bolcheviques. Esta actitud verdaderamente revolucionaria de los anarquistas no se ha desmentido nunca, ni aun en lo sucesivo. En una relación del bolchevique y ex anarquista Victor Serge sobre los terribles días en que Petrogrado tenía a sus puertas al ejército de Judenitch, en octubre y noviembre de 1919, y parecía inminente una catástrofe, he aquí lo que leemos:

Es el caso de destacar aquí que los anarquistas, la Federación Anarquista de Petrogrado, escasa de militantes, se encontró en aquellos días graves, como en los tiempos de Kerenski, por completo al lado de los bolcheviques, aunque no sin espíritu de oposición, no sin divergencia de opiniones. El manifiesto anarquista fijado en las calles comenzaba con una alusión —bien merecida y terriblemente injusta al mismo tiempo— a los "soldados movilizados a palos que se desbandan ante el enemigo" y llamaba a los revolucionarios a contribuir libremente, como guerrilleros, a la defensa.

Y los guerrilleros anarquistas, formando dos o tres grupos escogidos, fortalecidos por el más íntimo acuerdo, fueron a sus puestos *antes que el mecanismo infinitamente más pesado y más complicado del Partido se hubiese puesto siquiera en movimiento*. Durante la primera noche de alarma (del 24 al 25 de octubre) los anarquistas, siendo casi los únicos que estaban completamente listos, fueron, por una curiosa ironía de las circunstancias, a ocupar, para defenderlo eventualmente, el local del *Pravda*, cuyo marxismo riguroso les era bastante hostil.¹⁰ Lo que significa que ante el enemigo común

⁹ Carta desde Rusia de Robert Minor, traducida en *Era Nuova*, de Paterson (citada por *Volontà*, Ancona, 1°-7-1919).

¹⁰ Aun en Italia, más de una vez los anarquistas han acudido a defender el *Avanti!*, del Partido Socialista, con los argumentos más... persuasivos, contra las tentativas de asalto de las bandas a sueldo de la policía.

la gran familia revolucionaria —en la que hay tantos hermanos enemigos— es una sola.

Por lo demás, bolcheviques, anarquistas, comunistas, en esas horas de lucha olvidan por fuerza las divergencias de opiniones y las más capitales se tornan secundarias apenas se trata de la vida misma de la primera sociedad socialista.¹¹

* * *

Si los anarquistas y los socialistas revolucionarios de izquierda (como antes observábamos) reprochaban a los bolcheviques la solicitada colaboración técnica de los residuos de la clase burguesa, esta cooperación no debió consistir solamente en servicios materiales, a lo sumo bien pagados; debió haber significado también —de otro modo la crítica de la oposición socialista y anarquista no habría sido justificada— la absorción de estos elementos burgueses y su asunción a la dirección de la cosa pública junto con los bolcheviques. No es ésta por cierto una suposición arbitraria, desde que frecuentemente los diarios nos han hablado de altos funcionarios bolcheviques que en el antiguo régimen pertenecieron a la burguesía industrial, comercial, bancaria o a la casta militar.

También en las revoluciones del pasado ocurrieron fenómenos semejantes de adaptación recíproca entre el nuevo régimen y ciertos elementos del régimen precedente. El poder nuevo, por la necesidad de consolidarse, buscaba técnicos en el arte de gobernar; y éstos introducían poco a poco muchos defectos del antiguo régimen, atenuaban el impulso revolucionario, empujaban cada vez más hacia la oposición a los idealistas y a los revolucionarios más ardientes del primer momento. Se formaba así la nueva clase dominante de los vencedores llegados al poder con los elementos más adaptables de la clase vencida que se habían salvado de la tempestad. Si esto es lo que también ha ocurrido en Rusia, tal estado de cosas no puede menos que contribuir a moderar el ímpetu de la revolución y a hacer más despótico al gobierno.

El paso a la oposición de los socialistas revolucionarios de izquierda (*S. R. de I.*), que constituían la fracción socialista más próxima a los bolcheviques, pero menos dogmática y menos autoritaria que la de éstos, debe de haber sido determinado tam-

¹¹ Tomamos esta cita del periódico *Il Risveglio*, Ginebra, 17-7-1920.

bién por tal fenómeno, bien que el impulso principal lo haya recibido de la paz de Brest-Litovsk.

Después de la ratificación del tratado de paz con los alemanes, los *S. R. de I.* se retiraron del gobierno, volviendo a su libertad de acción, sea contra los bolcheviques, sea contra la política exterior del gobierno. Ellos hubieran querido comprometer y hacer nula la paz, que reputaban desastrosa y falsa por parte de los alemanes; y sostenían que obligando a éstos a una prolongación de la guerra, a costa de un poco de sacrificio, se habría llegado hasta a lograr el desencadenamiento de la revolución en Alemania, mientras que la paz de Brest-Litovsk reforzaba al imperalismo.

Todavía no es posible dar un juicio definitivo sobre la paz de Brest-Litovsk. ¿Qué habría sucedido si la Rusia revolucionaria hubiese rehusado ratificar aquel acto de infamia? La mente se niega a pensarlo. Habríamos debido tal vez asistir a la tragedia de la llegada de los hulanos del kaiser a Petrogrado y quizá a Moscú; y esta visión basta para absolver a los bolcheviques, con toda el alma, de ese acto tremendo del cual asumieron la responsabilidad ante la historia. ¿No hubiera podido ser aquello el naufragio de la revolución y el retorno del zar detrás de las bayonetas prusianas? Para salvar a Rusia de tal desastre, ¿no hubiera sido tal vez necesario pedir a su pueblo un enorme e inmediato sacrificio superior a sus fuerzas?

Esto no lo creía la mayor parte de los *S. R. de I.* ni los anarquistas, y tampoco una minoría de los bolcheviques. No hablemos de los mencheviques, social-patriotas y socialistas de la derecha, que subordinaban la causa de la revolución a la de la democracia burguesa y de la guerra en favor de los aliados. Los revolucionarios que se oponían a la paz a toda costa pensaban que era posible un esfuerzo heroico; y consideraban además que más valdría para la revolución sufrir una vasta invasión enemiga que sufrir el ultraje de la paz de Brest-Litovsk. Y aunque los hechos parecen haber dado razón a los bolcheviques, no hay que creer que sus opositores estuviesen del todo equivocados.

La absoluta falta de escrúpulos del militarismo germánico no puede asegurar que, si le hubiera sido posible, la paz no habría interrumpido su marcha sobre Petrogrado y Moscú a pesar de todos los protocolos firmados. Si no lo hizo es porque no pudo

hacerlo o porque no se consideraba seguro. En efecto, donde pudo, como en Ucrania, el tratado de paz le sirvió para prolongar la guerra de invasión y de rapiña. Tal vez el no firmar la paz, el obligar a los ejércitos alemanes a un avance por las desoladas llanuras rusas, el desilusionar al pueblo alemán que esperaba haber concluido la guerra en el frente oriental, el contacto prolongado de las tropas alemanas con un país en revolución, y por otra parte la desesperación de la revolución y del país en peligro extremo hubiera podido precipitar los acontecimientos hacia una solución menos desastrosa para Rusia y más revolucionaria para Alemania.

¡Tal vez!... ¡Quizá!... Comprendemos toda la debilidad de una argumentación que se basa en estas palabras y que choca con el hecho ya realizado; pero el éxito y el hecho realizado no bastan para hacer definitivo un juicio histórico. Limitémonos, pues, a decir que si los bolcheviques tenían sus razones potentísimas y honestas para obrar como lo hicieron, no les faltaban razones tan poderosas y más nobles y puras a sus opositores.

* * *

Apenas la oposición de los *S. R. de I.* pasó de la discusión al terreno de los hechos, el gobierno bolchevique la reprimió con los medios más violentos y despóticos. La lucha asumió inmediatamente un aspecto trágico.

El 4 de julio de 1918 se reunió en Moscú el V Congreso Panruso de los Soviets, mientras Ucrania estaba ya sublevada contra la reciente dominación alemana. El odio contra la prepotencia imperialista prusiana domina la situación y estalla en manifestaciones frenéticas ante los ojos de los miembros de la embajada alemana que asisten desde la tribuna diplomática. Los oradores de los *S. R. de I.* —el partido más fuerte en la asamblea después de los bolcheviques— emplean una violencia inaudita contra el tratado de Brest-Litovsk, contra los diplomáticos alemanes, a quienes tratan de miserables y de bandidos, contra el gobierno bolchevique, contra las personas mismas de los gobernantes. Los bolcheviques responden. No es una discusión, es un incendio en que todos los contendientes se sienten arder por la misma llama revolucionaria. Spiridonova por parte de unos, Lenin por los otros, igualmente o casi igualmente amados y estimados por el

pueblo, gritan sus pasiones sinceras en el choque desde entonces decisivo; pero Lenin gana fácilmente la delantera y una enorme mayoría aprueba en la noche del segundo día la política interna y externa del gobierno revolucionario.

El día siguiente de la votación, el 6 de julio, estalla la respuesta de los *S. R. de I.* Dos de estos, Blumkin y Andreiev, se presentan con un pretexto al embajador del Imperio Germánico, conde Mirbach, y lo matan a tiros: luego se retiran lanzando dos bombas tras sí. Afuera, en los barrios donde tienen más partidarios, los *S. R. de I.* intentan la insurrección. Pero los bolcheviques son más fuertes y su mano de hierro los aplasta. Unas horas después del atentado, todos sus representantes al Congreso de los Soviets son detenidos como rehenes. El relato que hace Jacques Sadoul de esta escena es impresionante y recuerda la trágica lucha en la Convención francesa cuando la represión implacable contra los girondinos, los dantonistas, los hebertistas, y otros:

La noticia del asesinato de Mirbach se difunde entre los representantes del Congreso. Mientras prosiguen las discusiones y las previsiones se suceden, poco a poco, con el pretexto de reuniones partidarias, los internacionalistas, los bolcheviques, todos los partidos, a excepción de los socialistas revolucionarios de la izquierda, son llamados fuera de la sala; igualmente los espectadores amigos de tales partidos. Hacia las ocho de la noche no quedan en la sala, fuera de algunos periodistas, más que los representantes de los *S. R. de I.* y sus partidarios. Yo trato de escapar. El gran teatro está circundado por guardias rojas que obstaculizan el paso. Los *S. R. de I.* sienten que han caído en las manos de sus enemigos implacables. Ellos pagarán por todos, ciertamente.

En la sala, vacía en sus tres cuartas partes y más tétrica aún por las difusas luces de los lampadarios, reina un silencio trágico. Los presentes deciden realizar una reunión y nombran para la presidencia a Spiridonova. Todos de pie, con voz grave, cantan primero una marcha fúnebre —¿tal vez se sienten ya condenados?—, después la *Internacional*, luego otros cantos revolucionarios de una melancolía desgarradora. Pero en seguida, aquellos jóvenes combativos, aquellas mujeres ardientes, vuelven a su equilibrio con una alegría un poco nerviosa. Se pronuncian discursos conmovedores, y también humorísticos.

Las horas pasan. Un amigo bolchevique viene a aconsejarme que salga, para que, cuando los *S. R. de I.* sean hechos prisioneros, mi calidad de oficial francés no me exponga, inútilmente, a la brutalidad de los soldados. Hacia las tres de la mañana sigo este consejo y salgo, después de muchas dificult-

tades no obstante el salvoconducto, del teatro. En las calles oscuras no hay un solo transeúnte. Circulan tan sólo patrullas y automóviles cargados de soldados. Se oye lejos algún tiro de fusil...".¹²

Después de la oposición de los anarquistas, también la oposición, bien enérgica por cierto, de los *S. R. de I.* es puesta fuera de combate, si así puede decirse, en unas pocas horas. Desde entonces los bolcheviques son los más fuertes, contra todos, contra la derecha y contra la izquierda. Toda oposición hacia ellos se hace imposible. El 10 de julio el Congreso de los Soviets se clausuró con un discurso de Trotski sobre el servicio militar obligatorio, el reclutamiento desde los 18 a los 40 años, el llamado a servicio activo de los oficiales del viejo régimen. "En el ejército, en la industria, en todas partes —dice— es preciso restablecer la disciplina, el respeto a los jefes, el orden, el método".

Sin embargo, mirando fríamente el conjunto de los acontecimientos, el asesinato del conde Mirbach —que pareció entonces inoportuno a casi todos los revolucionarios— hoy aparece como un acto de valor, lleno de comprensión, como una página que entra gloriosamente dentro de la historia de la revolución rusa. No estaba pues equivocado el movimiento espontáneo de simpatía con que acogimos las primeras noticias del acto por medio del cual había sido ajusticiado el representante en Moscú del peor despotismo, que ya se creía dueño de Rusia y que era en verdad el insidioso más próximo y por lo tanto más peligroso de la revolución.

Temerosos de equivocarnos, rodeamos de reserva en aquellos días la expresión de nuestro sentimiento¹³ en la duda de que podría quizá parecer una adhesión a la apología interesada de la prensa germanófoba y antibolchevique, pero hoy no se puede dejar de reconocer que ese hecho valió más para hacer meditar a los imperialistas alemanes y para hacerlos renunciar a la invasión de Rusia que toda la vacilante, bien que explicable, flexibilidad del gobierno bolchevique. La acción justiciera de iniciativa popular se manifestaba más previsoramente y demostraba ha-

¹² Jacques Sadoul, ob. cit., pp. 398, 399 y 400.

¹³ Ver en el *Avvenire Anarchico*, de Pisa, del 1º-11-1918, un escrito fechado el 21 de julio del mismo año.

ber intuido las verdaderas necesidades del momento mucho mejor que los órganos centrales y oficiales de la revolución.

El mismo Jacques Sadoul —y citamos a menudo su opinión porque su calidad de bolchevique y defensor de los bolcheviques hace insospechable su testimonio—, el cual frente a la noticia del asesinato del embajador alemán conde Mirbach, el 6 de julio, desaprobaba el atentado como un acto que traía el riesgo de hacer más grave la guerra civil y que vendría a ayudar no a la revolución ni a los aliados sino solamente a Alemania, el 12 de julio moderaba esta impresión suya advirtiendo: "Los bolcheviques exageran cuando gritan por el peligro de guerra creado por el asesinato de Mirbach; según mi opinión, Alemania está demasiado cansada para enojarse, y el incidente deberá al contrario aproximar a los dos gobiernos".¹⁴

En efecto (y estas consideraciones son también en parte de Sadoul), si tantas eran entonces las dificultades encontradas por el ejército alemán en la Ucrania desarmada y gobernada por servidores del kaiser, y si la insurrección cubría todo su territorio, bastante mayor resistencia habrían encontrado en una Rusia todavía armada, a la cual la invasión uniría en un solo frente y de cuyos sentimientos hostiles el asesinato de Mirbach era un índice bien elocuente. Aunque vencida y despedazada, la oposición revolucionaria obtenía en los hechos la más brillante justificación; y puede en cierto modo alabarse de haber, por su parte, contribuido a salvar la revolución.

* * *

Pero la oposición de los *S. R. de I.* no tenía sólo un carácter político o de política exterior. Quizá la cuestión de la paz fue la ocasión más fuerte para hacer precipitar una discordia que era ya mucho más general sobre un asunto de vital importancia para Rusia: la cuestión agraria.

Tal discordia no es de ningún modo reciente, sino que surge mucho antes de la revolución y se refiere a uno de los puntos más importantes que dividían, desde sus comienzos, a los *partidos Socialista Revolucionario Ruso y Socialista Democrático Obrero Ruso*. Exigiría demasiado tiempo analizar sus diferen-

¹⁴ Jacques Sadoul, ob. cit., p. 311.

cias¹⁵ de un modo completo. Basta decir que el primero (del que los *S. R. de I.* constituían el ala extrema, que se separó de él durante la revolución) es el que más se enlaza a los movimientos socialistas y revolucionarios rusos precedentes; era de una tendencia ecléctica, favorecía los acuerdos con otros partidos revolucionarios contra el zarismo, aspiraba a una república democrática basada en el sufragio universal, concedía mucha importancia al movimiento político, sin excluir por eso los atentados terroristas.

El segundo, de origen más reciente, estrictamente marxista (del cual los bolcheviques son los elementos más avanzados), da una importancia predominante y casi exclusiva a las reivindicaciones económicas de la clase obrera, a la lucha de clases en el terreno industrial, y posterga todo lo demás a la última fila. Los primeros tenían el mayor número de partidarios entre las varias categorías de campesinos; los segundos reclutaban sus elementos especialmente entre los trabajadores industriales de la ciudad.

Muchos de sus caracteres han sido modificados a consecuencia de la revolución, pero la composición de los dos partidos —campesinos y obreros— continuó teniendo mucha influencia. Los *S. R. de I.* querían dejar tranquilos a los *campesinos trabajadores*, especialmente a los pequeños propietarios que, sin tener asalariados bajo su dependencia, trabajaban solos su tierra; y que éstos, en los Soviets de campaña pudieran organizar la producción y regularizar el intercambio con la ciudad y con los demás Soviets. Los bolcheviques, al contrario, querían imponer a los campesinos su propio tipo de organización y mandaban funcionarios y soldados a requisar los productos de la tierra. Los *S. R. de I.* objetaban que con este sistema *se transformaba en adversarios de la revolución a la mayor parte de los campesinos*.¹⁶

Tal acusación de “sacrificar a las masas campesinas en provecho de la clase obrera de las ciudades” era repetida por Spiridonova en la sesión del 5 de julio de 1918 del Congreso Pan-

¹⁵ Consúltense a este propósito dos informes, de una y de otra organización, publicados en Bruselas en 1904 a cargo del Secretariado Socialista Internacional, bajo el título *L'Organisation Socialiste et Ouvrière en Europe, Amérique et Asie*.

¹⁶ *Avantil*, edición de Roma, N° 197, del 1°-7-1918.

ruso de los Soviets.¹⁷ En Rusia el asunto es bastante importante porque el proletariado propiamente dicho, comprendidos los campesinos asalariados (jornaleros), es una pequeña minoría, especialmente después de la revolución, en comparación con el gran número de campesinos propietarios de la tierra que ellos mismos trabajan. De modo que la expresión “dictadura del proletariado”, aunque efectivamente pudiese significar (lo que es imposible) una subdivisión de la autoridad estatal entre cada uno de los proletarios, significaría siempre la dictadura de una minoría de trabajadores sobre una mayoría de otros trabajadores, de una categoría obrera menos numerosa sobre una clase obrera más numerosa.

Nada más natural que para someter *por la fuerza* a toda una clase tan numerosa e indispensable de trabajadores fueran necesarias las más rigurosas medidas de una dictadura de hierro, como dice Radek. El cual, todavía en 1918, no concebía posible una revolución sin una lucha de los obreros contra los campesinos, hasta que éstos, *vencidos*, comprendan que está en su interés el ponerse en favor de la revolución.¹⁸

Pero por fortuna, desde 1918 en adelante, parece que la situación ha cambiado; por un lado los bolcheviques han comprendido cuán grande fue su error al querer imponer con la violencia su propio sistema a una mayoría de la población trabajadora y productora y, por consiguiente, han llegado a transacciones; por otro lado los campesinos comprendieron, por la dura lección infligida por Koltchack, por Judenitch, por Denikin, por los generales de la Entente en Siberia, en Crimea, en Ucrania y en la región de Arcángel, durante el período en que estos enemigos de la revolución han dominado en su tierra (en algunas partes dominan todavía), que hay mucha diferencia entre las requisas leninistas para satisfacer el hambre en las ciudades y la expoliación, la destrucción y los estragos en masa, con la sumisión a los viejos amos, perpetrada por los generales zaristas y franco-ingleses.

Sin embargo, no deja de ser cierto que el experimento dictatorial de los primeros tiempos queda como un recuerdo desastro-

¹⁷ Jacques Sadoul, ob. cit., p. 393.

¹⁸ Karol Radek, *El desarrollo del socialismo: de la ciencia a la acción*, p. 19.

so y un ejemplo de que, *expropiados los patrones y quitada a cada uno la facultad de explotar a los demás*, para todo lo restante vale más entenderse en el respeto recíproco de la libertad, aun sobre el modo de organizar la producción y los cambios, que querer imponer a todos con la violencia un tipo único fijado por un gobierno central.

Una repercusión de este error autoritario ocurrió, agravada por el error de la centralización política y militar, en Ucrania, con la funesta disidencia entre el anarquista Mackno y el gobierno de Moscú. A las bandas de Mackno afluyeron guerrilleros aun como reacción "contra la política agraria del Partido Comunista, el cual, no habiendo tenido en cuenta las especiales condiciones del país, se ganó la enemistad de una parte de la población".¹⁹

Pero este episodio de la revolución referente a Mackno merece ser referido más extensamente porque nos demuestra uno de los lados débiles del sistema dictatorial, nos documenta sobre las condiciones de la libertad en Rusia y nos esclarece todo un aspecto de la actividad anarquista en la revolución.

El anarquista Mackno, de familia campesina, maestro en la Rusia meridional antes de 1905, habiendo durante la revolución de aquel año participado en el movimiento con una serie de atentados terroristas, fue condenado a trabajos forzados. Liberado por la victoriosa revolución siguiente de 1917, volvió a su región, donde organizó la defensa armada obrera contra las fuerzas reaccionarias y los cosacos, quienes habían iniciado su nefanda actividad. Con pequeños destacamentos, Mackno molestaba ya algo a los cosacos de Kaledin y de Kornilov cuando en octubre los bolcheviques se adueñaron del poder supremo en Rusia. Entonces sus fuerzas aumentaron y su prestigio entre los campesinos creció más cada día.

Pero después de la paz de Brest-Litovsk no tuvo que luchar solamente contra los reaccionarios locales sino también contra las tropas alemanas que ocuparon la región. Los destacamentos de Mackno fueron derrotados; pero entonces organizó las guerrillas, con bandas armadas que atacaban los trenes, desarmaban a los soldados alemanes, sustraían víveres, armas y muni-

¹⁹ *L'Ordine Nuovo*, Turín, N° 29, del 6-12-1919.

ciones. Estas bandas aumentaron continuamente en número y estaban compuestas por voluntarios obreros, y más especialmente por campesinos. Hacia los fines de la ocupación alemana, Mackno logró con ellas entablar verdaderas batallas contra los invasores.

Cesada la ocupación alemana al terminar el año 1918, la influencia de Mackno se extendió por todas las vastas provincias de Ekaterinoslav, Chernigov y Podolia. El pequeño ejército tuvo entonces conflictos con las tropas del directorio ucranio y también, alguna vez, con las fuerzas bolcheviques que no querían reconocer a las formaciones independientes. Pero después los bolcheviques, a causa de la inmensa popularidad de Mackno, acabaron por firmar un acuerdo en el que se lo autorizaba para defender a su modo los territorios en que había venido operando. Más aún, en el invierno de 1918 el gobierno bolchevique, preocupado por la amenaza de Denikin, pidió a Mackno que combatiera la contrarrevolución en Crimea; y en efecto, Mackno libertó toda la península.

Aprovechando un período tranquilo, Mackno y los anarquistas de su amistad pensaron establecer las bases de la nueva sociedad según su propio criterio en los vastos territorios ocupados por ellos. Fundaron, por consiguiente, colonias comunistas anarquistas, administradas por soviets autónomos, en relación continua entre sí por medio de representantes que se reunían cada vez que era menester a las necesidades comunes. Era un tipo de organización completamente diverso del tipo centralizado y centralizador de los bolcheviques, los cuales no podían ciertamente ver con muy buenos ojos que se generalizasen siempre más semejantes experimentos.

Al principio, sobre todo porque las bandas armadas de Mackno sabían hacerse respetar, el gobierno bolchevique toleró la existencia de comunidades anarquistas; pero cuando éstas, en abril, decidieron reunirse en un congreso, éste fue prohibido. El congreso se efectuó igualmente y se tomaron decisiones importantes sobre el cultivo de la tierra, el intercambio de productos, la defensa militar, etc. Un segundo congreso, igualmente prohibido, se realizó en mayo, y otro en junio. En este último se discutió la situación un tanto desesperante por el avance de Denikin con su fuerte ejército perfectamente equipado por la

Entente. No obstante haberles negado ya los bolcheviques armas y municiones, se decidió pedir de nuevo ayuda a Moscú contra un peligro que amenazaba no sólo a las comunidades anarquistas meridionales sino a toda la Rusia soviética.

El gobierno bolchevique rehusó en absoluto todo socorro. Entonces, para no dejar vencer a la reacción, Mackno propuso dimitir y ceder el comando a generales de confianza del gobierno central. ¡Nada! Las fuerzas de Mackno, demasiado débiles para resistir, se desmembraron y dispersaron ante la invasión reaccionaria. Las comunas libertarias desaparecieron... Para hacer conocer mejor la personalidad de Mackno recordemos este episodio: En el período mencionado, en que las relaciones entre Mackno y el gobierno de Moscú eran más tirantes, el general Grigoriev, un traidor que se rebeló contra el gobierno soviético y se pasó al campo reaccionario, creyó poder aprovecharse de Mackno y lo mandó llamar para concertar con él una acción común contra los bolcheviques. Mackno fue, pero en cuanto estuvo en presencia de Grigoriev lo mató a tiros de revólver. A pesar de la forma en que había sido tratado, el anarquista Mackno no se echó atrás. Volvió a comenzar en la sombra la lucha contra la reacción, constituyó nuevas guerrillas a espaldas de Denikin, sublevó contra éste a las poblaciones meridionales, y es así como se debe en gran parte a Mackno el fracaso del feroz general zarista que fue obligado a huir a través del mar.²⁰

²⁰ Hemos tomado las noticias sobre las guerrillas anarquistas de Mackno de los números 51 y 52 de *Umanità Nova*, de Milán, correspondientes al 27 y 28 de abril de 1920. Allí se habla también de un floreciente movimiento anarquista en el Mediodía de Rusia, donde funciona una activa Confederación Anarquista, con sede en Elisabetgrado. Ésta se encuentra en relaciones directas con Mackno, y ahora está reconstruyendo las comunas libertarias, al tiempo que desarrolla una gran actividad entre las masas, en los sindicatos obreros y entre la población agrícola, sea por medio de conferencias, obras de educación y publicaciones, sea tratando de organizar los intercambios directos de productos entre ciudad y campaña, pues los campesinos no quieren aceptar dinero. Todo esto sin preocuparse si tales actividades están autorizadas o no por el gobierno bolchevique.

Hemos leído otro informe sobre las guerrillas de Mackno, que coincide mucho con el nuestro, en *Volontà*, de Ancona (N° 3, del 16-2-1920), que lo reproducía de *La Feuille*, periódico probolchevique de Ginebra.

No vale la pena ocuparse de un artículo lleno de malevolencia y de hos-

Hacia mediados de 1920 parecía, según las noticias de la prensa, que Mackno hubiera roto completamente con los bolcheviques. Sus bandas dominaban gran parte de la Rusia meridional, sustraída casi completamente del dominio del gobierno de Moscú. Lo cierto es que Mackno y sus partidarios, apenas alejado el peligro contrarrevolucionario, volvían a la oposición intransigente y armada contra la dictadura, por la libertad y por la autonomía. Pero apenas el general zarista Wrangel, que se había refugiado hasta comienzos de 1920 en Crimea, con la ayuda de la Entente parece poner de nuevo en peligro a la revolución, encontramos una vez más en octubre al anarquista Mackno cooperando con los bolcheviques en las operaciones militares con-

tilidad hacia Mackno y los anarquistas, firmado por D. R. en el *Ordine Novo*, de Turin, del 3 de abril de 1920, de evidente inspiración bolchevique rusa. No se narra ningún hecho en contra de lo relatado por nosotros; sólo se agrega que los secuaces de Mackno cometieron muchos excesos en sus correrías (cosa por otra parte bastante posible, como es natural en toda soldadesca) y que Mackno *murmuraba* de Lenin y Trotski. Se afirma allí que "los anarquistas no han tenido ninguna participación importante en la revolución rusa", y esta falsa afirmación que contrasta con una infinidad de testimonios contrarios es suficiente para caracterizar el partidismo y la poca seriedad del articulista. Por lo demás se agrega después, con evidente contradicción, que "casi todos los anarquistas han colaborado lealmente con el Soviet desde los primeros tiempos." El mismo D. R. termina el artículo reconociendo (¡cándida bondad!) que Mackno ha prestado grandes servicios a la revolución en los momentos de mayor peligro; pero añade que le ha causado un gran daño disgregando y desmoralizando a las masas. Sin embargo, esta última acusación se desvanece inmediatamente si se piensa que según la dialéctica marxista toda crítica iconoclasta y toda afirmación libertaria es siempre disgregadora y desmoralizadora.

(1922). Sucesivas noticias transmitidas por los supervivientes de los movimientos anarquistas y antibolcheviques de Ucrania nos permiten hoy precisar mejor este hecho: que las guerrillas de Mackno, aunque eran guiadas por un anarquista y contaban en sus filas con muchos anarquistas, estaban sin embargo compuestas en su mayoría por gentes que no eran anarquistas y no tenían un carácter anarquista propiamente dicho. Al margen de ellas, las organizaciones anarquistas ucranias aunque simpatizantes con el movimiento macknovista, no aprobaban todos sus hechos y no se identificaban totalmente con él.

En cuanto a Mackno, después de la derrota definitiva de Wrangel, que es obra suya principalmente, vio resurgir muy rápidamente la vieja hostilidad de los bolcheviques, los cuales, rompiendo todos los pactos que ellos mismos habían firmado, comenzaron una vez más la lucha contra él. Esta vez Mackno fue definitivamente derrotado y tuvo que fugar al exterior, donde continúa siendo perseguido por los pedidos de extradición de la diplomacia bolchevique.

tra aquél, hasta el punto de aceptar encargos de guerra de parte del gobierno de Moscú. Poco después llega a la Europa occidental la noticia de que también Wrangel, nueva lanza destrozada del zarismo y del capitalismo, ha sido completamente derrotado y se encuentra en fuga.

* * *

De todo lo que precede se puede deducir que no solamente el régimen de la dictadura no ha dado la libertad a Rusia, en cuanto no le fuera posible debido a circunstancias creadas por causas independientes de ella, sino que no es capaz de darla y que tiende, por su propia naturaleza, más bien a limitar el dominio de la libertad que a ampliarlo.

No decimos que la Constitución soviética, tal como es en la letra, sea en modo alguno más reaccionaria que las otras constituciones existentes. ¡Al contrario! Es susceptible de aplicaciones ultraliberales, casi diríamos libertarias. Pero la desgracia está en que puede ser aplicada también en sentido inverso, por lo menos hasta cierto punto. Es la cuestión que se debatía con los republicanos otras veces. ¿República? ¡Está bien!, pero veamos antes lo que se pone en ella... No hay, por ejemplo, una constitución más libre en el mundo que la que rige a los EE. UU. de Norteamérica. ¡Sin embargo todos saben qué suerte de república plutocrática, autoritaria, negadora y violadora de toda clase de libertad individual y colectiva, de pensamiento y de acción ha llegado a ser!

¡No se diga que hacemos comparaciones odiosas! Una concentración de autoridad política y militar, como la que existe en Rusia, no es menos perniciosa para la libertad que la concentración de la riqueza como la que existe en los Estados Unidos. La primera no tiene ciertamente el carácter odioso de la segunda; además en Rusia existe la revolución, y en el poder hay hombres honrados, socialistas y obreros, hombres nuevos no corrompidos todavía por el ejercicio del poder, animados por buenas intenciones. Pero desde el punto de vista de la causa de la libertad, el aspecto de la cuestión no cambia.

Hemos oído por boca misma de Lenin lo que debemos entender por dictadura. La definición, por decirlo así, oficial ha sido dada por Stutka en su obra de vulgarización de la Constitución Rusa difundida en todas las escuelas dependientes del Soviet: *Por dic-*

*tadura proletaria entendemos la conquista de todo el poder del Estado y una despiadada consolidación de este poder.*²¹ Cómo puede conciliarse la "despiadada consolidación" de la dictadura con su "carácter provisorio", que frecuentemente los socialistas señalan, es algo que no alcanzamos a comprender. En cuanto a los ungidos por el "fuerte poder", el mismo Stutka explica que son "sus mejores y más avanzados luchadores". Es decir que toda la bondad del régimen descansa en la bondad de los jefes, o de aquellos a quienes las masas consideran como buenos. Pero queda siempre la facultad del arbitrio dada a unos poquísimos hombres sobre la suerte de la enorme mayoría de los súbditos.

Existe la revocabilidad de los mandatos, es verdad; pero el hecho de que sabemos que desde hace más de cuatro años están al frente del gobierno ruso aproximadamente los mismos hombres, si testimonia por una parte su honestidad y habilidad, así como su ascendiente sobre las muchedumbres, demuestra también que es posible una consolidación férrea del poder no sólo en una categoría de personas sino también en determinadas personas consideradas individualmente: la dictadura individual, según la expresión leninista.

La misma ley del Soviet, tan liberal por otra parte, abre las puertas a la arbitrariedad en daño de los individuos o de los grupos aislados con su artículo 23, que dice: "Inspirándose en los intereses de la clase trabajadora en su conjunto, la República Socialista Federal de los Soviets de Rusia priva a los individuos y a los grupos aislados de los derechos que éstos podrían usar en perjuicio de los intereses de la Revolución socialista".²² Esta formulación nos recuerda aquella otra del Estatuto del reino de Italia, según la cual "la prensa es libre, *pero* la ley castiga sus abusos". La república, y por lo tanto su poder supremo, según la Constitución rusa puede privar de sus derechos, es decir de la libertad de prensa, de palabra, de asociación, de reunión, de sufragio, de propaganda, de participación en los soviets, etc., tanto a los individuos como a los grupos y organizaciones que usen esos derechos en perjuicio de la república misma. No sólo, por consiguiente, a los supervivientes burgueses, a los reacciona-

²¹ P. Stutka, *La Costituzione della R. S. F. S. R.*, p. 12 (Edit. Avanti!, Milán).

²² P. Stutka, *ob. cit.*, p. 16.

rios y sus instrumentos, sino a todos los individuos o grupos disidentes de los bolcheviques.

Toda oposición, aun la más revolucionaria, puede ser colocada fuera de la ley de acuerdo con el art. 23, si se tiene en cuenta el criterio autoritario y exclusivista de los bolcheviques, que ven en toda opinión diferente de la propia, en toda fuerza y actividad independiente de ellos, en todo partido distinto o contrario, un perjuicio para la revolución: los anarquistas, por ejemplo, tratados por Lenin con tanta aspereza y presentados como burgueses y pequeñoburgueses. Pero no solamente los anarquistas. Los mismos bolcheviques que se atreven a discutir con sus jefes se hacen sospechosos y son privados de sus derechos. Jacques Sadoul relataba el 18 de marzo de 1918 que el compañero Dibenko, comisario o ministro de Marina, bastante apreciado por los soldados revolucionarios, había sido arrestado en aquellos días por su oposición al tratado de Brest-Litovsk para dar un ejemplo "a los jefes bolcheviques que intentaran imitarlo y se pasasen a la oposición."²³

* * *

²³ Jacques Sadoul, ob. cit., p. 270. Poco después de mediados de 1920 unos cuantos socialistas italianos fueron a Rusia, pero hasta el momento en que escribimos esta nota (noviembre de 1920) no han hecho público ningún relato que nos aclare más de lo que ya sabemos sobre la verdadera situación rusa. Por confidencias personales de uno o de otro se han sabido ciertas cosas que confirmarían muchos temores nuestros expresados en el curso de este libro sobre el destino de la libertad popular en Rusia. Armando Borghi, a quien se preguntó si allí se publicaban periódicos anarquistas (en 1905 y en 1917-18 hubo una infinidad y más de un diario), respondió: "No se publica ningún periódico anarquista; un diario nuestro como *Umanità Nova*, no sería posible en Rusia". A otro se le preguntó si se le permitía a la oposición socialista y revolucionaria en Rusia tener periódicos propios: "¡Sí —respondió en un tono burlón—, el permiso se les da, pero después no se encuentra medio alguno para poder darles papel!"

(1922). *Hoy se sabe con toda precisión que, para salvar las apariencias, se permite todavía algún intento de pequeña publicación anarquista, procurando que sea lo más blanda e insignificante posible. Cuando un periódico anarquista llega a tener un poco de vigor, de pensamiento y de crítica, o en cuanto llega a conquistar simpatías entre el público, se lo suprime de inmediato. Además, se prefiere dejar libertad de publicación a los periódicos anarquistas menos equilibrados y más extravagantes, con el propósito evidente de desacreditar así las ideas anarquistas entre el pueblo.*

La composición misma del régimen soviético, cuya actividad está ordenada de arriba hacia abajo, y va del centro a la periferia,²⁴ favorece, como todo régimen centralista, la formación y consolidación de una tiranía por parte de los individuos, los grupos o los partidos que detentan el poder.

La autoridad gubernativa es ejercida en Rusia por el *Consejo de los Comisarios del Pueblo* (correspondiente al Ministerio o Consejo de Ministros de los gobiernos burgueses); y esta autoridad no es solamente ejecutiva, sino que es también legislativa en cuanto dicta instrucciones, órdenes y decretos deliberativos (arts. 37 y 38 de la constitución). Esta especie de Ministerio gobierna en colaboración con el *Comité Central Ejecutivo Parruso* que tiene una autoridad legislativa, administrativa y de control, y que viene a ser un parlamento en segunda instancia, elegido por el más numeroso *Congreso Parruso de los Soviets*, el cual sería a su vez el órgano correspondiente a nuestros parlamentos. El *Congreso Parruso de los Soviets* es, nominalmente, la autoridad suprema de la república; está compuesto de representantes nombrados por los soviets urbanos y por los congresos provinciales y es convocado dos veces al año, o más a menudo si así lo solicita el comité ejecutivo o los soviets locales por un tercio cuando menos de los electores. Los *soviets urbanos* son nombrados directamente por los electores; los *congresos provinciales* son compuestos por delegados de los soviets de aldea o de campaña. Son electores únicamente los trabajadores que realizan labores productivas y útiles y que no explotan el trabajo ajeno en provecho propio.

No queremos hacer un examen detallado de la constitución rusa. La única observación que nos permitimos es ésta: que la voluntad de las masas, para llegar, después de múltiples elecciones en los soviets urbanos y de aldea, hasta el Consejo de los Comisarios, pasa como a través de una serie de tamices consecutivos; cada elección elimina una parte de esa voluntad popular, y en última instancia bien poca es la que puede llegar a ser realmente representada. Si en efecto los actuales comisarios representan la voluntad del pueblo ruso, como nos aseguran los órganos bolcheviques, ese hecho no puede producirse gracias al

²⁴ P. Stutka, ob. cit., p. 21.

actual sistema electoral, sino a pesar del mismo y tal vez únicamente porque los comisarios están en directa relación con las masas, con el alma popular, de la cual extraen directamente su propia fuerza.

Pero esta hipótesis de que los dictadores actuales de Rusia representan verdaderamente la voluntad de las grandes masas necesita aún ser demostrada. El sistema electoral, por medio del cual se mantienen en el poder o legalizan y justifican tal poder, no constituye por sí mismo una garantía suficiente. Muy al contrario.

Técnicamente, el poder soviético se forma partiendo de la periferia para llegar al centro. Los soviets de aldea y de campaña constituyen los soviets de provincia; los soviets urbanos y de provincia forman el Congreso Panruso; el Congreso Panruso forma el Comité Central; el Comité Central forma el Consejo de los Comisarios, todo ello con una gradual reducción de números. Pero si, como hemos dicho, la voluntad de las masas, en toda elección y relativa disminución del número de representantes, está cada vez menos representada, sucede lo contrario por lo que se refiere al poder de la autoridad central.

La mayor autoridad, el mayor poder de hacer y deshacer no reside en los soviets urbanos y de aldea sino precisamente en los comisarios del pueblo y disminuye, grado por grado, en los organismos inferiores; cada organismo inferior tiene su libertad de acción disminuida por el organismo superior inmediato.²⁵

El Congreso Panruso tiene, es verdad, la potestad suprema nominal, que incluye también la de revocar a los miembros del Comité y del Consejo; pero tal potestad es muy reducida porque está subdividida entre millares de representantes, en los cuales el Consejo puede fácilmente formarse una mayoría aprovechando el poder ejecutivo que tiene y los largos intervalos de un congreso a otro.

Esto es tanto más verdadero cuanto que el poder efectivo, la

²⁵ Ver entre otros el artículo 62 de la Constitución. Sadoul (ob. cit., p. 419) hace la misma observación cuando habla de la "estricta subordinación de los soviets de comuna a los soviets de comarca, de los de comarca a los de distrito, de los de distrito a los de provincia y de los de provincia al Congreso Panruso". Pero ya dijimos antes cómo la última subordinación, del gobierno al Congreso, es sólo o al menos preponderantemente nominal.

mayor autoridad de hecho, pertenece al Consejo de los Comisarios, no solamente porque la ley le otorga la facultad de dictar órdenes y decretos tanto deliberativos como ejecutivos, sino más aún porque tiene a su disposición todo el poder financiero y toda la fuerza armada del Estado. En realidad es esto lo que constituye el "poder gubernamental", por cuanto los organismos económicos y militares son el medio indispensable para ejercitarlo. Todo gobierno se sirve de este medio para mantenerse en el poder; es la ley de conservación, que vale para los individuos como para las entidades colectivas y a la cual ni aun el gobierno bolchevique hace excepción. "Los bolcheviques tienen ahora menos que nunca el deseo de abandonar el poder; sobre todo porque muchos de ellos ya le han tomado el gusto",²⁶ etcétera.

Cuando se tiene la fuerza en las manos y la firme convicción de ser los únicos poseedores de la verdad y de la salvación del género humano —el defecto dogmático de Torquemada y también de Robespierre y de Lenin—, ¿para qué valen las legislaciones escritas? Además no falta nunca una forma para poner de acuerdo, con un poco de buena voluntad, la arbitrariedad con la ley... Los súbditos de todos los gobiernos saben muy bien que es posible sufrir las peores injusticias con todas las sacramentales formalidades de la ley.

Parece que algo semejante conocen ya por propia experiencia los súbditos de la dictadura bolchevique. El 15 de abril de 1918, Sadoul²⁷ escribía a su amigo Thomas: "Los partidos de oposición (*entre los cuales están los socialistas revolucionarios de la izquierda y los anarquistas*) denuncian la política bonapartista de Lenin y de Trotski, que disponen a su antojo de los soviets,"²⁸

²⁶ Jacques Sadoul, ob. cit., p. 283.

²⁷ Jacques Sadoul, ob. cit., p. 311.

²⁸ Una prueba de la forma despótica en que impera el gobierno bolchevique sobre los soviets la encontramos también en una ordenanza de Lenin del 14 de diciembre de 1918, en nombre del Consejo de Defensa obrera y campesina, según la cual *las deliberaciones de los soviets regionales y locales deben ser revocadas por orden de los comisarios del pueblo toda vez que contradigan las órdenes del poder central u obstaculicen su actividad... Es el deber de las instituciones regionales y locales de los soviets seguir, sin réplica, sin retardo y con la más severa exactitud, todas las decisiones y las órdenes del poder central... etc.* (Véase *Une Législation Communiste*, de Labry, Edit. Payot, París, pp. 20-22.)

arrancándoles el poder de a pedazos y marchando a grandes pasos hacia la dictadura. En efecto, *los bolcheviques desarrollan la política más despótica. Disuelven uno después de otro los soviets locales sospechosos de hostilidad hacia el gobierno.* Los miembros de los soviets no son ya parlamentarios, sino simples funcionarios. Cada uno de ellos, en efecto, forma parte de una comisión administrativa en la que tiene una tarea determinada para la que obedece a la dirección del Comité Central Ejecutivo, representado en las regiones por *comisarios provistos del más absoluto poder.*"

Inmediatamente después, Sadoul, con la intención de defender a los bolcheviques de la acusación de despotismo formulada por la prensa aliadófila, continúa: "Ciertamente, *las acusaciones de la oposición son fundadas.* ¿Pero por qué han de sentirse turbados los aliados por estas tendencias dictatoriales que no tienen otro fin que la centralización de la autoridad, la creación de un gobierno que gobierne según un programa que se acerca cada vez más al que pusieron en práctica, durante la guerra, los dirigentes de las repúblicas burguesas?"

* * *

Téngase presente que estas noticias e impresiones de Sadoul se refieren a hace más de tres años, que los defectos por él advertidos han sido aumentados notablemente... y se han consolidado.

Ciertamente, el argumento que Sadoul aporta en favor de los bolcheviques, de que su sistema de gobierno se asemeja al de los burgueses en tiempo de guerra, es desde el punto de vista revolucionario, socialista y anarquista, la acusación más formidable. Si las impresiones y las noticias de Sadoul son exactas (y hasta hoy nadie las ha desmentido, existiendo, por el contrario, cada día nuevos elementos que las confirman), el burdo equívoco de aquellos que confunden los soviets con la dictadura se haría evidente a los ojos mismos de los ciegos y terminaría de una vez por todas.

No sólo soviets y dictadura no son la misma cosa, sino que lo uno es lo opuesto de lo otro y no pueden coexistir sino nominalmente, es decir a condición de que uno de los dos renuncie a vivir una vida propia, y por consiguiente a su misma razón de

ser, para transformarse en un simple instrumento del otro. Y es natural que entre las dos instituciones, la más débil, y por lo tanto colocada en el fondo de la escala de la autoridad, carente por lo demás de medios materiales propios de ataque y de defensa, en este caso el soviets, sea condenada a perder su personalidad y razón de ser y a quedar subordinada a la institución más fuerte: el Estado dictatorial, que está en la cumbre del poder y dispone a su antojo de toda la riqueza y de la fuerza armada del país.

La historia de las relaciones entre soviets y dictadura no es en realidad más que un nuevo episodio de la eterna lucha entre la libertad popular y la autoridad estatal.

1905, que puede en realidad ser considerado como el primero del partido bolchevique, ponía como base de su programa la sustitución del absolutismo por una república democrática:

La instauración de una república democrática en Rusia para los intereses del proletariado y de su lucha por los objetivos finales del socialismo, no es posible más que como resultado de una sublevación victoriosa del pueblo, de quien será órgano el gobierno revolucionario provisorio, único capaz de asegurar la plena libertad de la agitación electoral y de convocar, sobre la base del sufragio universal, igual y directo, con voto secreto, una Asamblea Constituyente que exprese la verdadera voluntad del pueblo.¹

En el mismo año 1905, el Partido Socialista Democrático (bolchevique) de Rusia, en los primeros movimientos insurreccionales, lanzó al pueblo un manifiesto que concluía precisamente con el grito de ¡Viva la Revolución! ¡Viva la Constituyente! ¡Viva la Asamblea de los representantes del pueblo!²

Este programa permaneció como propio del partido bolchevique hasta la revolución de 1917. Fue entre marzo y noviembre de 1917 que asaltó a los bolcheviques la duda sobre lo que ellos, como todos los social-demócratas, reputaban una verdad: es decir que el sufragio universal pudiera efectivamente sustituir el gobierno a la burguesía y que para ello no hubiera más necesidad que la de asegurar a los trabajadores la libertad de voto igual y secreto. Comprendieron la importancia y la influencia de los soviets y trabajaron por llegar a ser mayoría en ellos, especialmente en los grandes centros de población. Comprendieron la importancia y la necesidad de la fuerza armada y se aseguraron la simpatía de los soldados con su política antiguerrera y en favor de la paz a toda costa y con la propaganda en

¹ Véase *Lenin*, de M. Landau-Aldanow, p. 33. Hemos dicho ya que el autor de este libro es un adversario de Lenin; pero nosotros no consideramos las opiniones, sino simples citas que por estar las fuentes en idioma ruso no se encuentran a nuestro alcance. Sobre la seriedad de tales citas leemos en la *Revue Communiste*, de París (Nº 5, de julio de 1920) este juicio no sospechoso del comunista Rappoport: "El libro de Landau es el que entre los adversarios del bolcheviquismo desnaturaliza menos la verdad histórica... Proporciona sobre Lenin y su obra informaciones interesantes y exactas en su mayoría".

² E. Avenard, *Le 22 janvier nouveau stile, Cahier de la Quinzaine*, París, 19-11-1905, p. 158.

V

LA DICTADURA BURGUESA DE LA REVOLUCIÓN

El gobierno dictatorial socialista en Rusia no surgió como realización de un programa largo tiempo deseado por un partido o por sus hombres, sino más bien porque en un cierto momento, y contra lo que pensaban primeramente, estos mismos hombres vieron en ello un medio sumamente favorable, ofrecido por las circunstancias, para aferrarse al poder e imponer su dominio por medio del cual intentarían después la realización de sus propias ideas.

Antes de la revolución de marzo de 1917, la expresión "dictadura proletaria" era empleada en una forma vaga por los socialistas en general, así como también por los bolcheviques, como la idea de realizar autoritariamente la revolución por medio del Estado, pero sin precisar suficientemente la forma estatal que debería adoptarse. La idea consistía pues en que el proletariado impusiera finalmente su autoridad de una manera absoluta, como en un tiempo era absoluta la autoridad de los dictadores, pero sin entrar en particulares sobre la forma en que el Estado socialista se organizaría para ejercer tal imposición.

Así, siempre que los socialistas, comprendidos los bolcheviques rusos, hablaban del Estado como órgano ejecutor de la voluntad expropiadora del proletariado, lo concebían de acuerdo con el viejo significado democrático, de la democracia social, de una *constituyente* a base de sufragio universal. Hemos visto ya cuáles eran las ideas de Lenin antes de estallar la revolución. El tercer Congreso del Partido Socialista Democrático Ruso, de

contra de la disciplina militar; y así lograron tener el ejército de su parte y orientarlo hacia la insurrección.

Pero mientras la Constituyente no se reunió, y no se hizo evidente que las elecciones eran impotentes para dar una verdadera mayoría al proletariado y para despojar del poder a la burguesía y a sus aliados social-patriotas y social-reformistas, los bolcheviques conservaron la ilusión, aunque atenuada, de poder servirse de la Constituyente como de un instrumento revolucionario y de un arma a su completa disposición.

En julio de 1917, mientras en las calles de Petrogrado hervía la batalla entre los soldados fieles todavía a Kerenski y los bolcheviques, éstos concretaron y difundieron un programa que seguía siendo aún democrático-social, es decir que pedía una *república más democrática* sobre la base del sufragio universal y de un parlamento con dos años de duración.³ Entre tantas otras cosas, reprochaban también a Kerenski el retardo continuo en convocar la Constituyente, considerada como un *paso adelante* por el mismo Lenin cuando él y sus secuaces estaban aún en minoría en los soviets.

Desde el mes de abril Lenin pedía *la transferencia del poder al proletariado y a las clases más pobres de los campesinos y una república de Consejos obreros*; pero la incompatibilidad de tal exigencia con la Constituyente no aparecía bien clara a los bolcheviques y debía ser demostrada por los hechos solamente en enero. Y aun en enero se procuró buscar, al menos en parte, una explicación y una excusa para la disolución de la Constituyente en el hecho de que las elecciones se habían realizado sobre la base de listas demasiado viejas y que no respondían ya a una exacta representación de los partidos, y que por lo tanto *los electores se habían encontrado en la imposibilidad de manifestar su voluntad*.⁴

Mientras conservaron una esperanza de poder predominar,

³ *Avanti!*, edición de Roma del 6-2-1920.

⁴ Sobre todo esto y en general sobre la inseguridad de la actitud de los bolcheviques hacia la Constituyente, llena de recelos y de condescendencia, de esperanza y de temores, véase (especialmente para lo que figura en bastardilla): Jacques Sadoul, ob. cit. p. 199; periódico *Il Soviet*, de Nápoles, del 15-2-1920; revista *Comunismo*, Nos. 8-9, del 15-1-1920 (artículo de Lenin).

los bolcheviques no repudiaron a la Constituyente. En efecto, participaron tan activamente en la campaña electoral, antes y después de la revolución de octubre, como para asegurarse un número de mandatos que los hiciera el partido más fuerte de la Constituyente; pero quedaban siempre en minoría frente a la coalición de los partidos adversos, aunque tenían de su parte a los socialistas revolucionarios de izquierda.

Las elecciones se efectuaron, materialmente, bajo el dominio de los bolcheviques, y fue por un decreto de los Comisarios del Pueblo que se fijó su fecha para el 12 de noviembre, prolongándose después hasta el 25 del mismo mes. Las hostilidades contra la Constituyente comenzaron cuando se supo que el resultado aseguraba la mayoría a los partidos burgueses y a los socialistas moderados coligados. El gobierno bolchevique, bien que comprendiéndola adversa, la respetó aún; no así el pueblo. Las primeras reuniones no oficiales de la Constituyente, el 28 y el 29 de octubre, fueron disueltas por la muchedumbre de los revolucionarios, especialmente por los soldados y marineros, sin orden del gobierno. El 18 de diciembre el Consejo de los Comisarios del Pueblo fijó la fecha de la apertura "oficial" de la Constituyente para el 5 de enero de 1918.

Por mayoría, la Constituyente, en la primera sesión, rehusó sancionar el principio del poder de los soviets; los bolcheviques se retiraron y la asamblea, silbada por el público de las tribunas, continuó discutiendo temas sin interés. Al día siguiente, 6 de enero, la Constituyente es declarada disuelta como *Asamblea contrarrevolucionaria*. En realidad, aun sin el decreto dictatorial, era ya un cuerpo muerto puesto que tenía en su contra a todo el pueblo de los proletarios, los soviets y los soldados. ¿Cómo hubiera podido continuar existiendo sin una base entre las masas y sin el apoyo militar? El gobierno bolchevique no hizo otra cosa que recoger el fruto, más que maduro, caído ya del árbol.

* * *

Sin la revolución de octubre, sin la posterior disolución de la Constituyente, y por medio de ésta, no se habría impedido del todo la dictadura.

Los demócratas y los socialistas moderados y reformistas se muestran escandalizados por la "tiranía bolchevique", y muchas

de esas críticas quizás sean justas. Pero cuando ellos dicen que con la Constituyente se hubiera gozado de una mayor libertad, se hubiera tenido una tiranía menor, o se ilusionan o nos engañan. Se hubiera evitado la dictadura socialista bolchevique, pero se hubiese tenido una *dictadura burguesa de la revolución*. En Rusia, de marzo a octubre, los partidos en el poder, antes de ser suplantadas por los bolcheviques, no tuvieron en vista más que este fin: dar a la revolución una dictadura burguesa y consolarla lo más posible. Era necesario combatir estos propósitos, y en esto los bolcheviques, con el concurso eficaz de los anarquistas, prestaron un servicio enorme a la revolución.

La concepción burguesa democrática de una revolución que confiaba su desarrollo ulterior, después del abatimiento del viejo gobierno, a una constituyente electa por medio del sufragio universal está ahora, gracias a la revolución rusa, bastante desacreditada entre el proletariado occidental y especialmente en Italia, donde, para mayor desdicha de esta desgraciadísima idea, resultan ser ahora sus intérpretes aquellos que durante cuatro años, desde 1914 en adelante, trataron de justificar la política de guerra de nuestro gobierno con sus chácharas ilusionistas sobre la Sociedad de las Naciones, los Estados Unidos de Europa, la independencia de las nacionalidades, la autodecisión de los pueblos, etc.

Lo que en efecto pueda tener de revolucionario la propaganda hecha por algunos partidos en favor de la Constituyente es algo que nosotros no somos capaces de advertir, ni lo ven tampoco muchos de los más esclarecidos conservadores burgueses y monárquicos que declararon tiempo atrás aceptarla, dándole el significado que en realidad tiene el mismo parlamento; el cual, a juicio del no sospechoso Camilo Cavour, puede siempre modificar las leyes del Estado por medio de leyes sucesivas. Efectivamente, la Constituyente no vendría a ser más que una cámara de diputados que se propone revisar la constitución o hacer una nueva. Pero si los diputados quieren, pueden hacerlo siempre, con el Parlamento tal como está y con las leyes actuales.

Aunque el estatuto albertino es uno de los más atrasados de Europa, no es sin embargo exactamente el mismo de hace setenta años. Cuando los diputados quisieron, es decir cuando el gobierno lo permitió, le han hecho modificaciones sustanciales;

la última entre nosotros es la reciente ley electoral. Todo lo cual, por otra parte, no ha demostrado sino que, cuanto más se cambia, más sigue siendo la misma cosa.

También otra vez se propuso al pueblo italiano que pidiera la convocación de la Constituyente. Fue en 1900 cuando se agitó este espantapájaros en el parlamento, y entre sus sostenedores estaba el entonces republicano Pantano, que acabó después como ministro monárquico, mientras Bissolati lo apoyaba y gritaba "¡Abajo el rey!", y los diputados socialistas hacían obstruccionismo al frente de toda la extrema izquierda parlamentaria. Pero en aquel tiempo fue el mismo *Avanti!* el que convino en que toda la política de la extrema izquierda parlamentaria, comprendida por consiguiente la proposición de la constituyente, tendía a evitar la eventualidad de un motín callejero.

Entonces nosotros mismos recordamos⁵ haber salido a poner en guardia a muchos elementos obreros que, atraídos por la novedad del asunto (como hoy por la dictadura proletaria), ardían demasiado en aquel fuego de paja; y sosteníamos la necesidad de oponernos a esa híbrida idea de la Constituyente, que amenazaba convertirse en una trampa peligrosa para aquella parte del pueblo que había conquistado ya una relativa conciencia de sus fines y de sus fuerzas. A estos trabajadores les decíamos que estaban dando indicios de no haberse desembarazado todavía del viejo prejuicio jacobino y autoritario, por lo cual su revolucionarismo parecía más verbal que positivo, más impulsivo que consciente.

Pero la fiebre "constituyente" pasó en seguida y luego no se volvió a mencionar.

Se vuelve a hablar ahora y volvemos a hablar nosotros de ella, concretando nuestras ideas al respecto, a la luz de los nuevos hechos históricos recentísimos y de la presente situación, aunque no sea más que para demostrar cómo el espíritu burgués de conservación no tiene siquiera la virtud de encontrar vestimentas y armas nuevas, sino que debe recurrir siempre a las viejas, ya desprestigiadas, enmohecidas y hechas añicos.

* * *

⁵ Véanse los periódicos *L'Agitazione*, de Ancona, y *L'Avvenire Sociale*, de Messina, de 1899 y 1900.

¿Qué es esa Constituyente? Concretemos mejor lo que hemos indicado más arriba: la Constituyente no es otra cosa que *una asamblea de representantes, elegidos por el pueblo en sufragio universal, para revisar o renovar la carta constitucional del Estado, que es el pacto legal entre el gobierno y los gobernados*. La crítica a esta idea implica toda la crítica que los anarquistas hacen al sufragio universal.

Después de 1848, la forma de votación en las elecciones ha cambiado muchas veces y el sufragio se ha ampliado constantemente: en 1880 (hablamos de los cambios más importantes), en 1912 y también en 1920; y se ampliará más aún con la admisión de las mujeres en el electorado. Sin embargo todo esto no ha cambiado, y es fácil prever que no cambiará, la constitución orgánica, las proporciones de una composición del Parlamento. El dominio pertenece como clase a la burguesía, y políticamente a la monarquía. ¿Qué es lo que hace esperar a los republicanos, a los socialistas reformistas de dentro y fuera del partido oficial, a los titulados intervencionistas de la izquierda, que, cambiando de nombre el parlamento, cambie también su sustancia?

No es de creer que por el solo hecho de que se diga al pueblo: "Vete a votar por los miembros de la Constituyente", en lugar de "Vete a votar por los miembros del Parlamento", la masa electoral —convocada a las urnas en pleno régimen actual— cese de ser la misma, se transforme y obre diversamente que en las elecciones anteriores. Pues en tanto el mango de la sartén se encuentre en manos del gobierno monárquico y el capitalismo conserve toda su fuerza de cohesión, de coerción y de corrupción, mientras el pueblo en su mayoría permanezca desarmado y en la ignorancia, las elecciones no podrán dar otra cosa que una Constituyente que se asemejará al Parlamento actual como una gota de agua a otra gota de agua. Nada habrá cambiado. Con este procedimiento sólo se habrá tirado de la nariz al pueblo, se lo habrá adormecido en una nueva ilusión, y en tanto la burguesía habrá logrado reforzarse, hacer más sólidos sus pilares estatales, sacudidos y debilitados por la guerra, habrá ganado tiempo, atravesando sin muchos sacudimientos la crisis actual salvándose así de la revolución sin perder su privilegio económico y político.

Para que el cambio de nombre corresponda a una cierta

transformación sustancial, aun pequeña, sería preciso que llegara por vías revolucionarias y no por vías legales. También en tal caso, entendámonos, nosotros seguiremos siendo contrarios, como anarquistas, a la concepción estatal de la Constituyente, que sería en verdad un aniquilamiento de la revolución apenas nacida. Pero de todos modos un cambio, siquiera de forma, se produciría. ¡Los republicanos podrían al menos esperar su república...! Pero en cambio, cuando los republicanos, los socialistas reformistas y hasta ciertos ex sindicalistas antiestatales que conocemos agitan el banderón de la Constituyente esperando triunfar por medio de las agitaciones electorales, nos resulta todo esto tan ridículo que no podemos creer que sea dicho en serio.

En efecto, no es difícil descubrir entre los partidarios de la Constituyente, junto a ciertos adoradores de buena fe de las utopías más fósiles de una democracia trasnochada, a los mismos monárquicos declarados y a ambiguos personajes que bajo una máscara demagógica ultraliberal esconden los peores propósitos de dictadura militar y el odio más profundo hacia la clase obrera.⁶

* * *

Pero sobre la Constituyente que pudiera obtenerse por medio de la acción electoral y parlamentaria no vale la pena gastar más palabras; en cambio no estará de más un examen de la parte que ella podría representar en la revolución, luego que ésta tomase una dirección autoritaria y moderada hasta el punto de confiar en la obra reconstructiva y legislativa de una asamblea nombrada por sufragio universal.

Dar a la revolución como punto de partida y como guía la Constituyente, después del derrocamiento de los gobiernos actuales, significaría simplemente volver a poner en manos de la clase económicamente dominante, es decir de la burguesía, el poder supremo del Estado, la dictadura. La Constituyente implica por sí misma una forma de gobierno y por consiguiente una paralización de la revolución. Deberíamos a tal propósito repetir, acerca de los daños que derivarían de esto para la causa revolucionaria, lo que ya ha sido dicho en anteriores páginas y

⁶ En 1919-20, los fascistas aún se declaraban, en efecto, partidarios de la Constituyente.

continuaremos diciendo al tratar de la influencia nefanda de todo Estado, de toda dictadura o forma de gobierno en cualquier revolución, aun si el Estado, la dictadura o el gobierno se dice proletario o revolucionario. Pero con la Constituyente, la dictadura, el gobierno y el Estado estarían asegurados irremisiblemente, desde el primer momento, para la burguesía, lo que sería peor. Es decir, tendríamos el mal y la yapa.

Perdurando las condiciones de sujeción económica de los trabajadores, continuando los capitalistas como clase dominante, la nueva asamblea legislativa y constituyente no podría ser otra cosa que la resultante de tales condiciones; es decir, la burguesía resultaría dominadora de la asamblea como lo seguiría siendo de la vida social de toda la nación representada. Ella tendría la mayoría y de ella saldría el gobierno; y los trabajadores continuarían siendo explotados y violentados igual que bajo el viejo gobierno. No es improbable tampoco, como aconteció alguna vez en la historia, que las asambleas electivas creadas por la revolución vuelvan a poner en su puesto al trono derrumbado por ésta, o que, a lo sumo, cambien su titular.

Parecería extraño que la idea de la Constituyente haya tenido tanto prestigio en el pasado entre los revolucionarios, si no se pensara que en materia de política la gente es aficionada a confiar más en las apariencias que en la realidad. Como hubo Constituyente siempre que se hizo una revolución, se tomó a aquélla por ésta sin pensar que después de toda revolución las clases dominantes han buscado siempre, precisamente en la Asamblea Constituyente, la forma de salvarse, de detener la revolución en transformaciones superficiales y de poner un dique a las pretensiones crecientes del pueblo, llegando a menudo a verdaderas masacres de los mismos súbditos que en ella ponían su fe.

Esto sucedió ya en la primera Revolución francesa, durante la cual la Asamblea representativa fue continuamente remolcada, impulsada hacia adelante, con la pica en los flancos, por las masas insurrectas, por los revolucionarios de las secciones y de los suburbios. Cada vez que la insurrección cesaba y la acción popular se amortiguaba, la Asamblea en mayoría se orientaba inmediatamente hacia la contrarrevolución, salvando apenas las apariencias. Antes del motín del 10 de agosto de 1792 los republicanos de la Asamblea se contaban con los dedos; pero cuando

el pueblo en el curso de ese año tomó resueltamente la supremacía en las calles, todos los diputados se hicieron republicanos. Pero así como la Asamblea Constituyente había mandado a su guardia nacional a hacer fuego sobre el pueblo en julio de 1791 en el Campo de Marte, para disolver una manifestación pacífica sólo porque era antimonárquica, del mismo modo tres años después era la misma Convención la que iniciaba la contrarrevolución abatiendo a los Montañeses, preparando el camino a Napoleón y a los Borbones, aprovechando el cansancio popular y la mermada energía de las masas revolucionarias para instaurar la más feroz dictadura burguesa y conservadora.

Así, después de la revolución parisiense de 1848, que desde febrero había asumido una orientación decididamente republicana socialista, bastó la convocatoria a elecciones y la formación de la Constituyente para poner un dique al movimiento; la asamblea se convirtió en el centro de la reacción, y cuando los obreros y los socialistas, que habían tenido la candidez de dar tregua a la burguesía por amor a la república hasta poner a disposición de ésta tres meses de hambre, advirtieron el engaño y quisieron correr a neutralizarlo era ya demasiado tarde. La Constituyente hizo ahogar, por medio del dictador militar Cavaignac, con las masacres de junio, toda tentativa de resistencia obrera. Así se tuvo lo que Malon llamó la "segunda derrota del proletariado francés", que permitió, hacia el exterior, la brutal expedición contra la República Romana en defensa del Papa y, en el interior, la ascensión al trono del segundo Bonaparte. Así fue castigada la revolución por haber entregado su suerte a los resultados del sufragio universal.

Entonces o poco después, este grave error fue notado y deplorado por dos espíritus clarividentes, bien que fuesen los portestandartes de dos direcciones opuestas del socialismo —la libertaria y la autoritaria—: Pierre-Joseph Proudhon y Karl Marx.

"Uno de los primeros actos del gobierno provisional —escribía Proudhon el 29 de abril de 1848— del que más se vanaglorió, fue la aplicación del sufragio universal; y bien, el día mismo en que promulgó el decreto nosotros escribíamos estas concretas palabras, que entonces parecieron una paradoja: *El sufragio universal es la contrarrevolución*. Después los acontecimientos nos dieron la razón". Sigue a esto una magnífica demostración

del por qué el sufragio universal no puede menos que dar tales resultados, con esta conclusión: "Cuanto más se emplee este sistema, *mientras la revolución económica no sea un hecho realizado*, más se volverá hacia el monarquismo, el despotismo y la barbarie...". El artículo titulado "La reacción" fue escrito, es conveniente advertirlo, en *Le Représentant du Peuple*, de París, justamente después de las elecciones de la Constituyente, realizadas el 16 de abril de 1848. Comenzaba con un grito angustioso: "La cuestión social es aplazada... La causa del proletariado, proclamada tan calurosamente en las jornadas de febrero, se ha perdido en las elecciones de abril. Al entusiasmo del pueblo ha sucedido la consternación; es la burguesía quien regulará, como antes, las condiciones de los trabajadores".⁷

Cuatro años después, en 1852, Karl Marx, estudiando las causas del golpe de estado de Napoleón III, hacía las mismas reflexiones, bien que con distinto lenguaje y más fríamente, en algunos artículos para una revista de Estados Unidos, recogidos después en volumen.⁸ Según él, la Constituyente de 1848 fue la constitución de la república burguesa. "Ella —decía— constituía una protesta viviente contra las pretensiones de las jornadas de febrero y estaba *destinada a limitar los resultados de la revuelta* a la consecución de las demandas de la burguesía. Y en vano el proletariado parisiense, el 15 de mayo, había tratado de anular con la fuerza, de disolver y descomponer en sus elementos aquel organismo, *desde el cual amenazaba el espíritu reaccionario de la nación*".

* * *

¿Pero es verdaderamente necesario remontar tan lejos en la historia y consultar los autores del pasado cuando tenemos la sangrienta realidad del presente que nos ilumina?

Dos revoluciones se desarrollan hoy bajo nuestros ojos en Europa, y en ambas se viene realizando el mismo experimento de un modo opuesto. En Rusia la revolución asumió carácter decididamente proletario y socialista; pero para entrar en este camino ha debido antes limpiar el terreno del obstáculo traicionero de la Constituyente. Los mismos bolcheviques, que son

⁷ P. J. Proudhon, *Mélanges*, vol. I, pp. 11-19.

⁸ K. Marx, *II 18 Brumaio di Luigi Bonaparte*, p. 12. (Opere di Marx, Engels e Lassalle, vol. I).

socialistas estatales, no obstante haber participado al principio (como ya hemos indicado) en las elecciones y haber sido el partido más importante en la Constituyente (aunque no en mayoría), después de un momento de vacilación han debido ratificar el hecho ya consumado por la insurrección popular, es decir la disolución de esa asamblea. Los insurrectos obreros y soldados habían, revolucionariamente, hecho imposible la vida de la asamblea; los comunistas de los soviets sancionaron su fin con un decreto oficial de disolución, y esto les permitió asegurarse en el poder. Pero una de las razones por las que se salvó la revolución del asedio de la reacción interna fue justamente el hecho, primero en la historia de las revoluciones, de haber quedado suprimido el parlamentarismo burgués y de haber tocado a su fin la mentira del sufragio universal.

En Alemania la revolución siguió otro curso. Después de los primeros días, en los que la revuelta popular había tomado la más simpática orientación, la burguesía y el militarismo, ayudados por los social-demócratas, volvieron a conquistar ventajas y, queriendo dar a la revolución la vieja dirección estatal clásica, comenzaron por la elección de la Asamblea Constituyente por medio del sufragio universal. Y aconteció lo que tenía que acontecer, repitiéndose en mayor escala el fenómeno de la revolución francesa de 1848. Las palabras de Proudhon podrían ser repetidas en el caso de Alemania: aquí, el día de las elecciones fue el primer día de la contrarrevolución y de la reacción. Los "espartaquistas" comprendieron dónde iba a terminar todo eso, dieron la voz de alarma, se abstuvieron de concurrir a las elecciones: todo fue inútil. La mayoría del proletariado, educada en la mansedumbre desde 1870, cayó en la trampa preparada por la burguesía liberal y por la social-democracia.

El régimen de la Constituyente, una vez más, como en 1794, en 1848, en 1871, etc., no fue otra cosa, en Alemania, en 1918-19, que un funeral de la revolución con gran pompa, la máscara social-demócrata de la dictadura burguesa que en cierto momento se encarnó en Noske. Lo que tiende, por lo demás, a hacer dictatorial tal régimen, no obstante las apariencias democráticas, es el hecho de que el poder económico permanece en manos de un grupo de privilegiados, de patrones. Y en tanto tengamos

patrones se puede decir en cierto sentido que ellos son y permanecen siendo los verdaderos dictadores.

En Rusia la Revolución vive todavía al menos en potencia; en Alemania parece que ha muerto ya. Esta es la razón por la cual el capitalismo franco-inglés, en cuyo interés el zar hizo matar en los campos del frente oriental a millones de rusos, y contra el cual Rusia no estuvo nunca en guerra, odia a la república eslava y condena al hambre con el bloqueo más criminal a millones y millones de sus habitantes. Esta es también la razón por la que el mismo capitalismo franco-inglés pacta y comercia ahora pacíficamente con la enemiga pero domesticada república alemana, y hasta prefiere mandar a ella sus productos y los víveres antes que a ciertos estados, "fieles aliados", de nuestro conocimiento, más pobres y por consiguiente más fastidiosos y llenos de problemas.

Pero no hay injusticia, porque la república surgida de la Constituyente alemana ha salvado de la revolución a toda la Europa central y se ha convertido allí en uno de los puntales de la burguesía internacional, en la barrera contra la inundación revolucionaria de oriente a occidente. El socialdemócrata Noske, reorganizando por mandato de la Constituyente el militarismo alemán, asesinando a Liebknecht, a Rosa Luxemburg, a Gustav Landauer y a los insurrectos comunistas de Berlín y de Munich aseguraba, en beneficio de los estados de Occidente, la reacción internacional, el dominio sin trabas del capitalismo sobre el proletariado. Y la burguesía, aun la más intransigente durante la guerra contra el militarismo prusiano, volvería a colocar con sus propias manos al kaiser en el trono si ello fuera necesario para continuar tranquila y tener sometida a la clase trabajadora.

Esto explica por qué, hoy, aquellos que sacan a relucir de entre la morralla más rancia de la decrepita democracia burguesa esta idea trasnochada de la Constituyente, puesta otra vez de moda por la Alemania burguesa para engañar al proletariado con el sufragio universal y poder quitarle así los frutos de la revolución, son justamente los mismos, en gran parte, que preconaban la proscripción de todo lo que fuera alemán. Precisamente ellos, que ven realizar en Alemania por enésima vez el torpe engaño, piden que también entre nosotros, sea pacíficamente, sea por medio de una revolución probable, se lance el

obstáculo de la Constituyente a los pies del proletariado en marcha hacia su libertad integral.

* * *

El experimento ruso constituye ya una prueba de la superioridad revolucionaria de todo movimiento que evite esta trampa de la Constituyente. Pero será bueno no fiarse solamente de las apariencias, de las fórmulas exteriores y de los nuevos nombres con que son sustituidos los antiguos.

Es innegable que la revolución rusa es más radical y ha dado mayores pasos hacia adelante, en el camino del socialismo, que la revolución alemana. Pero también en Rusia existe en germen el peligro de que las mismas asambleas soviéticas degeneren en una forma de parlamentarismo, con los defectos y las consecuencias desastrosas de las Constituyentes burguesas, mientras la expropiación no sea un hecho realmente efectuado. Si existen allí todavía formaciones capitalistas, si son posibles aún el acaparamiento y la explotación, ya sea bajo el aspecto de concesiones al capital extranjero o de compromisos transitorios con el nacional, queda completamente en pie la posibilidad de que la burguesía sobreviviente, adaptable y proteiforme por naturaleza y por necesidad, se insinúe en las asambleas y en el mismo gobierno y, poco a poco, por medio de su poder económico, vuelva a imponerse y a restablecer —quizá con nombres nuevos tomados del diccionario socialista y revolucionario— su propio dominio.

Pero de la necesidad de la expropiación inmediata para consolidar la revolución hablaremos más adelante. Piensen en tanto los revolucionarios, muy seriamente, en no cavarse ellos mismos la fosa en que pueden luego caer confiando la suerte del futuro movimiento libertador a las asambleas en que los corderos se ilusionan con sentarse como iguales al lado de los lobos, los explotados como iguales al lado de los explotadores. Consciente o inconscientemente, así prepararían la peor y más sangrienta traición, la más peligrosa trampa sobre el camino del progreso al pueblo que avanza. Adviértase este peligro a tiempo y sépase esquivarlo.

VI

COMUNISMO AUTORITARIO Y COMUNISMO LIBERTARIO

Examinando las ideas de los socialistas "bolcheviques" —que han retomado de 1848 el nombre de "comunistas"— hemos señalado incidentalmente el hecho de que en los últimos cuarenta años han sido casi en forma exclusiva los anarquistas quienes se han llamado comunistas y han dado el nombre de comunismo a su propio ideal de reconstrucción social desde el punto de vista económico.

Los socialistas autoritarios habían cesado de llamarse comunistas desde antes de 1880 y desde entonces prefirieron dar el nombre de *colectivismo* a su ideal de reorganización social. Este ideal presentaba la sociedad futura, para cada Estado, políticamente, bajo una forma republicana; en el terreno económico tenía por finalidad la socialización de los medios de producción y de intercambio, con una distribución de los productos a cada trabajador según su trabajo.

Los anarquistas que con Bakunin, De Paepe, y otros, todavía eran llamados colectivistas en aquella época, abandonaron en cambio este nombre (excepto en España, donde la mayoría de los anarquistas continuó llamándose colectivista hasta después de 1890); y en los últimos congresos de la moribunda Internacional, especialmente en el Jura y en Italia, desde 1877 hasta 1882, abrazaron el *comunismo*, hallando la concepción comunista mucho más apropiada para la organización de la producción y del consumo en la sociedad libre, sin gobierno, que era su ideal. Los que más contribuyeron a esta orientación del anarquismo, en-

tonces nueva, fueron Malatesta, Cafiero y Costa, y más tarde Kropotkin y Reclus.

El congreso de la Sección italiana de la Internacional celebrado clandestinamente en los alrededores de Florencia en 1876, aprobó una moción comunista propuesta por Errico Malatesta. En 1877, el *Arbeiter Zeitung*, de Berna, elaboraba los estatutos de un "Partido anarquista comunista de lengua alemana". Y en 1880, el congreso de la Federación Internacionalista del Jura, en Chaux-de-Fonds, aprobó la memoria presentada por Carlo Cafiero sobre "La Anarquía y el Comunismo", que es precisamente el conocido folleto publicado desde entonces infinidad de veces como propaganda.

En aquella época los anarquistas se llamaban indiferentemente socialistas o anarquistas, y aun preferían llamarse socialistas; pero cuando querían concretar se llamaban socialistas anarquistas o, como aún se dicen, *comunistas anarquistas*. Su ideal, concretado en síntesis en la palabra *anarquismo*, tomado en su propia significación de organización libertaria de una sociedad socialista, se ha llamado también siempre, y todavía puede llamarse, socialismo anárquico, y más exactamente *comunismo anárquico*.

Casi toda la literatura anarquista es socialista en sentido comunista desde hace más de cuarenta años, y hasta poco antes de la guerra éramos los anarquistas los únicos comunistas; los socialistas autoritarios, salvo rarísimas excepciones, eran todos y en todas partes colectivistas. El colectivismo legalista y estatal de un lado, y el comunismo anárquico y revolucionario del otro eran las dos escuelas en que se dividió el socialismo desde 1870 hasta 1917, es decir hasta cuando Lenin, desde Rusia, quiso romper con la Segunda Internacional de los traidores, cambiando también de nombre.

En los congresos de ésta, mientras no fueron violenta e injustamente excluidos, los anarquistas defendían el ideal comunista, y los defensores del comunismo se llamaron Kropotkin, Reclus, Malatesta, Gori, Louise Michel, Most, etc. ¡Cuántas polémicas hemos sostenido en aquellos años con los socialistas marxistas en defensa de la fórmula comunista, contra su colectivismo de cuartel, tan imposible y al mismo tiempo tan oportunista! Verdaderamente había exageración en aquella tendencia a lu-

char en torno a una fórmula para sostener que el reparto de los productos en el socialismo debía hacerse según las necesidades (comunismo) y no según el trabajo (colectivismo). La cuestión tenía entonces menos importancia que tantas otras más urgentes, mientras hoy habría mayor necesidad de pensar qué se haría concretamente al día siguiente de la victoria proletaria.

Los colectivistas y los comunistas estaban de acuerdo en la lucha contra el monopolio de la propiedad y querían juntos la socialización de la tierra y de los medios de producción y de intercambio; disentían por el contrario sobre el modo de repartir la producción, que para los colectivistas debía realizarse, como ya se ha dicho, dando a cada uno el producto de su trabajo, o mejor una compensación de acuerdo con su trabajo, mientras que para los comunistas debiera darse a cada uno según sus necesidades. Los anarquistas abrazaron la segunda fórmula y los socialistas la primera, salvo las excepciones entre los unos y los otros.

Karl Marx, en su escrito póstumo, "Para la crítica de la Democracia Socialista", declara abiertamente su preferencia por la fórmula comunista de cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades, con cuya aplicación solamente "el estrecho horizonte jurídico burgués puede ser superado por completo"; sólo que él cree que a esto no se puede llegar más que en una segunda fase comunista, "después que con el general desarrollo de los individuos se hayan acrecentado también las fuerzas productivas y todas las fuentes de la riqueza social manen en toda su plenitud".¹

* * *

Pero, repetimos, esta diversidad de puntos de vista sobre el reparto de los productos en una sociedad socialista no era la más importante, la que constituía el verdadero punto de separación entre socialistas-anarquistas y socialistas-autoritarios. Podía haber todavía, y había, algunos colectivistas entre los anarquistas, como podía haber comunistas, y no faltaba algún ejemplar, entre los autoritarios. Lo que realmente separaba a unos de otros era

¹ K. Marx, *Per la critica della Democrazia Socialista*, p. 11 (Opere di Marx, Engels e Lassalle, vol. II, N° 6).

la diversa concepción de la sociedad socialista como organización política, y su distinta posición frente al problema del Estado.

De esto hemos hablado bastante; es suficiente repetir que unos, los autoritarios, entendían servirse del Estado, conquistado legal o revolucionariamente, para emancipar al proletariado, expropiar a la burguesía y organizar el socialismo; los otros, los anarquistas, objetaban que este era un camino equivocado y que la emancipación del proletariado, la expropiación de la burguesía y la organización del socialismo no podían ser hechas más que por medio de la revolución popular y de la lucha contra el Estado, tanto antes como durante la revolución.

La división sobre este punto ha permanecido invariable desde los tiempos de Marx hasta hoy. Que los socialistas se llamen comunistas, después colectivistas, luego otra vez comunistas, y los anarquistas se digan primero colectivistas y después comunistas, todo esto es de importancia secundaria. Lo que es importante en su enfrentamiento, especialmente hoy, es la cuestión del Estado en la revolución: la revolución por medio del Estado o la revolución contra el Estado.

Además, por lo que se refiere al comunismo nuevamente aceptado por los socialistas revolucionarios marxistas, para distinguirse de la social-democracia que continúa siendo legalista y reformista, por ahora nada hace creer que bajo el cambio de nombre haya un cambio real de ideas referente al programa económico de reorganización social, como la palabra autorizaría a imaginar. Como hemos dicho antes, los socialistas actuales no entienden por "comunismo" un sistema particular de reorganización social, en oposición a los otros sistemas socialistas (como lo entienden los anarquistas), sino solamente un medio de diferenciación que se refiere más bien al método crítico y marxista de valorar los hechos históricos. En efecto, muchos lo llaman "comunismo crítico".

Según nosotros es un error que se ampara bastante impropriamente en el nombre de Marx. Karl Marx aceptó la denominación de comunista cuando entró en la "Liga de los Comunistas" poco antes de 1848, aceptando el encargo de escribir el manifiesto-programa que se hizo célebre después. Pero aunque él daba poca importancia a la reconstrucción del porvenir, por comunismo entendía —como todos sus compañeros— simplemente el ideal

de poner en común la propiedad sustraída al monopolio privado, y de ninguna manera su forma particular de interpretar los hechos históricos y su método dialéctico de crítica y de polémica.

Desde 1848 hasta 1870, es decir hasta que se comenzó a hablar de colectivismo y a concretar estos varios sistemas, se entendía por "comunismo" el ideal de la comunidad de bienes en líneas generales, sin demasiadas distinciones, que vinieron recién después. Pero ése era un ideal autoritario, jacobino, centralizador, es decir todo lo contrario, en el terreno político, del comunismo antiautoritario, anárquico, posterior a 1880. Era el comunismo autoritario, tan rechazado y criticado por Proudhon y Bakunin. Es este el comunismo de los bolcheviques, de los socialistas marxistas actuales, los que, como sus compañeros de antes de 1870, no dan a esta palabra más que un significado de socialización en líneas generales en lo que respecta a la futura reorganización de la propiedad. Pueden ser incluidos entre ellos, por consiguiente, y en efecto se incluyen, con tal de estar de acuerdo en todo lo demás, aquellos que conciben una sociedad socialista según el sistema colectivista.

"Los marxistas —escribía Bakunin en 1872— son los adoradores del poder del Estado y necesariamente los profetas de la disciplina política y social, los campeones del orden establecido de arriba abajo, siempre en nombre del sufragio universal y de la soberanía de las masas, a las cuales se reserva la felicidad y el honor de obedecer a los jefes, a los amos elegidos; los marxistas no admiten otra emancipación que la que esperan de su Volkstaat, el titulado Estado popular".²

Si se suprime alguna pequeña diferencia de lenguaje y si se tiene en cuenta el carácter polémico del escrito de Bakunin, se puede decir de los comunistas marxistas actuales lo que él decía de los de su tiempo.

* * *

La confirmación de todo cuanto hemos dicho antes la encontramos en un librito bastante interesante del socialista ruso Nicolai Bujarin, titulado *El Programa de los Comunistas*, publicado por millones de ejemplares a expensas de los bolcheviques en Rusia y en los demás países, como el que mejor refleja las

² M. Bakunin, *Oeuvres*, vol. IV, p. 345.

ideas programáticas del partido comunista ruso (bolchevique) y de todos los partidos que tienen la misma orientación en los diversos países.

No hay allí nada de nuevo, nada que no haya sido dicho hasta la saciedad por tantos otros. Ante todo, el libro es un resumen claro y conciso —y como tal tiene su valor— de las ideas bolcheviques. La crítica a la sociedad capitalista, el análisis de las condiciones de las clases pobres, la investigación de las causas de la guerra, etc. son iguales que los de los socialistas del pasado, con el mismo lenguaje propio de los secuaces del marxismo: crítica, investigación y análisis en los que todos podemos concordar si se les quita el defecto, ya examinado por nosotros, de la importancia exclusiva dada al factor económico y el descuido completo de los factores estatales.

La reorganización social es considerada sólo desde el punto de vista de la producción; no se dice en cambio, en forma clara y definitiva, cómo y con qué criterio se deberá asegurar el consumo. Este aspecto del problema, por lo demás, es examinado por Bujarin sólo en lo que se refiere al período transitorio, revolucionario, en el que perduran muchos defectos de organización y muchos elementos y causas de males de la vieja sociedad no vencida ni desaparecida por completo, es decir a un período en que no existe todavía una verdadera sociedad socialista.

El lector desatento o habituado a dar poca importancia a la cuestión de la libertad, recibe en el primer momento una impresión favorable leyendo el programa de los comunistas rusos. El sistema de producción comunista de Bujarin, como indicación de lo que mejor se podría hacer, dadas ciertas condiciones del ambiente, puede ser aceptado en sus lineamientos generales. Pero después advertimos que no han tenido en cuenta las condiciones del ambiente; y que entienden su sistema como aplicable a todos los ambientes y en todas las condiciones, a toda costa y por la fuerza.

De tanto en tanto tropezamos con las expresiones más exclusivistas y coercitivas. Bujarin nos habla de un plan único de trabajo, de una oficina central que establezca las cosas, de un plan rigurosamente calculado y ponderado, de la gran industria centralizada; y poco a poco nos damos cuenta de que su sistema carece de elasticidad y de que la disciplina del trabajo es conce-

bida por él aproximadamente como una disciplina militar. La tendencia del comunismo autoritario que resulta de la lectura del programa de Bujarin es la tendencia a una verdadera militarización del trabajo.

Dada esta tendencia, se comprende la hostilidad que Bujarin revela hacia los anarquistas; su absoluta incomprensión de las doctrinas anarquistas, a las que dedica casi un par de capítulos, demostrando al respecto la más banal superficialidad e ignorancia. ¡Si es verdad, como los editores de la traducción italiana dicen en la introducción al libro, que Bujarin es un excelente teórico del marxismo, sería preciso deducir que el marxismo es la ciencia de hablar sobre cosas y criticar ideas que no se conocen!

Bujarin niega que la diferencia entre anarquistas y socialistas comunistas estribe en la cuestión de la abolición del Estado; puesto que, dice él, tampoco los comunistas quieren al Estado, sino solamente una administración. ¡Evidentemente, según Bujarin, para abolir el Estado bastará cambiarle de nombre! ¿Qué es, en efecto, la dictadura sino un Estado despótico y centralizado en una o en pocas manos? Así, el Estado es precisamente una forma de administración que impone a todos su criterio administrativo y se hace obedecer por la fuerza, con la violencia o la amenaza de la violencia, en nombre de los intereses de todos, pero en realidad siempre o casi siempre en interés de los administradores o de los dictadores.

Los anarquistas admiten también —¿y cómo podrían dejar de hacerlo?— la necesidad de una administración de los intereses sociales comunes; pero no le dan a esa administración un carácter estatal; vale decir, no dan a los administradores los medios y la facultad de imponer su propia voluntad, sino que solamente les atribuyen una función ejecutiva. Esta diferencia entre administración libre y administración autoritaria, o mejor dicho entre administración de las cosas y gobierno de los hombres, no saben comprenderla las mentalidades educadas en el culto de la autoridad (como la de Bujarin). Y aun cuando hablen de administración de las cosas, no separan el concepto de administración del de posesión. Así, atribuyendo al Estado la función de administrar la riqueza social, crean la propiedad estatal; es decir,

sustituyen el capitalismo privado por un mastodóntico capitalismo de Estado.

* * *

Aunque más no sea que para dar un ejemplo de la incomprensión marxista del *excelente teórico* Bujarin juzguen, aun aquellos que sólo tienen un conocimiento elementalísimo del programa anarquista, la forma en que Bujarin presenta al anarquismo ante sus lectores:

Los anarquistas piensan que los hombres podrían vivir mejor si toda la producción fuese dividida en pequeñas cooperativas de producción, en pequeñas comunas. Por asociación voluntaria se formaría una sociedad, una cooperativa de diez personas; estas diez personas comenzarían a trabajar por su cuenta y riesgo. En otro lugar surge una segunda sociedad por el estilo; en un tercer lugar aparece otra. Más tarde estas cooperativas comienzan a entrar en negociaciones y en relaciones de intercambio. A una le falta una cosa, a otra le falta otra; insensiblemente acaban poniéndose de acuerdo y celebran *contratos libres*.

Toda la producción se mueve en el círculo de estas pequeñas comunidades. Todo individuo es libre de salir cuando le plazca de la comunidad y toda comunidad es libre de salir de la federación libre de estas pequeñas comunidades (cooperativas de producción).³

Después de esta breve exposición de cómo *los anarquistas piensan*, sigue la refutación, no muy difícil por cierto; y luego, más extensamente, se expone el pensamiento de los bolcheviques. Es del todo inútil rebatir esta refutación que se apoya en el vacío. Los anarquistas no piensan en forma alguna de un modo tan infantil como se lo imagina Bujarin. Que Bujarin se deja arrastrar más por espíritu de hostilidad hacia los anarquistas que por sereno espíritu de justicia, lo evidencia esto: el escritor cita, en prueba de que los anarquistas están en favor del fraccionamiento de la organización de la producción hasta los límites de lo absurdo, el hecho de que en Petrogrado existe un grupo anarquista que se llama "Unión de los cinco oprimidos". ¡Con lo que, resume Bujarin, según los anarquistas la futura comunidad anárqui-

³ N. Bujarin, *El programa de los comunistas*, p. 13. (La traducción de este párrafo ha sido hecha de la edición francesa, publicada por el Comité de París de la III Internacional. En la época en que fue escrito este capítulo no existían aún otras traducciones del folleto de Bujarin).

ca puede ser pequeña hasta el punto de contar solamente con dos personas! Y continúa después:

Según la teoría anarquista puede existir también una *Confederación de los dos explotados*. Imaginemos ahora lo que podría suceder cuando cinco o seis personas, independientemente del resto de los hombres, comienzan a requisar y a confiscar y luego se ponen a trabajar por su cuenta y riesgo. En Rusia existen cerca de cien millones de trabajadores. Si ellos constituyeran tantas *Uniones de cinco oprimidos* como fueran necesarias, Rusia sería una delicia con una Babel de veinte millones de comunidades... ¡Que Dios salve a Rusia de tal caos y de tal *anarquía!*...⁴

Hemos copiado las mismas palabras de Bujarin para dar una muestra de su crítica. Es preciso verdaderamente que los anarquistas sean en Rusia una gran espina en los ojos de los socialistas dictatoriales para que éstos no tengan otra arma mejor contra ellos que tan estúpidas bromas o la ridiculización, siempre fácil y en especial para quien no tiene razón. Mutilar las premisas de una idea adversaria y llevar después la mutilación hasta el absurdo: he ahí al viejo sistema polémico del cual Plejanov fue maestro...

* * *

Contra la opinión de Bujarin, la verdadera diferencia entre anarquistas y socialistas autoritarios (el bolcheviquismo, hemos dicho ya, no es más que el nombre exótico con que se vuelve a presentar entre nosotros el viejo socialismo marxista) está en la distinta solución del problema del Estado. Unos y otros entienden llegar a su abolición (también Marx y Engels eran de este parecer y por un instante aceptaron aun la palabra *anarquía*), pero mientras los socialistas anarquistas piensan que esto se puede alcanzar sólo mediante la lucha antiestatal, hecha desde fuera y contra el Estado, los socialistas autoritarios creen que el Estado perecerá *fatalmente* al cesar las divisiones de clases y que se puede llegar a esto conquistando el Estado e instaurando el comunismo por medio de su fuerza coactiva. Los anarquistas son partidarios de la lucha contra el Estado hasta que éste haya sido destruido; los socialistas luchan por conquistar el Estado, el que serviría para organizar el socialismo, el cual después aboliría el Estado... ¡en el año 3000!

⁴ N. Bujarin, ob. cit., p. 15.

Hacer que la diferencia entre socialistas y anarquistas consista en el distinto modo de organizar la producción al día siguiente de la revolución significa trastocar los términos: es decir, dar mayor importancia a lo que menos la tiene y magnificar una diferencia que es apenas de tendencias. Los socialistas tienen tendencias centralizadoras, y los anarquistas, federalistas (como se decía en tiempos de la Primera Internacional); pero sobre esto todo disentimiento se podría arreglar si se conviniese en el concepto, de importancia capital para los anarquistas, de que la nueva organización sea *voluntaria*, por acuerdo mutuo, por el reconocimiento de los mutuos intereses, y no *forzosa*, en virtud de sanciones legales o de imposiciones violentas. Entonces, según las circunstancias, las funciones por desarrollar y las necesidades por satisfacer podrán concebirse también en tareas y ramas determinadas de la producción, planes únicos de trabajo, oficinas centrales, etc., sin que esto se convierta en una amenaza para la libertad de los individuos y en un obstáculo que entorpezca en lugar de favorecer la producción.

Cuando los anarquistas sostienen la descentralización de las funciones, no lo hacen en una forma abstracta, como si la centralización fuese de por sí un mal; son, en el terreno de los hechos, contrarios en el mayor grado a la centralización y favorables a la descentralización, precisamente porque creen este último temperamento más adaptable a la práctica de una organización comunista de la producción. Se entiende que, para los anarquistas, tal descentralización, subordinada a la abolición del Estado, es comprendida de un modo relativo —ya que podrán existir ramas de producción donde un cierto centralismo sea innegablemente necesario— y no como una regla abstracta, aplicable en todos los casos y hasta el infinito.

No es lícito, por otra parte, como lo hace Bujarin, confundir el estado de lucha y de opresión en que hoy vivimos con el estado de libertad que nos asegurará mañana la revolución. Bujarin dice que el parásito sanguijuela que se enriqueció durante la guerra, si no quiere someterse a la disciplina general será obligado a ello por los obreros y los campesinos pobres. ¡Pero si tal sanguijuela no ha sido suprimida durante la lucha, le habrá sido quitado al menos el mecanismo para succionar, es decir habrá sido expropiada; y si quiere luego comer tendrá necesidad de

trabajar, ya que la revolución no le dejaría para vivir más que sus propios brazos.

Bujarin atribuye a los anarquistas el ser *enemigos de toda violencia, y por consiguiente también de la violencia de los obreros y campesinos contra la burguesía*. ¡Qué disparate! ¡Vaya Bujarin a contar esto a... los procuradores del rey o de la república de los diversos gobiernos europeos y veremos si logra hacerse creer! Ciertamente nosotros pensamos que en la sociedad socialista la violencia no tendrá ya razón de ser; pero antes y durante la revolución ella es inevitable, necesaria, indispensable por parte de los oprimidos contra los opresores, de los explotados contra los explotadores, *de los obreros y campesinos pobres contra la burguesía*. En una palabra, pensamos todo lo contrario de lo que Bujarin cree o finge creer que pensamos. Y si somos contrarios a todo poder gubernamental, aunque sea revolucionario, no es precisamente por temor a su violencia contra la burguesía, que la revolución debe destruir suprimiendo sus poderes y privilegios, sino porque estamos seguros de que él perjudicaría sobre todo a la libertad de los obreros y minaría con la violencia reaccionaria el éxito mismo de la revolución.

En la propaganda, para explicarnos, frecuentemente decimos concebir la sociedad anarquista como una vasta red de cooperativas de producción y de consumo, como una organización de lo simple a lo compuesto, del individuo a la federación, y puede también darse el caso de que algún propagandista anarquista, para hacerse comprender, hable alguna vez de mutuos "contratos libres" en los pequeños grupos; pero no para sostener que la producción pueda ser desarrollada por el solo medio de asociaciones numéricamente tan restringidas, sino únicamente como ejemplo visible y de fácil comprensión de la forma en que deberían estar constituidas, por mutuo y libre apoyo, las vastas organizaciones productoras del porvenir, que extenderían sus tupidas ramificaciones según un sistema de bien entendida descentralización, de las comunas a las provincias, a las regiones, a los continentes enteros, hasta constituir un día una sola familia humana.

El marxista Bujarin, en lugar de tomar por tipo de la sociedad deseada por los anarquistas el "Grupo de los cinco oprimidos" de Petrogrado —que puede también ser invención propia y que

si realmente existiera no demostraría nada, ya que podemos muy bien agruparnos de a cinco para fines modestos, sin creer por esto que bastaría un número tan escaso para todas las asociaciones y para todos los fines—, debiera más bien citar algo más persuasivo; por ejemplo, algún libro o folleto o periódico donde anarquistas al menos un poco conocidos y de quienes se sepa que reflejan la opinión general predominante entre sus compañeros hayan sostenido ideas tan peregrinas.

Recomendamos a Bujarin un libro un poco viejo —*La conquista del pan*, de Kropotkin— donde, contrariamente a lo que cree el neomarxista bolchevique ruso, se toma por punto de partida *el estado actual de las industrias, donde todo se entrelaza y se apoya recíprocamente, donde toda rama de la producción se sirve de las demás*.⁵ Lejos de tomar como tipo de organización el grupito limitado, Kropotkin no habla más que de grandes asociaciones, hoy capitalistas, pero que mañana podrán y deberán ser comunistas en beneficio real de todos: las grandes sociedades ferroviarias, las asociaciones culturales, la unión postal internacional, las sociedades de salvamento, las sociedades de navegación, la Cruz Roja, etc. Algunas cosas dichas por Kropotkin serían hoy muy discutibles, pero esto importa poco. Lo hemos citado sólo para demostrar cómo la ridícula tendencia a la... *Confederación de los dos Explotados* atribuida a los anarquistas por Bujarin es completamente imaginaria y bastante poco inteligente.

* * *

Jamás los anarquistas han hecho cuestión del número de asociados al discutir el modo de organizar en forma comunista la producción y el consumo de la riqueza social. Bujarin no hace más que una suposición personal que deriva de su creencia de que por mutuo consentimiento no es posible estar de acuerdo más que entre muy pocas personas. Nosotros pensamos, al contrario, que por mutuo y libre consentimiento son posibles todas las formas de asociación, tanto pequeñas como grandes.

Pero para que sean posibles, para que no sea necesario mantenerlas con la violencia coactiva es preciso que cada una de tales asociaciones de productores responda a una verdadera necesidad, que se encuentre organizada en armonía con los fines

⁵ P. Kropotkin, *La conquista del pan*, cap. III: El comunismo anarquista.

y el ambiente propios, que responda a las tendencias y necesidades generales de las masas que deben usufructuarla, que goce por lo tanto de una relativa libertad y autonomía capaces de facilitar su adaptación a las diversas circunstancias del medio. Por consiguiente, el número de asociados dependerá de las particulares necesidades de cada localidad, de cada rama de la producción, según que los productos sean de escaso o abundante consumo, de consumo local o de exportación, etcétera.

Deberán y podrán existir, por lo tanto, asociaciones de productores vastísimas, y otras restringidas. Lo importante es que respondan a las dos principales necesidades: cierta autonomía de actividad propia y la coordinación de tal actividad con las demás actividades sociales. Y estas necesidades no son en modo alguno inconciliables; antes bien se integran recíprocamente si no son obstaculizadas y desordenadas por la perniciosa intromisión del poder del Estado, que quiere imponer para todos los casos y en todos los momentos, burocrática y violentamente, un *tipo único* de relación, de organización, de disciplina y de trabajo.

El comunismo, del cual Bujarin expone el programa, nos parece que peca precisamente en este sentido. Esta es la violencia que tememos, la que sería dirigida no contra los burgueses sino contra la clase obrera toda, obligada a plegarse a una disciplina de cuartel; ya que toda fábrica o establecimiento se transformaría en un cuartel al querer organizarse la producción según un tipo único, según un esquema fijo, apriorístico, sacado más de una doctrina que de la vida real, y precisamente de una doctrina —el marxismo— que se basa en una sola manifestación de la actividad productiva, el industrialismo bajo el régimen capitalista, deduciendo conclusiones unilaterales y por lo tanto defectuosas y deficientes.

Pero de este último argumento nos ocuparemos aparte.

* * *

Lo que encontramos extraño no es que los socialistas marxistas retornen aun de nombre al comunismo autoritario alemán de 1871, cuyos sofismas Bakunin analizó en aquellos años con crítica elocuente. Lo extraño es que los socialistas, al hacer esto, lo hagan no sólo como si el largo parentésis desde 1880 hasta hoy no existiera o como si lo desconocieran por completo, sino también reivindicando una especie de derecho de propiedad

particular sobre la idea de "comunismo", intentando negar la calidad de comunistas a los anarquistas y hablando por lo tanto, como lo hace Bujarin, de *Comunismo* y *Anarquismo* como de dos términos antitéticos, como de dos ideas distintas y contrarias, creando artificialmente entre los dos términos una incompatibilidad que no existe, en decidida oposición a la verdad, en cuanto ellos se completan mutuamente hasta el punto de ser inseparables.

En efecto, no será posible una sociedad anarquista que no esté basada en una organización comunista de la producción y del consumo, del mismo modo que no será posible una sociedad verdaderamente comunista que no esté basada en el mutuo acuerdo voluntario de sus componentes, libre de toda coerción violenta del Estado.

No nos libertaremos del Estado si no destruimos al mismo tiempo el privilegio de propiedad y capitalista; ni nos libertaremos del capitalismo si no destruimos conjuntamente la autoridad gubernamental y estatal. Traducir en hechos estas dos negaciones es la tarea de la próxima revolución social.

VII

EL MARXISMO Y LA IDEA DE LA DICTADURA

Se hace derivar de Karl Marx la idea de la dictadura del proletariado, es decir de la orientación dictatorial de la revolución.

Que el concepto de la dictadura proletaria sea el más adaptado a la mentalidad formada en el marxismo puede ser verdad, pero que Marx concibiera efectivamente la revolución guiada y dominada por un poder absoluto dictatorial nos parece muy dudoso. Marx era un socialista autoritario, no anarquista, y por consiguiente preveía un desarrollo estatal de la revolución en el que el proletariado se transformaría en clase dominante y se serviría del poder político para expropiar a la burguesía, interviniendo *despóticamente* en el derecho de propiedad y en las relaciones de la producción burguesa.

Pero esto no es aún la *dictadura*. Esta palabra no parece siquiera haber sido empleada muy a menudo por Marx, ni que lo haya hecho dándole una importancia especial o desarrollado una idea concreta y precisa al respecto. Veía en la toma del poder por parte del proletariado el *triunfo de la democracia*; vale decir un gobierno proletario representativo y no dictatorial, un gobierno inexorable y violento solamente en perjuicio de la burguesía.

También Errico Leone es de nuestra opinión en un artículo citado ya otras veces por nosotros. Según Leone, "la palabra *dictadura* tiene un sentido poco profundizado por la pluma de Marx, que la usó para compendiar la táctica del proceso revolucionario en la que se empeñará el proletariado cuando se haya

apoderado del poder político. Marx extendía excesivamente *por una amplificación metafórica*, el sentido exacto y próximo que este vocablo tiene en la historia y en la ciencia política... Marx empleó la palabra *dictadura* (y quizá la hubiese eliminado sin la insistencia de Engels, que era un admirador de Robespierre) por aquel sentido de saludable pedagogía que se le atribuyó... La conciencia popular moderna, más esclarecida, no está dispuesta a sumarse a aquella especie de fetichismo político que hace decretar a la dictadura como saludable; ella, aunque ejercida en nombre de una clase, es una supresión de las garantías fundamentales de la personalidad humana".¹

La idea de la conquista del poder político para servirse de éste en la expropiación de la burguesía por medio de leyes y por la fuerza de la autoridad, sea que se entienda en un sentido democrático, sea en un sentido dictatorial y absoluto, no es sino muy relativamente de Marx; es más bien una idea de los socialistas franceses anteriores a él o de sus contemporáneos, Louis Blanc o Auguste Blanqui, y es una idea heredada, a través de las sociedades secretas anteriores a 1848, de las tradiciones jacobinas de la primera revolución, de Graco Babeuf, Buonarroti, etcétera.

Marx hizo propia la táctica de la conquista del poder político, en sentido más democrático que dictatorial, con relativa demora; más bien como desarrollo de su acción sectaria en el seno de la Internacional, de su lucha contra los anarquistas que como aplicación de sus teorías. La idea de la dictadura puede ser considerada más como una derivación (Kautsky diría una desviación) del marxismo que como una idea propiamente marxista. Por lo demás, si se estudiaran las corrientes del socialismo, se vería que mucho de lo que lleva la etiqueta de Marx no tiene nada de marxista, y es bastante fácil encontrarlo en Malon, en Lassalle, en Engels y también... ¡en von Schaeffle!

Cuando Marx, más que formular teorías observaba los hechos próximos, por ejemplo en su estudio sobre la Comuna de París, llegaba no sólo a conclusiones diversas sino a una absoluta oposición con la concepción jacobina autoritaria y centralista de la

¹ Véase el artículo "La Dittatura", de E. Leone, en el periódico *Il Lavoratore*, de Trieste, del 22-5-1920.

dictadura. A propósito de las tendencias comunistas en Francia en 1871 escribía:

La unidad de la nación no debiera de ningún modo ser quebrantada, sino, al contrario, organizada por la constituyente comunal; ésta debería convertirse en realidad con el aniquilamiento de aquel poder de Estado que se jactaba de ser el representante auténtico de tal unidad, pero que quería permanecer independiente y superior ante la nación, en cuyo organismo no era más que una excrescencia parasitaria. Mientras se consiguió cortar los organismos opresores del antiguo poder del gobierno, sus funciones legítimas debían ser sustraídas a un poder que aspiraba a sobreponerse a la sociedad y ser restituidas a los servidores responsables de la sociedad... La constitución comunal habría restituido al cuerpo social todas las fuerzas que hasta entonces habían sido absorbidas por el Estado parásito, que se nutre de la sociedad y obstaculiza su libre movimiento. Con este solo hecho se habría puesto a Francia en el camino del renacimiento... La simple existencia de la Comuna llevaba consigo, como algo natural, la autonomía local; pero ahora no ya como contrapeso al poder de Estado, que ha llegado a ser superfluo...²

Cualquiera comprende que la exaltación de la autonomía local y de la constitución comunista contra el poder del Estado reputado superfluo es todo lo contrario de la apología de la dictadura.

* * *

Nosotros no somos marxistas. Pero sería erróneo tomar el marxismo como término de diferenciación entre el anarquismo y el socialismo. Se podría teóricamente, en rigor, ser anarquista y marxista, y viceversa, ser socialista antianarquista y no marxista. Se comprende que por marxismo entendemos aquí el complejo de teorías desarrolladas por Marx en sus diferentes obras (materialismo histórico, lucha de clases, concentración capitalista, plusvalía, etc.) y no las actitudes políticas prácticas del segundo período de su actividad, desarrollada en gran parte para combatir la corriente anarquista de la Internacional. Efectivamente, en teoría, no hubo siempre absoluta incompatibilidad en las ideas de los diversos escritores socialistas y anarquistas, entre marxismo y anarquismo.

Ha sido reproducido muchas veces aquel fragmento en que Marx aceptaba, en 1872, una definición socialista del anarquismo.

² K. Marx, *La guerra civil en Francia*, pp. 45 y 46. (Opere di Marx, Engels e Lassalle, vol. II, N° 4).

mo.³ Por otra parte Bakunin se manifestó en muchas ocasiones partidario de la doctrina marxista del determinismo económico;⁴ y así también los primeros divulgadores del marxismo en Italia fueron los anarquistas. Fue el anarquista Carlo Cafiero quien hizo para los italianos el primer resumen de *El Capital*, que Marx alabó; fue el anarquista Pietro Gori quien hizo publicar, con un prefacio suyo, por primera vez, el *Manifiesto comunista*, de Marx y Engels. Fue Bakunin quien tradujo primeramente al ruso el *Manifiesto* y comenzó la traducción de *El Capital*, que no concluyó por razones independientes de su voluntad. Como notaba en 1897 Malatesta en una polémica, hasta cerca de 1894 casi toda la literatura anarquista estaba impregnada de marxismo. Poco a poco nuestro movimiento y nuestra propaganda (al menos en su mayor parte, porque algunas tendencias de ese tipo se manifiestan todavía aquí y allá) perdieron este carácter; y fue provechoso por razones que después expondremos. Pero cuanto hemos recordado basta ya para demostrar lo erróneo que es hablar del marxismo como de una antítesis del anarquismo.

Por lo demás, los partidos políticos y sociales, que son partidos de acción y se dividen por el fin preciso a que quieren llegar y por los métodos que emplean, mal pueden ser caracterizados y bautizados con nombres y referencias a teorías científicas y sociológicas de carácter general, debidas al genio intuitivo o analítico de esta o aquella personalidad. Hay marxistas, o los hubo, entre los anarquistas y entre los republicanos, entre los sindicalistas y entre los reformistas, entre los revolucionarios y los legalistas. Se podría ser marxista —es decir considerar exactas las teorías de la lucha de clases, del materialismo histórico, etc.— y ser al mismo tiempo conservador y reaccionario. Creemos por lo demás que existen efectivamente tales casos. Basta para ello

³ "Todos los socialistas entienden por anarquismo lo siguiente: una vez conseguido el propósito del movimiento proletario, es decir, la abolición de las clases, el poder del Estado desaparecerá y las funciones gubernativas se transformarán en simples funciones administrativas." K. Marx, *L'alleanza della Democrazia socialista*, p. 13. (Opere di Marx, Engels e Lassalle, vol. II, N° 5).

⁴ Véase también una carta de Bakunin a Herzen, fechada el 28 de octubre de 1869, en la que se alaban los "méritos enormes" de Marx, especialmente porque su influencia impedía la infiltración de tendencias e ideas burguesas en el socialismo. (M. Bakunin, *Correspondance*, Edit. Perrin, Paris, pp. 288-291.)

actuar de un lado de la barricada en vez de estar en el otro, aun conviniendo en que la barricada existe, en que hay un conflicto de intereses y en que es inevitable antes o después llegar a la vía de los hechos.

La explicación científica o sociológica de tal conflicto puede ser útil para ver las cosas en su realidad (cuando la explicación es exacta, lo que según nosotros no lo es siempre en lo que se refiere al marxismo), puede ser empleada como argumento de discusión, pero no es lo más importante ni es indispensable. Ver además todas las cosas a través de una explicación unilateral, como lo hace el marxismo, y reducir al mínimo denominador marxista toda una corriente de ideas y un movimiento complejo como es el socialismo, toda la acción de un partido y aun del proletariado entero, la misma revolución social, aunque por su naturaleza no puede dejar de ser multiforme y ecléctica, según las circunstancias y el lugar, significa empequeñecer todo, mirar todo con los anteojos al revés; socialismo, movimiento proletario y revolución.

Nosotros, repetimos, no somos marxistas, por más que cuando el anarquismo surgió lo era casi completamente, no en la práctica sino en las motivaciones teóricas; pese a que reconozcamos, con Bakunin, que Marx ha contribuido poderosamente a que el socialismo adquiriera el enorme incremento que hoy apreciamos. No somos marxistas, aunque algunas ideas de Marx sean justas, ya porque algunas de sus ideas se han revelado con el tiempo como simples hipótesis no confirmadas por la realidad (concentración capitalista y miseria creciente) o como explicaciones insuficientes de los fenómenos económicos (la plusvalía), ya porque aun las ideas justas como la del materialismo histórico y la lucha de clases lo son únicamente en un sentido relativo y contingente y no de un modo absoluto, para todos los tiempos y todos los lugares.

No somos marxistas, y en este aspecto no lo hemos sido nunca —ni aun cuando las otras teorías antes señaladas eran aceptadas por muchos de nosotros— en la acción práctica, acerca de la orientación que hay que dar al movimiento obrero, socialista y revolucionario en la lucha contra las clases dominantes. Por este lado es inútil que los neomarxistas busquen en los libros del maestro algunas frases que demuestren lo contrario: a Marx,

Engels y otros marxistas de la primera hora corresponde la responsabilidad de la errónea orientación impresa al movimiento socialista, con la adopción de la táctica de la conquista del poder, de la que surgió después de 1880 la II Internacional, vergonzosamente derrumbada en 1914.

Es inútil que perdamos tiempo aquí en rehacer la crítica al marxismo y en repetir lo que ya han dicho Tcherkesov, Merlino, Malatesta, Cornelissen y Nieuwenhuis desde el punto de vista anarquista, y Croce, Sorel, Bernstein, Graziadei y David desde el punto de vista reformista. No queremos hacer un tratado doctrinario, sino solamente poner en guardia a los socialistas y a los revolucionarios contra ciertas actitudes prácticas que han tenido su origen en el marxismo y que podrían ser fuente de terribles desastres, de fracasos irreparables en la futura revolución social.

Ya que, si es verdad que la concepción dictatorial de la revolución —que nosotros creemos errónea y dañosa— puede muy dudosamente ser atribuida a Marx, como si éste la hubiera expresamente formulado y elevado a teoría, es también indiscutible, como hemos dicho al principio, que el marxismo crea el hábito mental más adecuado para acoger tal concepción. En este sentido el apriorismo marxista puede verdaderamente convertirse en un peligro para la revolución.

* * *

El defecto principal del marxismo, aun en lo que tiene de bueno y de vital, es el de ser unilateral; es decir, el de ver solamente algunos aspectos de cada problema, atender a una sola categoría de hechos y deducir de ellos sus conclusiones, para aplicar luego éstas por medio de su dialéctica a todos los hechos, a todas las cuestiones y, en fin, a la orientación práctica misma del movimiento socialista.

Pensamos que el mérito principal de Marx ha sido su infatigable trabajo de propaganda y de organización socialista en el seno de la Primera Internacional, el haber contribuido grandemente a inspirar a la clase obrera la conciencia y la dignidad de sí misma, el haber visto y sostenido —entre los primeros y más que nadie— la necesidad de la solidaridad internacional de los trabajadores. El grito “¡Proletarios de todos los países, uníos!” y la afirmación de que la emancipación de los trabajadores debe

ser obra de los trabajadores mismos valen para la causa del socialismo más que su libro *El Capital*.

Hablamos, se comprende, de las ideas contenidas en aquellas dos frases y no de las simples palabras solamente. Esas ideas, bajo otra forma, habrán sido expuestas por otros también, antes de Marx, pero ninguno en su tiempo ni antes que él les había dado tanta importancia, ni las había recubierto con una argumentación y una documentación histórica tan apasionada, ni las había, con propaganda tan asidua, incrustado tan eficazmente en la cabeza de los trabajadores y de cuantos se dedicaban al estudio del problema social en el interés de la clase obrera. Lo mismo puede decirse de los dos conceptos marxistas, que se completan mutuamente, de la lucha de clases y del materialismo histórico. En los escritores socialistas llamados utopistas, anteriores a Marx, y en otros economistas, aunque no socialistas, se encuentran muchos de dichos conceptos; pero Marx y Engels han tenido el mérito de coordinarlos en sistema, de presentarlos con un ropaje científico, de darles una cohesión lógica, de hacerlos, en fin, un argumento de propaganda, un arma de lucha para la clase obrera.

Pero de este bien ha surgido también un mal, un poco por culpa de Marx, más aún de Engels y mucho más todavía de los marxistas que llegaron después; un mal inadvertido durante un tiempo por todos, pero que poco a poco ha engendrado muchos errores en el seno del movimiento socialista. El mal consistió en la unilateralidad con que aquellos conceptos fueron sostenidos, sea como única explicación de toda la historia pasada, sea (y aquí el error teórico se convierte en error táctico) como único guía y causa motriz del movimiento práctico de propaganda y de acción socialista.

Nosotros observamos todo esto con desapasionamiento tanto más sereno cuanto que se trata de un error que hasta hace una veintena de años era común a socialistas y anarquistas, y que algunos anarquistas no han abandonado todavía por completo, particularmente aquellos que especializan su labor en el movimiento obrero y siguen una orientación mental preponderantemente sindicalista.

* * *

Cuando los anarquistas admiten estar también, como los socialistas y los sindicalistas, en el terreno de la lucha de clases, no quieren por eso suscribir incondicionalmente la teoría marxista que comporta tales palabras, sino simplemente adherir a un movimiento práctico que responde a sus propósitos: *la lucha de los obreros contra los patronos por la emancipación de la esclavitud del salariado*. Antes que el socialismo organizase esta lucha de una clase contra otra, intentando solidarizar entre sí a los obreros por encima de todas las divisiones de grupos, de oficios, de categorías, de naciones y de razas, no había lucha de clases, sino sólo, como dice Merlino,⁵ *lucha entre los grupos distintos que se confundían en la disputa y se deshacían y recomponían modificados*.

El error del marxismo consiste en haber visto un hecho preexistente, continuo a través de los tiempos y que asumía un carácter de fatalidad histórica, donde no había más que una convergencia de múltiples hechos concomitantes, entre los cuales los marxistas veían y notaban solamente aquellos que apoyaban su tesis, movidos en esto más o menos inconscientemente por el noble deseo revolucionario de solidarizar a todo el proletariado contra la burguesía. Queriendo dar una vestidura y una base científica a la lucha de clases, acabaron viendo en ella, bajo distintos aspectos, una especie de ley histórica de la que se creyeron descubridores, mientras que habían sido en cambio, en cierto modo, junto con todos los demás socialistas, sus creadores.

Como observa justamente Benedetto Croce,⁶ para que la historia sea, como dicen los marxistas, una lucha de clases es preciso que haya clases distintas y antagónicas entre sí y que tengan conciencia de tal antagonismo. Dos clases, en el estricto sentido de la palabra, completamente distintas —capitalistas y proletarios— las hay solamente donde se ha desarrollado el industrialismo, es decir no en todos los países y ni siquiera en la mayoría. Por ejemplo, en Italia, la gran industria domina en pocas y determinadas regiones. Además, como observan Croce y Merlino, *algunas veces las clases no tienen intereses antagónicos*

⁵ Saverio Merlino, *Pro e contro il Socialismo*, Edit. Treves, Milán, pp. 28-29.

⁶ Benedetto Croce, *Materialismo storico de Economia marxistica*, Edit. Sandron, Palermo, p. 106.

y muy a menudo no tienen conciencia de sí mismas; lo que saben bien los socialistas, que se dedican a formarla entre los modernos proletarios.

Le toca al socialismo, en efecto, dar al proletariado conciencia de su antagonismo con la burguesía; y donde tal antagonismo, limitado a ciertas categorías, no exista o se encuentre poco señalado, es preciso crearlo suscitando en los obreros el sentido del descontento y el sentimiento de solidaridad hacia las categorías menos privilegiadas, de modo que se quebranten ciertos intereses comunes que impiden el desenvolvimiento de la lucha de clases. Vale decir que es necesario también obrar sobre factores morales y no contentarse solamente con el contraste natural de los intereses para lograr poner a las clases explotadas y oprimidas contra las clases dominantes y en favor de la revolución social.

La concepción demasiado estrecha que tienen los marxistas de la lucha de clases entre obreros e industriales puede ser un peligro en los países como el nuestro, donde la gran industria es limitada. Dejaría fuera de la órbita revolucionaria a una enorme cantidad de gente explotada y oprimida en otra forma, es decir a las masas desorganizadas e inorganizables que los alemanes llaman *lumpenproletariat*, a todo el artesanado existente todavía en la Baja y Media Italia, a todos los campesinos no catalogables entre los jornaleros, a toda la caterva de empleados de las categorías inferiores, y a muchos más.

Estas categorías, especialmente las de los obreros de los pequeños centros y de la campaña, serían explotadas como ciegos instrumentos y acabarían por ser sacrificadas. Se formaría "ni más ni menos que una nueva aristocracia, la de los obreros de las fábricas y de las grandes ciudades, con exclusión de los millones que constituyen el proletariado de la campaña y que llegarían a ser propiamente los súbditos del nuevo gran Estado titulado popular".⁷

El mismo Bakunin advierte también un poco más adelante cómo el "nuevo despotismo" sería ilusorio para los propios obreros de la ciudad, puesto que éstos "no podrían ejercer el poder directamente sino por medio de delegados, confiándolo a un grupo de hombres elegidos para representarlos y gobernarlos, lo que

⁷ M. Bakunin, *Oeuvres*, vol. IV, p. 374.

les haría volver a caer lógicamente en todas las mentiras y servidumbres del régimen representativo burgués".⁸ Pero el proletariado industrial es el más inclinado a caer en esta ilusión del dominio por medio de delegados y a adaptarse a un régimen autoritario por su misma composición, por el espíritu de sometimiento adquirido en las grandes fábricas, donde el obrero se educa, casi como en el cuartel, en la disciplina coactiva y jerárquica, donde el mismo trabajo mecánico y automático dispensa de pensar por sí mismo y contribuye a hacer más cómodo el ponerse en manos de los jefes y de los representantes.

Además de todo esto, y teniendo en cuenta lo que hemos dicho anteriormente, ¿se puede sostener con verdad que el "proletariado" sea en todas partes la mayoría de la población? Y aun donde lo sea tiene enfrente una minoría tan numerosa y fuerte que no puede desatenderla y de la cual tiene igualmente interés en ganarse las simpatías, la adhesión y la ayuda. Basándose únicamente en intereses de clase es dudoso que se pueda contar con la mayoría efectiva del pueblo para la revolución.

Si la revolución contase sólo con el proletariado industrial y las explotaciones rurales industrializadas, o si tal proletariado aprovecharse en su favor el primer impulso revolucionario de la generalidad de las masas, pretendiendo convertirse en la única colectividad dueña de la riqueza y en cierto modo en la clase dominante futura, la revolución correría el doble peligro de echar por una parte las bases de una nueva dominación de clase y por otra de suscitar tal número de enemigos, aun entre aquellos que tenían más interés en su estallido, que llegaría a ser ciertamente sofocada y vencida.

* * *

La misma unilateralidad se observa en la teoría del materialismo histórico.

La concepción materialista de la historia sería, según Karl Marx, la siguiente: el modo de producción de la vida material domina generalmente el desarrollo de la vida social, política e intelectual y aun, añade Friedrich Engels, de las ideas religiosas, filosóficas, morales, etc., de todo período histórico. En todo esto hay una verdad innegable, que otros antes que Marx o

⁸ M. Bakunin, ob. cit., p. 376.

contemporáneos de él habían afirmado, pero a la que él tuvo el mérito de dar mayor relieve: la importancia de los factores económicos y de su enorme influencia sobre los acontecimientos históricos.

Esta verdad sirve, en interés de la clase obrera, para demostrar cómo para eliminar la mayor parte de los males sociales causados por la miseria es indispensable transformar el sistema de producción y de distribución de la riqueza, es decir toda la organización económica de la sociedad, sin lo cual todos los esfuerzos en el terreno político, religioso, moral, etc., todas las predicaciones evangélicas, los experimentos utopistas, los llamados a la intervención estatal, las distintas especies de legislación obrera, etc., están condenadas a agotarse inútilmente o a dar resultados completamente irrisorios.

Estas ideas de Marx están reflejadas en los célebres "Considerandos" con que se declaró constituida la Primera Internacional en 1864 y fueron desarrolladas en el "Programa inaugural" de ésta, como habían sido ya expresadas en otra forma en el *Manifiesto Comunista* diez y seis años antes.

Bakunin, como hemos señalado, compartía en este punto el pensamiento de su adversario, advirtiendo repetidamente que "el descubrimiento y la demostración de tales verdades es uno de los más grandes méritos de Marx".⁹ Pero no disimulaba, aun dando la razón al materialismo histórico, que "este principio es profundamente verdadero cuando se le considera en su justo límite, es decir desde un punto de vista relativo; pero visto y colocado en una forma absoluta, como único fundamento y causa primera de todos los demás principios, se torna completamente falso".¹⁰

En efecto, la verdad contenida en la concepción materialista de la historia *es una verdad, no toda la verdad*; en cambio, los marxistas caen en el error de subordinar al factor económico todos los demás factores, no sólo admitiendo la mayor importancia de aquél en ciertos períodos históricos (como por ejemplo en el período de la civilización industrial), sino considerándolo como

⁹ M. Bakunin, *El Estado y el anarquismo* (en ruso), pp. 223-224; *La Théologie politique de Mazzini et l'Internationale*, Neuchâtel, pp. 69 y 78. Tomamos estas citas del conocido libelo de Plejanov, *Anarchismo e Socialismo*, Edit. Critica Sociale, Milán, p. 51.

¹⁰ M. Bakunin, *Oeuvres*, vol. III, p. 11.

el único motor y viendo en los otros factores sociales derivaciones, consecuencias, resultados, determinados a su vez por el hecho económico. Es un error histórico en cuanto si en todo acontecimiento el factor económico tiene su influencia, no todos los acontecimientos históricos son determinados por el predominio del factor económico y por él solamente; en algunos, éste más bien está subordinado a factores de otra especie.

Pero dejando aparte la historia, sobre la que se haría demasiado extenso discutir ahora, el error marxista consiste en no tener en debida cuenta los otros factores del movimiento social, muy importantes también, aunque frecuentemente lo sean en menor medida (pero no siempre). Este descuido hace que no se vean ya los hechos en su realidad, sino bajo una luz unilateral y por consiguiente falsa, que en la práctica puede llevar a dar pasos igualmente falsos. Es precisamente en estos pasos falsos, a los que el dogmatismo marxista puede llevar, donde vemos nosotros un peligro para la revolución.

No estará de más recordar cómo esta excesiva subordinación de todas las cuestiones a la cuestión económica, trasladada de la teoría a la práctica, convertida en guía de la conducta de la Segunda Internacional, ha sido una de las razones del fin desastroso de ésta, junto con otras razones derivadas de la política parlamentaria. Si esta ha sido la causa principal del fracaso de los partidos socialistas, el excesivo economismo, el dejarse guiar únicamente por razones de utilidad económica inmediata para la clase trabajadora organizada ha sido una de las causas más poderosas del deplorable doblegamiento de todas las organizaciones sindicales de Europa y de América hacia la colaboración con los distintos gobiernos en el delito de la guerra.¹¹ Pero dejemos a un lado también el pasado reciente y miremos el porvenir. ¿A qué errores puede llevar una concepción del movimiento social basada exclusivamente en la teoría del determinismo económico?

¹¹ Se objetará el ejemplo del socialismo italiano y de sus organizaciones políticas y económicas. Se tendría razón en forma absoluta en lo que concierne al partido, pero en modo relativo para la Confederación del Trabajo, a la cual se podrían hacer algunas objeciones y excepciones. Pero una de las razones por las que el Partido Socialista Italiano se ha salvado del naufragio es precisamente porque ha sido y es aún en los hechos mucho menos marxista de lo que parece y quiere ser.

Ante todo, es natural, a una repetición de los errores del pasado. Luego, habituando a las masas socialistas y a los revolucionarios a la idea de que abolido el salariado y socializada la propiedad toda lucha habrá terminado y quedarán también eliminadas todas las injusticias y opresiones que derivan de otras causas no solamente económicas, acontecerá que quedarán en pie precisamente estas causas y la revolución resultará así incompleta, incapaz de resolver todos los demás problemas de la compleja cuestión social. Aunque lo diga Engels, no es precisamente verdad que la religión, la familia y el Estado, por ejemplo, sean instituciones que desaparecerán o se transformarán por sí, como consecuencia de las transformaciones económicas. Es preciso que la revolución, con medios distintos y según su naturaleza, se encargue directamente de estos asuntos para que no se conviertan en otros tantos obstáculos, para que no lleguen a ser focos de reacción y hasta quizás un punto de partida para la reconstrucción del privilegio económico demolido por la revolución.

Esto debe decirse especialmente de la institución estatal. Pero de esto —del hecho que el Estado constituye por sí, aun independientemente del capitalismo propiamente dicho, una casta privilegiada y una causa permanente de reacción, de injusticia, de monopolio y de servidumbre política y económica— hemos hablado ya. Y sería superfluo repetirnos.

* * *

Es sabido que el marxismo es una teoría que basa sus argumentaciones sobre un material documental, científico, estadístico, etc., que refleja casi exclusivamente el nacimiento y desarrollo de la gran industria. Marx y Engels, que vivieron casi siempre en Inglaterra, tenían ante sus ojos un material de estudio riquísimo e importantísimo, poco menos que inagotable, en la nación que era entonces el centro del comercio mundial, donde el industrialismo estaba en el apogeo de su potencia. Friedrich Engels mismo era además un industrial. Cuando vivieron fuera de Inglaterra, los países conocidos por ellos eran los que después del Imperio Británico seguían más de cerca a éste en el progreso industrial: la Alemania renana, Bélgica y Francia.

No es extraño por consiguiente que por su situación, por el

ambiente, por los estudios que con mayor facilidad podían hacer, fuesen llevados a ver en la civilización industrial la cumbre del poder burgués, más allá de la cual debería ocurrir la catástrofe y en cierto modo el paso a la sociedad de los trabajadores. Estudiando el proceso de la producción capitalista en el lugar más afortunado para ella y en un período de crecimiento rápido, cuando parecía que la acumulación de los capitales en pocas manos no encontraría obstáculos en su avance, se comprende cómo pudieron llegar a la conclusión errónea de que tal movimiento alcanzaría un punto de exageración capaz de provocar la revolución proletaria y el derrumbe del dominio capitalista.

La revolución rusa nos ha demostrado que se puede esperar la caída del capitalismo aunque el proceso de acumulación de la riqueza no haya llegado a su desarrollo o se encuentre paralizado o no se haya realizado todavía. A pesar de esto y a pesar de que la historia sucesiva ha demostrado que la propiedad no sigue justamente leyes constantes, y que si se acumula por un lado se fracciona por el otro, los estudios de Marx y Engels fueron igualmente, sobre muchos otros problemas, una contribución preciosa para la elaboración de las ideas socialistas. Pero al servir de ellas, el revolucionario que no quiere permanecer en los cielos abstractos de la teoría, sino descender al terreno de los hechos, debe tener en cuenta que Marx y Engels basaron sus estudios en un período histórico determinado, bastante limitado en el tiempo y en el espacio, y que por consiguiente debían por fuerza llegar en muchas cosas a conclusiones unilaterales y por lo mismo poco prácticas en otros tiempos y en ambientes distintos. Lo que, por lo demás, ellos mismos reconocieron muchas veces después, cuando tuvieron ocasión de aquilatar las ideas expresadas anteriormente en contacto con hechos nuevos.

Más que a Marx, por otra parte, muchos de tales errores se deben a los marxistas. Estos, por ejemplo, durante años y años nos han venido aturdiendo, en nombre de su maestro, hablándonos de la imposibilidad de hacer la revolución y realizar el socialismo, porque en este o en aquel país no se había desarrollado todavía un capitalismo industrial, porque no existía un proletariado en el sentido preciso de la palabra, porque la producción era todavía demasiado rudimentaria, etcétera. Esto sigue siendo repetido aun hoy por los marxistas de la derecha, los *men-*

cheviques rusos, que hubieran querido detener la revolución precisamente porque Rusia no era todavía un país capitalista. Así también se expresan los reformistas italianos, aun no repudiando el marxismo del que fueron maestros, cuando señalan en la revolución un peligro porque en Italia faltan el hierro y el carbón necesarios para las industrias.

En realidad la industria se ha desarrollado, se ha formado el capitalismo típico contra el cual dirige sus críticas el marxismo, sólo en un pequeño número de regiones privilegiadas, ricas en minas de carbón y de hierro y con una gran población. Ha surgido y va surgiendo también esa industria en las demás regiones, pero en condiciones menos ventajosas, en un orden inferior, y no tan poderosa como para absorber a todas las demás fuerzas y no dejar vivir a otros procesos locales de producción, heredados del pasado. No creemos además que esto sea un mal desde el punto de vista de la economía internacional. De cualquier manera, si se debiera esperar la industrialización de cada país para hacer en él la revolución, ésta debiera haberse hecho ya hace tiempo en Inglaterra, Bélgica, Francia y Alemania, donde, al contrario, parece que está lejos todavía, y, por descontado, no se habría podido hacer en Rusia, donde en cambio triunfó, ni tampoco se podría hablar de ella en Italia y en España, donde precisamente se ven cada día mayores signos precursores.

* * *

Pero los marxistas revolucionarios, que llamaremos de la izquierda, los bolcheviques rusos y los comunistas autoritarios de todos los países no se convencen de esto, no disminuyen su infatuación doctrinaria, según la cual la gran industria debiera ser el tipo de civilización más avanzada y más conciliable con la civilización socialista.

No dicen —¡claro está!— como sus compañeros de la derecha que la revolución debe esperar el completo desenvolvimiento del capitalismo, sino que en cierto modo quieren servirse de la revolución para desarrollarlo intensivamente, transformándolo en capitalismo de Estado, es decir dando al Estado la gestión de la riqueza y todos los poderes gubernativos, para que éste, de grado o por fuerza, haga del país en revolución un país industrial. He aquí una de las razones por las que los bolcheviques italianos y

del extranjero apelan a la *dictadura proletaria*, es decir para que esta doblegue con mano de hierro a toda la población en la más estrecha disciplina, necesaria a fin de implantar artificialmente la gran industria, no ya capitalista, ni tampoco proletaria, sino estatal.

Esta finalidad está claramente expresada en el *Programa de los Comunistas* de Bujarin, que los maximalistas de todos los matices en Milán, Turín y Nápoles traducen y comentan como su programa propio. Según Bujarin, *la mejor manera y la más perfecta de organizar la producción nos es enseñada por la gran industria capitalista. Por consiguiente, es preciso asociar la igualdad económica con la gran industria. No basta que los capitalistas desaparezcan; es preciso que la producción sea establecida sobre vastos planos. Todos los pequeños establecimientos incapaces deben perecer. Todo el trabajo debe ser concentrado en grandes fábricas, en grandes talleres y en grandes granjas agrícolas. El uno no debe ignorar lo que hace el otro y viceversa. ES NECESARIO TENER UN PLAN ÚNICO DE TRABAJO, que será tanto mejor cuanto más se extienda sobre un mayor número de regiones. El mundo entero, finalmente, debe formar un gran taller de trabajo en el que toda la humanidad trabaje para sí con las mejores máquinas, en las más grandes fábricas, sin los patrones y los capitalistas actuales pero SEGÚN UN PLAN RIGUROSAMENTE PREPARADO, CALCULADO Y MEDIDO.*¹²

¡Qué monstruosa aberración!

No es que a nosotros los anarquistas nos repugnen, como cree Bujarin, las grandes asociaciones productoras o de distribución, ni que sea justificada su burla de nuestra preferencia por la "Confederación de los dos explotados" (de esta estupidez nos hemos ya ocupado). Cuando el tipo de trabajo, o el trabajo o servicio por desempeñar lo exija, cuando ello sea posible sin inconvenientes mayores de la utilidad, según el ambiente o las circunstancias, también nosotros admitimos las grandes fábricas, los grandes talleres, las grandes granjas agrícolas. También nosotros pensamos que la producción debe montarse sobre las más amplias bases posibles. No tenemos ninguna fobia por la gran industria en sí; y donde sus experiencias y sus métodos de pro-

¹² N. Bujarin, ob. cit., pp. 13 y 14.

ducción puedan ser utilizados en bien de todos, sería locura no hacerlo.

La aberración consiste en considerar que sólo el modo de producción de la gran industria es eficaz y que deben ser condenados a perecer los pequeños establecimientos por un presunto delito de incapacidad. Todos sabemos que existen clases de trabajo y de producción que efectivamente se hacen mejor en grandes talleres, otras especies que se concilian mejor con el trabajo en pequeña escala, otras aun que se hacen igualmente bien en pequeño o en grande. Aun para el progreso técnico, observa Kropotkin, no siempre la concentración de las industrias en grandes establecimientos es útil; algunas veces es un obstáculo. Si los grandes establecimientos llevan hoy ventaja sobre los pequeños, frecuentemente esto sucede no por economía de fuerzas motrices o por progresos técnicos sino solamente por la mayor facilidad comercial,¹³ ventaja que en una sociedad socialista sería alcanzada simplemente amontonando los productos en los almacenes sociales, sin necesidad de amontonar antes en una fábrica-cuartel los trabajos y los trabajadores.

Lo mismo puede decirse para la explotación agrícola. Algunas pequeñas propiedades de las Marcas, de Umbria o del Abruzzo nada tienen que envidiar en intensidad de cultivo y en riqueza de producción a las grandes explotaciones agrícolas de nuestros amigos cooperativistas de la Rumania y del Lacio. Con esto queremos traer un ejemplo, no para sostener el cultivo en pequeña escala con preferencia al gran cultivo, sino para demostrar lo desatinado de ciertos apriorismos que no tienen presentes las circunstancias y se fundamentan en la observación de una sola serie de hechos, como ocurre de continuo con los marxistas. Serán los productores asociados, según nosotros, quienes deberán establecer libremente su propio modo y tipo de producción, según su capacidad y necesidades, y no será un gobierno quien lo imponga a todos desde arriba.

* * *

La aberración llega verdaderamente a lo monstruoso cuando se quiere establecer obligatoriamente, desde hoy y para todos, el

¹³ P. Kropotkin, "La piccola industria in Inghilterra", Revista *Il Pensiero*, Roma, N° 19 del 1°-10-1906.

tipo de la gran industria, aun para los países menos apropiados, sin preocuparse de la oportunidad ni de la necesidad de hacerlo, sin distinguir dónde y hasta qué punto se pueda poner en práctica. Se habla sin más de *un programa único de trabajo para todos, según un plan rigurosamente preparado, calculado y medido*. ¡El ambiente, las tendencias, el espíritu de los pueblos no cuentan para nada! ¡Con el pretexto de que Juan no debe ignorar lo que hace Pedro, y viceversa —como si para informarse, ayudarse, cambiar de tanto en tanto las ideas, las materias primas y los productos no hubiese otro medio posible que el de obligar a todos por la fuerza a obrar en la misma forma—, Bujarin sueña con someter nada menos que a la humanidad entera a aquel "plan único, rigurosamente preparado, calculado y medido!"

Nosotros quisiéramos alegrarnos de que, al cabo de cuarenta años, los socialistas hayan vuelto al comunismo después de haber dejado por tanto tiempo únicamente a los anarquistas la tarea de propagarlo.

Pero si los socialistas aceptan a Bujarin sucederá que sólo habrán cambiado de etiqueta exterior. En el interior vivirá siempre la vieja utopía colectivista de cuartel alemán, el socialismo autoritario de antes de 1870, criticado por Proudhon y Bakunin, de imposible realización. Cuando Bujarin nos habla de un *poder de Estado, de un poder de hierro, de un gobierno enérgico*, nuestro pensamiento no solamente se dirige a Lenin sino también a Noske —¡y más bien al zar! Vale decir que tenemos toda suerte de razones para temer que la violencia gubernativa del nuevo Estado no se dirija sólo contra las fuerzas reaccionarias y burguesas supervivientes —de lo que no nos lamentaremos por cierto— sino también contra los obreros recalcitrantes al "plan único de trabajo", contra las tendencias libertarias que se desarrollen en el proletariado, contra el espíritu de autonomía, de independencia y de rebelión de los actualmente oprimidos que no querrán, ni aun por buenos fines, ser oprimidos mañana.

Los escritores marxistas se complacen generalmente en hablar del anarquismo como de una exageración del individualismo burgués, fingiendo ignorar el fundamento, teórica e históricamente socialista, de la idea anarquista. Con bastante mayor derecho nosotros podemos decir que su monstruosa concepción del capitalismo de Estado, impropiamente llamado socialismo, es la exa-

geración más exasperante del estatalismo burgués. El individualismo burgués, sin el socialismo, ha terminado por matar el espíritu igualitario que animó en su nacimiento a la revolución de 1789. Del mismo modo el socialismo de Estado, sin la libertad, hará estériles los frutos de la revolución comenzada en Rusia en 1917.

Hay además en todo esto un grave peligro: el de que la revolución se agote en formidables luchas intestinas, en un vano esfuerzo del gobierno revolucionario por someter todo y a todos a sus decretos, y en un descontento y en una rebelión progresiva de los súbditos, especialmente de aquellos que más hayan contribuido desde el principio a derrocar los poderes de la burguesía. Esto no es algo imposible, y hasta podría decirse que es inevitable, en regiones como las nuestras, en que un régimen de gobierno industrial chocaría contra la resistencia a toda disciplina coactiva que está en la naturaleza de las poblaciones, contra el hábito creado bajo el régimen actual de ver en el gobierno un enemigo y contra la inadaptabilidad al régimen industrial, para el cual no existen entre nosotros las principales condiciones naturales indispensables. Esta última dificultad podría ser vencida con el tiempo, poco a poco, pero el querer arrollarla con la violencia, de golpe, desde el primer instante, significaría suscitar inútilmente nuevos enemigos contra la revolución, aun entre los que estuvieran interesados en defenderla.

Todo esto impediría inevitablemente el orden necesario al desarrollo de la producción, en lugar de favorecerla; y le haría el juego a la contrarrevolución, impidiendo al nuevo régimen llegar pronto a un ajuste definitivo y estable. La reacción, disfrazándose de partidaria ya de una de las facciones en conflicto, ya de la otra, acabaría obteniendo ventajas y se desenmascararía cuando todas las fuerzas revolucionarias hubiesen quedado desgarradas y anuladas después de estériles y sangrientos esfuerzos, después de cruentas luchas intestinas entre la libertad y la autoridad. Es decir, la revolución acabaría como en 1789-93 devorándose a sí misma.

Los socialistas están aún a tiempo de evitar que ocurra una desgracia semejante a la revolución. No pretendemos por esto, aunque sea nuestro deseo, que se hagan anarquistas y acepten sin vacilación el concepto anárquico del socialismo y de la revo-

lución. Pero es necesario que inspiren su táctica y sus métodos revolucionarios en un mayor sentimiento de libertad y que sobre todo renuncien a la pretensión de someter la revolución por la fuerza a un esquema apriorístico y dogmático, que no tiene de científico más que el nombre dado arbitrariamente y que podrá hasta llamarse marxista, pero que ciertamente Marx mismo repudiaría si aún viviese. Recojan ellos la palabra viva y no la palabra muerta de su maestro. Recuerden que Marx —que tuvo empeño en declarar que no era en verdad “marxista”—, diez y seis años después de haber escrito el *Manifiesto Comunista* sentía la necesidad de aconsejar a los socialistas que no lo interpretaran demasiado según la letra; que lo aplicasen “en cada lugar y en cada tiempo según las condiciones históricas del momento”. ¡No somos utopistas hasta el punto de olvidar que desde 1848 hasta hoy han pasado más de 70 años!

VIII

QUÉ ES LA DICTADURA

Nada hay más indeterminado que el lenguaje político, en el que frecuentemente se adoptan palabras con el significado más contradictorio. Pero en lo referente a algunas palabras que tienen un significado preciso desde hace siglos y que son de uso corriente, ningún equívoco o disentimiento debiera ser posible.

Tal es el caso de la palabra "dictadura", que en todos los idiomas antiguos y modernos indicó siempre una forma de gobierno absoluto, que centraliza en manos de una o de pocas personas todos los poderes del Estado, militares, políticos y sociales. El diccionario de Fanfani definía la *dictadura* como *la potestad suprema y absoluta, pero temporal, en el gobierno de un estado, provincia o algo parecido; conferida por causas extraordinarias*.

El *dictador* era antiguamente, como recuerda Fanfani, el supremo magistrado de la república romana, designado extraordinariamente sólo por seis meses en los peligros extremos, y que tenía potestad de vida y muerte sin apelación. Hoy el *dictador* es *aquel a quien por gravísimas y extraordinarias contingencias se le confiere temporariamente el gobierno de la cosa pública, con potestad absoluta tanto civil como militar*.

La dictadura en una palabra es establecida, a título de excepción y provisorio, por el Estado cuando éste se estima en peligro, sea en tiempo de guerra como de perturbaciones internas; y tiene una duración preestablecida, de seis meses o de uno o dos años, o más; o bien se establece la dictadura por toda la duración de las guerras o las convulsiones a causa de las cuales el Estado recurrió a ella.

La idea de la dictadura surgió en la mente de los hombres de Estado por el convencimiento de que la división de poderes y la libertad eran perjudiciales y de que se podía proceder mejor a afrontar una situación grave por medio de un comando único, con plenos poderes, que obrase sin miramientos hacia nadie, resueltamente, sin limitaciones legales y con todos los medios a su disposición, aun los más violentos.

Los que aprendieron aquel poco de historia que se estudia en las escuelas, recordarán también las circunstancias en que los antiguos romanos recurrían a esta forma excepcional de gobierno, especialmente en tiempos de guerra y de discordias internas. La tradición cuenta que el poder dictatorial fue también establecido con las atribuciones que hoy se llamarían "constituyentes", es decir para poder echar las bases de la constitución de la república sobre leyes fijas. Entonces fueron investidos con la dictadura los *decenviros*, quienes constituían la dictadura no de una sola persona, sino de más, si bien en número limitadísimo (diez). A los decenviros se deben, según la tradición, las leyes de las Doce Tablas y también el primer ejemplo de los inconvenientes y de los delitos a que la autoridad dictatorial da margen, con el episodio de Virginia, muerta por el padre para sustraerla a la prepotencia del decenviro que se aprovechaba de su poder para procurar hacer una esclava de la muchacha con la que se había encaprichado.

Hacia el fin de la República romana se recurrió también a la dictadura para hacer frente a las revueltas internas, a la guerra civil, etc. y la conclusión fue que un buen día uno de estos dictadores se convirtió de provisorio en permanente: así murió la República y se fundó el Imperio Romano.

Pero no es preciso saltar tan atrás para encontrar ejemplos de regímenes dictatoriales. Para limitarnos a los tiempos modernos, es decir a los del dominio de la clase burguesa, basta recordar la dictadura de Robespierre, a la que sucedió la de Bonaparte. En Sicilia se recuerda todavía la breve dictadura de Garibaldi en 1860; algunos esperaban que pudiese terminar en la república, pero acabó en cambio con la "donación" del reino napolitano a Víctor Manuel. Dictaduras más o menos provisorias, pero todas breves y efímeras, se tuvieron durante la revolución de 1848 en Italia y en el exterior. Y podríamos continuar

enunciando más. Aún más cerca de nosotros en el tiempo y en el espacio podemos encontrar ejemplos históricos de dictadura. Sin recordar los estados de sitio de 1894 y 1898, que fueron en realidad nada más que dictaduras confiadas a los militares, nosotros hemos estado viviendo en pleno régimen dictatorial durante los últimos cinco años de guerra, dictadura ejercida por la minoría que estaba a la cabeza del gobierno y de los ejércitos. Más aún: hubo un momento en que Europa parecía estar bajo el dominio de dos dictaduras únicas, encabezadas desde Berlín y Londres. Y esto habría resultado mucho más claro si gran parte de aquel frente único que se quería establecer no hubiera sido impedido por la rivalidad entre los Estados. Pero en cada Estado existía indudablemente la dictadura, cuyo poder, lejos de verse disminuido por una larva de parlamentarismo intermitente y verbalista, era afianzado por ella día a día.

* * *

Toda vez que en la historia asistimos a la caída de una dominación política y al surgimiento de otra vemos que el nuevo poder asume, si no de nombre de hecho, una forma dictatorial.

Este fenómeno histórico es muy explicable para todos los cambios efectuados hasta ahora, en los cuales ha habido siempre una clase, casta o dinastía que buscaba sustituir a otra. El pueblo era, sí, ilusionado por aquellos que buscaban quitar a otros el dominio político; era, sí, atraído a la lucha con las promesas más diversas, pero siempre estaba en la intención de quienes promovían y dirigían el combate contra el antiguo poder el propósito de suplantarlo a los otros en el goce de los privilegios, y nunca el de abolir todo privilegio. De ahí la necesidad para los nuevos potententes, una vez llegados al poder, de consolidarse en él por todos los medios y contra todos.

En los tiempos modernos, cuando el pueblo dejó de ser el personaje mudo de la historia, simple instrumento pasivo, y expuso él también sus pretensiones y adquirió voz propia, el sistema dictatorial debió quedar relegado por completo, ya que el pueblo es el menos interesado en la institución de una dictadura que no hace más que sustituir, en perjuicio de él, una dominación por otra. Pero no ha ocurrido así, como ya lo hemos dicho y como tendremos ocasión muy pronto de verlo nuevamente, porque el pueblo en revuelta ha caído siempre en la ilu-

sión de confiar a un comando supremo la facultad de guiarlo, en la creencia de que es éste el mejor medio de consolidar las conquistas hechas, de sancionar su propia victoria.

Ello ha ocurrido especialmente en la Revolución francesa de 1789-94, y el ejemplo de ésta ha sugestionado a casi todas las generaciones revolucionarias que la sucedieron. De esta sugestión no han podido escapar los revolucionarios socialistas, aunque su idea de abolir todo dominio de clase debiera haberles hecho comprender que confiando el poder supremo y absoluto a unos pocos hombres elegidos entre toda la población se llegaba a tener la mejor base para reconstruir, cambiando los dominadores, aquel dominio que precisamente los socialistas se proponían abolir. Los recuerdos de 1793 y de la dictadura que sobrevino, y su aspecto coreográfico y heroico han hecho olvidar que el éxito momentáneo de Robespierre preparó el derrumbe de la revolución. Y así la concepción dictatorial quedó como herencia entre los revolucionarios y socialistas hasta 1848 y posteriormente, es decir hasta que comenzó la crítica anarquista.

Hemos ya expresado en el capítulo precedente cómo ha venido ocurriendo todo ello por medio de las sociedades secretas republicanas y socialistas de Francia anteriores a 1848, casi todas las cuales derivaron sus programas de la famosa *Conspiración de los Iguales* de Graco Babeuf, de quien fue Felipe Buonarrotti, por cerca de treinta años, un fiel y constante ejecutor testamentario en el terreno de la agitación revolucionaria. Casi todas las sociedades secretas que hormigueaban en Francia por aquel tiempo y que prepararon verdaderamente la revolución de febrero de 1848, conservaban la tradición jacobina, estatal y dictatorial, dejada en herencia por los últimos Montañeses que habían acabado casi todos en el patíbulo. Auguste Blanqui fue hasta 1880 el más grande apóstol, agitador y teórico al mismo tiempo de esta corriente republicana-socialista-revolucionaria.

Las sociedades que agitaban un programa de corte jacobino eran, como se ha dicho, varias: la *Sociedad de los Derechos del Hombre*, la *Carbonería democrática*, la *Asociación republicana para la libertad individual*, la *Sociedad de las familias*, la *Sociedad de las Estaciones*, etc. En casi todos sus manifiestos y estatutos se observa de continuo el llamado a un "poder central", a una dictadura revolucionaria.

En un "formulario" secuestrado por la policía en 1836 a la *Sociedad de las Estaciones*, se respondía así a la pregunta de cuáles medidas revolucionarias debían ser adoptadas después del triunfo de la insurrección: "Es incontestable que, después de una revolución hecha en provecho nuestro, debe crearse un *poder dictatorial* con la misión de dirigir el movimiento revolucionario" . . . "Para ser fuerte, para que su acción sea rápida, *el poder dictatorial debe estar concentrado en el menor número de hombres posible* . . . El triunvirato parecería ser la combinación mejor" . . . "Socavar la vieja sociedad, destruirla en sus fundamentos, aniquilar a los enemigos externos e internos de la República, preparar las nuevas bases de la organización social y *conducir al pueblo*, finalmente, *del gobierno revolucionario al gobierno republicano regular*, tales son las atribuciones del poder dictatorial y los límites de su duración".¹

He ahí condensada, como se ve, toda la doctrina dictatorial bolchevique sobre el método revolucionario, abstracción hecha de la finalidad. Marx no habría de pronunciarse sino una docena de años después; y habló con mucha menos precisión. Es evidente pues el error de los comunistas autoritarios de hacer derivar de Marx la idea de la revolución socialista con una orientación dictatorial.

La idea de Marx fue mucho más "democrática", como hemos observado ya. Y aquellos que cuando hablan de la "dictadura proletaria" la hacen equivalente a la "democracia obrera" caen en un enorme equívoco, pues la primera excluye a la segunda en forma terminante, aun siendo verdad que la segunda puede desembocar en la primera si las clases poseedoras no son diligentemente expropiadas, como quedó demostrado cuando denunciábamos en la *Constituyente* democrática una forma de dictadura burguesa de la revolución.

* * *

Una dictadura colectiva, de la mayoría, más o menos electiva, de toda una clase, popular, etc., como hoy se habla de una "dictadura proletaria", sería una contradicción en los términos, puesto que la característica propia de toda dictadura consiste en el

¹ G. et H. Bourgin, *Le Socialisme français de 1789 a 1848*, Edit. Hachette, Paris, 1922, pp. 65 y 66.

poder acumulado en una o en pocas personas y no desmembrado en una colectividad.² La preponderancia económica y política de una clase sobre otra puede originar la dictadura, facilitarla, hacerla más áspera, etc., pero no es la misma cosa, no es el superpoder de la dictadura en sí. Esta es el dominio absoluto de los dictadores, no sólo sobre las otras clases económica y políticamente oprimidas sino también sobre todos los componentes de la misma clase dominante que no constituyen personalmente parte del gobierno.

Durante la guerra hemos tenido un ejemplo del poder dictatorial, especialmente en las llamadas zonas de guerra, donde el supremo mando militar imponía su autoridad a todos los ciudadanos, civiles o militares, burgueses o proletarios, y a los mismos hombres del gobierno. El día en que haya una dictadura de proletarios, o de representantes de los proletarios, de socialistas o revolucionarios, o como quieran llamarse, la autoridad de los dictadores se ejercerá igualmente sobre todos; es decir, no sólo sobre los burgueses y los desechos en general del antiguo régimen sino sobre todo el restante proletariado, sobre todos los demás socialistas y revolucionarios que no participen directamente en el poder. Las razones y los pretextos con que la autoridad dictatorial se impondrá a unos y a otros serán diversos, pero los efectos serán los mismos.

La dictadura consiste, en otros términos, en el máximo acrecentamiento y centralización de los poderes del Estado, el cual, por la desconfianza que abriga hacia sus súbditos, exige tales poderes excepcionales. Es el miedo a ser herido por la espalda mientras lucha con un enemigo exterior lo que lo impulsa a quitar toda libertad al pueblo por él oprimido. Por su naturaleza, por consiguiente, siendo un redoblamiento o una centuplicación

² Leemos en un reciente libro de Kautsky (*Terrorisme et Communisme*, Paris, pp. 40-41) una definición de la dictadura que nos parece bastante clara y objetiva, y aunque su autor es un adversario de los bolcheviques creemos útil reproducirla: "La dictadura es un poder arbitrario que, naturalmente, no puede ser ejercido más que por una estricta minoría, muy coherente, o bien por un solo hombre. Todo grupo más extenso tiene necesidad, para obrar en común, de reglas definidas anteriormente, de orden social, de leyes. El tipo de la dictadura, como forma de gobierno, es la *dictadura personal*. Una dictadura de clase, como forma de gobierno, es una expresión vacía".

de la opresión, la dictadura es siempre antipopular; es un arma contra el pueblo, manejada por un gobierno que no se fía del pueblo.

Pero, se dirá, ¿no podría ella, al contrario, convertirse en un arma del pueblo contra el gobierno y contra la burguesía? Esto piensan algunos y debemos examinar la cuestión. Pero antes de ir más lejos es preciso no desconocer que la característica de la dictadura es *el poder en pocas manos*. Ahora bien, el gobierno, que es siempre de una minoría, puede no obstante reducir el número de sus componentes y resumir todos sus poderes aun en una sola persona. Pero un gobierno de muchos sobre pocos, o un gobierno de todos, es una expresión sin sentido porque indica una situación de hecho en la que el gobierno, como se entiende ahora, no existe o es completamente inútil. ¡Es indiscutible que una dictadura sin dictadores no sería ya dictadura!

Los demócratas, y con ellos los socialistas, piensan que el poder se puede confiar ciertamente a pocos, pero en *representación* de todos, de la nación, del pueblo, del proletariado, etc., por medio de los organismos electorales y parlamentarios. Pero el poder efectivo, especialmente el ejecutivo que es el verdadero porque es el que tiene la fuerza armada en sus manos, también en este caso permanecería (como en los actuales regímenes representativos) en manos de unos pocos, más o menos numerosos, no importa, sea de una clase, sea de una casta, sea de un partido. Estaríamos bajo una forma de gobierno distinta de la dictadura, es decir menos autoritaria y menos centralizada y más sometida a control, pero siempre bajo un gobierno. Vale decir, lo opuesto al anarquismo.

Pero si nosotros concebimos el anarquismo como antítesis del Estado constitucional y parlamentario actual, por las mismas razones ella será adversa, en la forma más radical, a un Estado constituido, aunque sea excepcional y provisionalmente, sobre bases aún más autoritarias y despóticas, de un modo absolutista y centralista: es decir, a la dictadura.

* * *

Se nos dirá que no todos aquellos que hoy pregonan la necesidad de una dictadura proletaria y revolucionaria dan a ésta un significado tan absoluto y rígido como el que realmente tiene si se observa el significado histórico y literal de la palabra.

Puede concederse esto, por más que podríamos objetar que no se cambia improvisadamente, sin peligro de caer en contradicciones y equívocos sin fin, el significado de una palabra: hasta ayer la dictadura significaba todo lo contrario del sentido que hoy se le quisiera atribuir.

Puede concederse, repetimos, que no todos los socialistas lleven sus conclusiones dictatoriales hasta los límites extremos; pero es indudable que todos los socialistas o, para entendernos mejor, los que hoy se llaman *extremistas* o *bolcheviques* entienden por "dictadura del proletariado" (no podría ocurrir distintamente) una *forma de gobierno*, de gestión estatal y centralista de la revolución. Hay quien concibe este gobierno dictatorial proletario en un sentido más absoluto y quien menos; varían los criterios sobre su carácter más o menos provisorio, pero todos coinciden en querer imprimir una dirección estatal, autoritaria y centralista a la revolución.

Y esto es natural, por más que, según nosotros, contraste con los verdaderos fines del socialismo y con el interés real de la revolución. Es natural porque los socialistas llegan al concepto de la dictadura por el camino directo del método que han aceptado, desde Marx en adelante, de la conquista de los poderes públicos. Hasta ayer querían conquistar el poder por medio de las elecciones, legalmente —según las palabras de Andrea Costa "servirse de la ley para progresar, convertirse en mayoría para vencer"—, y hoy, viendo que ello es imposible, reconocen que los anarquistas tenían razón al decir que para vencer es necesaria la revolución. Pero el objetivo primordial de su victoria es siempre la conquista del poder, por medio del cual piensan después instaurar el socialismo. Quieren hacer por consiguiente la revolución para ir al gobierno; y nada más natural que, una vez conseguido ese objeto, se quieran mantener en el poder por las buenas o por las malas. He aquí para ellos la necesidad de la dictadura.

Y dictadura significa *negación de libertad* para todos, excepción hecha de los pocos que mandan. Para acortar la discusión sobre lo que es la dictadura, basta ver lo que ocurre en Rusia. Recuerden los lectores las distintas definiciones dadas por los mismos hombres de esa revolución, ya citadas muchas veces. La anarquista Emma Goldman, deportada de Estados Unidos a

Rusia bajo la acusación de "bolchevique", después de poco tiempo de permanencia en la república soviética escribía desilusionada al periódico *Der Freie Arbeiter*, de Berlín: "En cuatro meses que llevo en Rusia he visto que el socialismo de Estado, o capitalismo de Estado, ha hecho de Rusia lo que habría hecho de cualquier otro país; ha quitado al hombre hasta la más pequeña partícula de libertad y lo ha abandonado a los caprichos de una burocracia que excusa su tiranía diciendo que la ejerce en el interés de los obreros".³

Fuera de Rusia no se dice que se quiere llegar hasta ese punto, más bien no se cree y no se quiere; pero, dados los antecedentes, las causas, es inútil pretender sustraerse a los efectos, a las consecuencias inevitables.

* * *

En el congreso de los socialistas italianos de octubre de 1919, en Bolonia, todos estaban de acuerdo: reformistas, extremistas electorales y abstencionistas. Todos los oradores (el que esto escribe los ha escuchado), desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda del congreso, explícitamente interpretaron la dictadura, que ninguno combatió, como la conquista del poder gubernamental por parte del proletariado. Las disidencias se producían solamente sobre el modo y el camino de la conquista del poder, y no en pro o en contra del poder mismo.

No negamos que el socialismo italiano haya dado un gran paso hacia adelante reconociendo que en ningún sentido —ni en un sentido estatal ni en un sentido anárquico— puede ser derribado el actual estado de cosas sin la revolución. Al menos en el terreno de la lucha inmediata esto acerca mucho a los socialistas y los anarquistas. Pero esta cuestión del medio revolucionario y del uso de la violencia insurreccional es cuestión que no tiene nada que ver con la dictadura, es decir con un régimen nuevo para ser establecido *después* de abatido el viejo régimen. La dictadura consiste también sin duda en la violencia, pero en el sentido de que su uso está reservado exclusivamente al gobierno que se haya instalado en el poder mediante la revolución.

³ Tomamos esta cita de una revista bastante hostil hacia los bolcheviques (*Les Temps Nouveaux*, París, Nº 15, del 15-9-1920), que en sus ataques al bolcheviquismo ruso muestra, a pesar de su vestidura libertaria, una falta completa de sentido revolucionario, pero no creemos que la cita sea falsa.

Aquí estamos en desacuerdo irreductiblemente con los socialistas, es decir sobre el modo de proseguir la revolución, de ampliarla, de difundirla y de consolidarla en el tiempo y en el espacio.

La imprecisión de la fórmula "dictadura del proletariado" nos engaña. ¡Dictadores no pueden ser más que unas pocas personas, de la misma manera que sólo unas pocas personas pueden ser reyes o ministros en un gobierno y no todos los habitantes del reino al mismo tiempo! Por consiguiente, dictadura del proletariado no puede significar que todos los proletarios manden (en cuyo caso no mandaría ninguno), sino que el poder es confiado a algunos que más o menos abusivamente se dicen representantes del proletariado. El proletariado entraría en ella —decía Malatesta— como entra el pueblo en los regímenes democráticos y parlamentarios.⁴

Para legitimar la dictadura desde el punto de vista de los derechos del proletariado, de la libertad y de la revolución, no bastaría su manera de formarse y de llegar al poder. El hecho de alcanzarlo por medio de la revolución, de un golpe de mano que se aprovecha del derrumbamiento de los poderes anteriores, no le da por sí solo una virtud representativa; a lo sumo representaría solamente a una minoría. Ni le daría una virtud revolucionaria ya que —precisamente porque se convirtió en gobierno— sus componentes comenzarían a tener más interés en conservar que en revolucionar, más interés en detener la revolución que en proseguirla.

Algunos socialistas aceptan la dictadura en su verdadero y genuino significado, como el mismo Lenin, quien en su famoso discurso de Moscú en el verano de 1918 (ya lo hemos visto) reivindicaba para las pequeñas minorías no sólo el derecho de rebelarse contra los gobiernos burgueses sino también el de imponerse con la violencia a las mayorías proletarias y a las otras oposiciones revolucionarias; y llegaba a admitir igualmente la

⁴ ¡Karl Marx hacía una observación muy parecida setenta años atrás! Reprochando a la minoría de la Liga de los Comunistas de su tiempo el concepto dogmático y el apuro por llegar al poder, agregaba: "Así como los demócratas han hecho de la palabra *pueblo* una esencia sacrosanta, vosotros estáis haciendo lo mismo de la palabra *proletariado*." (K. Marx, *Rivelazioni sul proceso dei Comunisti*, p. 23. Opere di Marx, Engels e Lassalle, vol. I).

necesidad y utilidad de la dictadura personal. Su lenguaje no se presta a equívocos y él mismo ha sostenido que su concepto de la dictadura es inconciliable con el anarquismo.

Es verdad también que otros socialistas la entienden en una forma diferente, es decir simplemente como un gobierno representativo, como una república proletaria ultrademocrática y antiburgesa en la que se sustituyen los ministros por los "Comisarios del pueblo" y el parlamento por el llamado "Soviet", es decir por el "Consejo de los obreros y campesinos"; y esto, no hay duda, ofendería bastante menos que la verdadera dictadura al sentimiento de la libertad. Pero ya no sería dictadura. Sin embargo nosotros, los anarquistas, sabemos bien cuánto tendría de ilusoria aun esta forma diversa de gobierno representativo, esta especie de dominio de la democracia proletaria. En síntesis, sabemos que también este gobierno detendría la revolución, favorecería la formación de una nueva clase dominante, o si no se asociaría a una parte de la antigua; y tendría o asumiría, a medida que se reforzase, un carácter conservador y en contradicción con los intereses del pueblo, es decir de las mayorías proletarias.

* * *

¿Y entonces?, se nos preguntará. ¡Nada de gobierno, respondemos nosotros, y contra todos los gobiernos! No puede ser otra la palabra de orden de la revolución.

Naturalmente, no somos tan ilusos o utopistas para creer que si hoy estallase la revolución y el Estado burgués fuese derribado y vencido, sería posible el establecimiento inmediato de una sociedad sin gobierno. Pero la prosecución y consolidación de la revolución no serán garantizados por un gobierno nuevo cualquiera que se haya constituido sobre las ruinas del antiguo, sino por la oposición revolucionaria que continuará ejerciéndose en contra de él. Cuanto menos fuerte, menos autoritario y menos centralizado sea el nuevo gobierno.—es decir cuanto más subordinado se encuentre a la influencia y a la presión externa de la revolución—, más poderosa, más radical y más libertadora será la revolución.

La política revolucionaria —séanos permitido llamarla así— consiste en una progresiva disminución de los poderes del Estado hasta la desaparición completa de éste. La idea de la dictadura

representa, al contrario, la política opuesta; y es por esto, según nosotros, esencialmente antirrevolucionaria.

"Nosotros no admitimos, ni aun como transición revolucionaria, las convenciones nacionales o las dictaduras tituladas revolucionarias; porque estamos convencidos de que la revolución no es sincera, honesta y real más que en las masas, y que, cuando es centralizada en manos de algunos gobernantes, se convierte inevitable e inmediatamente en la reacción".⁵

* * *

Después de todo esto creemos que ya no pueden existir más equívocos sobre los distintos significados de la palabra "dictadura".

¡No se crea que nosotros hacemos aquí una cuestión de pureza de lenguaje por amor... a la lengua italiana! Si se emplease en serio la palabra "dictadura" —como lo hacen algunos revolucionarios y socialistas— simplemente como sinónimo de acción directa revolucionaria, de violencia insurreccional, de fuerza de clase, de revuelta de las minorías audaces, de lucha implacable para la expropiación de la burguesía, etc.; si todos estuviesen de acuerdo y nadie la entendiese en sentido distinto, y el significado etimológico, histórico y tradicional de la palabra fuese completamente borrado de los diccionarios y de los cerebros, ningún mal habría en ello. No tendríamos ninguna dificultad en aceptarla en aquel sentido también nosotros, porque lo que nos importa son los hechos y no las palabras. Pero en opinión de todos, hoy como ayer, *dictadura, poder, gobierno, Estado* son una cosa, y *fuerza, violencia, revuelta, acción directa*, etc., son otra. Las primeras palabras indican instituciones, y las segundas medios adoptados por ellas y que están a su disposición. Fuerza y violencia son capacidades y formas de *acción* que pueden ser también revolucionarias, proletarias, populares; el poder o gobierno, el Estado y la dictadura, son *organismos* autoritarios constituidos que, según nosotros, por su naturaleza son contrarrevolucionarios aunque se digan o se crean revolucionarios, como lo serían aquellos organismos que en el seno de la revolución conservasen el privilegio y el monopolio de la propiedad.

⁵ M. Bakunin, *Oeuvres*, vol. IV, p. 345.

Cuando se habla de dictadura proletaria o revolucionaria el equívoco no es posible; y la gente que escucha entiende justamente aquello que nosotros menos queremos: es decir, un gobierno centralizado y militar, que dirige desde lo alto de su poder la revolución. Aquellos mismos que recientemente han divulgado más esta frase "dictadura del proletariado" —es decir, los socialistas maximalistas— de Liebknecht a Lenin y en Italia de Serrati a Bórdiga, la interpretan como la antigua *conquista de los poderes públicos* (la constitución de un *gobierno* o poder estatal *centralizado* y férreamente consolidado que gobierne *en nombre* de la colectividad y del proletariado), con la sola diferencia de que en lugar de alcanzarla por medio de las elecciones lo harían por medio de la revolución.

El mismo Lenin es bastante claro al respecto: "Los socialistas quieren utilizar —dice— *las instituciones gubernamentales* en la lucha por la liberación de la clase obrera". Advierte que no hay contradicción entre la democracia socialista de los soviets y el *uso del poder dictatorial de los individuos*. Y lo dice porque él ve en éstos a los representantes de aquéllos, y por consiguiente de todo el proletariado. Pero ¿qué Estado, qué gobierno no pretende ser (especialmente desde 1789 hasta hoy la expresión sintética de la voluntad de todo el país, de todo el pueblo? Sustituid en la expresión literal al pueblo por el proletariado y quedará frente a nosotros el mismo problema del Estado por resolver: o aceptarlo o negarlo.

Los anarquistas han resuelto ya tal problema. Permaneciendo fieles a sus ideas de la revolución antiestatal rechazan toda concepción de dictadura y toda fórmula que la implique.

IX

LAS ENSEÑANZAS DE LAS REVOLUCIONES
PRECEDENTES

La ilusión de que la salvación del pueblo en momentos excepcionales de guerra o de convulsión puede ser realizada por la férrea voluntad de unos pocos, o de uno solo, puestos a la cabeza del gobierno y proclamados dictadores, es tan vieja como el mundo y ha sido la ruina de todas las revoluciones. Se trata, en realidad, del espíritu autoritario que procura por todos los medios avasallar al espíritu de libertad y aprovecha para vencer a su antagonista aun los medios más trágicos.

De esta ilusión son víctimas hoy los socialistas denominados maximalistas, un poco porque en el fondo son siempre los militantes del viejo partido autoritario marxista, un poco por la supervivencia entre ellos de las tradiciones democráticas jacobinas y sobre todo por la sugestión que ejerce en todos, incluso en nosotros mismos, la resistencia heroica y trágica, desde hace cinco años, de la revolución rusa contra la coalición reaccionaria de todo el mundo capitalista. Bajo el estímulo de la siempre floreciente ilusión autoritaria, que incesantemente renace, se quisiera confiar a una dictadura, representante de los proletarios, la dirección suprema de la revolución contra el capitalismo y contra el Estado burgués.

Constituyen una excepción, es verdad, algunos socialistas que, aun aceptando la terminología (errónea y fuente de equívocos y confusiones según nuestra opinión), por dictadura entienden sólo y simplemente la acción violenta y revolucionaria contra la

burguesía, el acto de la expropiación en sí, o ciertas formas de administración en el período revolucionario como los consejos obreros y las comunas libertarias, etc. Con estos últimos, en realidad, es inútil discutir puesto que estamos de acuerdo. Pero se trata de excepciones; ya que la gran mayoría de los socialistas que hablan de "dictadura proletaria" quieren significar (especialmente los dirigentes) —lo hemos constatado ya— una verdadera dirección estatal de la revolución, una verdadera forma de gobierno despótico. Y esta concepción autoritaria de la revolución es lo que nosotros criticamos.

* * *

Esta crítica no es nueva, por cierto. Nosotros no hacemos más que repetirla.

Esta discusión ha tenido lugar repetidas veces, especialmente después de las revoluciones de 1848 y de la comunalista de 1871 en Francia. Los hombres que participaron en ellas dijeron su pensamiento al respecto después de haber hecho, por decirlo así, un estudio experimental sobre los acontecimientos en los que habían tomado parte. Más aún: es justamente de la experiencia revolucionaria de aquel período histórico que ha surgido el anarquismo como tendencia libertaria de la revolución y del socialismo.

Se equivocan por eso aquellos adversarios nuestros que tratan de *doctrinaria* nuestra oposición a la forma dictatorial de la revolución, como si se tratase de una oposición guiada por criterios solamente lógicos y abstractos. Al contrario, de los hechos históricos pasados hemos derivado la enseñanza; de las experiencias realizadas por nuestros padres hemos aprendido cuáles son las armas buenas y cuáles son, al contrario, los errores que se deben evitar en la revolución. La lógica y la facultad de razonar nos han hecho derivar de tales experiencias y enseñanzas la convicción anarquista de que toda forma de gobierno, en el período revolucionario, es un obstáculo, una trampa abierta permanentemente a los pies del proletariado, un peligro continuo, un mal para la libertad y para la revolución.

La experiencia del pasado nos enseña que cuando un gobierno cualquiera se constituye en tiempo de revolución, sea por ignorancia del pueblo o por fuerza mayor, la salvación no reside en ese gobierno, sino en aquellas fuerzas revolucionarias que per-

manecen fuera de él y tienen el valor de situarse en la oposición, contra él, para impulsar cada vez más adelante a la revolución.

* * *

Toda la historia humana, que no es solamente, como dicen los marxistas, una lucha de clases entre poseedores y despojados sino también una lucha entre gobernantes y súbditos, entre la autoridad y la libertad, demuestra que, en cada ocasión en que el pueblo, por una razón cualquiera —para vencer en una guerra, para restablecer el orden, para asegurar la tranquilidad pública, etc.— confió su propia suerte a una autoridad central, ésta acabó por esclavizarlo.

Desde las ciudades de la antigua Grecia, que cayeron así bajo el dominio de los tiranos, los cuales mataron todo espíritu viril e hicieron posible la conquista romana, hasta la misma Roma republicana, a la que las guerras civiles habían despertado y liberado del antiguo yugo patricio, vemos repetirse siempre el mismo fenómeno. El fin de la vieja república de Roma (lo hemos ya señalado en el capítulo precedente) siguió el mismo ritmo: el pueblo, debilitado y deseoso de tranquilidad, creyó poder disponer de ella entregándose a los jefes de las varias facciones; y ya que estos jefes suscitaban, por rivalidad entre sí, nuevos conflictos, se creyó que una armonía entre ellos sería suficiente para el bienestar de los súbditos, creándose entonces la dictadura de los triunviros. Después, los dictadores más fuertes y más astutos eliminaron a los más débiles, y el último que quedó transformó el cargo de dictador en el de Emperador.

Así nace el monstruoso Imperio Romano sobre las ruinas de la república clásica, que tenía como lema la palabra *libertas*. La libertad fue eliminada definitivamente y por siglos. Resurge hacia el fin de la Edad Media, especialmente en Italia, con un esplendor inusitado, en las Comunas. Pero también las Comunas libres fueron deshechas una a una, y transformadas en repúblicas oligárquicas y en señoríos a causa del mismo fenómeno: es decir, confiaron la suerte y la defensa de las libertades comunales a aquella especie de dictadores militares que eran los capitanes de las milicias o a algunos de los más ricos burgueses de la ciudad.

Las comunas republicanas de la Edad Media, teniendo necesidad de defenderse contra los feudatarios desterrados, contra los asaltos de la Iglesia y del Imperio, creyeron útil confiar sus ciu-

dades libres a la autoridad más o menos dictatorial de los "condottieri". Y bien, fueron justamente estos "condottieri" los que, con la traición o con la violencia, o con ambos medios, acabaron estrangulando las libertades comunales, sea en beneficio del Papa o del Emperador, sea haciéndose ellos mismos dueños y tiranos. Esto sucedió en parte por maldad de los hombres, pero mucho más por la lógica y natural sucesión de los hechos, puesto que del uso de los medios ultraautoritarios no podía surgir más que un sistema tiránico.

* * *

Los lectores comprenderán que el ejemplo de acontecimientos tan antiguos y lejanos a nosotros tiene un valor aproximativo, ya que en aquellos tiempos concurren a crear ciertos fenómenos infinidad de elementos de otro género que en parte se nos escapan. Pero, al contrario, el ejemplo se torna mucho más ajustado y convincente cuando nos acercamos a nuestros tiempos y penetramos en el período de las revoluciones populares con la participación efectiva y consciente del pueblo entero; es decir, desde 1789 en adelante.

Para épocas anteriores, nuestro razonamiento debe basarse sobre relatos históricos de escritores completamente extraños a toda idea actual. Pero desde la revolución francesa en adelante es otra cosa. Es decir, tenemos un material documental y experimental recogido, ordenado y estudiado por escritores de las más distintas ideas y tendencias, entre los que no faltan algunos animados por el más ardiente amor a la causa del pueblo y de la libertad; y tal material ha permitido a los mejores autores anarquistas y socialistas realizar positivas comprobaciones, de las cuales han deducido la doctrina libertaria no sólo como proyecto de vida futura y de organización social, sino como una concepción realista de la revolución social.

Durante las polémicas sostenidas sobre la dictadura hubo algunos que nos reprocharon en cierto modo que, al discutir, nosotros invocáramos a menudo la autoridad moral y material de los mejores escritores y teóricos del anarquismo: Bakunin, Pisacane, Proudhon, Kropotkin, etc. En esto se quisiera ver una especie de preconcepto, de apriorismo doctrinario, como si quisiéramos sacrificar toda necesidad de la revolución a una coherencia formal con las concepciones teóricas de nuestros pensadores.

No se tiene en cuenta una cosa esencial: que los mejores escritores anarquistas no han formulado sus ideas en bloque, como presuposición abstracta, para deducir después aplicaciones prácticas. Al contrario; de la propia vida y de la experiencia práctica, del desenvolvimiento de los hechos históricos sacaron sus conclusiones teóricas al mismo tiempo que las normas prácticas que procede adoptar en vista del fin que queremos alcanzar, en circunstancias iguales o muy semejantes a aquellas en que ellos se encontraban o que habían estudiado profundamente. La necesidad de un desenvolvimiento libertario, anarquista, de la revolución para la salvación de la revolución misma, ha sido afirmada por ellos después del estudio detallado y asiduo que hicieron, como Kropotkin, de las revoluciones precedentes, o bien por la propia experiencia personal, por los hechos que realizaron directamente o a los que asistieron, habiendo tomado participación personal o visto de cerca cómo se iban desarrollando las revoluciones ante sus ojos. Lo que ellos han dicho, por consiguiente, no es teoría abstracta, sino *enseñanza práctica*, una verdadera aplicación del método experimental. Nos referimos especialmente a Pisacane, que participó activamente en las revoluciones itálicas de 1848; a Bakunin, que tomó parte en tentativas revolucionarias en Alemania y en Francia en 1848 y 1870; a Lefrançais, actor y espectador conjuntamente de las dos revoluciones comunales de París en 1848 y 1871; y finalmente a Proudhon, que ha vivido su vida política precisamente en el período más importante de las revoluciones francesas de 1830 a 1860.

Es simplemente para no rehacer un trabajo ya hecho por ellos que citamos sus conclusiones antidictatoriales. Los ya nombrados, como otros más (Reclus, Dejacques, Arnould, Louise Michel, etc.), no solamente estudiaron las revoluciones precedentes sino que —lo repetimos— *participaron personalmente* en las de su época y fueron instruidos por los hechos vividos y reales. En este sentido son nuestros maestros, en cuanto nos transmiten lo que han aprendido en una realidad vivida por ellos y ya alejada de nosotros, aunque de posible repetición bajo ciertos aspectos.

Muchos olvidan además que el anarquismo, más que por la genialidad de sus autores y escritores, ha sido formulado colectivamente, en una elaboración que duró algunas decenas de años, a través del movimiento socialista desde la revolución francesa

en adelante, en especial desde la víspera de 1848; y más particularmente en aquel verdadero laboratorio experimental de ideas que fue la primera gloriosa Internacional. Casi todos los autores mencionados (con las excepciones de Proudhon, Pisacane y Dejacques, que vivieron antes y no participaron en ella), no fueron más que los expositores geniales y sintéticos de un pensamiento colectivo que rechazaba toda concepción dictatorial de la revolución.

* * *

La discusión que hoy sostenemos tuvo lugar en el seno de la primera Asociación Internacional de Trabajadores.

El Congreso de Saint-Imier, de setiembre de 1872, oponía a las corrientes blanquistas y marxistas del socialismo la siguiente deliberación, que los socialistas deben hoy tener en cuenta como un fruto de las experiencias de las revoluciones precedentes, de las cuales los primeros internacionalistas sacaron sus deducciones teóricas: "Considerando que toda organización política no puede ser más que la organización del dominio de una clase en detrimento de las masas, y que el proletariado, si se adueñara del poder se convertiría él mismo en clase dominante y explotadora, el Congreso declara: 1º) que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado; 2º) *que toda organización de un poder político titulado provisorio y revolucionario con el fin de llegar a tal destrucción no puede ser sino un engaño más, resultando por eso tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos actualmente existentes.*"¹

La deliberación contiene otros considerandos y otras afirmaciones en apoyo del mismo concepto; pero no las transcribimos para ser más breves, ya que nos parece haber demostrado bastante que fue anarquista y de ningún modo dictatorial la concepción de la revolución aceptada por la corriente más avanzada, que era la mayoría, en el seno de la I Internacional.

Es el mismo concepto que Errico Malatesta repite en su carta, reproducida al comienzo de este libro, recordando cómo en un régimen dictatorial revolucionario los dictadores se sirven de sus agentes y de la fuerza armada también para defender la revolución de los enemigos externos, pero para servirse después de ellos

¹ J. Guillaume, *L'Internationale*, Vol. III, p. 8.

con el objeto de imponer al pueblo su propia voluntad, *detener la revolución, consolidar los nuevos intereses que se han ido constituyendo y defender contra las masas una nueva clase privilegiada*, como sucedió en las últimas fases de la revolución francesa. *La dictadura de Robespierre llevó a Robespierre a la guillotina, pero allanó el camino a Napoleón.* El que, cuando era simplemente un general de la república, *sirvió, es verdad, para defender la revolución francesa contra la reacción europea, pero al defenderla la ahogó.*

Si la reacción europea se impuso pocos años después, fue precisamente porque la dictadura jacobina y su consecuencia, el Imperio Napoleónico, le habían preparado el camino, limpiando el terreno de toda oposición popular y de todos los elementos revolucionarios más audaces.

* * *

Pero esta verdad que hoy aparece tan clara a la luz de la crítica histórica, estuvo mucho tiempo escondida bajo el velo de la ilusión autoritaria. Hasta la primera mitad del siglo pasado, todos los revolucionarios, aun los de tendencia socialista, como ya se ha dicho, fueron esclavos de la tradición jacobina. Para ellos la revolución era, sí, la toma de la Bastilla y de las Tullerías, pero como una dependencia de los Estados Generales, de la Constituyente, de la Convención, y sobre todo de la dictadura de Robespierre, Danton, Saint Just, etc. No veían que la verdad era justamente lo contrario; y que sólo el pueblo, en la ausencia cuando no con la hostilidad de los órganos centrales de la revolución oficial, había realizado las insurrecciones del 14 de julio, del 10 de agosto, las jornadas depuradoras de setiembre, el asalto a los castillos, etcétera.

Los historiadores que quisieron investigar qué habían hecho en aquellos días y en aquellas noches de acción directa popular los órganos directivos del movimiento político de la revolución y los dictadores jacobinos, han debido convenir en que la parte representada por éstos en tales acontecimientos decisivos fue completamente negativa o pasiva y, para algunos, ridícula.

Sin embargo, hasta cerca de 1848 dominó siempre la concepción autoritaria entre los revolucionarios, los cuales no veían de la revolución francesa más que el aspecto exterior, político y gubernamental. Esto, según el sistema de los historiadores bur-

gueses, acostumbrados a presentar los hechos sociales como debidos a la voluntad directriz de unos pocos y a descuidar la acción libre de la muchedumbre y de los individuos anónimos esparcidos en ella. Así, las dos revoluciones subsiguientes a la reacción de 1815 trataron de modelarse según la antigua. La primera, la de julio de 1830, pronto fue escamoteada con el nombramiento del rey Felipe de Orleans; pero la segunda, después de la lección precedente, tomó una orientación mucho más radical. En efecto, la revolución de febrero de 1848 tuvo inmediatamente un carácter republicano socialista. ¡Pero, por desgracia, siempre jacobino!

Hemos hablado ya en otra parte de la muerte de las ilusiones revolucionarias de aquel año, ahogadas en la sangre de las matanzas de junio; hemos dicho ya cómo la Constituyente fue el órgano de la reacción burguesa que las sofocó. Ahora agregaremos que la reacción, que se había manifestado por medio del sufragio universal en abril, fue a su vez más o menos inconscientemente preparada por los dictadores revolucionarios que el pueblo de París había elevado al poder en febrero, confiándole todo en lugar de pensar en proseguir por cuenta propia la revolución. Pero el pueblo, y por él la minoría consciente que se había batido en las barricadas, estaba aferrado, en las sociedades secretas más o menos carbonarias, a la ilusión jacobina de que bastaba derrocar el poder y entregarlo a hombres nuevos para que éstos pudieran por la fuerza, autoritariamente, realizar la igualdad y la libertad.

Hemos visto que, por el contrario, el gobierno provisorio de febrero preparó el terreno para las elecciones reaccionarias, para la Constituyente, para la dictadura militar de Cavaignac, para el imperio de Napoleón el Pequeño. Esta *débâcle* fue precedida por toda una propaganda nefanda, que atribuía a un poder revolucionario la facultad de reformar, según las necesidades y las aspiraciones populares, la constitución social. Se debió en gran parte a tal propaganda de los socialistas estatales, como Louis Blanc, la popularidad que pudo conquistar en Francia el ex carbonario socialistoide Luis Bonaparte, convertido después en el emperador delincuente Napoleón III.

“Louis Blanc es el hombre que ha contribuido más poderosamente a popularizar la idea de la dictadura...; no hay que ma-

ravillarse entonces si en los suburbios se dice que él aprueba el golpe de Estado.” Esta observación sobre la obra de Blanc, que en el Gobierno Provisional francés de 1848 representaba la corriente socialista, es de su contemporáneo Proudhon.² ¡Este constataba, precisamente, cómo por medio de la dictadura, en sólo cuatro años, la revolución fue precipitada en la contrarrevolución!

* * *

Pero la lección fue provechosa, y gran parte de la literatura socialista y revolucionaria posterior a 1849 tomó una dirección antiautoritaria. Se puede decir que de la lección de las revoluciones de aquel año surgió el ideal anarquista en sus primeras expresiones. Comenzó a examinarse de nuevo en este sentido la historia de la gran Revolución, y la palabra de orden, sobre todo entre los revolucionarios socialistas, fue la de que el pueblo debía obrar por sí mismo, desconfiar de la autoridad aunque fuese revolucionaria, no reconocer dictaduras providenciales de ninguna especie. Nació entonces la polémica contra el viejo revolucionarismo burgués y jacobino, por el cual tomó partido desde entonces Giuseppe Mazzini; mientras la nueva idea, anárquica, con sus propias bases económicas, fue defendida especialmente por P.-J. Proudhon. La propaganda de éste, llamado el padre del anarquismo, se acrecentó en aquel período y brilló con una luz que no se ha extinguido.

Ahora bien, una de las características principales de aquel movimiento y de aquella propaganda fue la aversión a toda dictadura revolucionaria, que Proudhon llamaba el *vestíbulo del despotismo*. Este escritor dedicaba todo un capítulo de su libro *Idea General de la Revolución en el Siglo XIX* a tal asunto, sosteniendo que el pueblo en la revolución debe llegar a los extremos de la libertad, “no tener más por encima ni *presidente*, ni *representantes*, ni *comisarios*, ni nación legal, ni mayoría”.³ En un artículo de su periódico *Le Rappresentant du Peuple*, durante el período revolucionario (abril de 1848), se preguntaba con angustia por qué el pueblo, en el preciso momento en que rompe con las ins-

² Esta cita ha sido tomada de un magnífico artículo de José Ferrari sobre P.-J. Proudhon (*Nuova Antologia*, Florencia, abril de 1875).

³ P.-J. Proudhon, *Idée Générale de la Revolution au XIX siècle*, Edit. Garnier, París, p. 180.

tituciones establecidas, vuelve a caer en las tradiciones del pasado. "Para organizar el porvenir, los reformistas siempre empiezan, pues, mirando hacia el pasado; de ahí la contradicción perpetua en sus actos; de esto procede *el inmenso peligro de las revoluciones. Así, el día que el pueblo derrumba una monarquía inmediatamente la sustituye con una dictadura*; hay en esto la influencia del recuerdo, un recuerdo preexistente aun a la tiranía derrocada; y hay también una contradicción, puesto que *es el absolutismo lo que se acepta como salvaguardia contra el absolutismo.*"⁴

* * *

Se dirá que estas críticas iban dirigidas a las dictaduras burguesas y no a la "dictadura proletaria" que se quiere implantar hoy, y que es una cosa nueva.

No, no es una cosa nueva. Existe, como se ha dicho en un capítulo precedente, desde los orígenes de la historia socialista, desde Graco Babeuf en 1796. Después de 1848, Blanqui la predicaba todavía; él decía, es cierto, que *la anarquía es el porvenir de la humanidad*, pero en el movimiento y en los métodos de acción quedó siendo un autoritario; y sus secuaces, en la Internacional, se declararon partidarios de Marx contra Bakunin. Las críticas de Proudhon y de los otros libertarios eran dirigidas a toda especie de dictadura, entendida como gobierno central que se constituye después de la insurrección victoriosa para guiar, *para gobernar la revolución*. Y fueron, implícitamente, críticas a la dictadura proletaria, aun cuando no se dirigían a ella directamente.

Pero el que pudiera buscar entre los periódicos de ese tiempo y de los años subsiguientes no dejaría tampoco de encontrar el ataque explícito y directo entre los escritos de los socialistas antiautoritarios como Dejacques, Bellegarigue, Coeurderoy, etc. Baste por todos citar un largo artículo contra las *dictaduras providenciales* (1859), de Dejacques, ese precursor del terrorismo y del comunismo anárquico, obrero decorador y tapicero pero también escritor y poeta, que fue uno de los heroicos insurrectos de junio de 1848, que conoció las persecuciones, la cárcel y el destierro, y murió en la miseria en 1870. En su escrito, que sería preciso

⁴ P.-J. Proudhon, *Mélanges* (artículos de periódicos), Edit. Lacroix, Bruselas, Vol. I, p. 13.

volver a publicar íntegro, critica la escuela socialista de Blanqui y se lanza con inaudita violencia de lenguaje contra las dictaduras revolucionarias, comprendida también la proletaria. Exclama:

"¡Poner a los obreros en el poder!... Así como en las gradas del trono los cortesanos son más realistas que el rey, así en las gradas de la autoridad oficial o legal los obreros son más burgueses que los burgueses". Es una respuesta, con sesenta años de anticipación, a la objeción que se repite todavía hoy: es decir que en las pasadas revoluciones se trataba de dictaduras burguesas, mientras que ahora se trataría de dictaduras proletarias. Pero, ¡ay de nosotros! *Mutato nomine de te fabula narratur*, decían los antiguos. Es decir, con un nombre diverso viene a ser la misma cosa, lo que se refiere a los efectos propios al ejercicio del poder, tanto si en el poder están los burgueses como si están los obreros o los representantes de los obreros. Los obreros y sus representantes no están dotados de virtudes especiales en comparación con los burgueses para que el poder confiado a ellos no deba acarrear los mismos males que todo gobierno origina. Por otra parte, ha habido distintos experimentos de obreros en el poder aun después de 1848 y... no dieron mejor resultado que los otros.

"La autoridad gubernamental, la dictadura, llámese imperio o república, trono o poltrona, salvadora del orden o comité de salud pública, entiéndase en singular o en plural, no podría menos que retardar el advenimiento de la revolución social, sustituyendo su iniciativa, su razón omnipotente, su voluntad cívica y coercitiva a la iniciativa anárquica, a la voluntad razonada, a la autonomía de cada uno. La revolución social no puede ser llevada a cabo más que por la obra de todos individualmente; de otro modo no será la revolución social. Lo que es preciso, pues, hacia lo que es necesario ir, es poner a todos y a cada uno en la posibilidad y por lo tanto en la necesidad de obrar, para que el movimiento, comunicándose de uno a otro, pueda dar y recibir el impulso progresivo, decuplicando y centuplicando así la fuerza... Por el contrario, la dictadura no es más que el estupro de la libertad perpetrado por la virilidad corrompida y sifilítica; es el mal cesáreo inoculado en los órganos populares; no es un beso de emancipación, una natural y fecunda manifestación de la pubertad, sino una fornicación de la virginidad con la decrepitud, un atentado a las buenas costumbres, un delito como el abuso del tutor contra su pupila... ¡es un humanicidio!"⁵

⁵ J. Dejacques, "Les dictatures providentielles" (periódico *Le Libéraire*, Nueva York, del 7-4-1859).

Esto es lo que nos han dejado dicho los hombres cuyo pensamiento se había formado en la acción, al fuego ardiente de las revoluciones pasadas.

* * *

A las mismas conclusiones llegaron también muchos revolucionarios políticos italianos después de las revoluciones de Italia, de 1848, bien que el carácter social de éstas fuese casi nulo o solamente inconsciente. Sin embargo, la comprobación tiene importancia para nosotros que vivimos en Italia y por consiguiente estamos inclinados a conocer mejor la historia de nuestro propio país. Los males de las dictaduras revolucionarias fueron advertidos en casi todos los movimientos y revueltas nacionales desde 1821 a 1860, a pesar de que su carácter exclusivamente político se prestase más a conciliar con aquellos movimientos la idea de la dictadura. En los escritos de la mayoría de los escritores republicanos federalistas y en algunos también de los unitarios mazzinianos se podrían encontrar pruebas numerosas. Léase entre otros el examen de los *Tristísimos hechos de Milán* de 1848, en las publicaciones algo posteriores de Cattaneo, de la Belgojoso, de Rastelli y Maestri, entre otros. Se verá cómo los frutos de la magnífica *quinta jornada* de la revuelta, debida únicamente a la libre iniciativa popular, que estalló contra la opinión de los jefes, fueron disipados por los ineptos dictadores del gobierno provisorio, que llevó a aquella revolución a la ruina y de rebote al fracaso de las otras revoluciones en la península.

Ciertamente los escritores por nosotros citados no eran socialistas, pero de su sinceridad revolucionaria y de su amor a la verdad y a la libertad no se puede dudar. Si se quiere además un autor socialista, léase a Pisacane, el hombre en quien mejor se armonizaba la acción con el pensamiento; participó activamente en las revoluciones de 1848 en toda Italia, en las guerras de Lombardía, en la defensa de Venecia de 1849; conspiró y murió en aquella última tentativa de insurrección que fue la expedición de Sapri. Obraba y estudiaba al mismo tiempo los hechos en que participaba; y de esos estudios sacaba sus conclusiones como guía para nuevos hechos en medio de nuevos acontecimientos. Los motines de 1848-49 fueron examinados minuciosamente en su libro *Guerra combattuto in Italia negli anni 1848-49*; y a las mismas conclusiones que en éste llegó después en

sus ensayos, especialmente en aquel titulado *Saggio sulla Rivoluzione*. Casi todo el cuarto capítulo de este último libro es una crítica al método dictatorial de la revolución; en el cual polemizando con Mazzini, en quien combatía el unitarismo centralista y autoritario, sostiene que *la dictadura en Italia, como en Europa, había sido probada*; el resultado había sido salir siempre *vencidos*; ¿por qué, pues, no probar la libertad?

“*La dictadura sería el escollo de la revolución, imposibilitaría la unidad de los esfuerzos... Propender a una dictadura educadora, y educadora para la libertad, es tal enigma, es tal frase, que no encierra otra cosa que una manifiesta contradicción... , contradicción consigo misma para un pueblo que aspire a la libertad, impotente para producir el bien y fuente de todo mal, escondiendo en sí misma gravísimos peligros, etc.*”⁶

¡No separéis la libertad de la revolución!, advertía también José Ferrari en 1851.

* * *

Cuando veinte años después otro gigante de la revolución, Mijail Bakunin, enseñaba que *es por completo errónea la opinión de los comunistas autoritarios de que una revolución social pueda ser decretada y organizada, sea por una dictadura, sea por una asamblea constituyente salida de una revolución política*,⁷ se había realizado ya otra experiencia histórica: la Comuna de París de 1871.

Bakunin escribía las palabras transcritas estudiando precisamente los acontecimientos y las tentativas revolucionarias de aquel año, en algunos de los cuales se encontró complicado del mismo modo en que había participado tantos años antes en la insurrección de Dresden. También él derivaba sus teorías de los hechos, de la práctica y de la propia experiencia.

En la Comuna tuvieron predominio los elementos jacobinos, republicanos radicales y blanquistas. Al contrario, los elementos pertenecientes a la Internacional, que había surgido ya unos años antes, permanecieron en la oposición, aunque siendo naturalmente solidarios con la Comuna contra Versalles, y que algunos, como Malon, Elie Reclus y Varlin, aceptasen del gobierno pro-

⁶ C. Pisacane, *Saggio sulla Rivoluzione*, edición de 1894, con prefacio de Colaïanni, pp. 202 y 205.

⁷ M. Bakunin, *Oeuvres*, Vol. IV, p. 261.

visorio funciones de utilidad pública conciliables con sus ideas. Nuestros compañeros de entonces, en forma compatible con aquel tiempo en que las ideas anarquistas no estaban tan claras como hoy, permanecieron fieles a los principios de autonomía y de libertad: defendieron, es cierto, la Comuna con las armas en la mano, y entre los combatientes estaban Louise Michel y Élisée Reclus, pero fueron simples soldados junto a los humildes, y no jefes; lucharon por la Comuna, pero no la gobernaron.

La ruina de la Comuna consistió en querer ser, ante todo, un gobierno regular. "Si no se hubiese perdido el tiempo en la formación del gobierno —decía L. Michel⁸—, y se hubiese marchado inmediatamente sobre los versallescós, todavía débiles, la Comuna habría vencido". Es decir, la revolución se hubiera extendido victoriosa por toda Francia. Se prefirió, al contrario, organizar la dictadura, y ésta, reprimiendo toda libertad, como advierte Malatesta,⁹ con los habituales medios policiales de pesquisas domiciliarias, detenciones, clausuras de periódicos y otras violaciones peores de los derechos individuales, mató el ímpetu revolucionario de tal modo que sólo una pequeña minoría de la población tomó parte en la defensa de la Comuna. Esta, pues, fue derrotada a causa del principio de autoridad, con el cual había puesto por sí misma el más grande obstáculo en el camino de lo que podía y debía hacer para vencer.

La Comuna, por el atrevimiento de su rebelión, por el heroísmo de su defensa, por el martirio de los 35.000 proletarios asesinados en la Semana Sangrienta con que se coronó su fin, se convirtió en una consigna, en una bandera para los revolucionarios de toda Europa. En los primeros momentos no se pensó en sus errores; más bien (como observa Malatesta) cada cual, antes aun de que se tuviera ningún dato positivo sobre ella, interpretó el movimiento según los propios deseos socialistas y revolucionarios. Algo semejante ha ocurrido recientemente con Rusia. Pero los más clarividentes, cada vez más numerosos cuanto más se fue conociendo la verdad, dedujeron de los hechos reales y de las expe-

⁸ Este concepto lo expresa también Louise Michel en su libro *La Commune*, Edit. Stock, París, p. 165.

⁹ En "Il Comune di Parigi", revista *Il Pensiero*, Roma, N° 6, del 6-3-1907.

riencias realizadas mejores enseñanzas con el fin de no repetir en lo porvenir los errores del pasado.

* * *

Fueron los comuneros mismos, sin excluir a los que formaron parte del gobierno de la Comuna, quienes indicaron con mayor elocuencia el error de confiar la revolución a un poder central. "A fuerza de comparar las cosas, los acontecimientos, los hombres —escribía Louise Michel—, después de haber visto en la obra a nuestros amigos de la Comuna, tan honestos cuanto eran creídos terribles, yo me convencí en poco tiempo de que los hombres rectos llegados al poder son tan incapaces como los deshonestos son nocivos; y que es imposible que aun por un solo momento la libertad pueda estar aliada con un poder cualquiera."¹⁰

Más preciso y categórico es Arthur Arnould, que formó parte del gobierno de la Comuna en la Comisión para los Negocios Exteriores y escribió una *Histoire populaire et parlementaire de la Commune*, que desgraciadamente se ha hecho rarísima en su vieja y única edición y merecería más que muchas otras obras ser reimpresa y traducida. Arnould, que vivió en Bélgica después de la Comuna y más tarde se retiró de la política, ha escrito páginas profundas y elocuentes contra la concepción estatal de la revolución. En cuanto a la Comuna, he aquí cómo expone la disidencia interna entre la mayoría jacobina y autoritaria y una minoría socialista y federalista (entonces aún no se llamaba libertaria o anarquista):

Apenas reunidos y entrados a ejercer los cargos pudimos comprobar este hecho importante: que la expresión *Comuna de París* era comprendida de dos maneras distintas por los diversos miembros de la Asamblea.

Para unos, la Comuna de París expresaba, personificaba, la primera aplicación del principio *antigubernativo*, la guerra a las viejas concepciones del *Estado unitario, centralizador, despótico*.

La Comuna, para éstos, representaba el triunfo del principio de autonomía de los grupos libremente federados y del gobierno más directo posible del pueblo y con el pueblo.

A sus ojos, la Comuna era la primera etapa de una vasta revolución tanto social como política, la que debía hacer tabla rasa con las viejas desviaciones. Era la negación absoluta de la idea de dictadura, era el advenimiento del

¹⁰ Louise Michel, "Comme divenni anarchica", revista *La Protesta Ummana*, Túnez, N° 9, del 31-10-1896.

pueblo mismo al poder y, en consecuencia, la anulación de todo poder ajeno al pueblo y por encima de él.

Los hombres que sentían, que pensaban, que querían así, fueron los que formaron lo que se llamó más tarde el grupo socialista o *minoría*.

Para otros, la Comuna de París era, al contrario, la continuación de la *vieja Comuna de París de 1793*. Representaba, a sus ojos, la dictadura en nombre del pueblo, una enorme centralización del poder en algunas manos y la destrucción de las viejas instituciones por la sustitución previa de hombres nuevos a la cabeza de esas instituciones, transformadas momentáneamente en armas de guerra al servicio del pueblo y contra los enemigos del pueblo.

“Entre los hombres de este grupo autoritario las ideas de *unidad* y de *centralización* no habían desaparecido completamente.

“Si aceptaban, si inscribían en sus banderas los principios de la *autonomía comunal* y de la libre federación de los grupos, era porque estos principios estaban impuestos por la voluntad de París; pero algunos los comprendían poco y mal o les hacían grandes restricciones.

“Por lo demás, dominados por hábitos mentales contraídos durante una larga existencia de luchas, de reivindicaciones, apenas se pasaba a la acción volvían a caer en el camino que habían seguido tanto tiempo y se dejaban llevar, con una incontestable buena fe, a querer aplicar viejos procedimientos a una idea nueva. No comprendían que en semejante caso la forma implica casi siempre el fondo, y que, queriendo fundar la libertad con los medios dictatoriales o arbitrarios, se mata también aquello que se quiere salvar.

“Este grupo, compuesto por otra parte de elementos bastante diversos, formó la *mayoría* y se tituló revolucionario-jacobino.”¹¹

Lenin, que considera como burguesas o pequeñoburguesas las preocupaciones libertarias de los adversarios de la dictadura y que tan frecuentemente apela a los recuerdos de la Comuna, debiera tener en cuenta este hecho: que, precisamente en la Comuna, la mayoría revolucionario-jacobina que quiso el poder dictatorial centralizado estaba compuesta de elementos en general pequeñoburgueses y de ideas no socialistas, de revolucionarios republicanos y demócratas. Al contrario, la minoría antigubernamental, federalista, autonomista y antidictatorial se componía de

¹¹ A. Arnould, *Histoire populaire et parlementaire de la Commune de Paris*, Bruselas, 1878, Vol. II, pp. 82-84.

elementos preferentemente obreros y de ideas socialistas. Sólo el grupito socialista blanquista, y no todo, estaba de acuerdo con la mayoría radical burguesa.

* * *

Otro miembro de la Comuna, Gustave Lefrançais, de la Comisión Ejecutiva del gobierno, estudiando en el destierro el movimiento comunero de París, de 1871, en el que había representado una de las partes más importantes, llegaba a las mismas conclusiones que los demás, aunque sin llegar al anarquismo.

Pero deberíamos hacer de este libro una antología si quisiéramos reproducir todos los testimonios de los revolucionarios de la Comuna contra su orientación dictatorial; no obstante, no podemos eximirnos de recordar estas conclusiones a que Lefrançais fue conducido por su experiencia personal y por el estudio de los hechos.

Nuestros amigos, miembros de la Comuna —dice precisamente en el capítulo *Conclusión* con que termina su libro—,¹² obsesionados por el prejuicio de que sólo con la gran concentración del poder, que la primera revolución nos había dejado en ejemplo, ésta podría realizar una parte de sus funciones, pensaron sustituir de nuevo la acción de los ciudadanos por la propia y transformar la Comuna en un poder dirigente y absoluto... sin tener en cuenta ni siquiera las resistencias legítimas que encontrarían en aquellos mismos revolucionarios que habían saludado en la revolución comunista precisamente el fin de todas las pretensiones dictatoriales...

Así, una vez internada en el camino autoritario hacia el que la impulsaban las excitaciones incesantes de los agentes de Versalles y al mismo tiempo sus propias tendencias, la Comuna estaba destinada a recorrerlo hasta el fin y a sucumbir bajo el exceso mismo de su pretensión de querer dirigirlo todo...

La Comuna debía, rechazando toda pretensión dictatorial, dejar a la población misma su potencia de iniciativa revolucionaria y ser nada más que el brazo ejecutor de ésta. Demasiado gubernamental para ser realmente revolucionaria; demasiado revolucionaria por su origen para ser aceptada como un gobierno serio por los partidarios de la legalidad: tal fue el camino sin salida en el que la Comuna se encontró empeñada y del que no podía salir más que volviendo inmediatamente a conformar su propia acción con los principios antiautoritarios...

Por no haber comprendido suficientemente todo esto, la Comuna debió perecer y en efecto pereció.

* * *

¹² G. Lefrançais, *Etude sur le Mouvement Communaliste a Paris en 1871*, Edit. Guillaume, Neuchatel, 1871, p. 370 y ss.

Los libros de donde tomamos estas citas no son tratados teóricos y doctrinarios que establezcan una teoría apriorística, sino, al contrario, expresiones de hechos, verdadera historia vivida, minas de documentos a los que se deben las conclusiones sintéticas recogidas por nosotros. Mientras hoy la concepción libertaria parece una opinión exagerada y heterodoxa —ya que la experiencia histórica está ahora demasiado lejana y ha tomado fuerza la tradición doctrinaria y jacobina que surgió de la falsificación burguesa de la historia de la Revolución de 1789-93—, esa misma concepción, que entonces era denominada federalista, de la revolución, acogida por una minoría después de 1848, fue aceptada al día siguiente de la Comuna de 1871 no sólo por aquellos que después se llamaron anarquistas sino por la casi totalidad de los revolucionarios socialistas o de tendencias socialistas.

No fueron excepción más que los comunistas doctrinarios alemanes y el pequeño grupo de los blanquistas franceses. Hemos nombrado ya a Arthur Arnould y a Gustave Lefrançais, que sin embargo no eran anarquistas. Pero bajo la impresión viva de los hechos recientes, después de la dura lección (la segunda) de la derrota comunista, muchos otros también, que luego, al menos en parte, olvidaron las enseñanzas de la historia desarrollada ante sus ojos (Benoit, Malon, Paul Brousse, Julie Guesde, César De Paepe, Andrea Costa, entre ellos) estaban de acuerdo en considerar pernicioso para la revolución una dirección autoritaria y dictatorial.

Para no aburrir a los lectores con demasiadas citas, no traemos aquí ni las invocaciones anarquistas de De Paepe ni las invectivas y las críticas de Brousse y de Guesde contra el Estado que se publicaron en la decena de años que siguió a la Comuna de París. La experiencia revolucionaria de todas las revoluciones precedentes enseña que la revolución debe ser antiestatal, adversa (como decía Bovio) no sólo a una o a otra forma de Estado, sino a todo Estado, con tendencia a abatir el Estado actual no para sustituirlo por otro, sino para eliminarlo por completo.

Justamente en ocasión del aniversario de la Comuna de París, Andrea Costa repetía en 1877 que la mejor lección brotada de la derrota de la insurrección comunista de 1871, había sido que *la revolución popular y social no puede ser más que anárquica,*

*y que en cualquier ocasión en que se le sobreponga un Estado, está ya muerta.*¹³

¿Qué enseñanza mejor para los revolucionarios que la que emana de la revolución misma? ¿Qué mejor escuela experimental que ésta?

* * *

La corriente anarquista de la Primera Internacional surgió precisamente de esta escuela experimental de la realidad y además de la semilla sembrada por el largo apostolado proudhoniano.

Esta corriente del pensamiento socialista, de la que Bakunin fue el más elocuente intérprete, prevaleció desde 1870 a 1890 en los países latinos, en Austria y en parte también en Inglaterra y Holanda; pero después, desgraciadamente, prevaleció (en todas partes menos en España) el comunismo autoritario alemán y estatal, más o menos impropriamente llamado marxismo, que se transformó luego en el colectivismo centralista, legalista y parlamentario, con el cual los anarquistas, convertidos en minoría, polemizaron continuamente en estos últimos cuarenta o más años.

La concepción socialista autoritaria adquirió la supremacía sobre todo por el mérito (o demérito) de la socialdemocracia alemana, que siempre propagó con fortuna en la Segunda Internacional la idea absurda del *Estado popular*. Sus fracciones más avanzadas hablaban de "dictadura proletaria", según una frase atribuida a Marx; pero el concepto dominante en todos era siempre el de un gobierno central de un poder público, del cual era preciso apoderarse por evolución o por revolución para dar desde arriba al proletariado, por la fuerza, la libertad política y económica. El prestigio nefando que la Alemania imperial, victoriosa sobre Francia por las armas, cobraba entonces entre las clases burguesas de toda Europa, esparció también su sombra triste e ilusoria sobre el socialismo alemán, y la orientación doctrinaria y táctica de éste se convirtió en el modelo para la mayoría socialista de todos los demás países.

Tal orientación condujo a la Segunda Internacional a su fracaso total en la guerra europea. Los anarquistas tuvieron razón en los hechos, demasiado tarde desgraciadamente para evitar la ruptura de la solidaridad internacional del proletariado. Hoy sin embargo,

¹³ A. Costa, "La Comune di Parigi", en "Il Martello", Bolonia, N° 11, del 18-3-1877.

mientras la Internacional busca el camino de su reorganización, muchos socialistas nos dan la razón, si no abiertamente, cuando menos implícitamente, aceptando muchas verdades que hemos dicho sólo nosotros hasta 1914. La crítica al parlamentarismo, que llegó hasta la negación de la lucha electoral, el reconocimiento de la necesidad de la acción directa violenta e insurreccional contra los poderes estatales son cosas dichas hoy por muchos socialistas orientados hacia la revolución, sobre todo en virtud del ejemplo ruso.

Pero conservan en gran parte al menos de la vieja socialdemocracia el prejuicio autoritario y estatal, la vieja ilusión jacobina y blanquista de que, aunque sea sólo transitoriamente, un gobierno en su expresión más centralista y autoritaria como es la dictadura puede ser útil para dirigir la revolución, para guiarla, con tal de que sea ejercido en nombre de los proletarios hacia la emancipación completa del proletariado. Antes de que este enorme error produzca sus resultados negativos y la desilusión sea impuesta por los acontecimientos, corresponde a los anarquistas, apóstoles de la libertad, poner en guardia al proletariado y a los socialistas contra la insidia autoritaria por la cual toda revolución sería traicionada, sofocada, empuñada.

La historia demuestra, en efecto, que el método estatal y dictatorial es más pernicioso que favorable al desenvolvimiento de la revolución; y, por consiguiente, aquellos que en realidad desean su triunfo deben preferir el método libertario y antestatal. De acuerdo con éste deben por lo tanto, según nuestra opinión, orientar hoy su propaganda y preparación, y en tal método deberán inspirarse mañana, desde el primer instante y desde los primeros actos, para su participación en la revolución.

Solamente una revolución que no se separe de la libertad logrará los fines que la revolución social se propone.

X

EL CONCEPTO ANARQUISTA DE LA REVOLUCIÓN

Una revolución que al menos en la Europa latina y más especialmente en Italia no tuviera en cuenta al elemento anarquista y creyera posible desarrollarse independientemente de él o en contra de él, chocaría con los más graves peligros: el primero entre todos sería la guerra civil en el seno de la revolución misma, el peligro de suscitar una revolución dentro de la revolución misma, antes aún de que toda posibilidad de contrarrevolución haya desaparecido.

Se debe pensar que en Italia los anarquistas disponen hoy de una fuerza numérica nada indiferente,¹ que tienen una influen-

¹ La revelación de esta fuerza, en el Congreso de la *Unión Anarquista Italiana* efectuado en Bolonia del 1º al 4 de julio de 1920, fue una sorpresa para los mismos anarquistas. Existen hoy en Italia decenas de millares de anarquistas, reunidos en algunos centenares de grupos. Además de seis o siete periódicos semanales o quincenales, el anarquismo tiene en Italia un diario (*Umanità Nova*, de Milán) que ha recogido en un año más de medio millón de liras de suscripción voluntaria, con un movimiento de caja que sobrepasa el millón y con una tirada que fluctúa alrededor de los 50.000 ejemplares. Por otra parte existe, al lado del movimiento anarquista, el movimiento obrero de la *Unione Sindicale Italiana* que, aun siendo completamente autónomo de toda política de partido, tiene un sentido explícitamente libertario, cuenta con dirigentes que son en su mayoría anarquistas militantes y con más de 300.000 afiliados.

(1922). Cuando fue escrito lo que precede, el ciclón incendiario y homicida fascista no había destruido aún gran parte de todo eso: organizaciones, sindicatos y periódicos. Pero los hombres, excepción hecha de pocas defeciones, quedan en pie. Por lo tanto podemos decir que nada se ha perdido.

cia y un vigor de irradiación por todos reconocidos y que, en período revolucionario, no podrían menos que multiplicarse.

Se trata de una fuerza *revolucionaria* y no de carnets y de papeletas electorales, con la cual tiene que contar todo aquel que quiere hacer la revolución en serio, no como con un peso muerto que va a ser explotado materialmente a su debido tiempo, sino como con una fuerza consciente, que tiene una orientación y una voluntad de acción determinadas y cuyo desacuerdo podría ser perjudicial no sólo para los partidos discordes sino también y sobre todo para la causa de la revolución.

No se trata, por parte de los anarquistas, de una cuestión de honor, de una presunción o de un necio deseo de ser tenidos en consideración. Los anarquistas tienen escaso espíritu de partido; no se proponen ningún fin inmediato que no sea la extensión de su propaganda. No son un partido de gobierno ni un partido de intereses —a menos que por interés se entienda el del pan y la libertad para todos los hombres—, sino sólo un partido de ideas. Es ésta su debilidad, por cuanto les está vedado todo éxito material, y los otros, más astutos o más fuertes, explotan y utilizan los resultados parciales de su obra.

Pero ésta es también la fuerza de los anarquistas, pues sólo afrontando las derrotas, ellos —los eternos vencidos— preparan la victoria final, la verdadera victoria. No teniendo intereses propios, personales o de grupo para hacer valer, y rechazando toda pretensión de dominio sobre las multitudes en cuyo medio viven y con las cuales comparten las angustias y las esperanzas, no dan órdenes que ellas deban obedecer, no les piden nada, pero les dicen: "Vuestra suerte será tal cual la forjéis; la salvación está en vosotros mismos; conquistadla con vuestro mejoramiento espiritual, con vuestro sacrificio y vuestro riesgo. Si queréis, venceréis. Nosotros no queremos ser, en la lucha, más que una parte de vosotros."

Si por consiguiente los anarquistas hacen frecuentes llamamientos a una entente entre todos aquellos que trabajan por la revolución, si se preocupan por las posibles discordias en el seno de ésta, lo que los impulsa en tal sentido es únicamente el deseo de que no se termine por alejar la revolución misma o por hacerla más difícil con una intransigencia que es más bien intolerancia, no hacia las clases y los partidos burgueses —ante los cuales no se podrá ser nunca bastante intransigente— sino tam-

bién hacia las fuerzas y fracciones proletarias, sinceramente revolucionarias, anticapitalistas, internacionalistas y enemigas sin transacciones de las instituciones actuales, como son indudablemente los anarquistas.

* * *

La intolerancia de muchos socialistas, revolucionarios también, frente al anarquismo depende en gran parte de su absoluta ignorancia de las ideas, los fines y los métodos de los anarquistas.

Es asombroso comprobar cómo personas inteligentes del campo socialista, de una vasta cultura política y económica, cuando se trata del anarquismo no saben decir otra cosa que lugares comunes sin sentido, difundidos por la peor prensa burguesa: las afirmaciones más estrambóticas y difamatorias, las interpretaciones más necias. Toda la ciencia socialista sobre el anarquismo parece condensada en aquel viejo libelo en que Plejanov, en 1893, desahogaba su bilis antianarquista, sin respeto alguno por la verdad y sin ninguna honestidad intelectual²; o bien en el conocido libro de Lombroso sobre los anarquistas, que toma por documentos verdaderos los informes de la policía y de los directores de las cárceles, y cataloga quién sabe por qué entre los anarquistas a gente que en sus nueve décimas partes no ha soñado serlo jamás.

En los periódicos, en los libros, en las revistas, han aparecido innumerables refutaciones socialistas del anarquismo; pero, salvo laudables excepciones, casi siempre se refutaban ideas que no tenían absolutamente nada de anarquistas, atribuidas a los anarquistas por ignorancia o por artificio polémico. Especialmente sobre el concepto de la revolución se han puesto en circulación pretendidas teorías anarquistas tan extravagantes que impulsan a dudar de la buena fe de aquellos que las enuncian. ¡Cuánta tinta esparcida para demostrar a los "ilusos anarquistas" que la revolución no se hace con piedras, con viejos fusiles o con algunos revólveres, que las barricadas no corresponden ya a las ne-

² Más de la mitad del presente volumen estaba ya impreso cuando apareció, publicado por el *Avanti!* (Milán, 1920), un nuevo libro de Lenin, *Stato e Rivoluzione*, en el cual éste reconoce la superficialidad de Plejanov, quien trató el tema *evitando completamente aquello que era más actual y políticamente esencial* en las diferencias entre el socialismo y el anarquismo, y acompañando la parte histórica con *consideraciones filisteas y vulgares tendientes a demostrar que un anarquista difícilmente puede ser distinguido de un bandido*. (Lenin, *Stato e Rivoluzione*, p. 118).

cesidades de la lucha actual! ¡Que los movimientos aislados e improvisados no bastan! ¡Que los atentados individuales por sí no hacen la revolución! ¡Que el motín es una cosa y la revolución es otra! . . . Y así sucesivamente, con descubrimientos peregrinos de semejante tenor, ignorando o fingiendo ignorar que los anarquistas tienen de la revolución el concepto más exacto y más práctico al mismo tiempo según el significado etimológico, tradicional e histórico de la palabra.

La revolución, en el lenguaje político y social —y también en el lenguaje popular—, es un movimiento general a través del cual un pueblo o una clase, saliendo de la legalidad y transformando las instituciones vigentes, despedazando el pacto leonino impuesto por los dominadores a las clases dominadas, con una serie más o menos larga de insurrecciones, revueltas, motines, atentados y luchas de toda especie, abate definitivamente el régimen político y social al cual hasta entonces estaba sometido e instaure un orden nuevo.

El derrumbe de un régimen se efectúa por lo general en un tiempo relativamente breve: en pocos días la revolución de julio de 1830 sustituyó en Francia una dinastía por otra; en poco más de un año, la revolución italiana de 1848; en seis o siete años, la revolución francesa de 1789; en una docena de años, la revolución inglesa de la mitad del siglo xvii. La revolución, y por lo tanto la demolición de hecho de un régimen político y social preexistente, es en esencia la culminación de una evolución anterior que se traduce en la realidad material rompiendo violentamente las formas sociales y la envoltura política que ha dejado de ser apta para contenerla. Acaba con el retorno a un estado normal cuando la lucha ha cesado, sea que la victoria permita a la revolución instaurar un nuevo régimen, sea que su derrota parcial o total restaure en parte o totalmente lo antiguo, dando lugar a la contrarrevolución.

La característica principal, por la que se puede decir que la revolución ha comenzado, es el apartamiento de la legalidad, la ruptura del equilibrio y la disciplina estatales, la acción impune y victoriosa de la calle contra la ley. Previamente a un hecho específico y resolutivo de este género no hay revolución aún. Puede haber un estado de ánimo revolucionario, una preparación revolucionaria, una condición de cosas más o menos favorable a la revolución; pueden darse episodios más o menos afortunados de

revueltas, tentativas insurreccionales, huelgas, violentas o no, demostraciones aun sangrientas, atentados, etc. Pero mientras la fuerza se encuentre de parte de la ley vieja y del viejo poder, no se ha entrado todavía en el período revolucionario.

La lucha contra el Estado, defensor armado del régimen, es, pues, la condición *sine qua non* de la revolución. Esta tiende a limitar lo más posible el poder del Estado y a desarrollar el espíritu de libertad; a impulsar hasta el máximo límite al pueblo, a los súbditos de la víspera, a los explotados y a los oprimidos, hacia el uso de todas las libertades individuales y colectivas.

En el ejercicio de la libertad, no impedido por leyes y gobiernos, reside la salvación de toda revolución, la garantía de que ésta no sea limitada o detenida en sus progresos, su mejor salvaguardia contra las tentativas internas y externas de despedazarla.

* * *

Algunos dicen: "Comprendemos que siendo vosotros, como anarquistas, contrarios a toda idea de gobierno, seáis adversarios de la dictadura que es su expresión más autoritaria; pero no se trata de proponerla como fin sino como medio, antipático quizá pero necesario, como la violencia es también un medio necesario pero antipático durante el período provisorio revolucionario, indispensable para vencer las resistencias y los contraataques burgueses".

Una cosa es la violencia y otra la autoridad gubernamental, sea esta dictatorial o no. Aunque es verdad, en efecto, que todas las autoridades gubernamentales se basan en la violencia, sería inexacto y erróneo decir que toda "violencia" es un acto de autoridad, deduciendo de ello que si es necesaria la primera se hace indispensable la segunda.

La violencia es un medio que asume el carácter de la finalidad para la cual es adoptada, de la forma en que es empleada y de las personas que se sirven de ella. Es un acto de autoridad cuando se adopta para imponer a los demás una conducta al paladar del que manda, cuando es emanación gubernamental o patronal y sirve para mantener en la esclavitud a los pueblos y clases, para impedir la libertad individual de los súbditos, *para hacer obedecer por la fuerza*. Es al contrario violencia libertaria, es decir, acto de libertad y de liberación, cuando es empleada

contra el que manda por quien ya no quiere obedecer; cuando está dirigida a impedir, disminuir o destruir una esclavitud cualquiera, individual o colectiva, económica o política, y es adoptada por los oprimidos directamente, individuos o pueblos o clases, contra el gobierno y las clases dominantes. Tal violencia es la revolución en acción. Pero cesa de ser libertaria y por consiguiente revolucionaria cuando, apenas vencido el viejo poder, quiere ella misma convertirse en poder y se cristaliza en una forma cualquiera de gobierno.

Es ese el momento más peligroso de toda revolución: es decir cuando la violencia libertaria y revolucionaria vencedora se transforma en violencia autoritaria y contrarrevolucionaria, moderadora y limitadora de la victoria popular insurreccional; es el momento en que la revolución puede devorarse a sí misma si adquieren ventaja las tendencias jacobinas, estatales, que hasta ahora, a través del socialismo marxista, se manifiestan favorables al establecimiento de un gobierno dictatorial. Deber específico de los anarquistas, derivado de sus mismas concepciones teóricas y prácticas, es el de reaccionar contra tales tendencias autoritarias y liberticidas con la propaganda hoy y con la acción mañana.

Aquellos que hacen una distinción entre el anarquismo teórico y el anarquismo práctico, para sostener que el anarquismo práctico no debiera ser anarquista sino dictatorial, no han comprendido bien la esencia del anarquismo, en el que no es posible dividir la teoría de la práctica ya que para los anarquistas la teoría surge de la práctica y es a su vez una guía de la conducta, una verdadera pedagogía de la acción.

* * *

Muchos creen que el anarquismo consiste sólo en la afirmación revolucionaria e ideal a la vez, de una sociedad sin gobierno para instaurar en el porvenir, pero sin relación con la realidad actual; por lo cual hoy podemos o debemos obrar en contradicción con los fines que nos proponemos, sin escrúpulos y sin límites. Así, y mientras se espera ese porvenir, ayer nos aconsejaban votar *provisoriamente* en las elecciones, como hoy nos proponen que aceptemos *provisionalmente* la dictadura llamada proletaria o revolucionaria.

Pero nada de eso. Si fuéramos anarquistas sólo en el fin y no

en los medios, nuestro partido sería inútil; porque la frase de Bovio de que *anárquico es el pensamiento y hacia el anarquismo marcha la historia* puede ser dicha y aprobada (como en efecto muchos dicen suscribirla) también por aquellos que militan en otros partidos progresistas. Lo que nos distingue de los otros partidos, no únicamente en la teoría sino también en la práctica, es que no sólo tenemos un propósito anarquista sino también un movimiento anarquista, una metodología anarquista, en cuanto pensamos que el camino a recorrer, sea durante el período preparatorio de la propaganda, sea en el revolucionario, es el camino de la libertad.

La función del anarquismo no es tanto la de profetizar un porvenir de libertad como la de prepararlo. Si todo el anarquismo consistiera en la visión lejana de una sociedad sin Estado, o bien en afirmar los derechos individuales, o en una cuestión puramente espiritual ajena a la realidad vivida y concerniente sólo a las conciencias particulares, no habría ninguna necesidad de un movimiento político y social anarquista. Si el anarquismo fuera una simple ética individual para que cada uno la cultive dentro de sí mismo, adaptándose al mismo tiempo en la vida material a actos y a movimientos en contradicción con ella, nos podríamos llamar anarquistas y pertenecer al mismo tiempo a los más diversos partidos; y podrían ser llamados anarquistas muchos que no obstante ser en sí mismos espiritual e intelectualmente emancipados son y permanecen en el terreno práctico enemigos nuestros.

Pero el anarquismo es otra cosa. No es un medio para encerrarse en la torre de marfil, sino una manifestación del pueblo, proletaria y revolucionaria, una activa participación en el movimiento de emancipación humana con criterio y finalidad igualitarios y libertarios al mismo tiempo. La parte más importante de su programa no consiste solamente en el sueño, que sin embargo deseamos que se realice, de una sociedad sin patrones y sin gobiernos, sino sobre todo en la *concepción libertaria de la revolución*, en la revolución contra el Estado y no por medio del Estado, en la idea de que la *libertad* no sólo es el calor vital que animará el nuevo mundo futuro sino también, y sobre todo hoy mismo, un arma de combate contra el viejo mundo. En este sentido el anarquismo es una verdadera teoría de la revolución.

Tanto la propaganda de hoy como la revolución de mañana

tienen y tendrán, por consiguiente, necesidad del máximo posible de libertad para desenvolverse. Esto no impide que deban y puedan proseguirse lo mismo, aunque una menor o mayor porción de libertad nos sea quitada; pero nuestro interés es tener y querer la mayor libertad posible. De otro modo no seríamos anarquistas. En otros términos, nosotros pensamos que cuanto más libertariamente obremos, tanto más contribuiremos, no sólo al acercamiento hacia el anarquismo sino también a consolidar la revolución; mientras que alejaremos y debilitaremos la revolución toda vez que recurramos a sistemas autoritarios. Defender la libertad para nosotros y para todos, combatir por una libertad cada vez más amplia y completa, tal es, pues, nuestra función de hoy, de mañana y de siempre, en la teoría y en la práctica.

* * *

¿Libertad también para nuestros enemigos?, se nos pregunta. La pregunta es ingenua y equívoca. Con los enemigos estamos en lucha, y en la pelea no se reconoce al enemigo ninguna libertad, ni siquiera la de vivir. Si fueran solamente enemigos... teóricos, si los encontráramos desarmados, en la imposibilidad de atender contra nuestra libertad, despojados de todo privilegio y por lo tanto en igualdad de condiciones, entonces sería admisible. Pero preocuparnos por la libertad de nuestros enemigos cuando nosotros tenemos algún pobre diario y unos pocos semanarios, mientras ellos poseen centenares de diarios de gran tirada; cuando ellos están armados y nosotros desarmados; mientras ellos están en el poder y nosotros somos los súbditos; mientras ellos son ricos y nosotros pobres, sería ridículo... ¡Sería lo mismo que reconocer a un asesino la libertad de matarnos! Tal libertad se la negamos y se la negaremos siempre, aun en el período revolucionario, mientras ellos conserven sus condiciones de verdugos y nosotros no hayamos conquistado completamente nuestra libertad, no sólo de derecho sino también de hecho.

Pero esta libertad no podremos conquistarla sino empleándola también como instrumento donde la acción dependa de nosotros; es decir dando desde hoy una dirección siempre más libre y libertaria a nuestro movimiento, al movimiento proletario y popular; desarrollando el espíritu de libertad, de autonomía y de libre iniciativa en el seno de las masas; educando a éstas en una intolerancia cada vez mayor hacia todo poder autoritario y po-

lítico, estimulando el espíritu de independencia de juicio y de acción hacia los jefes de toda especie; acostumbrando al pueblo al desprecio hacia todo freno y disciplina impuestos por otros y desde arriba, es decir que no sea el freno de la propia conciencia y la disciplina libremente escogida y aceptada, y apoyadas sólo mientras sean consideradas buenas y útiles a los fines revolucionarios y libertarios que nos hemos propuesto.

Es claro que una masa educada en esta escuela, un movimiento que tenga esta dirección (como lo es el movimiento anarquista) encontrarán en la revolución la ocasión y el medio para desarrollarse en su sentido propio hasta límites hoy ni siquiera imaginables, y ese será el obstáculo natural y voluntario al mismo tiempo para la formación y afianzamiento de cualquier gobierno más o menos dictatorial. Entre ese movimiento hacia una creciente libertad y la tendencia centralizadora y dictatorial no puede existir más que un conflicto, más o menos fuerte y violento, con mayores o menores treguas según las circunstancias. ¡Pero nunca podrá haber armonía!

Y esto ha de ocurrir no por una ilusión exclusivamente doctrinaria y abstracta, sino porque los negadores del poder —es éste, repetimos, el punto más importante de la teoría anarquista, que quiere ser la más práctica de las teorías— piensan que la revolución sin la libertad nos llevaría a una nueva tiranía; que el gobierno, por el solo hecho de ser tal, tiende a detener y limitar la revolución; y que está en interés de la revolución y de su progresivo desarrollo combatir y obstaculizar toda centralización de poderes, impedir la formación de todo gobierno, si es posible, o impedir al menos que se refuerce, se haga estable y se consolide. Vale decir que el interés de la revolución es contrario a la tendencia que tiene en sí toda dictadura, por proletaria o revolucionaria que se diga, a hacerse fuerte, estable y sólida.

* * *

¡Pero no!, replican otros; se trataría de una dictadura *provisional*, mientras dure la labor de destrucción de la burguesía, con el fin de combatir a ésta, de vencerla y de expropiarla.

— Cuando se dice *dictadura*, se sobreentiende siempre provisional, aun en el significado burgués e histórico de la palabra. Todas las dictaduras, en los tiempos pasados, fueron provisorias en las intenciones de sus promotores y, nominalmente, también de hecho.

Las intenciones en tal caso valen poco, ya que se trata de formar un organismo complejo que seguiría su naturaleza y sus leyes y anularía toda apriorística intención contraria o limitadora. Lo que debemos ver es: primero, si las consecuencias del régimen dictatorial son más dañinas que ventajosas para la revolución; segundo, si los fines destructores y reconstructivos para los que se quisiera la dictadura no pueden ser logrados también, o mejor aún, sin ella, por el ancho camino de la libertad.

Nosotros creemos que esto es posible; y que la revolución es más fuerte, más incoercible, más difícil de derrotar cuando no tiene un centro donde pueda ser herida; cuando está en todas partes, sobre todos los puntos del territorio y en todas partes el pueblo procede libremente a realizar los dos fines principales de la revolución: la destitución de la autoridad y la expropiación de los capitalistas.

* * *

Cuando censuramos en la concepción dictatorial de la revolución el grave error de imponer la voluntad de una pequeña minoría a la gran mayoría de la población, se nos responde que *las revoluciones son hechas por las minorías*.

También en la literatura anarquista se encuentra a menudo repetida esa expresión, que contiene, efectivamente, una gran verdad histórica. Pero es preciso comprenderla en su verdadero significado revolucionario y no darle, como los bolcheviques, un sentido que nunca tuvo antes de ahora. Que las revoluciones sean hechas por la minoría es en efecto verdad... hasta cierto punto. Las minorías, en realidad, inician la revolución, toman la iniciativa de la acción, destrozan las primeras puertas, abaten los primeros obstáculos, ya que saben atreverse a lo que amedrentaría a las mayorías inertes o misonéistas en su amor a la vida sosegada y en su temor a los riesgos.

Pero si una vez destrozadas las primeras ligaduras las masas populares no siguen a las minorías audaces, el acto de éstas será seguido por la reacción del viejo régimen, que se toma la revancha o bien se resuelve en la sustitución de una dominación por otra, de un privilegio por otro. Es decir, es preciso que la minoría rebelde tenga más o menos el consentimiento de la mayoría, que interprete sus necesidades y sentimientos latentes y, vencido el primer obstáculo, realice las aspiraciones populares, deje a las

masas en libertad de organizarse a su modo y llegue a ser en cierto sentido mayoría.

Si esto no ocurre, no decimos por eso que la minoría deje de tener el mismo derecho que antes a la revuelta. Según el concepto anarquista de la libertad, todos los oprimidos tienen derecho a rebelarse contra la opresión, el individuo igual que la colectividad, las minorías lo mismo que las mayorías. Pero una cosa es rebelarse contra la opresión y otra convertirse en opresor a su vez, como muchas veces hemos dicho. Aun cuando las mayorías toleran la opresión o sean sus cómplices, la minoría que se sienta oprimida tiene derecho a rebelarse, a desear su libertad. Pero el mismo o mayor derecho tendría la mayoría contra cualquier minoría que pretendiera sojuzgarla con algún pretexto.

Por lo demás, en los hechos reales, los opresores constituyen siempre una minoría, tanto si oprimen abiertamente en su propio nombre como si ejercen la opresión en nombre de hipotéticas colectividades o mayorías. Por consiguiente, la revuelta es al principio la obra de una minoría consciente, insurgente en medio de una mayoría oprimida, contra otra minoría tiránica; pero tal revuelta se transforma en revolución, puede tener eficacia renovadora o libertadora, solamente si con su ejemplo logra sacudir a la mayoría, arrastrarla, ponerla en movimiento, conquistar su apoyo y adhesión.

Abandonada o rechazada por las mayorías populares, la revuelta, si es derrotada, pasará a la historia como un movimiento heroico y malogrado, fecundo precursor de los tiempos, etapa sangrienta, pero indispensable, de una segura victoria en el futuro. Por otra parte, si resultase vencedora la minoría rebelde y se convirtiese en dueña del poder a despecho de la mayoría, en nuevo yugo sobre el cuello de los súbditos, acabaría matando la misma revolución por ella suscitada.

En cierto sentido se podría decir que si una minoría rebelde no logra con su ímpetu arrastrar tras sí a la mayoría de los oprimidos, sería más útil para la revolución que fuera derrotada y sacrificada. Ya que si con la victoria ella se viese transformada en opresora acabaría extinguiendo en las masas toda fe en la revolución, haciéndoles quizás odiosa una revolución de la cual surge nada menos que una nueva tiranía cuyo peso y cuyo

mal sería sentido por todos, cualquiera fuere el pretexto y el nombre con que se la cubriera.

* * *

Especialmente después de la revolución rusa, la idea del poder dictatorial de la revolución está siendo defendida como un medio necesario de lucha contra los enemigos internos, contra las tentativas de los ex dominadores deseosos de reconquistar el poder económico y político. El gobierno serviría, pues, para organizar en los primeros momentos de mayor peligro el terrorismo anti-burgués en defensa de la revolución.³

No negamos absolutamente la necesidad del uso del terror, especialmente cuando acuden en ayuda de los enemigos internos, con sus fuerzas armadas, los enemigos externos. El terrorismo revolucionario es una consecuencia inevitable toda vez que el territorio donde la revolución no se afirmó todavía suficientemente es invadido por ejércitos reaccionarios. Toda emboscada de la contrarrevolución en el interior es demasiado funesta en tales circunstancias, por lo que debe ser exterminada a sangre y fuego.

La leyenda de Bruto, que manda al patíbulo a sus hijos, cómplices, en el interior, de los Tarquinos expulsados de Roma y que amenazaban la libertad romana a la cabeza de un ejército extranjero, es el símbolo de esta trágica necesidad del terror. Así, en Francia, en 1792, se sintió la necesidad de exterminar a los nobles, sacerdotes y reaccionarios, cuando Brunswick se acercaba amenazador a París, guiado por los emigrados.

El terror se hace inevitable cuando la revolución está asediada por todas partes. Sin la amenaza externa, las amenazas contrarrevolucionarias internas no causarían miedo; basta para tenerlas inactivas la visión de su impotencia material. Dejarlas tranquilas puede ser igualmente un error, y quizás un peligro para el porvenir, pero no constituye un riesgo inmediato.

Por esto puede uno fácilmente dejarse arrastrar por un sentimiento de generosidad y de piedad hacia sus enemigos. Pero

³ Hablamos del "terrorismo" no en su significado particular de política terrorista de gobierno, sino en el sentido general del uso de la violencia hasta los extremos límites más mortíferos, que puede realizarse tanto por un gobierno por intermedio de sus gendarmes, como directamente por el pueblo en el curso de un motín y durante la revolución.

cuando estos enemigos tienen más allá de las fronteras fuerzas armadas listas para intervenir en su socorro, cuando encuentran aliados en los enemigos del exterior, entonces se convierten en un peligro que se hace tanto más fuerte cuanto más avanza desde fuera el otro peligro. Su supresión llega entonces a ser cuestión de vida o muerte.

Cuanto más inexorable es la revolución en tales emergencias, tanto mejor logra evitar mayores luchas en el porvenir. Una excesiva tolerancia de hoy podría mañana hacer necesario un rigor doblemente grave.⁴ ¡Si después ella tuviera por consecuencia la derrota de la revolución, mucho más tremendos estragos vendrían a castigar la debilidad con el terror blanco de la contrarrevolución!

No es preciso, por otra parte, valorizar demasiado la retórica de que hace alarde la prensa burguesa para vituperar y calumniar al terrorismo revolucionario.

Desde cinco años atrás no hacen más que hablar de los horrores, de las matanzas, de las infamias, de los desórdenes revolucionarios de Petrogrado y de Moscú. Pero si se tuviera la paciencia de ir a las bibliotecas a revisar los diarios de Roma, Turín, Viena, Coblenza, Berlín, Londres y Madrid, desde 1789 hasta 1815, aproximadamente, se leerían idénticas palabras de horror sobre las matanzas, las infamias y los desórdenes de la revolución francesa que hoy es llamada por todos *la Gran Revolución*. Los que recuerdan la época de la Comuna de París de 1871, recordarán asimismo con qué lenguaje repugnante se hablaba de las "matanzas" de los *petroleros* comunialistas: no había bastantes palabras para vituperarlos como los peores asesinos. No obstante, ¡cuántos apologistas de la Comuna parisiense hay hoy entre los vituperadores de la Comuna moscovita!

Los patriotas italianos sinceros deben recordar las infamias que se escribían en los periódicos moderados y bonapartistas parisienses —de acuerdo con los periódicos clericales vieneses— contra la república romana de 1849, y cómo entonces se escandalizaron y horrorizaron las almas pías por las matanzas atribuidas

⁴ En este sentido, Bovio decía que la Revolución "comete piadosamente acciones crueles y evita la femenina piedad; absuelve un asesinato y condena a los Soderini. (G. Bovio, *Dottrina dei partiti in Europa*, Nápoles, 1886, p. 137).

a los carbonarios y a los mazzinianos. También sobre la revolución rusa se sabrá un día la verdadera realidad, y tal vez muchos de sus actuales difamadores se convencerán. ¡Entonces, probablemente, los únicos que persistirán en la crítica serán... los anarquistas!

* * *

Ningún derecho tiene la burguesía a escandalizarse del terrorismo de la revolución rusa, cuando en sus revoluciones ha hecho otro tanto y cuando se ha servido después del terror en su beneficio empleándolo contra el pueblo con una ferocidad que ninguna revolución alcanzó jamás toda vez que éste ha intentado seriamente sacudir el yugo.

Como anarquistas, sin embargo, nosotros expresamos todas nuestras reservas no contra el uso del terror en líneas generales, sino contra el terrorismo codificado, legalizado, convertido en instrumento de gobierno, aunque sea de un gobierno que se diga y se crea revolucionario. El *terrorismo autoritario*, en realidad, por el hecho de ser tal, cesa de ser revolucionario, se transforma en una amenaza perenne para la revolución y también en una causa de debilidad. La violencia encuentra su justificación en la lucha y en la necesidad de libertarse de una opresión violenta; pero la legalización de la violencia, el gobierno violento, es ya por sí mismo una prepotencia, una nueva opresión.

Resulta por eso causa de debilidad para el terrorismo revolucionario ser ejercido, no en forma libre por el pueblo y sólo contra sus enemigos ni tampoco por iniciativa independiente de los grupos revolucionarios, sino únicamente por el gobierno, con la consecuencia natural de que el gobierno persigue al mismo tiempo que a los verdaderos enemigos de la revolución también a los revolucionarios sinceros, más avanzados que él pero que no le son afectos. Además el terrorismo, como acto de autoridad gubernamental es más susceptible de recoger aquellas antipatías y aversiones populares que siempre se determinan en oposición a todo gobierno, de cualquier especie que sea, y sólo porque es gobierno. El gobierno, aun cuando recurra a medidas radicales como consecuencia de la responsabilidad que pesa sobre él y de todo el complejo de influencias que sufre del exterior y del interior, es llevado inevitablemente a consideraciones y a actos más violentos o más suaves por criterios sugeridos, más que por el

interés del pueblo y de la revolución, por la necesidad de defender su poder y su personal seguridad presente o futura o también el simple buen nombre de sus componentes.

Para desembarazarse en cada lugar de la burguesía, para proceder a la realización de aquellas medidas sumarias que pueden ser necesarias en una revolución, no hay necesidad de órdenes de arriba. Pues quien está en el poder, por un sentido natural de responsabilidad, puede tener vacilaciones y escrúpulos peligrosos que las masas no tienen. La acción directa popular —que podríamos llamar *terrorismo libertario*— es por lo tanto siempre más radical, sin contar que, localmente, se puede saber dónde y cómo actuar mucho mejor que desde el lejano poder central, el cual estaría obligado a confiar en tribunales, mucho menos justos y al mismo tiempo más feroces que la sumaria justicia popular. Estos tribunales, aun cuando realicen actos de verdadera justicia, no obran por sentimiento sino por mandato, se hacen, por consiguiente, antipáticos al pueblo por su frialdad y se sienten inclinados a rodear sus actos de crueldad, quizá necesaria, de la teatralidad inútil y de la hipócrita ostentación de una igualdad legislativa inexistente e imposible.

En todas las revoluciones, apenas la justicia popular se hace legal, organizada desde arriba, poco a poco se transforma en injusticia. Se hace más cruel y es llevada también a herir a los mismos revolucionarios, a respetar frecuentemente a los enemigos, a convertirse en un instrumento del poder central en sentido cada vez más represivo y contrarrevolucionario. No sólo, pues, como instrumento de violencia destructiva se puede prescindir del poder en la revolución sino que también la misma violencia es más eficaz y radical cuanto menos se concentra en una autoridad determinada.

* * *

A aquellos que, contra nuestros argumentos, oponen los hechos de Rusia, responderemos que allá el experimento está todavía en curso y que es demasiado prematuro tomarlo como base que pruebe la verdad. Se citan mucho los decretos emanados del gobierno de los Soviets, pero para comprender si son buenos sería preciso saber cómo y hasta qué punto fueron aplicados, conocer sus resultados, etc. Para deducir que allá se hizo bien sería necesario que el experimento hubiera acabado, con la victoria

o con la derrota, a fin de saber y comprender si la dictadura ayudó u obstaculizó más en uno o en otro sentido. Actualmente, ¿podemos excluir, pueden excluir los partidarios de la dictadura revolucionaria que una de las causas de las condiciones terribles en que la revolución rusa se debate sea precisamente su dirección excesivamente autoritaria y dictatorial? No, por cierto.

Nosotros, con el mayor sentido de objetividad que nos ha sido posible, dado nuestro apasionamiento de hombres de partido, hemos examinado en un capítulo precedente las condiciones creadas en Rusia por la dictadura, en relación con los intereses de la libertad. ¡Y por ese lado las conclusiones que se pueden sacar no son en verdad alentadoras! Pero nuestro fin no es el de erigirnos en jueces ni tampoco el de hacer de la crítica histórica un fin en sí misma, sino de examinar las ideas y los hechos teniendo en cuenta lo que podría ser la revolución en nuestros países. Nosotros podemos aun admitir que en Rusia las cosas no pudieron ir de otro modo y que nada se pudo hacer en otra forma que como se hizo. Pero es seguro que en los países occidentales no se podría obrar lo mismo que en Rusia.

Nuestras consideraciones aspiran, sobre todo, a ser de valor en el lugar donde vivimos, como norma y guía de una eventual revolución más o menos próxima. Tenemos el deber de no imitar ciegamente lo que se dice o nos imaginamos que se ha hecho en Rusia o en otra parte, sino de preparar de manera positiva el terreno para *nuestra* revolución, viendo lo que conviene y lo que no conviene para su triunfo, dadas las condiciones *nuestras*, los medios de que podemos disponer y los fines que nos proponemos con la revolución aquí, en *nuestro* ambiente, con *nuestros* sentimientos y *nuestras* ideas.

Aquellos que citan tan a menudo a Lenin deben recordar con este propósito el honesto consejo que él dio a los revolucionarios de Hungría cuando estalló allí la desgraciada revolución que tan mal acabó, advirtiéndoles que tuvieran cuidado en no remedar lo que había acontecido en Rusia, porque allí se habían cometido errores que era necesario evitar y porque lo que podía ser útil, necesario o inevitable en Rusia podía ser, al contrario, superfluo o nocivo en otras partes. El consejo de Lenin es bueno para los revolucionarios de todos los países, incluso los de Italia.

XI

REVOLUCIÓN Y EXPROPIACIÓN

De la revolución surgirá un estado de cosas que será el resultado del libre desarrollo de las fuerzas populares en el seno de la revolución misma, de la voluntad del proletariado, emancipado del yugo patronal y gubernamental y reorganizado en la forma que crea más conveniente. Los organismos nuevos que se formen para proveer a las necesidades de la vida social, las varias agrupaciones, pequeñas o grandes, locales o regionales, nacionales o internacionales creadas por el impulso de las más variadas necesidades, serán lo que sus componentes quieran.

Lo importante (a fin de que la revolución no haya sido hecha inútilmente) es que nadie pueda ya explotar el trabajo ajeno, que nadie se encuentre obligado a trabajar para otros, que unos no deban sufrir por la fuerza una forma de organización impuesta por los otros, y que las distintas agrupaciones sean libres de desarrollar su propia actividad en la órbita del bien colectivo (es decir de modo que no perjudique a los demás) y de cooperar con cuantos tienen con ellas identidad de fines o alguna necesidad común.

Cuando el proletariado se haya desembarazado de sus dominadores políticos y económicos, el máximo de los errores sería imponerle, contra su voluntad, un tipo único de organización social que, por perfecto que sea como teoría, perderá toda virtud por el solo hecho de ser impuesto por la fuerza. La imposición violenta, por obra de un gobierno central y dictatorial, podrá tener el éxito momentáneo y aparente de todas las cosas hechas por

compulsión. Pero cuando naturalmente el esfuerzo violento de los dictadores se haya agotado, la revuelta, por largo tiempo comprimida, estallará; y los gobernantes deberán advertir a su costa y riesgo que contribuyeron a hacer odioso entre las masas aquel ideal en nombre del cual habían ejercido la autoridad y la coacción.

* * *

Una de las razones favorables a la dictadura que aducen los socialistas es la de que tendremos necesidad de un período de "gobierno fuerte" proletario, durante y después de la revolución, para hacer y llevar a término la expropiación de los capitalistas.

"Conquistemos con la revolución el gobierno y, por medio de los poderes públicos formados electoral o insurreccionalmente sólo por los proletarios, de un modo gradual, por un período más o menos largo pero siempre de algunos años, procederemos a la expropiación legal de la burguesía. *Continuarán existiendo burgueses no expropiados todavía; habrá aún dos clases: el proletariado, clase dominante, y la burguesía, dominada y en camino de su gradual eliminación*".¹

Aquellos que hablan así conciben todavía la revolución según el viejo sentido político. Es decir, quieren una revolución política. Luego, como piensan que irán al poder los socialistas, después, según ellos, serán éstos quienes harán por medio del gobierno la revolución social. Es una de aquellas formas de socialismo utópico que Friedrich Engels criticaba hacia 1878 polemizando con Dühring, demostrando cómo *siendo la fuerza económica la causa primera del poder político*, éste no puede mantenerse en manos del proletariado si el proletariado no transforma *ante todo* los instrumentos de la producción en propiedad del Estado, es decir si primero no lleva a cabo la expropiación.

Los anarquistas, como se sabe, quieren hacer de otro modo la expropiación, y ya hemos dicho cuán distinta concepción tienen de las relaciones entre el Estado y el capitalismo. Los instrumentos de la producción deberán pasar directamente a manos de los trabajadores, de sus organismos de producción. Nosotros pensamos además que el poder político no es solamente efecto de la fuerza económica, sino que uno y otra son, alternativamente,

¹ Así, Amadeo Bordiga (y lo transcripto en bastardilla son sus palabras textuales), en el periódico bolchevique *Soviet*, de Nápoles, del 5-10-1919.

causa y efecto. De esto nos hemos ocupado con detenimiento en páginas anteriores.

Pero aun prescindiendo de las razones particulares sugeridas por la concepción anarquista y siguiendo las ideas generales admitidas por los socialistas, en especial por los marxistas, nos parece que es radicalmente errónea la opinión de aquellos que intentan sustraer a la acción insurreccional de las masas la tarea de la expropiación para confiarla a un gobierno revolucionario o posrevolucionario.

Nosotros no creemos en las virtudes reconstructivas y organizadoras del Estado y por eso somos anarquistas; pero también aquellos que no lo son, aun pensando que una forma estatal puede ser necesaria para mantener unido al cuerpo social, si son socialistas, y marxistas por añadidura, no pueden admitir como posible la existencia de un Estado proletario y socialista mientras perdure el sistema patronal, es decir mientras el proletariado siga víctima de la explotación y del dominio económico por parte de la burguesía.

¿Cómo podría el proletariado ser clase dominante en lo político, y permanecer al mismo tiempo como clase económicamente sometida? A nosotros nos parece esto un error gravísimo de aquellos que, sugestionados por el ejemplo ruso, no se dan cuenta de que los socialistas no sólo pueden equivocarse sino también ser obligados por la fuerza de las circunstancias a hacer lo que no sería aconsejable de ningún modo en situaciones distintas. Y Rusia es un mundo esencialmente diverso de la Europa occidental.

Si el proletariado, o en su nombre una minoría consciente, lograra con la revolución abatir el gobierno central burgués y no aprovechara inmediatamente la ausencia del perro de guardia para expropiar a la burguesía en todos los puntos del territorio; si inmediatamente la acción de las grandes masas no entrara en la liza en sustitución o al lado de la minoría que abrió el camino, de modo que por doquiera los proletarios tomaran en sus manos la administración de la propiedad, sino que al contrario dejaran esa propiedad en pie (es decir dejaran que los burgueses quedaran como propietarios de la riqueza), contentándose ellos con llegar a ser los gobernantes, o mejor con nombrarlos y ser simplemente los privilegiados en el derecho a votar, es fácil prever

los graves sucesos que ocurrirían, sin necesidad de tener dotes de profeta.

La previsión es completamente marxista, pero no por eso menos justa. Pasado el primer momento de conmoción, el gobierno político volverá a ser *determinado* por el factor económico. Que los gobernantes se digan, o hayan sido, socialistas o proletarios, tiene poca importancia; ellos, para permanecer en el poder, no podrán ser más que la expresión más o menos disimulada de la clase que ha quedado económicamente como privilegiada. Si la mayoría de los trabajadores ha de estar aún bajo la dependencia económica de la burguesía, cuando deba elegir a sus representantes elegirá en gran parte a quienes quiera la burguesía... igual que hoy. Hoy votan también los burgueses, pero sus votos solos no bastarían de ningún modo para constituir una mayoría parlamentaria; y si la mayoría del parlamento es burguesa se debe a que la mayoría de los proletarios vota por sus explotadores. Después de la revolución, si los patrones subsisten como tales, el sufragio universal proletario servirá a lo sumo para crear una nueva forma de politiquería y de burocracia, integrada por intermediarios entre la clase obrera y la clase burguesa, los que, como todos los intermediarios, con ropajes y nombres nuevos, acabarán obrando en interés de los más fuertes económicamente.

La existencia del gobierno al día siguiente de la revolución, mientras no sea posible abolirlo, será un peligro permanente para la revolución misma; pero el peligro será doble si a su lado, aunque sea también formalmente hostil, continúa existiendo el privilegio económico. Los dos privilegios, el del poder y el de la riqueza, antes o después acabarán poniéndose de acuerdo contra las masas populares y los frutos de la revolución serán por cierto diezmados. El gobierno, aunque se diga socialista, no escapará de las leyes de su naturaleza; cambiarán las personas de los privilegiados, las formas del privilegio, las divisiones de clases, habrá desplazamientos en la riqueza, etc., pero el Estado, al continuar existiendo como fuente de privilegios políticos, tenderá siempre a reflejar los intereses de la clase que goce del privilegio económico y por tanto a conservar a éste, abatiendo sus ramas secas pero favoreciendo su continua reproducción.

Para impedir todo eso, aun según el concepto marxista que da

al Estado una tarea de reconstrucción y de organización en tanto que deja la tarea destructiva a la revolución, es absolutamente necesario que la revolución, desde su primer momento, sea radicalmente expropiadora. Es tanto más necesario esto según nosotros los anarquistas, que tenemos todas las razones para temer que el nuevo Estado, eventualmente surgido de la revolución, acabe apoyándose en la burguesía superviviente, toda vez que a ésta le sea dejada la enorme fuerza que constituye la riqueza, para poner un dique a aquélla velando por la conservación propia.

Quien tiene el poder sobre las cosas tiene el poder sobre las personas, como decía Malatesta. La burguesía, que queda siendo dueña de la propiedad por un período más o menos largo pero siempre mensurable por años, tendrá todo el tiempo que necesite para reponerse y volver a adueñarse de la autoridad política.

* * *

Negar la función expropiadora de la revolución, entendida como acto resolutivo que rompe las resistencias políticas y armadas de la burguesía, es inconcebible, impracticable e inconciliable con el triunfo de la revolución misma. ¡Pero tal vez, por fortuna, es imposible evitar esa función!

El pueblo, el proletariado, no concibe la revolución sino como acto de expropiación. ¡Si le decimos: "Deja las riquezas a los señores y mándanos a nosotros al gobierno, que después pensamos en hacértelas entregar poco a poco", correremos el riesgo de que se nos ría en la cara y de que nos diga que no desea absolutamente hacerse agujerear la piel en las trincheras de la revolución por nuestra linda cara! Para interesar desde el primer momento a las grandes masas en la causa de la revolución es preciso que ésta tenga inmediatamente un contenido, un fin, un objetivo práctico e inmediato *de carácter económico*.

Si se dejara solamente al poder revolucionario central la tarea de la expropiación, ocurriría también la desdicha de que las grandes masas alejadas de los centros urbanos perderían todo interés en la revolución y podrían, poco a poco, ver entibiados sus entusiasmos y aun ser ganadas por la reacción con otros motivos y pretextos sugeridos por las tradiciones y supersticiones del pasado.

Es preciso que en toda ciudad, en toda comarca y aldea, así como en los campos, vencida la resistencia del poder político, los

proletarios sean llamados inmediatamente —si no lo hacen con espontaneidad, como es más probable— a apoderarse localmente de la propiedad territorial, industrial, bancaria, etc. y a proceder a un inmediato incendio de todos los títulos de propiedad, de los archivos catastrales, notariales, etc.

Muchos burgueses (es natural) en el primer momento del conflicto *desaparecerán* en las formas más diversas. Pero si a la expropiación quisieran los proletarios agregar también contra los sobrevivientes una especie de temporal “secuestro de personas”, bien como rehenes, bien por ser necesaria su actividad con el fin de proseguir técnicamente la producción, será este un asunto para ser considerado en el terreno de los hechos y en modo alguno para ser descartado de antemano. El modo práctico de proceder es cuestión para ser discutida, pero sólo después de estar de acuerdo con el principio general de que se debe, desde el primer momento insurreccional, echar mano a la expropiación; sobre lo demás será fácil entenderse luego. No faltan para esta tarea los organismos proletarios necesarios —grupos locales, organizaciones y sindicatos proletarios y corporativos, comités o consejos obreros, por comuna, por provincia o región, etc.— a través y por medio de los cuales el proletariado ejercerá, con su acción directa, su propia fuerza expropiadora, sin confiar la misión a un Estado central, proletario de nombre, pero de hecho compuesto por unas cuantas personas de un solo partido.

Cómo se puede negar que esto sea posible, hasta el punto de preferir la acción problemática de un Estado, no lo comprendemos. Sin embargo no solamente nosotros vemos tal posibilidad sino que la ven también algunos socialistas, entre ellos (como nos ha sido relatado) una parte de los bolcheviques rusos que, precisamente por ello, se llaman o son llamados “inmediatistas”.

Más que posible, la expropiación desde el primer momento insurreccional, decíamos más arriba, es quizás inevitable. La expropiación, es decir la toma de posesión de las fábricas, de los establecimientos, de los instrumentos de trabajo en general y de todos los productos acumulados es una de las formas con que se iniciará la revolución; en cierto modo podría también preceder en parte a la insurrección misma. Después de la ocupación obrera de los establecimientos metalúrgicos italianos en setiembre de 1920, es fácil prever que todo movimiento proletario un

poco serio, todo movimiento del pueblo, será de ahora en adelante acompañado, precedido o provocado por tentativas similares de toma de posesión de la propiedad de los capitalistas.

Es bueno recordar, por lo demás, que aún antes de que surgiera la idea de la ocupación de los establecimientos, una fórmula bastante en boga entre los socialistas, los sindicalistas y los anarquistas, y en general entre la clase obrera de tendencias avanzadas, fue la de la *huelga general expropiadora*.

* * *

Todo esto es ya una demostración de lo errónea que resulta aquella especie de fatalismo por el cual ciertos socialistas marxistas creen que es *imposible expropiar a la burguesía desde los primeros actos revolucionarios*. Son palabras textuales que hemos visto emplear por periódicos que difunden el bolcheviquismo, pero en vano buscamos en ellos argumentos concretos fuera de las usuales afirmaciones axiomáticas y apriorísticas, que demuestren esa pretendida imposibilidad.

¿Es verdaderamente tan difícil para los obreros seguir trabajando por su propia cuenta después de haber expulsado a los amos? ¡Pero si los obreros ya están en las fábricas, los inquilinos en las casas, los campesinos en las tierras, etcétera! Y aun donde sea preciso proceder directamente a la ocupación, una vez vencida la resistencia armada gubernamental, el hacerlo no puede exigir más que un esfuerzo mínimo. ¿Para qué confiar tal misión expropiadora a un gobierno dictatorial central que complique las cosas y las postergue indefinidamente?

Dejemos aparte, porque la cuestión no obstante estar ligada es distinta y puede ser resuelta por separado, el otro problema de la utilidad, inutilidad o daño de la existencia del Estado dentro de la sociedad socialista; de si la función del socialismo se concilia con él o no y si en interés del socialismo conviene más apoderarse de él que combatirlo y tender a aniquilarlo. Nuestras ideas al respecto han sido expuestas ya.

Aislemos un poco esta cuestión de la posibilidad histórica, social y técnica de iniciar la expropiación por parte del proletariado, desde el primer momento de la revolución y durante el período insurreccional.

Aun aquellos que citan en su apoyo el *Manifiesto comunista* de 1847 se equivocan; y a costa de hacerles repetir (como se nos

ha dicho, y algo semejante decía también Plejanov de Bakunin) que tocamos de oído al hablar de marxismo, insistimos en sostener este concepto esencialmente marxista: que el gobierno es siempre la expresión de la clase económicamente más fuerte, el cómplice y el aliado de ésta. Suponiendo, y no concediendo, que un Estado deba existir después de la revolución, pasado el período insurreccional, si en ese período los burgueses no fueron expropiados, es decir convertidos en los más débiles aun *económicamente*, en breve volverían a ser los más fuertes hasta en lo político; mejor dicho el gobierno, aun en el de nombre y de apariencias socialistas, aun haciendo un poco de lugar a tal o cual advenedizo, volvería a ser en realidad un gobierno burgués.

No hay nada en el *Manifiesto comunista* que revele en sus autores una opinión contraria a ésta. Hacia el fin del segundo capítulo se trata *la intervención despótica del proletariado, por medio del dominio político, en cuyas manos centralizará todos los instrumentos de la producción, en el derecho de propiedad y en las relaciones de la producción burguesa*; concepto discutible desde el punto de vista anarquista, pero nada inconciliable con una expropiación que se realice en el primer período insurreccional, contemporáneamente a la destrucción del gobierno burgués o inmediatamente después. Es claro que nosotros no creemos en la posibilidad de una "socialización instantánea", ya que ni siquiera la insurrección podría ser instantánea. Y además nosotros hablamos de la expropiación, del acto material de quitar la riqueza a los capitalistas y no del proceso de la organización socialista, que exigirá un tiempo mayor, si bien el espacio de una generación imaginado por el bolchevique ruso Radek nos parece excesivo.

Volviendo a Marx, para un mayor abundamiento agreguemos que ese final del capítulo II, que sólo en apariencia o por lo menos bastante lejanamente y no de un modo seguro se acerca al concepto dictatorial, remonta a 1847; y los mismos Marx y Engels advertían en un prólogo de 1872 que "la aplicación práctica de los principios generales dependerá en todo lugar y en toda época de las condiciones históricas del momento; y no se debe dar por esto demasiada importancia a las propuestas revolucionarias que se leen al final del capítulo II, que podrían ser distintas en varios aspectos". Más adelante, ellos mismos advierten

que *no basta, como demostró la Comuna, que la clase obrera tome posesión de la maquinaria del Estado tal cual es, para dirigirla hacia sus propios fines*.²

Creemos no contradecir sino completar el pensamiento añadiendo: es preciso también tomar posesión de la riqueza social, de los engranajes de la producción y del consumo sin admitir claro está, desde nuestro punto de vista, que la máquina estatal deba ser conquistada en vez de destruida; y todo esto, desde el primer momento.

* * *

Karol Radek escribía hace tiempo que "la dictadura es la forma de dominio por la cual una clase impone sin consideraciones su voluntad a las demás clases". Ahora, nosotros pensamos que no es necesaria la dictadura para obrar sin consideración alguna contra la burguesía y nos parece que, con dictadura o sin ella, con la acción gubernamental o con la acción directa proletaria, el mejor modo de obrar *sin consideraciones* contra el capitalismo es el de comenzar por expropiarlo desde los primeros instantes de la revolución. Pero Radek agrega: *La revolución socialista es un largo proceso que comienza con el destronamiento de la clase capitalista, pero termina solamente con la transformación de la economía capitalista en economía socialista, en la república cooperativa obrera; este proceso exigirá cuando menos una generación de dictadura proletaria, etc.*³ Dejando a un lado por un instante la cuestión de la dictadura, porque aun admitiendo la dictadura persiste la necesidad de la expropiación insurreccional de la burguesía, observamos que el *largo proceso* a que se refiere Radek incluye toda la compleja revolución socialista y no solamente el hecho material de la expropiación. Y si este proceso debe *empezar con el destronamiento de la clase capitalista*, estamos de acuerdo; pero sostenemos que no es posible "destronar una clase" con sólo arrojarla del poder político, es decir sin despostrarla del arma formidable de la riqueza.

Vale decir que una insurrección afortunada puede echar del gobierno a los burgueses y hacerlo ocupar por los obreros (o lo que es más probable por los abogados de los obreros), pero si

² Para estas citas consúltese el *Manifiesto* en la edición *Opere complete di Marx, Engels e Lassalle* (volumen I).

³ K. Radek, *El desarrollo del socialismo: de la ciencia a la acción*, p. 16.

aquellos no son expropiados insurreccionalmente y se espera que el gobierno lo haga más tarde, por leyes, decretos, etc., será en verdad como para decir *¡espera caballo mío que la hierba crezca!* La insurrección puede romper las leyes del determinismo económico por un período breve, es decir vencer las resistencias armadas de una clase económicamente poderosa, pero para llegar a la victoria es necesario que transforme las condiciones económicas con su misma violencia, en el breve ciclo de su acción, de tal modo que éstas determinen a su vez un mayor desarrollo de la revolución y la derrota definitiva de los elementos burgueses que quisieran levantar de nuevo la cabeza.

Para esto es necesario quitar la propiedad a los burgueses desde el primer momento, de manera que no sean más de ningún modo los privilegiados. Después... ¡el que no trabaja, no come! Pero si no se hace así y se confía la tarea de la expropiación al gobierno dictatorial socialista, para que éste tarde en sus trabajos al menos una generación —si, por lo tanto, se da tiempo a la burguesía de respirar en *sus* palacios, en *sus* tierras y en *sus* fábricas—, no pasará mucho tiempo sin que vuelva a tener *su* gobierno, poco importa que sea de nombre socialista o proletario.

Cuando mucho será cambiado esto: que ciertos burgueses habrán desaparecido en la tempestad o se habrán convertido en proletarios; que la burguesía se renovará, incorporándose a ella ciertas *élites* de obreros privilegiados, de hombres de partido, dirigentes, pero la revolución no habrá alcanzado su fin: el comunismo.

* * *

Preguntábamos anteriormente qué dificultades reales (vencida la oposición gubernamental) podrían impedir que la actividad expropiadora se desarrollara con rapidez, como tarea paralela a la insurrección, o que sucediera enseguida del derrumbe del poder estatal. Un razonamiento abstracto o puramente dialéctico, por marxista que sea, no basta para hacernos comprender cómo y por qué los campesinos deberán continuar reconociendo al propietario y llevándole una parte o todos los frutos de la tierra por ellos trabajada; por qué los trabajadores de los establecimientos y fábricas no podrán expulsar al patrón y continuar trabajando por cuenta de la comunidad popular; por qué el pueblo no podrá apoderarse de todo material útil para man-

tenerse, vestirse y calentarse, distribuyendo rápidamente entre todos lo más necesario y reuniendo el resto en los almacenes puestos a disposición de la comunidad: qué es, en suma, lo que puede impedir a los trabajadores obrar a su manera y tomar lo que deseen desde el momento en que ya no hay un gobierno que defienda a los propietarios y a los capitalistas. Es probable que éstos desaparezcan, ¡al menos mientras un nuevo gobierno no les devuelva una cierta seguridad de poder reaparecer tranquilamente!

¿Por qué ha de ser imposible todo esto? ¿Quién o cómo podrá impedirlo? Su posibilidad técnica, tal como la entendemos nosotros, será indudablemente difícil de explicar en el lenguaje pseudocientífico preferido por los marxistas, porque las cosas demasiado sencillas se dicen bien solamente con un lenguaje sencillo y común. Pero cuando estas cosas son dichas a los proletarios, éstos las comprenden; y comprenden perfectamente que lo que hay que hacer no es muy difícil y que lo harían bastante bien por sí solos.

Ciertamente no basta quitar la riqueza a los patrones, no basta quitarles los medios de producción; es necesario también continuar produciendo. Es preciso por consiguiente organizar la producción de un modo socialista. También esto hay que hacerlo rápidamente, porque sin comer tampoco se vive en el período revolucionario. Pero con esto entramos en otro terreno que ya no es el de la expropiación, el de la expoliación de la clase burguesa, sino el concerniente a la manera de disponer de la riqueza social quitada a los capitalistas.

Cómo se puede organizar la producción y el consumo al día siguiente de la revolución es un problema que no ha sido puesto hoy en el tapete de la discusión, y nosotros tendríamos que repetir inútilmente lo que otros han dicho antes si quisiéramos extendernos sobre este punto. Escritores socialistas y anarquistas, y aun no socialistas pero que han tratado bastante objetivamente la cuestión, han dedicado a ese tema libros y folletos. Aun ciertas novelas llamadas utópicas, como las geniales de Bellamy y de Morris, podrían ser útilmente consultadas.

Desde el punto de vista anarquista el problema del aprovisionamiento de las mercancías alimenticias, de los alojamientos, del vestido y en general de la producción y del consumo fue objeto

de estudio para Kropotkin en su conocidísimo libro *La conquista del pan*. En varios puntos este libro ha sido hoy superado, pues muchos problemas no se presentan ya bajo el aspecto que tenían hace treinta o cuarenta años. Además, algunos de sus errores han sido aclarados y corregidos implícitamente por el propio autor en obras posteriores: especialmente el excesivo optimismo y la visión de la actividad productiva encarada demasiado desde el punto de vista de la gran industria.

Sería muy útil la revisión de aquel libro, su "actualización" como suele decirse en el lenguaje burócrata de la estadística. Y ya que el autor no está en condiciones de hacerlo, lo pueden hacer los lectores por sí mismos con su propio sano criterio; en ese caso deberán tener en cuenta una obra más reciente de Kropotkin, muy interesante, en la que se estudia con más detenimiento el problema de la producción, y se demuestra la posibilidad de combinar la producción industrial con la agrícola y el trabajo manual con el intelectual, de modo que se obtenga el máximo rendimiento con el menor esfuerzo y también con los menores sacrificios de la libertad y de la individualidad humanas.⁴

Pero para la parte que hoy más nos preocupa, muchas páginas de *La conquista del pan* son todavía de actualidad y deberían ser consultadas. En ellas se demuestra cómo no sólo es posible sino también provechoso el reparto y la producción de una manera igualitaria, enseguida, en el acto mismo de la revolución, apenas la derrota de las fuerzas armadas burguesas permita disponer libremente de los medios de producción y de los artículos de primera necesidad ya producidos. Sólo que Kropotkin comete el error, aclarado por Saverio Merlino poco después de la aparición del libro⁵—cuando dice optimamente cómo se podría obrar—, de no especificar quién debiera obrar, de no estudiar los organismos especiales que debieran ser utilizados para las necesarias funciones productivas y del reparto. Habla genéricamente

⁴ P. Kropotkin, *Champs, Usines et Ateliers*, Edit. P. V. Stock, París. [En castellano: *Campos, fábricas y talleres*, Edit. Estudios, Valencia, s/l, traducción de A. López White.]

⁵ S. Merlino, *L'Individualismo nell'Anarchismo*, publicado primeramente en francés en Société Nouvelle, de Bruselas, y después en italiano en Tipografia dell'Asino, Roma; 1895.

del pueblo y confía demasiado en la espontaneidad de las masas, casi en su improvisación diríamos.

Verdaderamente, en aquellos tiempos, de 1880 a 1890, se vivía en un período de elaboración de ideas y de propaganda en el que tal vez hubiera sido difícil y parecido arbitrario y utópico imaginar los organismos proletarios que surgieron más tarde. A esto se debe tal vez la laguna citada. Además, podía justificarse un cierto optimismo por las condiciones generales más prósperas, mientras que la crisis actual nos obliga a mirar con bastante mayor rigor y con colores más sombríos el problema de la producción. Pero hoy estamos en condiciones de integrar bastante mejor que hace treinta años, con ideas prácticas, la visión de conjunto proyectada entonces, dada toda la red de organismos nuevos que el proletariado ha ido creando desde aquel tiempo hasta nuestros días.

* * *

Se nos puede objetar que realizar la expropiación, o al menos el hecho de que no haya más dueños, dependerá también de la posibilidad de vivir sin éstos, de sustituirlos ventajosamente en la organización de la producción. No tenemos dificultad en reconocer que para llegar a la socialización completa será necesario un período más largo que el insurreccional y expropiador. Pero esto no significa que desde el primer momento, aunque sea en un régimen todavía no perfectamente organizado en sentido comunista, aunque sea con bastantes dificultades, no se pueda vivir, no nos podamos acomodar de modo tal que ninguno de nosotros tenga necesidad, para subsistir, de dejarse explotar y oprimir por los demás.

Porque, en realidad, lo importante para el socialismo es esto: *que cada uno pueda satisfacer sus necesidades sin dejarse explotar y oprimir por otro*. Es esto lo que quieren los trabajadores, y el medio para conseguir tal posibilidad y mantenerla, es decir, el tipo de organización social que habría que adoptar viene en segundo lugar y sólo en cuanto es necesario para alcanzar el fin expresado.

Nosotros somos comunistas, en efecto, porque estamos convencidos de que tal resultado se puede obtener durable y definitivamente sólo por medio de la socialización de la propiedad en sentido comunista. Pero lo que importa es que el resultado se

consiga; y la primera condición para alcanzarlo, el primer paso, es el de quitar a los ricos los medios de explotar a los pobres: es decir, despojarlos de sus riquezas privadas.

He aquí por qué la expropiación es la condición primera del desarrollo y aun del triunfo de la revolución. Los términos medios, el dejar subsistir formas de explotación, es decir, el dejar a los capitalistas la fuerza económica, que para ellos es el medio de acción específica, equivale a dejar los dientes a la víbora. Se debería seguir luchando contra ellos entonces y no se llegaría a estar nunca seguros de vencerlos completamente. Si la insurrección, al contrario, fuera expropiadora, la víbora se haría inocua, los capitalistas no tendrían ya dientes para morder y la libertad no pondría en sus manos ningún arma.

Realizada la expropiación, la libertad (que no debe confundirse con la libre concurrencia, con la libertad económica de producción y de explotación del régimen capitalista) no estará en pugna con las necesidades de la producción para todos y con la igualdad social. La contradicción existente hoy a causa de las divisiones de clases y del monopolio burgués será suprimada y quedará imposibilitada con la expropiación.

Marx y Engels, en su *Manifiesto*, llegaban hasta afirmar que "el comunismo no quita a nadie la facultad de apropiarse los productos sociales, *impide sólo valerse de ellos para esclavizar el trabajo ajeno*". Que el trabajo no sea esclavizado: he aquí el principio verdaderamente socialista; vale decir, el socialismo es una afirmación y no una negación de la libertad.

Ciertamente, una vez derribado el Estado burgués y expropiados los capitalistas, la obra de socialización definitiva no se hará instantáneamente, sino —tanto dentro de una dirección autoritaria como siguiendo las normas libertarias, pero mejor con estas últimas— a través de un período de organización experimental. La organización socialista de la producción y del consumo, como de las otras relaciones sociales, podrá tener su principio, y es bueno que lo tenga, desde el primer momento de la revolución, pero no podrá ser bastante completa ni definitiva mientras el pueblo no pueda dedicarse a ella sin ninguna otra preocupación, mientras en la calma y en la paz no se puedan ensayar sus formas más apropiadas, perfeccionarla y terminarla.

Mientras dure el trabajo de reorganización, ya desde el mo-

mento en que el Estado burgués haya sido derribado y el capitalismo expropiado, lo importante será evitar la posibilidad de toda nueva explotación y opresión de los trabajadores, porque es esto lo que podría hacer renacer al capitalismo de sus propias cenizas. Para evitarlo, el remedio preventivo más radical es la expropiación inmediata por medio de la insurrección. Cuando los trabajadores hayan echado mano a la propiedad y no exista por otra parte la violencia estatal para tenerlos sometidos ni para defender contra ellos a cualquier rico que intente resistirse o a cualquier pobre que quiera enriquecerse, los ricos no podrán existir más y no habrá tampoco más asalariados. Es decir, será imposible aquel *sometimiento al trabajo ajeno* de que habla Marx, aun cuando la reorganización social no haya sido todavía ultimada.

A menos... a menos que el peligro venga de la eventual dictadura socialista que, vencidas las resistencias del viejo régimen, llegue a convertirse a su vez en opresora de la nueva sociedad, transformando a los trabajadores de esclavos del capital privado en esclavos del Estado. Volvemos así a nuestra preocupación constante, una de las preocupaciones que nos hacen ser anarquistas.

* * *

Una cosa es la expropiación y otra la organización comunista de la sociedad. La primera es el acto material con que se destruye el derecho de propiedad, el cual es menester realizar con rapidez; la otra es un acto de reconstrucción que también es preciso considerar de inmediato, pero que será necesariamente más extenso y complejo que el de la destrucción.

Es menester desde el primer momento no sólo continuar produciendo para vivir sino comenzar a organizar con método la producción, proseguirla y al mismo tiempo organizar la distribución y el consumo. Pero para todo ello el medio más inhábil y falto de competencia de todos es el de un gobierno compuesto de pocas personas que lo dirigen todo desde su puesto central. Esto sigue siendo así tanto si esas personas subieron al poder por un golpe de mano como si fueron llevadas a él por medio de elecciones proletarias.

Mayores y mejores virtudes organizadoras (sin los defectos y peligros de la burocracia estatal) tiene la acción directa prole-

taria y popular, que procede por su propia iniciativa, mediante sus propios organismos libres salidos y formados en su seno. Tales organismos, a través de los cuales se proseguirán las funciones de la producción y de la distribución —y que al mismo tiempo garantizarán un mínimo de orden y de coordinación indispensables— serán, además de los núcleos que surjan en forma espontánea de la revolución, precisamente aquellas agrupaciones ya constituidas, proletarias, socialistas, sindicalistas, anarquistas, los sindicatos y las uniones de oficio, organizados por localidad o por industria según los casos, las cooperativas de clase, las ligas campesinas, los consejos de fábrica y, en fin, aquellos comités o *soviets* comunales, regionales e interregionales cuyo ejemplo nos llega de Rusia y los de cuales se está pensando que en Italia también podrán ser luego los órganos de la economía socialista.

Recordemos, pese a que ya lo hayamos dicho, que nosotros consideramos aquí a los *Soviets* como asociaciones de productores, para la producción y el consumo comunistas, las cuales no tienen de ninguna manera necesidad de que se les sobreponga un gobierno dictatorial que solamente obstaculizaría y estorbaría la útil función económica.

A todos estos distintos tipos de organización pueden agregarse otros. Organizaciones obreras y profesionales que hoy son extrañas o demasiado tímidas y moderadas, serán ciertamente utilizadas por la revolución: sociedades de socorros mutuos, corporaciones de empleados, de ferroviarios, de telegrafistas, de personal técnico, ingenieros, químicos, etc., así como también ciertas instituciones de origen y de naturaleza burguesa (después de haber expulsado a los capitalistas y toda dirección no exclusivamente técnica, se comprende), pero asimilables y fácilmente transformables en organismos de vida revolucionaria, como entes autónomos y cooperativas de consumo, ciertos grandes almacenes de aprovisionamiento y oficinas públicas y privadas de distribución, algunos de los más importantes servicios de utilidad general que hoy son administrados con el único fin de especular o como instrumento de gobierno, etc. El personal empleado, aun cuando no sea estrictamente proletario pero que constituye una categoría que poco se diferencia de él, no tendría necesidad del gobierno y del ministro o del patrón y del empresario para continuar su

trabajo. Algunas ocupaciones y servicios podrán también tener necesidad de una organización de tipo centralizado y muchas otras no. Pero esta especie de centralización, de funciones y no de poderes, especialmente para un tipo particular de servicio, es muy diversa de la centralización, de funciones y de poderes al mismo tiempo, de todos los servicios como de toda la autoridad, en manos de un gobierno dictatorial único. Aun para tales servicios y trabajos el gobierno sería, por lo menos, superfluo.

Pero para que la revolución pueda tomar una orientación tan libertaria, descentralizada, antiestatal, es preciso que también la anterior preparación moral y material, y por consiguiente nuestra propaganda, se encuentren informadas por tales principios. En lugar de habituar a las masas a la idea de la dictadura y a esperar de la conquista del poder el medio único de desatar todos los nudos, en lugar de atribuir toda tarea técnica revolucionaria a los comités centrales, a la dirección de un partido o de una confederación, etc., es preciso preparar los grupos y organismos ya existentes para desempeñar la tarea hacia la cual se sienten más capaces o capacitarlos para alguna si no lo están todavía; y al mismo tiempo formar aquellos nuevos organismos, más o menos embrionarios, de distribución, de reedificación y de elaboración que se pueden prever necesarios, de modo que no nos encontremos al día siguiente del derrumbamiento del poder sin nada listo, sin un preciso programa práctico para realizar y, por consiguiente, obligados a tolerar que un nuevo poder sustituya al antiguo, en sustitución también de nuestra ausente capacidad coordinadora y productiva.

La formación de los consejos de obreros y campesinos podría ser útil desde ahora. Su modo de organización es aún más libertario que el de las viejas organizaciones proletarias existentes, ya que es preponderantemente por fábrica, en lugar de ser por oficio o por región. Ellos pueden tener una mayor homogeneidad y capacidad revolucionaria a condición de no convertirse en otro adminículo reformista, en un duplicado inútil de las comisiones internas del establecimiento, etc. Pero no es tarea nuestra la de descender a detalles sobre este asunto. Nos basta haber señalado algunos aspectos de la cuestión para demostrar que una orientación anarquista de la revolución no sólo está de acuerdo con nuestras ideas sino que es mejor aún que la autoritaria, más eficaz y también *más posible*.

XII

EL MIEDO A LA LIBERTAD

La aberración de los que ven la salvación de la revolución en la dictadura, después de haber hecho durante una larga serie de años de la causa del socialismo también una causa de libertad, no es distinta de la aberración de aquellos revolucionarios que, al estallar la guerra última, vieron comprometidos de repente la libertad y el socialismo, no tanto por la guerra en sí, como por la amenaza de victoria de una de las partes beligerantes.

En realidad estos últimos estaban nuevamente ofuscados por la ilusión democrática después de casi un siglo de experimentos, y confiaban de nuevo a la democracia burguesa una misión salvadora. Los partidarios de la dictadura proletaria caen en un error semejante creyendo traer un remedio al sustituir la más o menos enmascarada dictadura burguesa por aquella de los representantes de los trabajadores. Y a nosotros, que afirmamos que se debe dejar que la revolución se desencadene con el máximo posible de libertad, dejando el camino abierto a todas las iniciativas populares, nos responden con una cantidad de objeciones que pueden ser resumidas en un sentimiento único, que por lo demás no son capaces de confesar ni siquiera a sí mismos: *el miedo a la libertad*. Después de haber exaltado al proletariado durante cincuenta años, ahora que está en vísperas de romper sus cadenas dudan de él, lo reputan en lo íntimo de su pensamiento incapaz de administrar por sí mismo sus intereses y piensan en el nuevo freno que será necesario ponerle para guiarlo "por la fuerza" hacia la liberación.

Todas las objeciones que presentan los partidarios de la dictadura giran en torno de este principal argumento: la incapacidad de la clase obrera para gobernarse por sí misma, para sustituir a la burguesía en la administración de la producción, para mantener el orden sin el gobierno; es decir, le reconocen sólo la capacidad de elegir representantes y gobernantes. Naturalmente, no expresan este concepto con nuestras mismas palabras; antes bien, lo enmascaran frente a sí mismos con mayor celo que frente a los otros, con razonamientos teóricos diversos. Pero su preocupación dominante es ésta: que la libertad es peligrosa, que la autoridad es necesaria para el pueblo, así como los ateos burgueses dicen que para éste la religión es necesaria para que no se desvíe del buen camino.

Puede suceder, en efecto, que la autoridad se haga necesaria, pero no porque sea algo "natural" y porque no se pueda prescindir de ella, sino por el hecho de que el pueblo se ha habituado a considerarla indispensable; porque en lugar de enseñársele a obrar por sí y las formas en que podría por su propia cuenta resolver las dificultades, se lo mantiene sobre este punto en las tinieblas, más bien se le oculta la verdad, y para tenerlo más sometido se le muestra todo fácil; porque se le enseña desde ahora que, apenas sacudido el yugo actual, deberá crearse inmediatamente un nuevo gobierno que se ocupará de dirigirlo y atenderlo todo.

Aquellos que hablan de la dictadura como de un mal necesario en el primer período de la revolución —en el cual, por el contrario, sería necesario un máximo de libertad—, no advierten que ellos mismos contribuyen a hacerla necesaria con su propia propaganda. Muchas cosas se hacen inevitables a fuerza de creerlas y de quererlas como tales; en realidad, las creamos nosotros mismos. Así sucede con la dictadura que los socialistas están preparando con su propaganda en lugar de estudiar la posibilidad de evitar este mal, esta preventiva amputación de la revolución. Ellos no encaran por completo el problema precisamente porque no tienen bastante fe en la libertad, porque, al contrario, apoyan toda su fe en la autoridad. Por consiguiente, no pueden resolver el problema. Lo resolvemos, sin embargo, nosotros, los anarquistas.

tas, que vemos en la libertad el mejor medio para la revolución: para hacerla, para vivirla y para continuarla.

* * *

El temor al desorden, al desencadenamiento de las pasiones, al florecimiento de los egoísmos, a los desahogos de la brutalidad, de la indisciplina, de la negligencia, etc., fue siempre el pretexto con que se ha justificado toda tiranía y combatido toda idea de revolución.

¡Es curioso que algunos socialistas encuentren precisamente en este hecho una justificación de sus ideas dictatoriales! En el diario *Avanti!*, de Milán, del 13 de diciembre de 1919, se desarrollaba en sustancia este concepto: que también la burguesía hizo su revolución imponiendo la dictadura, que en realidad vivimos bajo la dictadura burguesa, que la burguesía, para hacer la guerra, acentuó su centralización dictatorial, etc., y que por eso también el proletariado tiene derecho a hacer lo mismo. Que tenga derecho frente a la burguesía, es decir que la burguesía sea la menos autorizada para escandalizarse ante la idea de una dictadura proletaria, puede ser un argumento justo; más aún, nosotros agregaríamos que la burguesía hace mal en alarmarse, aun desde su punto de vista, porque peor suerte le reservaría una revolución verdaderamente libre de toda traba gubernamental. Pero que el proletariado tenga interés en recurrir a la dictadura, esto es harina de otro costal.

El ejemplo de que haya servido a la burguesía no prueba nada; antes bien, prueba lo contrario. La revolución social no puede tener la misma orientación que la burguesa; y además, una cosa es la revolución y otra la guerra. No todos los medios que son buenos para la guerra o para una revolución burguesa son buenos para una revolución social. La centralización autoritaria de la dictadura es un medio totalmente perjudicial, en cuanto es el más adecuado para transformar una revolución social en revolución exclusivamente política —en especial al quitar al pueblo la iniciativa de la expropiación inmediata—, vale decir preparar, desde el punto de vista proletario y humano, el mismo fracaso de las revoluciones precedentes.

Esas revoluciones, que sin embargo fueron hechas especialmente por el pueblo, el cual era también entonces impulsado por un deseo de liberación completa y de igualdad no solamente política,

terminaron con el triunfo de una clase sobre otras justamente porque la dictadura llamada revolucionaria preparó e hizo posible tal triunfo. Si la burguesía la empleó fue precisamente para sofocar la revolución, porque tenía interés en ello. El proletariado tiene, al contrario, un interés opuesto, es decir, que la revolución no sea sofocada, sino que realice su curso completo. La dictadura, por lo tanto, iría contra su interés.

Es verdad que una dictadura proletaria y revolucionaria podría también trastornar, arruinar y anular los privilegios actuales de la burguesía; pero ya que, debiendo ser limitada en sus componentes, sería siempre la dictadura de algunos partidos o de algunas clases, se vería inclinada no a destruir todo gobierno de partido y toda división de clases, sino a sustituir el gobierno actual por otro, el actual dominio de clase por otro de clase también. Y naturalmente, como la existencia de un gobierno implica la existencia de súbditos, la existencia de una clase dominante significa la existencia de otras clases dominadas y explotadas. Habrían cambiado los músicos, diría Constantino Lazzari, pero la música sería la misma.

* * *

No somos profetas ni hijos de profetas y no podemos prever el modo en que todo esto podrá acontecer. Pero reclamamos la atención de los lectores, y en especial de los socialistas, sobre este hecho: que el proletariado no es una clase única y homogénea, sino un conjunto de categorías diversas, de muchas subclases, etc., entre las cuales hay algunas más o menos privilegiadas, más o menos evolucionadas y aun algunas que son en cierto modo parásitas de las otras. Hay en esa clase minorías y mayorías, divisiones de partido, de intereses, etc. Hoy todo esto se advierte menos porque la dominación burguesa obliga un poco a todos a sentirse solidarios contra ella; pero el hecho es evidente para quien estudia de cerca el movimiento obrero y corporativo. Ahora bien, la dictadura proletaria, que seguramente iría a manos de las categorías obreras más desarrolladas, organizadas y armadas, podría derivar en la constitución de la clase dominante futura, a la cual ya le agrada llamarse a sí misma *élite* obrera, para daño no sólo de la burguesía, simplemente destronada en sus componentes, sino también de las grandes masas menos favorecidas por la posición que ocupaban en el momento de la revolución.

Se constituiría, es seguro, otra clase dominante —podría más bien llamarse una casta, muy semejante a la actual casta burocrática gubernamental a la cual justamente sustituiría— integrada por todos los actuales funcionarios de los partidos, de las organizaciones, de los sindicatos, etc. Además, la dictadura tendrá también, junto con el gobierno central, sus órganos, sus empleados, sus ejércitos, sus magistrados, sus politicastos; y éstos, junto con los demás funcionarios actuales del proletariado, podrán precisamente constituir la máquina estatal para el dominio futuro, en nombre de una parte privilegiada del proletariado y aliada a ella. Ésta, naturalmente, cesaría de ser, de hecho, "proletariado" y sería más o menos (el nombre importa poco) lo que en realidad es hoy la burguesía. Las cosas podrán ocurrir diversamente en los detalles, podrán también tomar otra orientación, pero será parecida a ésta y tendrá los mismos inconvenientes. En términos generales, el camino de la dictadura no puede conducir a la revolución más que a una salida de este tipo, es decir, a lo contrario de la finalidad principal del anarquismo, del socialismo y de la revolución social.

También es erróneo decir que se requiere la dictadura para la revolución como que se la desea para la guerra. Que se la quiera para la guerra que la burguesía y el Estado hacen con la piel de los proletarios, es natural. Se trata de hacer la guerra por la fuerza, de hacer combatir por la fuerza a la mayoría del pueblo contra sus propios intereses, contra sus ideas, contra su libertad, y es natural que para obligarlo se necesite un verdadero esfuerzo violento, una autoridad coercitiva, y que el gobierno apele a todos sus poderes para lograrlo.

Pero la revolución es otra cosa: es la lucha que el pueblo emprende por su voluntad (o por una voluntad determinada por los hechos) en el sentido de sus intereses, de sus ideas, de su libertad. Es preciso, por consiguiente, no refrenarlo, sino dejarlo libre en sus movimientos; dejarlo desencadenar con entera libertad sus amores y sus odios para que brote el máximo de energía necesaria para vencer la oposición violenta de los dominadores.

Todo poder limitador de su libertad, de su espíritu de iniciativa y de su violencia sería un obstáculo para el triunfo de la revolu-

ción, la cual no se pierde nunca porque se atreva demasiado, sino sólo cuando es tímida y se atreve muy poco.

* * *

El temor al desorden y a sus consecuencias es una superstición infantil, como el temor a caerse del niño que hace poco aprendió a caminar.

Ninguna revolución está exenta de desorden, por lo menos en sus comienzos. Aun en las revoluciones más suaves, más educadas y más burguesas no se pudo evitar; ni se evitará en una revolución social, que sacude por completo y desde su base a la sociedad. Mas ciertamente, para que la vida siga siendo posible, es preciso que un orden se establezca cuanto antes. Pero el problema que se presenta no es el de un nuevo gobierno, sino el de saber qué es lo más apropiado para restablecer el orden, cómo se puede establecer un orden mejor: con un gobierno más o menos dictatorial o bien con la libre iniciativa popular.

Los socialistas optan por un gobierno revolucionario; nosotros, al contrario, creemos que el gobierno, peor aún si es dictatorial, será un elemento más de desorden puesto que establecerá un orden artificial y nunca de acuerdo con las tendencias y con las necesidades de las masas. Éstas, por el contrario, a través de sus propias instituciones libres —que hemos ya señalado en páginas precedentes— podrán proveer por vía directa, por sí mismas, a organizarse en forma tal que quede asegurado bastante mejor y más disciplinadamente el "orden" necesario, es decir, el orden libre y voluntario, no el artificial y oficial que los gobiernos imponen desde arriba.

Este orden en el desorden ha sido visto y admirado en casi todas las revoluciones y durante los períodos de conmociones populares. A menudo se notó, en tales períodos, una enorme disminución de los fenómenos de delincuencia común. Cuando desaparecen los esbirros y el gobierno es inexistente, se puede decir que el pueblo asume por sí mismo la responsabilidad del orden, no por delegación de terceros sino en forma directa, en todo lugar, con los medios y personas de que localmente dispone. Algunas veces hasta va más allá de los límites, como cuando, en 1848, fusilaba a algún misero ladrón inconsciente detenido in fraganti.

Este espíritu de orden del pueblo ha sido advertido por todos los historiadores en los períodos inmediatamente sucesivos a las

insurrecciones, cuando el viejo gobierno había sido ya derrumbado y reducido a la impotencia, y el nuevo no había sido creado todavía o era aún demasiado débil. Esto se vio en los meses más desordenados, que los historiadores burgueses llaman de anarquía, de la revolución de 1789-93, tanto en la ciudad como en el campo; así también en las diversas revoluciones europeas de 1848 y después en la Comuna de 1871. El desorden vino más tarde, con el retorno de un gobierno regular, fuera éste el antiguo o el nuevo. Aunque hayan ocurrido siempre inconvenientes, como es natural, en los períodos "anárquicos" jamás los hubo de tal magnitud como aquellos que se han debido deplorar luego con el retorno del "orden" impuesto por un gobierno cualquiera.

Por otra parte, no hay que bautizar como excesos revolucionarios, como desórdenes, ciertos actos de violencia contra la propiedad y las personas, que son verdaderos episodios de la revolución, inseparables de ésta, por medio de los cuales y a través de los cuales toda revolución se realiza. La revolución del 89, por ejemplo, es inconcebible sin el ahorcamiento de los acaparadores y de los causantes del hambre del pueblo, sin el incendio de los castillos, sin las jornadas de setiembre, sin los llamados excesos de Marat, de los hebertistas, etc. Esta especie de desorden es totalmente inevitable antes de alcanzar el orden nuevo que a nosotros nos importa; es preciso, por lo tanto, dejarle toda la libertad para manifestarse y para desarrollarse. Bastante más perjudicial sería querer detenerlo, como sería perjudicial oponer un dique a un torrente cuyas aguas, obstaculizadas en su curso natural se verterían en turbión para arruinar los campos vecinos; mientras que dejándolas proseguir libremente su curso llegarían antes a la llanura, donde proseguirían su camino hacia el mar, cada vez con mayor tranquilidad.

El pueblo ha mostrado esa misma capacidad de orden en todas las revoluciones también en un sentido positivo, es decir como espíritu de organización para la satisfacción de aquellas múltiples necesidades que aun en tiempos revolucionarios tienen su imprescindible imperativo categórico. "Es preciso no haber visto nunca en la tarea al pueblo laborioso; es preciso haber tenido toda la vida la nariz metida en los infolios y no conocer nada del pueblo para poder dudar de él; hablad, al contrario, del espíritu de organización de ese gran desconocido que es el Pueblo

a aquellos que lo vieron en París en los días de las barricadas o en Londres, en 1887, durante la gran huelga de los *docks*, cuando debía mantener a un millón de hambrientos, y os dirán cuán superior es a todos los burócratas de nuestras administraciones".¹

* * *

Sin embargo, no hay que caer en el optimismo excesivo de Kropotkin, del que se habló ya, que conduciría a dejarse arrastrar por la corriente, a no tener casi necesidad de pensar antes de obrar.

Por el contrario, es preciso plantear de antemano los problemas de la acción y de la producción, preparando los ánimos, las voluntades, los instrumentos adecuados a la futura iniciativa popular, para que haya en todos los puntos del territorio en revolución hombres y grupos que la salven de ser tomada por sorpresa y de tener que abdicar ante un poder central cualquiera. Es decir, desde antes de la revolución se impone una preparación práctica, positiva más que negativa, de las minorías revolucionarias y libertarias para que puedan obrar y responder a las necesidades que se presenten sin necesidad de confiarse a un gobierno.

Mijaíl Bakunin veía esta necesidad, y creyendo cercana la revolución procuró responder a ella creando, en 1869, una *Alianza secreta*. Dejando aparte el formalismo, que revelaba aun la influencia conspirativa anterior a 1870, sigue siendo justo el concepto de llegar a despertar la vida espontánea y todas las potencias locales en la mayor medida posible y en todas partes por medio de minorías revolucionarias que, pilotos invisibles en medio de la tempestad popular, produjeran la anarquía y la guiaran no por virtud de un poder ostensible, oficial, sino con el ejemplo de la propia actividad iniciadora. Pero para que esta fuerza pueda obrar "es necesario que ella exista (advierde Bakunin) *porque no se estructurará por sí sola*".

Agreguemos que Bakunin creía posible un movimiento revolucionario a través de la acción e influencia, cada vez más vasta, de la organización obrera en la Internacional; pero para evitar que se convirtiera en una autoridad oficial, los miembros de la *Alianza secreta* estaban comprometidos a no asumir, de ser posible, cargos de ninguna especie en la Internacional pública.

¹ P. Kropotkin, *La conquista del pan*.

Si en todo barrio, en toda aldea, en toda fábrica, en todo centro, etc., existieran grupos resueltos que tomaran desde el primer momento, teniendo los medios y la preparación, la iniciativa revolucionaria tanto para la destrucción del viejo régimen como para que continuara la producción, todo pretexto de hacer surgir una autoridad gubernamental o dictatorial moriría en germen. La autoridad sería tan desmenuzada, tan pulverizada, que no existiría más como poder coercitivo; estando en todos y en todas partes impediría cualquier tentativa de centralización. Preparar de este modo la posibilidad del desarrollo de las iniciativas locales, especiales, por lugares o por funciones, significará dar a la revolución el modo de caminar libremente sin los torniquetes deformadores y homicidas de la dictadura.

* * *

Se dice que es necesaria la dictadura para organizar la lucha contra las resistencias burguesas. ¿Por qué? La revolución puede considerarse dividida en dos grandes períodos: el que antecede al derrumbamiento del poder político de la burguesía y el período posterior. Mientras el poder gubernamental burgués no haya sido derribado, toda dictadura proletaria es imposible; existe solamente, todavía, la dictadura burguesa. Vencido el gobierno burgués, que constituye la resistencia armada de la clase capitalista, queda implícitamente desarmada y derrotada también ésta. Sus elementos pueden, aquí y allá, prolongar, por grupos, la resistencia; pero entonces se encuentran en una situación de absoluta inferioridad frente al proletariado, mucho más numeroso, y desde ese momento armado y tal vez mejor armado que ellos. Para sofocar estas resistencias no sólo es inútil constituir un gobierno central, sino que es más práctica para aniquilarlas la libre acción insurreccional local, que en todo sitio proceda a limpiar el terreno y a desembarazarse de los reaccionarios del lugar, salvo, se entiende, cuando es menester convenir con las otras localidades para correr en ayuda de aquellas donde los revolucionarios la necesiten.

Los distintos centros revolucionarios se federarán, estarán en contacto continuo para la recíproca ayuda, según un tipo de organización federalista completamente opuesta a la dictatorial. Esto evitará que se produzca como durante la revolución francesa, y parece que también recientemente en Rusia, el grave incon-

veniente de que con las mejores intenciones del mundo el gobierno central dicte órdenes contrarias al espíritu dominante en esta o en aquella región, en contraste con intereses colectivos legítimos de ciertas poblaciones lejanas o de categorías obreras menos favorecidas, etc., contribuyendo así a disminuir el fervor revolucionario y a beneficiar los planes de los contrarrevolucionarios. Especialmente puede suceder esto cuando, para la labor de expropiación, se quisieran adoptar criterios únicos de forma y de procedimiento que, al contrario, debieran variar según las circunstancias y las tendencias de las masas en cada localidad.

Hemos dicho ya precedentemente por qué no es necesario un órgano central autoritario para la obra expropiadora, bastando para ella en todo centro la acción de las organizaciones obreras existentes y de las que se formarían, para cada rama de la actividad, al primer estallido de la revolución. Hemos dicho cómo esto no implica siquiera una excesiva dificultad en las naciones de población aglomerada, donde todo lo que hay que expropiar está al alcance de la mano de los interesados. Esta tarea puede haber presentado quizá mayores dificultades en Rusia, en las campañas, por su extensión a menudo casi inhabitada y con escasas comunicaciones; pero esto no puede ocurrir en los países de población densa como el nuestro.

En todo caso, las dificultades que surjan después serán siempre mejor resueltas por los organismos obreros que por un gobierno central. A menos que se insista en el propósito, absolutamente antirrevolucionario y utópico, de contentarse con la conquista del poder y dejar la expropiación para más tarde, como obra oficial del Estado dictatorial socialista. ¡Pues eso sería el desastre para la revolución!

Pero de este tema ya hemos hablado bastante en el capítulo anterior.

* * *

Pero el miedo a la libertad, o, lo que es prácticamente igual, el culto a la autoridad, pone en los labios de los partidarios de la "dictadura" argumentos que son ya una condena explícita de la dictadura misma. Ellos dicen con frecuencia: ¿Pero no hace lo mismo la burguesía? *Se dice que la dictadura del prole-*

tariado sería la dictadura de una "élite"; pero la dictadura actual de la burguesía ¿no es también la dictadura de una "élite"?²

¡Justísimo! Pero la revolución no debe sustituir una élite por otra, sino abolirlas todas. Si, al contrario, su resultado no fuera más que el de sustituir una dictadura por otra, tanto vale prevenir desde ahora el fracaso de la revolución. Si tal es el fin que se proponen los partidarios de la dictadura proletaria, entonces se comprende también por qué asignan a la revolución, como función primordial, la de suprimir la libertad; es decir una función opuesta a la que está en la naturaleza de toda revolución: la conquista de una libertad cada vez mayor.

Esto explica también el lenguaje de los socialistas autoritarios y dictatoriales cuando acusan de demagogia democrática y pequeñoburguesa a la viva preocupación de los anarquistas por defender la libertad. Sin embargo, nosotros compartimos enteramente su hostilidad hacia la democracia burguesa y pequeñoburguesa; en nuestra aversión hasta nos mostramos más coherentes que los socialistas no aceptando servirnos de los institutos parlamentarios y administrativos burgueses para nuestra lucha revolucionaria. Pero mientras nuestra enemistad hacia la democracia y el liberalismo burgués mira al porvenir y es una superación de los mismos, el espíritu antidemocrático de los partidarios de la dictadura es un retorno al pasado. A los anarquistas no les basta la poca libertad concedida por los regímenes democráticos: en cambio, los partidarios de la dictadura piensan quitarle al pueblo aun ese poco de libertad. Si, pues, las preocupaciones libertarias de los anarquistas pueden ser tachadas de "democráticas", nosotros podemos devolver la acusación diciendo que las aspiraciones dictatoriales de los socialistas tienden a una vuelta al absolutismo, a la autocracia, a los métodos de gobierno de "festa, farina e forza" que agradaban tanto a la plebe napolitana de 1799 y de 1849.

* * *

Naturalmente, los socialistas no se dan cuenta de estas peligrosas tendencias de sus sistemas y dicen por eso que desean todo lo contrario de aquello que tales tendencias implican. Los hechos de Rusia podrían, tal vez, bien conocidos, instruirlos mucho al respecto.

² Diario *Avanti!*, Milán, 6-1-1921.

En Rusia la revolución ha sido obra mucho más de la acción libre popular que del gobierno bolchevique. Las fuerzas obreras y campesinas, aprovechándose, especialmente durante el primer año, de la debilidad de los diversos gobiernos que se sucedieron en el poder, rompieron, pedazo a pedazo, el antiguo régimen, trastornaron todos los valores sociales, iniciaron en vasta escala la expropiación, echaron las bases de los nuevos institutos de producción y de organización, que después el gobierno bolchevique redujo bajo su férreo dominio militarista y dictatorial. Fue la libertad, no la dictadura, la que libró a Rusia del zarismo y de todas las insidias de la burguesía liberal y de la social-democracia patriótica y guerrerista; fue la libertad la que hizo y mantuvo la revolución. La dictadura ha recogido los frutos simplemente. Aun más: los ha dispersado y despilfarrado. Pero si en lo que concierne a Rusia, mientras no se haga una luz completa, mientras no sea roto el bloqueo de aislamiento y de silencio por parte de amigos y enemigos, nuestras afirmaciones y deducciones estarán siempre entorpecidas por la incertidumbre y las dudas, en lo que se refiere a la Europa occidental, por el contrario —si se exceptúa tal vez a Alemania, educada por tanto tiempo bajo el régimen autoritario—, una orientación dictatorial, gubernamental, autoritaria de la revolución es de hecho inconcebible. Es preciso haber olvidado cuáles son las características psicológicas de las razas latinas y de sus derivadas, el espíritu de independencia que las anima, su escasa tolerancia hacia las leyes y las autoridades, para hacerse ilusiones en este sentido.

¡Lo saben los gobiernos, que deben adaptarse a una observancia relativa y sumaria de sus propias leyes por parte de sus súbditos! Y ellos mismos, para mantener el equilibrio, deben prescindir frecuentemente de las mismas, modificarlas de continuo, retacearlas por medio de leyes de excepción, de amnistías, etc. Y sin embargo los gobiernos actuales tienen, para mantener su autoridad, tradiciones e instituciones seculares, una fuerza armada que se basa en la ignorancia de los unos y en el privilegio de los otros; tienen también el hábito, al que por ley de inercia se adapta la mayoría. Pero cuando la inercia y el hábito se encuentren deshechos y quebrantados, la fuerza armada vencida, los privilegios y las instituciones destruidas, las tradiciones truncadas, y todo un pueblo lleno de pasión y no

ciertamente apático en su mayoría, como dicen que es el pueblo ruso, se haya puesto en movimiento, ¿quién lo volverá a someter a la obediencia? ¿Qué fuerza podrán jamás invocar los socialistas desde el fondo de lo desconocido, que logre disciplinar seriamente bajo la dictadura a un proletariado hambriento no sólo de pan sino también de libertad?

¡Ninguna fuerza y ningún hombre! Los socialistas mismos deben comprenderlo si examinan las multitudes guiadas por ellos, si bajan hasta el fondo del alma propia. Pues ellos hablan siempre, todos, de disciplina necesaria... para los otros; pero cada fracción, cada grupo, cada individuo se arroga el derecho de hacer excepción a la regla y de reivindicar (para bien, se entiende, del partido y de la causa revolucionaria) su propia libertad personal, su propio derecho a desobedecer. ¡Sus propios secuaces, los mismos que hoy magnifican el sistema de la dictadura, mañana, después de la revolución y de un breve experimento, acabarán por considerarla insoportable!

* * *

La revolución libertará de su estrecha cárcel al espíritu de libertad y una vez libre se convertirá en gigante, como el genio de la fábula que un incauto dejó escapar del vaso en que estaba encerrado por la magia. Volver a echarle mano, volver a empuñecerlo, a encerrarlo y a encadenarlo será imposible aun para los mismos que contribuyeron a liberarlo. Especialmente en los países latinos, donde las tendencias anarquistas y rebeldes están tan desarrolladas, donde los anarquistas propiamente dichos tienen como fuerza político-social una influencia que la revolución sin duda aumentará enormemente, se necesitaría, para llegar a constituir un gobierno fuerte, una dictadura como la que figura en el programa bolchevique o sólo para intentarlo, esfuerzos de tal magnitud que consumirían y agotarían las mejores energías socialistas y revolucionarias.

Sería una pérdida que no tendría compensación. Serían esfuerzos, sacrificio, tiempo y tal vez mucha sangre sustraídos al trabajo libre y tanto más vital de una verdadera reconstrucción de la sociedad humana.

XIII

TRABAJO Y LIBERTAD

Muchos hablan, y entre éstos también Lenin en uno de sus folletos, de la necesidad de una disciplina dictatorial del trabajo para una cuidadosa reconstrucción de la riqueza después de la cruel destrucción de la guerra y las inevitables destrucciones revolucionarias.

En los periódicos se ha leído mucho acerca de las medidas coercitivas adoptadas por el gobierno ruso para obligar a los obreros a trabajar. No podemos creer a ojos cerrados tales informes, que provienen de enemigos declarados y demasiado apasionados de los bolcheviques; pero también es verdad que los periódicos socialistas más autorizados no desmienten los hechos o emplean un lenguaje que parecería una confirmación indirecta de las narraciones de los enviados especiales de los diarios conservadores y burgueses. Si aquellas noticias respondieran a la verdad, se trataría del sometimiento del proletariado a un régimen de *trabajos forzados* y sería ésta la más grave condena del régimen dictatorial.¹

* * *

Nosotros no negamos absolutamente la importancia de este problema de continuar e intensificar la producción. Ya hablamos de él, y repetimos ahora que debiera ser resuelto sin demora con el fin de tener una norma aproximada sobre lo que hay que hacer para evitar ilusiones y, sobre todo, para que todos ad-

¹ (1922). Hoy sabemos que en realidad esas noticias eran ciertas y que el proletariado soporta en Rusia un verdadero régimen de trabajos forzados.

quieran plena conciencia de las dificultades que una revolución encontrará. Posiblemente también los anarquistas participen de la equivocación general entre todos los socialistas de ver las cosas bajo una luz demasiado rosada. El único, tal vez, que entre nosotros ha reaccionado contra ese optimismo ingenuo ha sido Malatesta, sosteniendo que la revolución se convertirá, apenas victoriosa, en un problema de producción; pues no es verdad lo que algunos creyeron durante cierto tiempo, que derribando al gobierno y expulsando a los propietarios todo se acomodará por sí mismo, y habrá medios de alimentación para todos hasta tanto pueda volverse pacíficamente a vivir una vida tranquila.

Desde el primer momento nos encontraremos en la estrechez. Justamente Malatesta nos decía que si una revolución o una huelga general detuviera completamente el tráfico de y hacia Inglaterra, y en el interior mismo del país, después de una semana o quince días la gente en Londres se moriría de hambre. Es preciso pues persuadirse y hacer comprender a la clase obrera —de modo que desde ahora esta idea se encuentre íntimamente ligada en la conciencia de todos a la idea de revolución— que la revolución no debe y no puede ser una “huelga general” propiamente dicha más que en los primeros instantes; y que casi inmediatamente los ferrocarriles y los navíos deben volver a circular, y los trabajadores a producir los artículos de primera necesidad.

Esto debe ocurrir aun mientras se combate. Es decir que mientras una parte de la población obrera, la más joven y ardiente, se opone a la resistencia armada burguesa y no puede pensar en otra cosa, otra parte, más débil e inapta para combatir, comprendidas las mujeres, debe trabajar en la retaguardia de la revolución para que no falten el pan, el vestido, el fuego ni a los combatientes ni a la restante población trabajadora de las familias obreras en el interior. Sólo para los primeros días podrán bastar las provisiones secuestradas en los almacenes y en las despensas privadas de la burguesía; en breve plazo no habrá ningún comestible que expropiar. Esto debe servir de consejo a los revolucionarios a los efectos de no hacer demasiados derroches y de evitar destrucciones inútiles desde los primeros momentos, y a la clase obrera en general para volver rápidamente al trabajo, ya no para los demás sino para sí misma. De otro modo el ham-

bre abrirá las puertas y recibirá con los brazos abiertos al primer aventurero armado que desde un país reaccionario cualquiera se presente a restablecer la tiranía, llevando o aun prometiendo solamente un poco de pan.

Pero es utópico, por no decir alocado, pensar que la clase obrera, inmediatamente después de haber sacudido el yugo, pueda ser *forzada* a trabajar como antes por un nuevo gobierno, aunque esté constituido en su nombre.

Aun en lo que concierne a Rusia somos bastante escépticos a este respecto. Es probable que la república rusa sea mucho menos dictatorial de lo que aparece en las palabras de los gobernantes y de lo que los gobernantes quisieran; y el pueblo ruso saca de sí mismo y de su libre iniciativa, más que del gobierno central, la fuerza de producir, de organizarse y de vivir. No insistamos. Por lo demás, el propio Lenin nos dice que el ruso es un mal obrero en relación con los ciudadanos de las naciones adelantadas y que constituye una masa todavía incapaz porque ha estado oprimida hasta ayer por el zarismo y por los restos de la servidumbre abolida hace poco y embrutecida por el trabajo y la ignorancia.

Puede ser (aunque no estamos seguros) que tal estado de las masas rusas haya justificado por una parte, ante el apremio de las necesidades urgentes, el uso de los medios dictatoriales, y que por otro lado lo haya hecho posible. Habría que discutir entonces si no existió otro camino, o si ése fue el más apropiado para salvar a las masas de la vieja abyección. Pero es evidente que sistemas semejantes no serían absolutamente posibles en la Europa occidental y que, por fortuna, no serían absolutamente necesarios. Puestos en aplicación, alcanzarían el efecto opuesto. Un gobierno que pretendiera disciplinar con la fuerza, desde el centro, el trabajo de la clase obrera de toda una nación y obligar a ésta a la obediencia, debiera transformar toda fábrica en un cuartel, en el cual una mitad armada tendría que vigilar a la otra mitad que trabaja. Y aun así no se lograría resultado alguno, y la clase trabajadora se rebelaría muy pronto.

* * *

Detengámonos en esta crítica apriorística, ya que no es posible que ningún socialista piense algo semejante. Pero la verdad es que se debiera llegar a tales conclusiones al aceptar, aun en el

terreno de la producción, en el terreno económico, el concepto de la organización y de la disciplina "dictatorial" del trabajo. Por esto nos parece imposible que Lenin y sus secuaces interpreten la disciplina en el sentido restringido de someter a la autoridad central gubernamental a toda la clase trabajadora, como si fuera un ejército obligado a obedecer sin discutir las órdenes de mando de los jefes.

Probablemente, en lo que respecta al trabajo, ellos quieren decir que en toda fábrica, taller o granja de producción los obreros deben estar ordenados de modo que se obtenga el máximo de producción con el mínimo esfuerzo y desperdicio de material,² y en esto tendrían razón. Sólo hemos de notar que los socialistas tienen demasiada inclinación, para conseguir este objeto, a recurrir a la disciplina exterior coercitiva, a la autoridad imperativa de los dirigentes, que ocuparían mañana en las fábricas el puesto de los actuales capataces, directores, y demás cargos no exclusivamente técnicos. Tales innumerables pequeñas "dictaduras" (habría tantas como grupos de obreros trabajando en una misma producción) serían algo distinto e infinitamente menos opresivo (porque son más fáciles de refrenar por la acción directa de los trabajadores) que la dictadura estatal propiamente dicha. Pero también en esto creemos que los socialistas, si insistieran, se equivocarían. Nosotros, aun en el ámbito restringido de la fá-

² (1922). A medida que el tiempo pasa tenemos desgraciadamente nuevas desmentidas a este optimismo nuestro, en el que nos esforzamos por mantenernos para ser lo más imparciales y justos posible hacia los bolcheviques. Lo que hace dos años parecía, y anteriormente declarábamos imposible ha ocurrido en cambio en la realidad.

He aquí un fragmento de la entrevista del socialista italiano Mario Guarnieri con el bolchevique Alexander Schlapnikoff, que ha sido aun ministro de Trabajo en el gobierno (*Il Lavoratore*, Trieste, 21-7-1920).

—¿Qué sanciones se aplican a los obreros indisciplinados e improductivos?

—“En cada establecimiento hay un tribunal para juzgar las faltas de los obreros y, según la gravedad, éste puede aplicar correctivos y aun la prisión. El que deserta de su puesto —si el Sindicato hace la denuncia— puede ser juzgado como el soldado que deserta del frente. Durante la guerra ¿no fueron también militarizados los obreros en las fábricas?”

Siempre el mismo horrible argumento: si así lo hacían los burgueses, los militaristas, ¿por qué no podemos hacerlo nosotros también? ¿Cómo no comprender que esto significa convertirnos a nuestra vez en militaristas y burgueses, es decir, en todo lo contrario de socialistas?

brica, del taller, del establecimiento industrial, agrícola, de servicios públicos, etc., pensamos que es necesario, más útil y menos nocivo hacer un llamamiento a la disciplina moral interior de cada individuo, al acuerdo entre los obreros sobre el modo de ejecutar el trabajo y, en fin, a su espontáneo reconocimiento de la mayor competencia de la dirección técnica para dar la mejor dirección y para guiar el trabajo. El ingeniero, en este sentido, es una autoridad legítima sobre los trabajadores, como el médico sobre los enfermeros, mientras tal autoridad no rebase de su especial competencia exclusivamente técnica.

Pero este espíritu de disciplina moral, de autogobierno como dicen los ingleses, vale decir la capacidad de la clase obrera para gobernarse a sí misma, no podrá formarse del todo, los obreros no podrán adquirirla suficientemente hasta tanto no les sea posible moverse con libertad, experimentando sus propias fuerzas en contacto con los hechos y gozando de plena independencia. La libertad se adquiere en la libertad, y se afina y perfecciona ejercitándose libremente.

Es verdad también que tal capacidad y el espíritu de disciplina moral o de autogobierno no llegarían a formarse espontáneamente más que con una extremada lentitud; precisamente por eso es necesario desde ahora crearlos o estimularlos y cultivarlos con la propaganda, la discusión, la preparación, primero mental y después material, a través de las varias formas de organización libre de la clase obrera y de los grupos revolucionarios.

* * *

En este punto nos asaltan las objeciones de algunos, que, en especial porque están impresionados por las noticias llegadas de Rusia acerca de las dificultades surgidas para la socialización de la tierra, piensan que puede ser necesaria una autoridad central coercitiva, es decir la dictadura, para forzar a los elementos campesinos al régimen socialista, para vencer su apego a la propiedad privada de la tierra con el fin de realizar también en la campaña, de grado o por fuerza, el comunismo.

Sin basarnos demasiado en las noticias inciertas de Rusia, repetida nuestra reserva de que sus condiciones son inmensamente diversas de las de la Europa occidental y que por eso mismo aquellos acontecimientos no pueden dictarnos normas de conducta para nuestros casos, lo poco que sabemos nos parece

que ha confirmado del todo una antigua idea anarquista; es decir que si la violencia revolucionaria es útil y necesaria para vencer la organización burguesa y estatal, para destruir las organizaciones opresivas actuales, para hacer pedazos nuestras cadenas políticas y económicas, en la obra de reconstrucción, en cambio, la violencia se convierte en nociva, a menos que se trate de la necesaria para defender el trabajo reconstructivo de los ataques de la violencia exterior. No podremos por eso emplear útilmente la violencia contra aquellos que deben cooperar con nosotros, contra nuestros colaboradores en la sociedad comunista, con el objeto de obligarlos a tal colaboración sin poner en peligro la existencia misma de la nueva sociedad. Obrando así construiremos el edificio sobre bases de arena, y la primera sacudida lo echará por tierra.

Derribado el Estado burgués y aniquilado el capitalismo, la reconstrucción social debe poder obtenerse por cooperación voluntaria, libertaria, a través de la persuasión y el ejemplo, a través de experimentos cada vez más amplios y multiformes y no obligadamente uniformes. En qué medida esto será posible desde el primer momento no lo podemos prever, pero ciertamente no debemos nosotros mismos crearnos desde ya obstáculos artificiales además de aquellos que inevitablemente surgirán, al querer establecer un plan fijo y único de reconstrucción para ser impuesto por las buenas o por las malas. La tarea de la revolución es la de libertarnos de la tiranía del Estado y de la explotación de los patrones, la de salvarnos o defendernos de las tentativas de un nuevo gobierno o de nuevos amos, la de quitar de en medio toda institución de poder y de impedir toda condición que haga o permita que un hombre pueda vivir explotando a otros, haciéndoles depender de él y trabajar para él.

Esto es importante para la revolución y para el socialismo: que ya nadie sea explotado ni trabaje por un salario, dependiendo de otro que gane a su costa. Obtenido esto, estaremos ya en el socialismo. En cuanto, luego, a los varios sistemas de organización del trabajo, de reparto de los productos, etc., sería erróneo imponer por la fuerza un tipo único para todos. Nosotros somos comunistas, como hemos repetido muchas veces ya, porque creemos que la organización comunista de la producción y del consumo es el más perfecto tipo realizable de socialismo, en armo-

nia con las múltiples necesidades de bienestar y de libertad de todos los hombres. Exigiremos para nosotros, por consiguiente, la libertad de organizarnos en comunismo en todas aquellas partes donde sea posible y donde encontremos gente que esté de acuerdo con nosotros. Pero no pretenderemos imponer por la fuerza a los demás nuestro sistema, seguros de que nuestro ejemplo será el mejor medio de persuadir a otros a seguirnos, como el ejemplo ajeno podrá servirnos a su vez para mejorar, modificar, perfeccionar nuestro sistema.

Nada impedirá que, a nuestro lado, en ciertos ramos de producción, para ciertos tipos de consumo, se experimenten sistemas diversos, siempre que en nosotros y en los demás presida el espíritu de apoyo mutuo para los intercambios, para los servicios públicos comunes, etc., y siempre que ningún sistema permita forma alguna de explotación del hombre por el hombre. Entre las varias formas de organización podrá haberlas más o menos centralizadas, según la calidad de trabajo, de servicio público, de necesidades del ambiente, etc. Los sistemas y los organismos se modificarán sucesivamente, según la experiencia, sobre el ejemplo de aquellos que resulten mejores, es decir que cuesten menos trabajo y sean más útiles y productivos para el bien de todos.

Aun en un régimen completamente anarquista estamos persuadidos de que aunque la organización de la producción y del consumo sobre bases comunistas será el tipo dominante y la regla general, y porque habrá de ser una regla libre y no obligatoria para todos, no impedirá ella que subsistan —por voluntad de los individuos o por especiales necesidades del ambiente o del trabajo— formas diversas de organización, colectivistas, mutualistas, etc. y aun algunas formas de propiedad individual, a condición de que ésta no implique sometimiento a nadie o explotación de persona alguna.

* * *

Tanto más necesario será semejante estado de tolerancia recíproca en un período revolucionario, de tolerancia entre los explotados, entendámonos bien, entre los oprimidos y entre los trabajadores libertados del yugo; no de tolerancia hacia los opresores y los explotadores y sus inicuas tentativas de apoderarse de nuevo del poder y del privilegio.

Entre los trabajadores, a quienes la revolución hizo libres de sus propios actos, deberá reinar el máximo acuerdo posible desde el principio y desde el primer momento en que las resistencias estatales hayan sido vencidas y comience el periodo de defensa y de organización revolucionarias; y este acuerdo no deberá ser sacrificado a la idea de obligar por la fuerza a clases, grupos o individuos determinados del proletariado a plegarse a un tipo único preconcebido de organización, no deseado por ellos, aun cuando sea óptimo teóricamente. Sobre todo es preciso evitar semejantes actos de coacción contra la clase campesina, más inclinada a interpretarlos en un sentido hostil, menos preparada para los cambios repentinos y más enemiga de ellos; y por otra parte demasiado numerosa para poderla dominar o para poder descuidar su hostilidad.

Sentimos con claridad que aunque no fuéramos anarquistas y no nos aconsejara el espíritu de libertad que nos es peculiar, tendríamos asimismo, de acuerdo con nuestros principios, una actitud semejante por un sentido práctico de oportunidad revolucionaria, por el que la revolución debe cuidadosamente evitar crearse hostilidades de cualquier especie entre las masas populares, debe huir de los escollos de la discordia, y debe estar obligada a dirigir sus propias fuerzas sólo contra las fuerzas reaccionarias y contrarrevolucionarias enemigas. Granjearse el apoyo y las simpatías de todas las corrientes proletarias y populares, dejándolas en libertad de desarrollo y de experimentación —cuando no se trate, se comprende, de tendencias reacias al progreso, partidarias del viejo régimen, en cuyo caso tienen que ser combatidas justamente como enemigas—, tal debe ser la tarea de la revolución. Y esta misión libertaria se encontraría en absoluto contraste con la práctica dictatorial, con toda tentativa de sobreponer un Estado centralizado a la revolución.

Pueden ver aquí con claridad aquellos que objetan que los anarquistas tenemos razón en la teoría pero no en la práctica (y si fuera verdad significaría simplemente que la teoría es errónea), o que por lo menos nos acusan de no tener en cuenta el lado práctico de las cuestiones y de limitarnos sólo a una discusión doctrinaria, cómo en esta cuestión de la dictadura la teoría y la práctica van completamente de acuerdo, demostración evidente de que el anarquismo es una doctrina vital, realista

e idealista al mismo tiempo; la mejor no sólo en su visión de la sociedad futura sino también como guía práctica en la conducta de la revolución.

Las masas campesinas entre nosotros son, es cierto, más susceptibles de comprender los tiempos nuevos que las rusas; nos lo aseguran los mismos escritores revolucionarios rusos que han vivido aquí. Pero no lo son en la medida del proletariado industrial de las grandes ciudades. El apego a la tierra es fuerte todavía en el campesino, y es en realidad un apego a su propiedad, aunque sea ilusoria o compartida con el patrón. ¿Y cómo comportarnos ante este hecho?

Imponer, por un decreto gubernamental revolucionario, la expropiación a los campesinos, quitarles la tierra, etc., significaría enemistarse con ellos. Por cuanto sabemos de Rusia, fue un error de esta índole, al menos en los primeros tiempos, antes de que los bolcheviques comprendieran la necesidad de obrar de otra manera, el que suscitó tanta hostilidad contra el gobierno de Lenin y reforzó tanto la contrarrevolución. Pero dejemos a Rusia y veamos lo que podría suceder entre nosotros, en la Europa occidental.

Al día siguiente de la revolución nos encontraremos de hecho en estas condiciones. Donde subsiste la aparcería, los aparceros, eliminados los patrones, se convertirían en propietarios únicos de la tierra por ellos trabajada. Los campesinos que ya son pequeños propietarios de la poca tierra que ocupan y trabajan, seguirían siéndolo. Donde el latifundio y la tierra son poseídos por los patrones y trabajados por los jornaleros o no trabajados del todo o dejados para pastoreo, etc., se determinarían inmediatamente dos hechos. En las regiones más atrasadas o donde la tradición de la conquista de la tierra perdura, preferentemente en el Mediodía, los trabajadores de la tierra invadirán los campos y se los repartirán. Donde, al contrario, el "hambre de tierra" no se siente o se siente menos, donde las masas campesinas son más modernas, donde están desarrolladas las organizaciones de resistencia y las cooperativas campesinas, preferentemente en el septentrión, en la Emilia y la Romagna y un poco en la Apulia, los terrenos de latifundio, las grandes propiedades territoriales, los vastos establecimientos agrícolas podrán ser organizados inmediatamente de un modo comunista.

Ningún inconveniente habrá para que las cosas queden en este estado durante todo el período revolucionario.³ La pequeña propiedad territorial, de reciente formación, no podrá ser un obstáculo a la revolución, al comunismo de la ciudad o de otras regiones, desde el momento que no tendrá necesidad de obreros asalariados porque se bastará a sí misma; y por otra parte, ya no se podrá encontrar a jornaleros y trabajadores de la tierra en cualquier forma asalariados porque se habrán convertido en pequeños propietarios o porque habrán sido integrados a los establecimientos agrarios comunistas. Lo importante será, pues, dar a todos la seguridad de que el nuevo régimen defenderá la nueva situación contra las tentativas reaccionarias y de que no podrá cambiarla sin el expreso y voluntario consentimiento de los interesados. Lo importante será entonces dirigir a los trabajadores de la tierra, cualquiera que sea su sistema, hacia un cultivo intensivo del suelo para alcanzar el máximo rendimiento de los productos indispensables a la vida. Lo importante será una vez más, proporcionar abundantemente a los campesinos, sin distinción alguna —para que ellos en cambio no mezquinen a la población urbana los productos de la tierra—, los abonos, el vestido, el calzado, los instrumentos agrícolas de toda especie, desde los más simples arados a las máquinas más perfeccionadas.

Si las organizaciones proletarias de la ciudad hicieran esto, no habría necesidad de dictadura para obligar a los campesinos a trabajar y a darles de comer. Los campesinos serían los mejores aliados de la revolución.

Conseguida la victoria, después, cuando todas las resistencias burguesas hayan sido vencidas, en la familia humana que entonces resultará se podrá ir discutiendo con los campesinos mismos

³ Esta solución libertaria provisoria del problema agrario está apuntada también en el viejo y conocido diálogo *Entre campesinos* (1882), de Malatesta. A José, que pregunta si se quitará el campo al que lo trabaja por sí o el taller al artesano que ejerce el oficio por su cuenta, Jorge (socialista anarquista) responde: *Ya le he dicho que cada uno tiene derecho a la materia prima y a los instrumentos de trabajo; así es que si uno tiene un trozo de tierra, mientras uno mismo la trabaje con sus propios brazos, puede muy bien guardárselo y aun se le darán los utensilios perfeccionados, el guano y todo lo demás que sea necesario para sacar de la tierra el mayor provecho posible. Ciertamente sería preferible que pusiera todo en común, pero para ello no hay necesidad de forzar a nadie porque el mismo interés aconsejará a todos el sistema de la comunidad.*

sobre la mejor organización de los terrenos cultivables. Y será, tenemos fe en ello, con su ejemplo, la granja agrícola comunista la que poco a poco persuadirá a todos, y poco a poco absorberá a los pequeños establecimientos familiares heredados de la vieja sociedad o formados durante el primer período revolucionario. Así se llegará al comunismo anárquico.

* * *

Un amigo al que sometíamos el dilema ya referido de Malatesta —o *las cosas son administradas según los libres pactos de los interesados y por parte de los interesados mismos, y entonces tenemos el anarquismo, o son administradas según las leyes hechas por los administradores, y entonces tenemos el gobierno o Estado, que fatalmente se hace tiránico*— nos objetaba que precisamente falta lo esencial: la facultad de administrar. ¿Pero qué es lo que confiere esta facultad? No ciertamente el hecho de ser los exponentes más descollantes de un partido ni el de haber sido nombrados diputados o comisarios del pueblo. Se trata de una facultad técnica que no es privilegio de los gobernantes, como no es preciso ser gobernantes para poder ejercerla.

Nosotros no excluimos a los administradores técnicos, a condición de que éstos sean elegidos entre los interesados, condición principal para que sean competentes y administren según los pactos libremente estipulados entre los interesados mismos. Es decir que se trata de delegación de funciones, siempre revocable, y no de delegación de poderes. Mientras esto no sea posible y sean los llamados administradores quienes hagan la ley según la cual administrarán, es decir mientras sean gobernantes, es evidente que no habrá anarquismo. En tal caso, cuya posibilidad no excluimos, la función de los anarquistas consiste en hacer propaganda y luchar para que se sustituya a la ley coercitiva por el libre acuerdo, pero de ningún modo convertirse en administradores-gobernantes.

Aun hoy, por lo demás, los que administran, en el sentido práctico de la palabra, no son los gobernantes; éstos, al contrario, dificultan la administración de los servicios y de la riqueza públicos, mandan a los verdaderos administradores, y desvían y hacen degenerar su misión en beneficio propio. ¿Acaso en los municipios la oficina del estado civil o de estadística tiene necesidad del delegado regio, del alcalde o del asesor para funcio-

nar? ¿Acaso la industria o el comercio, los ferrocarriles, los correos y telégrafos, todos los servicios públicos están *administrados* por los gobiernos o por los ministros? Los verdaderos administradores son los funcionarios técnicos dependientes, casi siempre desconocidos, que, por lo que de útil y necesario hacen, ninguna ventaja tienen en ser funcionarios estatales; al contrario, les perjudica el servilismo que entorpece sus servicios.

De igual modo, en la gestión de la riqueza privada la función administrativa más útil, la única necesaria, no es ciertamente la de los accionistas, de los propietarios y de los banqueros, sino la del personal administrativo de cada servicio, de cada fábrica, de cada establecimiento, de cada empresa, estipendiado o asalariado y no patrono. Ahora bien, ¿por qué no deberían usufructuarse sus facultades administrativas en modo libertario, sin sobreponerles órganos de coerción y de control, inútiles en la práctica, cuando no nocivos?

Claro que mientras los interesados, o por lo menos un número suficiente de ellos, no tengan cierta conciencia de sus necesidades y del mejor modo de satisfacerlas, y de sus derechos y deberes, no será posible el anarquismo. Pero esta conciencia no se podrá formar en ellos autoritariamente, imponiéndosela con la fuerza; sino creando nuevas condiciones que hagan posible su formación y desarrollo. En la servidumbre no se forman hombres libres, fuera de pequeñas minorías; únicamente la libertad puede dar la conciencia libertaria a las grandes mayorías. Y he aquí por qué es necesario que haya, durante y después de la revolución, un partido que combata sobre todo por la libertad, que conquiste y defienda la mayor suma de libertad para todos.

Cierto que la libertad no es el único problema social importante, y nosotros no queremos dejar olvidados los demás; pero es uno de los más importantes. Más aún; nos parece que después del problema del pan es el más importante de todos. Hasta se podría sostener que el problema de la libertad está en primera línea si se piensa que el salariado es una forma de servidumbre, que, en sustancia, los patronos son los opresores, los enemigos de la libertad de los obreros a quienes explotan; si se piensa que si estuviéramos libres de la opresión estatal, si el gobierno no nos impidiera toda libertad de movimiento, pronto nos habríamos desembarazado de cualquier otra opresión y resuelto todos los

demás problemas. No sería difícil demostrar que cada problema social se reduce en último análisis a una cuestión de libertad, como procuró demostrar, veinticinco años atrás, Sebastien Faure en un libro muy conocido.⁴

* * *

Pero esto tiene una importancia limitada. Volviendo al modo más común de entender el asunto, es verdad que hoy los hombres entienden poco su propio interés, pero para entenderlo sólo pueden ser aleccionados por la experiencia. Si en cambio se quiere que sean unos cuantos los que cuiden de este interés de todos, gobernándolos, ¿cómo serán elegidas tales personas? ¿Quién las elegirá? Para los imbéciles y los ignorantes también la ciencia será una tiranía, suele decirse. ¿Pero quién será el representante de la ciencia que pueda estar autorizado para imponer su tiranía? ¿Acaso basta la ciencia para que sean honrados los que la poseen, para hacerles desinteresados, para impedir que se sirvan a la vez de la ciencia y del poder en su propio interés y en perjuicio de la colectividad? Si hoy las verdades más evidentes de la ciencia no son aceptadas buenamente ni reconocidas por todos aquellos que más interés tienen en reconocerlas, no es por una innata malicia de éstos, sino por el modo en que quisieran imponérselas, por las condiciones de ambiente, económicas y sociales que les impiden comprenderlas o aceptarlas sin sufrir daño inmediato.

Por ejemplo, no basta que el médico y el arquitecto expresen el parecer de que la gente vaya a habitar casas seguras y limpias, para persuadir a las personas habituadas a vivir en la suciedad a que cambien de casa. Primeramente será necesario construir las casas sanas y decentes; será necesario quitar a los ricos el uso superfluo de las nueve décimas partes del espacio que ocupan sus palacios y sus villas, y entonces veréis que la pobre gente hoy amontonada en los tugurios no tendrá dificultad en pasar a las nuevas habitaciones, donde hallará mayor comodidad y posibilidad de vida y un mayor motivo para aprender a vivir cada vez más limpia y cómodamente. Para persuadirse de esto basta visitar y comparar los barrios viejos, donde la población obrera está demasiado aglomerada, con los barrios nuevos de mu-

⁴ S. Faure, *El dolor universal*.

chas ciudades, constituidos por casas y casitas obreras construidas según las normas higiénicas y con las comodidades más modestas (sea por iniciativa privada o cooperativa o municipal), para ver enseguida cómo estas últimas señalan un inmenso progreso sobre las primeras por cuanto sus habitantes ofrecen ya un nivel más alto de civilización, de limpieza, de decencia y de orden.

Indudablemente la construcción de las casas debe ser orientada por los higienistas y los arquitectos y no por los inquilinos, y al construir las, los albañiles seguirán los planos dados por el ingeniero, no las indicaciones del peón. Suponer que la gente pretenda lo contrario sólo por el hecho de que ya no hay gobierno, es una tontería. En cualquier administración la capacidad técnica es la primera cualidad necesaria, pero esta cualidad no tiene nada que ver con la de gobernar, de mandar y de imponerse con la violencia o la amenaza: aun para hacer triunfar el sistema más justo y perfecto —cuando ya no se trate de destrucción, para la cual basta la minoría, sino de reedificación, que exige el concurso del mayor número— no se podrá contar más que con la persuasión que vendrá de la propaganda y más aun de la libre experimentación de los varios tipos de organización.

* * *

En el taller como en los campos, en los servicios públicos como en las oficinas administrativas, podrán ser útiles coordinadores del trabajo libre los consejos de fábricas, los consejos agrarios y los soviets.

Los consejos de fábrica proveerán el autogobierno del taller o del establecimiento; los soviets, a la organización de la producción en sus relaciones locales, regionales e interregionales y a la organización de la distribución.

Se habló mucho de los consejos de fábrica al principio de la revolución rusa, y esto ha despertado el deseo de imitarlos también en Italia. Pero desde hace algún tiempo se habla mucho menos de ellos; es decir, se habla sólo y muy genéricamente de los soviets, que son una cosa distinta. Tiempo atrás se propagó la noticia en los diarios burgueses de que el gobierno de Lenin había abolido los consejos de fábrica, culpables de haber llevado la industria rusa al desastre. Pero ya que algunos confundieron los consejos de fábrica con los consejos de obreros y campesinos

(soviets), el gobierno ruso desmintió que estos últimos hubiesen sido abolidos. De los consejos de fábrica propiamente dichos no se habló, y sin embargo hubiera sido necesario un informe preciso al respecto.⁵

El *Avanti!* desmintió sólo con vaguedad la noticia de la supresión del derecho de huelga, pero en tal forma que parecía una confirmación indirecta puesto que sostenía que la huelga, legítima bajo el régimen patronal, se volvía culpable en un régimen proletario y comunista. Razonamiento muy peligroso, ya que todas las tiranías aducen motivos de interés general para sostenerse y hallan que la rebelión es muy legítima contra todos los poderes enemigos, pero no contra el propio.

Pero nosotros insistimos, suceda lo que suceda en Rusia, en considerar los consejos de fábrica y los soviets como las instituciones apropiadas para obtener de cada sistema de trabajo, de cada tipo de producción, el máximo rendimiento posible; y podrán hacer también el papel de oficinas de transmisión, de correspondencia y de intercambio con las otras localidades donde se experimenten otros sistemas. En el campo y en la ciudad será, en suma, el deber de estos nuevos órganos revolucionarios facilitar el mutuo acuerdo en el terreno de la producción, de modo de eliminar los obstáculos y las disensiones que podrían hacer más desagradable y menos espontáneo el trabajo.

Pero ya que hemos nombrado una vez más a los *soviets*, aprovechemos la ocasión para esclarecer un equívoco. Algunos creen que dictadura y régimen sobre la base de consejos obreros son la misma cosa. Es un error, como hicimos notar al final del cuarto capítulo. Es decir, ellos pueden coexistir, al menos en apariencia, como parece suceder en Rusia; y coexisten cuando los consejos

⁵ E. Colombino, socialista reformista y miembro de la Confederación del Trabajo, que estuvo en el verano de 1920 en Rusia, en un artículo en la *Stampa*, de Turín (27 de noviembre de 1920), dice que los comités o consejos de fábrica existen aún, pero desposeídos de toda facultad, teniendo exclusivas funciones de control con las mismas características que tienen entre nosotros las comisiones internas. El menchevique Martoff, en un discurso ante el Congreso de Halle de los socialistas independientes alemanes, ya aún más lejos (*Critica Sociale*, de Milán, del 1º-1-1921) sosteniendo que el gobierno bolchevique ha sustituido el autogobierno de los trabajadores a través de los consejos de industria por la dictadura de los ingenieros. Se entiende que dejamos a Colombino y a Martoff la responsabilidad de sus aseveraciones.

obreros están en su mayoría compuestos por elementos autoritarios, y por tanto sienten la necesidad de ser gobernados y dirigidos por un poder central. Pero este poder central, o dictadura, no sólo no es necesario para la resistencia, vitalidad y acción de los consejos, sino que limita todas sus funciones e influencias y los reduce a ser simples instrumentos del poder, más o menos como entre nosotros son el parlamento y los consejos comunales y provinciales bajo la dictadura militar o burguesa. Y esto, simplemente, porque quien tiene el poder armado de su parte es el gobierno, respecto del cual todo otro organismo se convierte en subordinado, dependiente y más o menos obediente.

Se dice que el poder de los dictadores es revocable por parte de los electores y de los consejos obreros. Pero este es un derecho ilusorio, puramente nominal; el poder, por el hecho de ser tal, halla siempre modo de hacerse confirmar y no revocar, o de permanecer en su puesto a pesar de toda revocación, por las buenas o por las malas. Valdría más, pues, que los consejos obreros no nombraran ningún gobierno y que permanecieran fuera de él y contra él. Por otra parte es bueno recordar que los consejos obreros pueden ser instituciones óptimas y prometedoras, pero que no toda la vida de la sociedad y de la revolución puede estar encerrada en ellos o desempeñada por ellos, y que por lo tanto si de ellos partiera, equivocadamente, una renuncia a su propia autonomía en manos de los dictadores, habría siempre lugar dentro y fuera de ellos para una oposición de las partes verdaderamente vivas y por eso libertarias de la revolución.

* * *

Mientras no haya libertad para todos, la oposición al gobierno, la oposición a la autoridad será la condición principal e indispensable de todo progreso. Al contrario, toda pretensión autoritaria y coercitiva, más o menos legalizada, tiende a detener cualquier clase de progreso, comprendido el económico de la producción. ¡Figurémonos entonces lo que ocurriría cuando la coerción tendiera a establecer por medio del centralismo un sistema único de trabajar y de producir!

La imposición autoritaria de un tipo único de comunismo, llevada a cabo dictatorialmente por el Estado, crearía por una parte más enemigos a la revolución y podría determinar el fracaso de ésta, mientras por otra nos llevaría, aun en el caso de que triun-

fara, al comunismo de Estado: vale decir, a la creación de un patrón único y central que resumiría las dos tiranías actuales: la del gobierno y la del propietario. Nos conduciría por lo tanto, en la mejor de las hipótesis, a un fin opuesto al anarquismo.

XIV

LA DEFENSA DE LA REVOLUCIÓN

Una de las más serias dificultades que pueden obstaculizar el desarrollo de la revolución, cuando estalla en un solo país por vasto que este sea, es la hostilidad de los gobiernos burgueses extranjeros, especialmente cuando esa hostilidad se expresa por medio de una verdadera guerra armada, con tentativas de sofocar la revolución invadiendo con ejércitos el territorio insurrecto.

Es preciso entonces defender, aun militarmente, el territorio de la revolución: esto es evidente. Mientras perdure tal necesidad deberá mantenerse un ejército, deberán existir todos aquellos órganos anexos y afines con los cuales todo principio anarquista está en abierta contradicción. No porque sean medios violentos, entendámonos bien, sino porque son violentos en una forma más o menos gubernamental. Mientras dure esta necesidad, tal vez no sea posible una organización verdaderamente anarquista, al menos en los primeros momentos, lo que equivale a decir que tal necesidad será un freno peligroso para la revolución y que, mientras ella subsista, la revolución no podrá desarrollarse y sufrirá forzosamente una detención en su curso.

Desde este punto de vista la actual guerra que, aun sin querer declararlo, los gobiernos burgueses hacen contra Rusia es doblemente perjudicial a la revolución. En forma directa la amenaza con el hecho mismo de la sofocación militar intentada desde el exterior y por el hambre causado por el bloqueo económico; indirectamente perjudica a la revolución por el motivo anteriormente expuesto, en cuanto le impone defenderse militarmente,

es decir con medios contrarios a su propia naturaleza, le crea el peligro militar interno y obliga a la revolución a una autolimitación, a una detención de su desarrollo, que nosotros esperamos ha de ser pasajera y momentánea pero que podría también ser más o menos definitiva.

* * *

En todo caso, el ejemplo ruso y el de casi todas las revoluciones precedentes demuestra que la amenaza militar exterior es una eventualidad que es menester examinar. Admitido lo inevitable, es decir que la revolución debe defenderse, el problema de la dictadura se presenta en estos términos: ¿es necesaria para la defensa del país en revolución la concentración de los poderes más absolutos en manos de un gobierno dictatorial? ¿Es más útil este sistema o más bien (aun bajo la amenaza exterior) es necesario y más útil conservar el máximo de libertad posible, el máximo de autonomía en cada organismo particular y en cada localidad? Nosotros, inútil es decirlo, nos inclinamos por la segunda hipótesis, de cuya exactitud estamos firmemente convencidos, no por un dogmático apriorismo, sino por la enseñanza que nos proporcionan las revoluciones pasadas y por el examen objetivo de las condiciones en que tendrá que desarrollarse la revolución proletaria.

La defensa contra las insidias internas no puede ser asegurada eficazmente y con verdadera inexorabilidad más que por la acción directa y libre del pueblo. Cuando en 1792 los ejércitos de la reacción europea invadieron a Francia para sofocar la revolución y restablecer el poder real, los ejércitos franceses fueron derrotados al principio; y la victoria no se alcanzó sino cuando los soldados se persuadieron de que defendían realmente la revolución, asegurados de esto por las noticias de que la libre acción directa del pueblo de París había derrotado el 10 de agosto a los nobles atrincherados en las Tullerías y puesto bajo llave a la familia real —“el lobo, la loba y los lobeznos”—, y en el siguiente mes de setiembre había hecho una verdadera limpieza radical de cuantos enemigos internos pudo prender. El gobierno revolucionario nunca habría podido lograr esto, lo cual indica, ante todo, que en el interior es necesario dejar libertad al pueblo para exterminar a sus enemigos y no centralizar esta tarea en manos del gobierno.

Pero aun como cooperación activa en la obra de defensa militar, será mucho más útil confiar en la iniciativa popular que se manifiesta en la libertad que en los engranajes gubernamentales, en los centralismos dictatoriales, en las concentraciones burocráticas, que neutralizan los esfuerzos y la voluntad, impiden los servicios y desperdician, deterioran, destruyen materiales, provisiones, víveres, etc. Un ejemplo lo hemos tenido en la guerra hace poco terminada, en la que la derrota correspondió precisamente a los Estados más centralizados (Rusia, Alemania, Austria), provistos del más perfecto mecanismo burocrático y dictatorial. Observando nación por nación, cien veces hemos leído cómo, durante la guerra, los servicios estatales eran los que peor marchaban y menos cooperaban con la victoria nacional; mientras contribuían a ella la libre iniciativa privada y los esfuerzos colectivos populares que, aun siendo guiados por la necesidad de salvarse del hambre y de la carestía, de evitar la desgracia de las invasiones, etc., se traducían en una cooperación indirecta a la victoria militar. Si esto ha ocurrido inconscientemente, en una guerra que el pueblo no comprendía y a la cual era en el fondo hostil, ¡cuánto mejor hubiese ocurrido si lo hubiera hecho en la conciencia de defender su interés directo, la causa de su emancipación y de su libertad!

* * *

También Bakunin se preocupó en su tiempo de la necesidad de defender el territorio de la revolución contra las invasiones reaccionarias y extranjeras cuando, al día siguiente de Sedán, en 1870, el pueblo francés se libró del imperio de Napoleón el Pequeño proclamando la república, pero se encontró en la necesidad de salvar su incipiente libertad de los ejércitos alemanes vencedores. En su libro *El imperio knuto-germánico y la Revolución Social*, Bakunin sostenía que no había más salvación para Francia que la de transformar la revolución de política en social, la de dar al pueblo el máximo de libertad y al proletariado la sensación de que luchaba por una patria que había llegado a ser realmente suya.

Naturalmente, Bakunin no disimulaba la necesidad de una disciplina y también de una cierta autoridad jerárquica en las milicias para proveer la defensa militar de la revolución.

Pero se cuidaba bien de sacrificar a esta necesidad el principio

mismo de la libertad, es decir uno de los resortes más potentes de la revolución, uno de los coeficientes más eficaces de victoria contra los mismos enemigos externos.

Amante apasionado de la libertad, confieso que desconfío mucho de aquellos que tienen siempre la palabra *disciplina* en la boca, especialmente cuando ella significa despotismo de un lado y automatismo del otro... La extraña esclavitud que la sociedad francesa soporta desde la gran revolución deriva en gran parte del culto a la disciplina del Estado, heredado de Robespierre y de los jacobinos. Este culto pierde a Francia, paralizando la única fuente y el único medio de liberación que le queda: el desenvolvimiento libre de las fuerzas populares, y haciéndole buscar su salvación en la autoridad y en la acción ilusoria de un Estado que no representa hoy nada más que una vana pretensión despótica, acompañada de una impotencia absoluta.

Pero, por enemigo que sea yo de lo que en Francia se llama disciplina, reconozco sin embargo que una cierta disciplina, no automática, sino voluntaria y razonada, que armonice con la libertad individual, es y será siempre necesaria para todo trabajo o acción colectiva. En el momento de la acción, en medio de la lucha, las funciones se dividen según las facultades de cada uno estimadas por la colectividad entera; unos dirigen y mandan, otros ejecutan. Pero ninguna función se petrifica ni se fija ni permanece irrevocablemente confiada a la misma persona. El orden y el progreso jerárquico no existen; de modo que el comandante de ayer puede convertirse hoy en subalterno. Nadie se eleva por encima de los otros, o si se eleva no es más que para volver a caer un instante después, como las olas del mar que vuelven siempre al nivel saludable de la igualdad.¹

Todo esto debe ser dicho en lo que respecta al gobierno civil para poder reducirlo a los mínimos términos posibles, y al mismo tiempo en lo que se refiere al gobierno militar de la guerra de defensa. Con tal motivo no estará de más recordar otra opinión competente de alguien que a pesar de ser revolucionario y socialista de tendencias libertarias fue también un militar profesional, un estudioso de las cosas militares y de la guerra, que estudió ese arte en los libros y sobre todo en los hechos, participando en las revoluciones y en las conflagraciones de 1848-49. Repitamos el nombre de Carlo Pisacane, un práctico mucho más que un teórico de la revolución.

Después de haber llegado, en el estudio de las guerras de aquellos años, a la conclusión de que si las masas no realizaran di-

¹ M. Bakunin, *Oeuvres*, vol. II, pp. 296-297.

rectamente el concepto de la revolución, *el gobierno surgido de la insurrección no hará más que sustituir al caído y combatirá la revolución si no está de acuerdo con las ideas de los individuos que lo componen*,² después de haber dicho en otro ensayo sobre la Revolución que la dictadura, *impotente para producir el bien y fuente de todo mal*, es del mismo modo *impotente por completo para dirigir la guerra* (y tal aserto es seguido de una larga demostración),³ vuelve sobre el mismo asunto en otro libro que muchos olvidaron, dedicado exclusivamente a cuestiones militares.⁴

* * *

Sobre la forma técnica de organizar las milicias de defensa de la revolución en un régimen de libertad, no es nuestra tarea discutir aquí, sea porque nos falta la imprescindible competencia, sea porque para esto solo se haría indispensable extenderse aún más de cuanto (y ya es demasiado) nos hemos extendido hasta ahora. Sería sin embargo necesario que esta cuestión fuera estudiada con antelación, en lugar de remitirse para ello con demasiada comodidad a lo que podrá hacer la no deseable dictadura o improvisar el pueblo.

Sería de utilidad para los estudiosos de la cuestión leer el libro antes indicado, que expone un proyecto técnico y práctico muy apreciable.

Naturalmente, Pisacane hablaba de una revolución fundamentalmente nacional, y por consiguiente distinta de la auspiciada por nosotros. Además, los tiempos han cambiado mucho e igualmente los medios de defensa y de ataque, sea para una revolución, sea para una guerra. Pero en él estaba siempre alerta un agudo y celoso sentimiento de libertad y, por otra parte, él también concebía la revolución nacional italiana como de índole proletaria, injertada en un movimiento social y anticapitalista; por consiguiente, en este respecto se puede decir que Pisacane

² C. Pisacane, *Guerra combattuta in Italia negli anni 1848-49*, p. 317. (Léanse las *Considerazioni* de p. 299 en adelante.)

³ C. Pisacane, *Saggio sulla Rivoluzione*, p. 203. (Léase sobre este asunto todo el capítulo, especialmente de p. 185 a p. 208.)

⁴ El libro en cuestión tiene por título: *Ordinamento e Costituzione delle Milizie Italiane, ossia Come ordinare la Nazione armata*; ha sido reeditado en 1901 a cargo de Ghisleri, con prólogo de Rensi, por el editor Sandron, de Palermo.

se adelantó a los tiempos y habló también para nosotros. En cuanto a los medios materiales hoy diferentes, no es a ellos a los que nos referimos al hablar de una organización de la defensa armada que más se adecue a un régimen de libertad —porque la materia bruta, cuanto más elaborada es tanto mejor se adapta a las diversas intenciones de quien la emplea—, sino al material humano, que hoy es aproximadamente el mismo que hace cincuenta o sesenta años.

En los detalles, el proyecto de Pisacane no estará tampoco exento de errores que sería inútil enumerar y que podrían, por lo demás, no ser errores en relación a su tiempo. Pero lo que vale para nosotros es su demostración de que una buena defensa armada de la revolución es incompatible con un régimen dictatorial.

Decir a una ciudad: reconoced tal jefe, prescribir los límites de una sublevación, es perderlo todo, es prueba de falta de sentido práctico; y es extraño que aquellos que no hablan de otra cosa que del arrojo y de la exaltación populares pretendan después que todo se doblegue a su voluntad suprema; para ellos son pueblo solamente los que obedecen... ¡Necios! Expulsado el enemigo, libre la ciudad, los ciudadanos, festejada la victoria, se adormecen sobre los laureles... y eligen un gobierno, le dejan el cuidado de disponer de todo y, sin mirar a su alrededor, no se preocupan más que de prepararse para la defensa... Y el gobierno entre tanto se ocupará en buscar los generales, en implantar el ejército, escogiendo los jefes entre los amigos, y así miserablemente mueren las revoluciones. Para volver a darles vida no hay otro medio que mantener al pueblo en constante movimiento y no abandonar la suerte en manos de los dictadores... Sin esperar la sentencia de los dictadores o consultar la voluntad de tantos que en parecidos casos quieren gobernar, las organizaciones militares como las civiles surgirán de las entrañas mismas de la nación. *La unidad resultará precisamente de la absoluta libertad proclamada como ley soberana*.⁵

Para señalar algunos de los sistemas aconsejados por Pisacane, diremos que él quiere que la marcha de las operaciones militares sea independiente del poder político; que las fuerzas armadas no sean superiores a las necesarias, según las fronteras que haya que defender⁶; que las jerarquías y los grados se encuentren li-

⁵ C. Pisacane, *Come ordinare la nazione armata*, pp. 148-154.

⁶ Recuérdese a este propósito el trágico experimento húngaro. Entre las causas del desastre de la república comunista húngara hay que anotar las hostilidades iniciadas contra Rumania, sin que los soldados estuvieran per-

mitados a lo más indispensable y representen una verdadera diversidad de funciones; que los militares se hallen convencidos de la bondad de la causa por la cual combaten; que todo oficial sea nombrado por libre elección de aquellos a quienes deberá mandar; que los intereses de las milicias se encuentren ligados a los de toda la colectividad y que los beneficios que reciban dependan de su condición de ciudadanos y no de soldados; que la unidad de acción resulte no de la autoridad de los jefes, sino de la forma de instrucción de las masas, a fin de transformar *el innoble dogma de la obediencia ciega en convicción profunda.*⁷

* * *

Se podrían señalar aquí otros medios útiles para refrenar la siempre posible tendencia de los jefes militares a extralimitar y extender su autoridad en perjuicio de la revolución. Por ejemplo, el sistema adoptado en cierto modo por la revolución francesa, y alabado también por Mazzini, de delegar comisionados civiles, representantes de la revolución ante los soldados, pero no enviados por un poder central sino por las comunidades libres, por las Comunas revolucionarias, entre los soldados que ellas mismas han proporcionado. Estos comisionados estarían investidos de un poder mayor que los demás, de modo tal que los soldados de la revolución se sientan siempre acompañados por la solidaridad de todo el país y que la vigilancia de éste refrene los deseos autoritarios y liberticidas, posibles de desarrollarse en quienquiera que, por cualquier motivo, sobrepase a los demás en poder.

Pero es inútil, repetimos, entrar en tales particularidades, que hemos indicado sólo para dar una idea de lo que pensamos. Tampoco se podrá obtener en esta dirección nada perfecto ya que, para bien o para mal, ella será siempre una dirección nada anarquista por cierto. Algunos defectos previsibles desde ahora y visibles para el lector anarquista podrán ser eliminados, algunos imperfecciones evitadas; pero la contradicción subsistirá como un hecho que habrá que sufrir por fuerza mayor. Pero una

sudados de que defendían la revolución. Los mismos que habían derrotado a checos y a eslovacos al defenderse de ellos, fueron a su vez vencidos cuando iniciaron el ataque contra los rumanos.

⁷ C. Pisacane, *Come ordinare la nazione armata*, p. 137.

cosa es sufrir por fuerza la adopción de algunas medidas autoritarias, buscando las menos autoritarias posible y limitando al máximo el poder, y otra cosa bien distinta es elegir entre esas medidas justamente la más autoritaria y la más tiránica que existe —como la dictadura—, haciéndose *a priori* sus pregoneros y presentándola a las masas como un ideal que merece ser alcanzado.

Además no hay que descuidar en la propaganda el elemento psicológico. En cambio los socialistas, indicando al pueblo como su fin más digno el establecimiento de la dictadura, contra la cual siempre, aunque fuera necesaria, sería preciso tener alerta la desconfianza proletaria, corren el peligro de preparar un terreno propicio para los enemigos de la clase trabajadora; por eso un mal día, en lugar de la dictadura del proletariado podríamos encontrarnos encima la del militarismo.⁸ ¡Confiemos en ser malos profetas!

Que sea posible una defensa anarquista de la revolución, aun militarmente, aunque a nosotros mismos nos parezca difícil, no debe, sin embargo, ser excluido del todo cuando hasta una revista completamente favorable a la dictadura proletaria nos hablaba en 1919 de la resistencia opuesta a Denikin en Ucrania por el general anarquista Mackno, una de las personalidades más notables del país (según se expresaba en dicho periódico) y que ejerce sobre las masas una enorme influencia.

“Anarquista militante, *enemigo de toda dictadura centralizadora, aun en materia militar*, se comprende que suscite la animosidad de Trotski, que no quiere colaborar con los voluntarios. Él es, sin embargo, un espíritu ardoroso y sincero; hombre por lo demás completamente devoto al régimen de los soviets, pero basado en una descentralización regionalista. La revolución le deberá mucho; tal vez por su esfuerzo toda la Ucrania llegue a ser soviética en la próxima primavera.”⁹

⁸ (1922). Por desgracia, aun en esto no nos equivocábamos mucho. Hoy existe ya en Italia una larvada dictadura reaccionaria y militaresca, apoyada en la destructiva barbarie fascista. ¡Y quizá cuando esta nueva edición se publique, la dictadura militar propiamente dicha sea ya, en toda Italia, un hecho consumado!

⁹ Así aconteció, en efecto, poco después de haber sido escrito eso. Véase *L'Ordine Nuovo*, de Turín (que entonces era revista semanal, y no diario), N° 29 del 13-12-1919.

Mackno dirigió las bandas insurrectas contra la política agraria del partido comunista, inspirada en un programa inadecuado a las condiciones del país; el no ser tenidas éstas en cuenta por los bolcheviques determinó la enemistad de una gran parte de la población contra ellos. Esto confirmaría cuanto hemos dicho con anterioridad, aun en lo referente a la cuestión de las relaciones entre los revolucionarios de la industria urbana y las masas campesinas. Pero las mismas bandas que ayer, porque eran anti-bolcheviques, fueron consideradas antirrevolucionarias, se convirtieron después en la más formidable amenaza a las espaldas de Denikin y de Wrangel; y en realidad favorecieron las mismas operaciones militares del ejército rojo comunista.

* * *

De cualquier modo que sea, nosotros comprendemos que después de la revolución podría instaurarse un régimen no anar-

A propósito de Mackno, después de cuanto hemos dicho en el Capítulo IV, habiendo pasado ya algún tiempo (*advertimos al lector que agregamos algunas de estas notas después de varios meses de estar terminado el libro y mientras corregimos las pruebas*) observamos que, vencidos Denikin y Wrangel, ha vuelto a comenzar contra él la campaña denigratoria. No existen aún hoy noticias precisas a este respecto en los periódicos socialistas y bolcheviques. Mackno ha retornado a la oposición violenta y a la insurrección contra el gobierno de Moscú, quizá para conquistar la libertad de una vida autónoma en Ucrania y en Rusia Meridional.

Sin embargo, no desconocemos que el estado de guerra debe de estar ejerciendo su influencia nefanda aun en el campo de Mackno y sobre él mismo, ya que desarrolla el espíritu militarista de prepotencia, de ocio, de saqueo, y en los jefes el espíritu de autoridad. No excluimos, por lo tanto, a priori, que muchas críticas hechas a las guerrillas de Mackno puedan estar justificadas y que los hechos puedan adquirir un desenvolvimiento mucho menos anarquista del que deseáramos. Así también sabemos que si Mackno encuentra mucha ayuda en las masas campesinas, ellas no son siempre y del todo anarquistas y desinteresadas; pues los campesinos de las fértiles tierras meridionales de Rusia tienden a sustraer su trigo de las requisas de los bolcheviques, quienes sin embargo lo necesitan urgentemente para aplacar el hambre en las regiones más desgraciadas del Norte, y tienen razón en ello.

Pero esto no quita valor a nuestros argumentos sobre la posibilidad *relativa* de una defensa militar menos autoritaria de la revolución; como tampoco disminuye los graves errores del gobierno de Moscú, que no obstante ser ayudado por Mackno y por los anarquistas del Mediodía en los momentos de peligro, en vez de establecer con ellos un acuerdo fraternal, apenas cesado el peligro ha preferido tenerlos nuevamente como enemigos proponiéndoles este dilema: renunciar a la libertad sometiéndose al gobierno bolchevique, o la guerra civil.

quista y que aun, al menos por ahora, esta es la eventualidad más posible y más probable. Y ello puede ocurrir, sea porque la mayoría de los trabajadores que participarán en el movimiento parecen más bien propensos a un régimen socialista republicano, mientras que los proletarios anarquistas constituyen todavía una minoría; sea por la influencia de factores diversos y externos, entre los cuales hay que enumerar la eventualidad arriba examinada de ataques militares por parte de los Estados burgueses extranjeros. Nosotros podemos querer que la revolución tome una determinada orientación; la revolución, por la fuerza de los acontecimientos, por circunstancias imprevistas, por voluntad de las masas, etc., puede luego tomar una dirección contraria, considerada por nosotros como menos provechosa.

Pero en tal caso, ¿debemos nosotros los anarquistas ponernos contra la revolución o retirarnos desdeñosos al Monte Sacro, encerrarnos en la torre de marfil de nuestra intransigencia, rehusando nuestras fuerzas a la defensa de la revolución sólo porque ésta no marcha completamente de acuerdo con nuestros deseos? ¡Ni en sueños! Podemos y debemos rehusarnos a contribuir a los errores ajenos, pero nuestro deber de luchadores contra el Estado burgués, contra el capitalismo y sus supervivencias, por la expropiación y la libertad, es un deber que subsiste y que debemos cumplir con tanta mayor energía cuanto más avanzadas e intransigentes son nuestras ideas. Permanecen íntegros para los anarquistas el deber y el interés de defender la revolución, a pesar de su orientación estatal y a pesar de sus métodos, contra los enemigos de adentro y contra los de afuera.

Estar ausentes, rehusarse al supremo deber de la defensa de la revolución significaría en realidad traicionarse a sí mismos, pues en los resultados se tendría una revolución aún menos radical y menos libertaria. Al contrario, cualquier gobierno que surja de la revolución será tanto menos opresor y permitirá tanta mayor libertad cuanto más los libertarios, es decir los defensores de la libertad, hayan sido y sigan siendo los esforzados defensores de la revolución en todos los campos de la multiforme batalla. La revolución estará animada de tanto mayor espíritu igualitario cuanto más existan en el país fuerzas de oposición, ultrarrevolucionarias y libertarias, que defiendan aun en el interior el espíritu integral de la revolución; cuanto más numerosos sean

los núcleos, las asociaciones y las instituciones que reivindiquen la libertad de administrar por su propia cuenta sus propios intereses y de organizar con análoga libertad sus relaciones con el resto de la sociedad.

Se objeta que esta oposición al poder futuro podría favorecer las tentativas contrarrevolucionarias del interior y del exterior, debilitar la posición general y la defensa militar de la revolución. Decir esto significa no comprender el carácter y el espíritu de la oposición antigubernamental y libertaria. Por otra parte, la falta de una oposición al gobierno podría muy bien provocar una degeneración mayor en él, hasta el punto de convertir al gobierno mismo en el centro de la tan temida contrarrevolución. Pero aunque esto no aconteciera se debe comprender que la oposición anarquista estaría siempre en una dirección aun más revolucionaria, es decir encaminada a herir con toda la posible energía e intransigencia los restos del pasado, y nunca a favorecerlos; por lo demás, aun estando en la oposición, ella no por eso dejaría de dar su concurso más activo —más bien éste sería siempre seguro e infaltable— para combatir en el terreno de la acción, de acuerdo con las demás fuerzas revolucionarias de otro tipo, cualquier tentativa reaccionaria y burguesa de afuera o de adentro.

* * *

Suele decirse entre nosotros, desde los tiempos de Bakunin, que la revolución será anarquista o no será; pero hay quien entiende esta fórmula de modo erróneo, como si dijéramos: la revolución tendrá una orientación anarquista y se encaminará hacia el anarquismo, o no queremos saber nada de ella. No es así. Bakunin quería hacer comprender que para tener éxito la revolución necesita que se desaten todas las fuerzas latentes en el pueblo, sin frenos ni coerciones, en todas partes y en todos los sentidos, y de hecho es de prever que esto ocurra en el primer momento insurreccional. Si se perdiera demasiado tiempo ordenando, controlando, etc., si en todas partes se esperaran órdenes de los jefes o de un centro, es casi seguro que la reacción llegaría a prevalecer. El triunfo de la revolución será más seguro si la iniciativa revolucionaria se desarrolla en forma voluntaria en todas partes del territorio, si ataca directamente los organismos autoritarios y si, una vez abatidos éstos, pasa a la expropiación.

Contribuirán a la revolución, y podrán ser también de gran utilidad, las fuerzas organizadas, ordenadas, movidas por éste o aquel centro, guiadas por jefes, etc. Pero estas fuerzas solas serían insuficientes y llegarían siempre demasiado tarde¹⁰ si la primera acción anarquista, más o menos indisciplinada formalmente pero unánime por una disciplina interior más sólida, puesto que será el producto de una unidad de tendencias, no hubiera vencido las primeras resistencias, desbrozado el terreno de operaciones e impedido a las fuerzas enemigas, con el asalto imprevisto y en todos los puntos, poder reunirse, concertarse y coligarse. Aun en este sentido, pues, la acción anarquista (entendida no solamente en el significado de partido, sino en modo más general) tiene una función imprescindible, y si renunciáramos a ella para incorporarnos a una especie de ejército con sus cuadros esperando órdenes de jefes o de centros, tal vez renunciaríamos a la victoria.

La revolución, por lo tanto, aunque no sea anarquista en el sentido que quisiéramos, no dejará de ser una revolución y no nos impedirá tomar parte en ella; pero por más o menos libertaria o por más o menos autoritaria que fuera, lo cierto es que *cuanto más anarquista sea la revolución, tanto más completa será y tendrá mayores probabilidades de vencer*. La misión de los anarquistas es, pues, la de imprimir a la revolución la dirección más anarquista posible.

* * *

Si de la revolución no surgiera el anarquismo, es previsible que se diera lugar a la instauración de una república socialista; pero la forma política importará poco, y mucho más, en cambio, la sustancia que contenga. Ahora bien; de la revolución surgirá una forma de gobierno tanto más débil y por consiguiente tanto menos opresora cuanto más avanzada y radical haya sido la revolución misma, y cuanto más hayamos participado nosotros en ella aportando nuestro ardiente espíritu de libertad, destruyendo todas las supervivencias autoritarias posibles y realizando en el mayor grado las organizaciones autónomas para la vida

¹⁰ Véase en el capítulo IV el episodio que relata el bolchevique Victor Serge sobre la acción desarrollada por los anarquistas en Petrogrado en defensa de la revolución, amenazada en las puertas de la ciudad por los ejércitos de Judenich.

colectiva. Aun en el seno de un régimen no anarquista, nosotros deberemos tentar la realización del anarquismo hasta donde lo permitan nuestras fuerzas.

Esta será la acción precisa de los anarquistas para la defensa de la revolución. ¡De este deber y de su importancia no se dan cuenta aquellos a quienes basta la hipótesis de que de la revolución no puede surgir el anarquismo para deducir que debiéramos... provisoriamente renunciar a él y hacernos, también nosotros, partidarios del gobierno que se constituya y hasta quizá entrar a formar parte del mismo!

De la revolución podría también surgir una república burguesa, y tal eventualidad no nos impediría participar igualmente en la revolución con nuestro propio programa, ¿pero debiéramos aun en ese caso hacernos partidarios y cooperadores del nuevo régimen? Todos comprenden que no es posible. Y bien; en la misma situación nos encontraremos siempre, como opositores desde afuera, mientras de la revolución no surja un régimen anarquista.

Por lo demás, no es del todo imposible que la revolución pueda ocurrir en un sentido libertario con tal de que haya, en número suficiente, personas convencidas y dispuestas a darle tal orientación. Hoy, en el período de la propaganda y de la preparación revolucionaria, tales propaganda y preparación no pueden tener por nuestra parte otra orientación que la anarquista, para que aumente cada vez más el número de los convencidos y se difunda ampliamente entre las masas el espíritu libertario, y para lograr al mismo tiempo que la revolución al estallar pueda desarrollarse en el sentido deseado por nosotros, por completo o en lo que sea posible. Y esto ocurrirá en una medida tanto mayor cuanto más propaganda y preparación anarquista hayamos realizado. Si, al contrario, comenzáramos desde hoy, como quisieran ciertos socialistas amigos nuestros, a sostener que para el triunfo de la revolución es necesario un gobierno, más bien una dictadura, contribuiríamos a crear o a aumentar artificialmente tal necesidad, en lugar de eliminarla; y difundiríamos así entre las masas un espíritu contrario a nuestras ideas y a los intereses de la revolución.

Debemos pues propagar hoy, en todo lo posible, ideas y sentimientos que puedan dar un espíritu y una orientación anarquistas a la revolución; y en tiempo de revolución deberemos rei-

vindicar el derecho de aplicar tal orientación, aun como minoría. Será ésta la mejor defensa de la revolución.

* * *

Nuestras ideas, la concepción que tenemos de la organización social futura, nuestro criterio sobre el desarrollo de la revolución nos imponen, pues, una determinada línea de conducta, aun en la muy probable eventualidad del establecimiento de un nuevo gobierno en el período revolucionario, ya sea más liberal, con una forma de república social de tipo federalista, ya sea más autoritario y centralizado, como lo auspician los partidarios de la *dictadura proletaria* y como toda dictadura es por su propia naturaleza.

Esta línea de conducta —que debe ser al mismo tiempo revolucionaria y anarquista— surge implícitamente de todo cuanto hemos dicho hasta ahora; y explícitamente, en gran parte, ha sido expuesta por nosotros cuando hemos admitido la hipótesis de la necesidad de una defensa militar de la revolución, y por lo tanto de alguna forma de autoridad y de un mínimo inevitable de instituciones gubernamentales. Si tal hipótesis ha de verificarse o no, en todo o en parte, no es cuestión para ser discutida aquí. Nosotros preferimos que no ocurra, y para evitarlo debemos trabajar todos: pero la cuestión es otra. Es decir, admitamos que ese estado de cosas se realice, contra nuestros deseos y nuestros esfuerzos, por preponderancia de opuestos pareceres, por circunstancias imprevistas o por fuerza mayor de los acontecimientos; entonces, en relación con nuestras ideas, es decir para alcanzar más solícitamente su realización, *en el interés práctico de la revolución misma*, ¿qué actitud que sea de mayor utilidad podrán adoptar los anarquistas en especial y las fuerzas con más conciencia revolucionaria del proletariado en general?

Es esto, en efecto, lo que trataremos de ver en el siguiente capítulo, a modo de conclusión de nuestro libro.

XV

LA FUNCIÓN DEL ANARQUISMO EN LA REVOLUCIÓN

El movimiento proletario y subversivo está dividido hoy en fracciones y corrientes más o menos hostiles entre sí, que sin embargo tienen un mínimo de objetivos comunes para realizar, en especial de demolición, y que por otra parte no podrán realizar sin unirse de hecho, aunque sólo sea transitoriamente, en el momento de la acción.

Los anarquistas, los socialistas y las organizaciones gremiales de una u otra orientación tienden conjuntamente a derribar las instituciones políticas y económicas actuales. Por otra parte, en Italia, dado que el régimen italiano es monárquico, la necesidad de eliminar la monarquía nos hace tener en común con los republicanos la lucha contra el primer obstáculo que se nos presenta delante. Esto sin tener en cuenta el hecho de que los republicanos más jóvenes, especialmente los obreros, entienden por "república" un régimen no capitalista, es decir contrario a las repúblicas burguesas que hacen la delicia de Europa y América.

Los anarquistas no estamos de acuerdo con los socialistas ni con los republicanos: con los primeros, por la dirección autoritaria que quieren dar al movimiento y a la revolución; con los segundos, por el mismo motivo que con los socialistas y además por la imprecisión peligrosa de su programa en el terreno económico, que no garantiza al proletariado un derrumbamiento real del privilegio capitalista. Sin embargo, nosotros estamos siempre dispuestos a cooperar con unos y con otros en aquellos fines, aunque limitados, que con ellos tenemos en común. Para pres-

tarles tal cooperación o recibirla, ¿es quizás indispensable que cesemos de ser anarquistas, que ingresemos en el partido republicano o en el socialista? No vemos en manera alguna tal necesidad, y nadie, entre nosotros o entre los adversarios, ha sostenido nunca semejante absurdo.

Dados el ambiente, la situación actual y la mentalidad dominante entre las masas, no excluimos absolutamente que los otros partidos cumplan su función útil y por el momento necesaria.

Aun los republicanos, volviendo a ser lo que eran antes de la guerra, pueden tener una función especial propia, derivada de la tradición histórica y de la situación de la monarquía, extraña al alma italiana y acampada en Roma como en tierra de conquista. Están además los socialistas, que hoy constituyen la mayor fuerza en el campo obrero, y que podrían llamarse el grueso del ejército revolucionario futuro; pero su política es poco apropiada para una colaboración activa con los anarquistas. El deseo de conquistar el poder impulsa a los dirigentes socialistas a negar, de hecho si no de palabra, el derecho a la existencia de todo otro movimiento revolucionario; pretenden ser así los únicos representantes de los derechos y de los intereses de la clase obrera.

Queriendo encuadrar todo el movimiento y toda la revolución bajo su autoridad y su única dirección aceptan, es verdad, toda colaboración extraña que los ayude, pero sin reconocer a ésta ninguna libertad de iniciativa; y de aquí deriva un perpetuo obstáculo para una verdadera concordia que de otro modo sería posible. De tal manera se extralimitan en su función específica, que impiden a los anarquistas desarrollar la suya propia. Pero en cambio nuestra función no nos impediría absolutamente cooperar con los socialistas siempre que éstos estuvieran animados de un mayor espíritu de tolerancia y de comprensión para todas aquellas cosas en que armonizamos y para todos aquellos fines que tenemos en común.

Siempre que los socialistas empeñan una lucha, aun parcial, contra el capitalismo y contra el gobierno, por mejoras inmediatas, por una disminución de la explotación y de la opresión, por un aumento del bienestar y de la libertad, están seguros de la solidaridad de los anarquistas en el terreno de la acción directa popular y proletaria. Tanto más nos solidarizaremos, a su

lado y a la vanguardia, cuanto más llegemos al terreno de la lucha en un conflicto definitivo contra el capitalismo y el Estado.

* * *

La disidencia se manifiesta allí donde comienza la función específica de los anarquistas como revolucionarios y como enemigos de la autoridad.

Aun estando presentes en todas partes donde hay lucha, por pequeños o grandes fines, contra el privilegio económico o político, los anarquistas no callan que todo mejoramiento obtenido mientras dure la opresión capitalista y estatal es ilusorio o de breve duración. Después de la guerra, esto resulta aún más verdadero. Por otra parte, si su solidaridad es plena y entusiasta cuando se trata de la acción del pueblo que sale a la calle, del proletariado que se organiza y hace huelgas parciales o generales, que toma por campo de lucha la fábrica y el taller, que resiste o ataca al capitalismo directamente en su mismo terreno, los anarquistas se vuelven netamente hostiles a toda tentativa de transformar el estado de lucha en acomodamientos con el enemigo, en colaboración de clase, en participación en las funciones directivas del capitalismo y representativas del Estado burgués.

Está allí la razón por la cual los anarquistas son y permanecen adversarios de la política electoral y parlamentaria del reformismo legalitario y colaboracionista, de toda relación que no sea de enemistad y de contienda reñida contra los patrones y contra el gobierno. La función, el deber de los anarquistas en el movimiento social actual consiste precisamente, como revolucionarios que son, en esto: en mantener abierto el surco y vivo el estado de lucha entre proletariado y capitalismo, entre pueblo y gobierno; como enemigos de todo poder, en tener despierto el espíritu de revuelta contra toda autoridad coercitiva y legal, en combatir aun en el propio movimiento proletario las tendencias autoritarias, centralizadoras y dictatoriales de individuos, de grupos o de partidos. Así, los anarquistas dan al problema del Estado en la práctica, en la acción inmediata, día por día, la misma solución negativa que en la teoría, sea trabajando en la disgregación y destrucción del Estado actual (aun juntamente con otras fuerzas que cooperen en esto con fines diversos), sea obstaculizando desde ahora la formación o la consolida-

ción de un Estado o gobierno futuro. La lucha contra el Estado (como hemos notado ya al final del segundo capítulo de este libro) es la función principal que, sin excluir las otras funciones, caracteriza al anarquismo frente a todos los demás partidos.

Cuanto más desarrollen los anarquistas esta función propia, tanto más se acercará la revolución y se desarrollará en el sentido de una mayor justicia y de una más amplia libertad.

Pero para ejercer tal función revolucionaria y libertaria, los anarquistas tienen necesidad de permanecer lo más posible siendo ellos mismos, es decir de no dejarse absorber por los partidos o movimientos que eventualmente se encuentren próximos y con los cuales tienen ocasión de combatir alguna batalla común, sean socialistas, sindicalistas o republicanos. También la influencia que nosotros pudiéramos ejercer sobre esos partidos y movimientos distintos del nuestro será mayor y más eficaz si proviene de afuera, abierta y explícitamente, que si procede engañosa y disimulada desde adentro.

* * *

Se comprende cómo esta posición intransigente impide a los anarquistas obtener ciertos resultados, apoyar a la clase obrera en circunstancias determinadas en que —no habiendo en los obreros la voluntad de sacrificio necesaria para llegar directamente al fin o apareciendo tal sacrificio demasiado desproporcionado para la pequeñez del fin mismo— es imposible tener éxito sin pactar con el enemigo, sin compromisos con el capitalismo y el Estado, sin recurrir a las leyes, sin servirse del concurso de los politicastos.

En este caso los anarquistas, si son verdaderamente tales, tienen el valor de no preocuparse por el éxito y de decir a sus compañeros trabajadores: "Renunciad a un resultado que os cuesta en dignidad y en abandono de posibilidades futuras más de lo que obtendréis; y trabajad en fortificaros para estar en condiciones de obtener mucho más con vuestra acción directa; pero si nuestro consejo no os persuade, no esperéis de nosotros el concurso en un acto que no aprobamos, que no entra en nuestra misión; y volved a otra parte en procura de recursos".

Este lenguaje y esta actitud no están destinados, es cierto, a conseguirnos en tiempos ordinarios la atención de las grandes masas. Pero así preparamos el terreno para los tiempos extra-

ordinarios. Es decir, formamos aquella minoría revolucionaria cuya misión es dar los primeros golpes de pico en las puertas cerradas del porvenir. Entonces los anarquistas ya no estarán solos y las minorías se convertirán en mayorías. Pero esto sucederá a condición de que tales minorías no abduquen hoy de su específica misión negadora, intransigente, orientada hacia el futuro, seducidas demasiado por el deseo de acrecentar sus propias filas más allá de lo posible y de bastarse para todas las necesidades que se presenten en cada circunstancia.

Los anarquistas, partido de minoría, no pueden bastar para todas las funciones del movimiento social y obrero. Sin preocuparse de una cosecha prematura, dejando a los demás todos los aparentes éxitos inmediatos, dejan atrás también las funciones de transigencia, de sumisión o de autoritarismo que la baja mentalidad de las grandes masas crea y alimenta. Se mueven libres e independientes en el seno de la masa, en contacto con ella, partícipes de sus sacrificios y de sus revueltas, pero no de sus debilidades, de sus transacciones y de sus renunciamentos.

Este es, se entiende, el programa ideal del anarquismo; el cual no excluye que individualmente, por desgracia, también los anarquistas transijan, renuncien y se muestren débiles. Nosotros hablamos de la orientación general anarquista, la cual debe estar en coherencia con las ideas que la animan. En la realidad ella puede caer en faltas y errores, como ocurre con los otros partidos. Pero lo que la distingue de éstos es el reconocimiento de sus propios errores, inevitables siempre en el que se agita y obra, y el esfuerzo continuo para evitarlos y corregirlos, para realizar lo mejor que sea posible su función específica de ser el puñado de levadura de que habla la parábola bíblica.

Fermento de libertad y de revuelta, además de divulgador de ideas, el anarquismo tiene como tal, y en coherencia con su programa, un terreno tan vasto para cultivar que no le queda tiempo ni modo de invadir el campo de las actividades ajenas, para lo cual es por otra parte poco apto. Si lograra terminar completamente, lo que no es nada fácil, su misión específica, habrá aportado el máximo y el mejor tributo, sea a la revolución, sea a la reedificación de la futura "ciudad del buen acuerdo" de que nos hablaba Reclus, en la cual los hombres vivirán según justicia libres e iguales.

* * *

Nuestra discusión sobre la dictadura ha promovido una gran cantidad de otras cuestiones que se refieren a ella más o menos directamente y que tienen estrechos vínculos con el problema de la revolución, así como también con el de la tarea que en su seno deberán desarrollar los anarquistas.

Entre los adversarios de los anarquistas muy pocos se dan cuenta de la función específica del anarquismo en la revolución. También hay algún anarquista que por estar atrapado en los engranajes de la actividad práctica y revolucionaria pierde de vista el conjunto de las cosas; o que entendiendo por anarquismo un simple ardor revolucionario, no parece percibir exactamente el puesto que los anarquistas ocuparán en la compleja y vasta guerra social en que va hundiéndose la sociedad moderna.

Hemos señalado esto en algún otro capítulo del libro. La tarea y la función de los anarquistas antes y durante la revolución tienen un fin determinado, un determinado campo de acción, y no pueden pretender abarcar todas las necesidades, resolver todas las cuestiones que se van presentando hasta el día en que sea posible instaurar un régimen comunista anárquico.

Es verdad, además —y sólo los adversarios de mala fe pueden imputarnos una opuesta creencia infantil—, que es muy poco probable un salto desde el actual estado de cosas a otro perfectamente de acuerdo con nuestras ideas y nuestros programas. Una revolución es necesaria, ante todo para que cambie el ambiente y transforme, como en un crisol, la conciencia de las mayorías; y tal vez no baste una revolución sola. El período revolucionario no será breve ni bastarán para superarlo las insurrecciones del primer momento. Durante este período se experimentarán regímenes diversos, más o menos imperfectos, más o menos autoritarios, más o menos mancillados de violencia, de injusticia y de desigualdad.

¡Nada más probable y más natural! La humanidad prosigue su camino a través de caídas y de errores; y aun las caídas y los errores cumplen una función útil, ya que sin ellos, sin las lecciones de los dolores que producen, los hombres no saben acercarse a la verdad. Puede ocurrir, por lo tanto, que la revolución nos brinde resultados con los cuales nosotros los anarquistas no estemos conformes: una república más o menos socialista, una

dictadura más o menos tiránica, nuevos gobiernos y nuevas explotaciones, privilegios o injusticias de otro tipo, etc., y que todo esto asuma un carácter de necesidad por nuestra debilidad y por la inconsciencia de las masas, porque entre nosotros o fuera de nosotros las fuerzas enemigas son todavía muchas, porque los ciegos egoísmos y las supersticiones impiden la armonía de las voluntades y de los intereses, porque, en una palabra, faltan todavía las condiciones reales necesarias para el cumplimiento de nuestros anhelos.

Y bien, existen aquellos que, en vista de estas dificultades, se desconocen a sí mismos y a los propios fines político-sociales para ajustarse desde ahora a las dificultades que entrevén, para transigir con el error y con la tiranía. Puesto que prevén un estado de cosas imperfecto, lo aceptan sin más, en la noble impaciencia de salir del estado actual más imperfecto todavía; ven el error y el daño futuro, y desde que lo consideran inevitable se convierten en sus partidarios. Renuncian así al fin último del socialismo libre, del anarquismo comunista, para correr en pos de transacciones que les parecen necesarias: la república social, la constituyente, la dictadura proletaria, el socialismo marxista, acomodándose de tal modo, en el hecho si no en las palabras, a los otros partidos, sirviendo a otros fines y a otros intereses, relegando para otros tiempos lo mejor que tienen en la mente.

“¿Debemos pues sacrificar el bien próximo a algo mejor lejano y correr el riesgo de hacer así el juego a los enemigos del proletariado y de la libertad?”, se preguntan ellos. Y agregan el eterno argumento, justo en sí pero que los oportunistas han tergiversado hasta la falsificación: *Es preciso ser prácticos.*

Ahora bien, la cuestión es precisamente esta: ¿es más práctico adaptarse al mal, aunque sea inevitable, al error, aunque sea transitoriamente impuesto por las circunstancias, hasta el punto de hacerse sus partidarios; o por el contrario resistir al error y al mal lo más posible, mostrándolos en su verdadera luz y proyectando continuamente sobre los hechos las soluciones que creemos mejores? Nosotros pensamos que es mucho más práctico el segundo método que el primero. Así y todo, las previsiones sobre la dirección que tomarán los acontecimientos, las nuestras como las ajenas, podrían estar equivocadas y ser luego desmentidas por los acontecimientos mismos. Elegir un camino que

parece erróneo, en base a previsiones sobre el futuro, podría conducirnos a algún desastre, del cual seríamos responsables precisamente porque conocíamos de antemano el error que aceptábamos.

Pero esto aparte, y aun si las previsiones mencionadas se confirmaran, es un hecho innegable que un mal cualquiera o un error inevitable serán en realidad transitorios y cesarán cuanto antes si llega a haber quienes se resistan a ellos, quienes matengan viva la conciencia del mal y del error, de los perjuicios que de ellos pueden surgir, de la necesidad de libertarse y de acabar con ellos lo más pronto posible. Si, al contrario, todos se adaptan a esa situación y ya antes de que las circunstancias lo impongan por fuerza se va creando entre el pueblo un estado de ánimo favorable al error, y entre tanto aquellos que conocen el mejor camino de la verdad y de la justicia renuncian a él anticipadamente por temor a lo peor, el mal y el error echarán entonces raíces más profundas, tendrán por consiguiente medios aptos para consolidarse, y el día que se quiera abatirlos serán necesarios esfuerzos y sacrificios increíblemente más penosos y más duros.

* * *

Todo esto no significa que se deba sacrificar, en homenaje a algo mejor lejano, aquel poco de bienestar que se puede obtener inmediatamente, a través de los males y de los errores mencionados; no quiere decir esto que la tensión hacia una mayor verdad y una superior justicia deba asumir formas y manifestaciones que en la realidad lleguen a ser útiles a la reacción y puedan ser explotadas por los enemigos de la emancipación obrera.

Por ejemplo, para hablar de Italia, es muy probable que una revolución en este momento o en un tiempo próximo nos llevase al establecimiento de una república que, no obstante sus tendencias más o menos socialistas, estaría bien lejos de semejarse a una organización anarquista. ¿Deberemos por esto obstaculizar nosotros la revolución, o permanecer indiferentes, sólo porque no nos podrá dar lo que queremos? Ningún anarquista pensaría así: ya lo hemos señalado antes. Al contrario, deberemos participar en ella con toda energía, sea con el fin inmediato de derribar el mayor número posible de instituciones de privile-

gio y de opresión, sea con el de aprovechar la momentánea ausencia o debilidad gubernamental para reforzar nuestra posición de anarquistas, creando y multiplicando instituciones libres, voluntarias, fundadas en el mutuo acuerdo, que sean el punto de partida de una nueva acción, que representen la defensa de la libertad en oposición a cualquier gobierno que se constituya.

Si, en previsión de que el punto de llegada más probable de la revolución sea una república más o menos dictatorial o socialista, renunciáramos desde ahora a nuestra función de anarquistas y adhiriéramos al movimiento y a la propaganda republicana o socialista dictatorial, aunque no llegáramos a ser en tal caso más que un inútil duplicado de otros partidos, nos cerraríamos de hecho nuestro propio camino, cesaríamos de ser una fuerza independiente y seríamos absorbidos por los partidos de gobierno de mañana. Los anarquistas abdicarían, en una palabra, de sus funciones de defensores de la libertad y de propulsores de la revolución.

Para que los anarquistas puedan ejercer tales funciones de propulsores es necesario que queden fuera, "empujando el carro", según una expresión que Mazzini usaba para sus partidarios.

Así, pues, jamás podrán asumir las responsabilidades del gobierno, por revolucionario que éste sea o se diga; jamás se atarán las manos hasta el punto de poder ser obligados a obrar contra sus propias convicciones o a no obrar libremente según las más distintas e imprevistas necesidades del momento revolucionario. Cuando hablamos de rechazar responsabilidades, nos referimos siempre a las que pueden alejarnos del pueblo, hacernos perder el contacto con él, disminuir sus simpatías; aquellas que pueden hacernos retroceder de los puestos de vanguardia a los de retaguardia; no las responsabilidades, se entiende, inherentes al hecho insurreccional y revolucionario frente a la burguesía. Debemos reafirmar que somos un partido orientado hacia el porvenir, y no comprometer este porvenir con renunciaciones de hecho que nos aten demasiado al presente y sean un obstáculo para proceder más adelante.

* * *

Frente a la dictadura proletaria, al gobierno revolucionario, nuestro puesto está pues en la oposición: una oposición intran-

sigente en los principios y en la realidad más o menos benévola, más o menos activa, con mayores o menores treguas según lo que el gobierno sea o haga y según las necesidades impelentes de la lucha contra las fuerzas burguesas y reaccionarias, sobrevivientes en el interior o procedentes del exterior.

Ciertamente, la oposición frente a un gobierno o dictadura obrera, socialista y revolucionaria, por contraria que ésta pueda ser a nuestras convicciones, no podría tener el mismo carácter que la oposición actual, de verdadera hostilidad de enemigos, al gobierno y a la dictadura burgueses. Por lo menos no asumiría tal aspecto sino cuando el llamado gobierno obrero llevara al extremo sus provocaciones liberticidas y se convirtiera realmente para la revolución en un peligro de igual gravedad que el de la reacción burguesa.

El norte de los anarquistas en su acción será sobre todo el interés de la revolución. Para todo aquello que los socialistas en el poder hagan de bueno habrá siempre el concurso libre y voluntario pero eficaz de todos los revolucionarios sinceros, comprendidos los anarquistas, tanto en lo que se refiere a la lucha contra la burguesía como al trabajo de reconstrucción y de defensa del pueblo contra las necesidades y contra el hambre.

"Nosotros estaremos con los socialistas —decía un periódico anarquista— mientras se encuentren en la *oposición*; en contra de ellos *desde el momento mismo* en que asuman el poder, *uniéndonos solamente a ellos en la lucha contra la reacción y en defensa de la revolución, y ayudándolos o secundándolos en todo aquello de bueno y de socialista que hagan*; combatiéndolos honesta pero enérgicamente en lo que hagan de malo, a fin de exprimir todo el contenido social-libertario de la Revolución."¹

Para este fin creemos que, mucho más que las polémicas y las formas violentas e irritantes de lucha, mucho más que las palabras y las afirmaciones dogmáticas, ayudarán los hechos. Los anarquistas, dondequiera se encuentren en número suficiente o tengan bastantes simpatizantes y masas dispuestos en su favor, aprovecharán la desaparición de los organismos estatales y la consecuente mayor libertad para proceder desde el primer momento a la expropiación, para destruir todo residuo

¹ *L'Avvenire Anarchico*, Pisa, 22-8-1919.

de los viejos regímenes autoritarios, para organizar la vida social sobre bases comunistas y libertarias, para crear todas las formas posibles de asociación libre a fin de satisfacer las necesidades de toda especie del pueblo trabajador, sin cuidarse de las órdenes contrarias que puedan venir de los nuevos gobiernos que han de surgir en las regiones más atrasadas. Y procederán a federar entre sí, a medida que surjan, estas instituciones populares libres, a fin de constituir una fuerza, un baluarte de la libertad, no importa si en minoría, que tenga a raya al nuevo poder y asegure la necesaria autonomía a tales actividades prácticas de la iniciativa proletaria y libertaria.

No es difícil prever que la libre iniciativa encontrará las mejores formas de desarrollo tanto en el individuo por lo que a él se refiere como en los varios tipos de agrupación y de asociación, según las funciones de éstas. Grupos locales, comités regionales y comunales, sindicatos de oficio, federaciones de industria, uniones de empleados de los servicios públicos, del aprovisionamiento y de la distribución, consejos de fábrica, sociedades culturales, ligas de trabajadores y de campesinos, etc., serán el terreno natural para el florecimiento de la iniciativa popular en el sentido en que es entendida por los anarquistas, sea para la destrucción de la autoridad estatal, sea para su inutilización.

* * *

En el curso de esta disertación hemos hablado varias veces de los soviets o consejos obreros como organismos revolucionarios y hemos señalado lo erróneo que es confundirlos con la dictadura. Ahora añadiremos que el régimen de los soviets, en el sentido exacto de la palabra (y no como ha llegado a ser en Rusia, la expresión de un gobierno dictatorial de partido que ha subyugado, domesticado y subordinado los soviets, impidiéndoles toda vida libre y toda oposición) nos parece que se acerca mucho a un tipo de organización social como el que nosotros deseamos, o por lo menos que ya tiene un contenido libertario como para permitir una evolución hacia la anarquía a través de las modificaciones y adaptaciones sucesivamente sugeridas por la experiencia y por la necesidad. *Los soviets representan en realidad (como decía bien nuestro amigo Luigi Bertoni) el poder más amplio, más numeroso, directo y popular que se haya tenido has-*

*ta ahora en la historia; por consiguiente, el menos absoluto y tiránico, el menos dictatorial.*²

En estos organismos nuevos, surgidos de la acción directa del proletariado, en estas instituciones de la producción y distribución organizadas y administradas por los productores y consumidores mismos, *concebidas libres de toda superposición del poder político, que llegue a predominar en los soviets y se coloque por encima del movimiento autónomo de los trabajadores*,³ los anarquistas podrán desarrollar toda su acción, precisamente para combatir, obstaculizar, limitar al menos el poder arbitrario de las dictaduras personales o de partido que eventualmente se crearan en el seno de la revolución. En los soviets, los anarquistas, y los revolucionarios en general podrán desarrollar con amplitud su doble misión negativa y positiva: de defensa de la libertad contra cualquier nuevo poder que se forme y de reconstrucción social sobre bases comunistas. Los soviets junto con las otras organizaciones proletarias suficientes de por sí para todas las necesidades de la vida de una sociedad sin gobierno, representarán frente a cualquier gobierno que se quiera constituir la resistencia popular, la libre iniciativa, el espíritu de independencia de las masas; serán los núcleos autónomos de los productores, federados entre sí, desde las ciudades o aldeas a las provincias, a las regiones, a los más vastos territorios nacionales, hasta las uniones internacionales, según las funciones, los tipos de producción, los servicios públicos, las exigencias del consumo y todas las necesidades que deban atender.

Defender su autonomía de las exigencias y de las invasiones y explotaciones estatales será una función necesaria, eminentemente revolucionaria, además de anárquica, hasta que llegue el día en que tal autonomía sea completa con la eliminación absoluta de todo Estado o dictadura. Sólo entonces se podrá decir que la revolución social ha obtenido un triunfo cabal y que la emancipación del proletariado, y con ella la de la humanidad entera, ha sido en verdad alcanzada.

* * *

² *Il Risveglio*, Ginebra, 8-11-1919.

³ E. Malatesta, en una entrevista en el *Avanti!*, Milán, diciembre de 1919.

Es esta una misión relativamente limitada, no hay duda; pero para cumplirla no tendremos nunca tan abundantes fuerzas como para permitirnos el lujo de dedicarnos también a tareas que no nos corresponden.

Indudablemente, si faltaran las condiciones necesarias para el establecimiento de un régimen anarquista, surgiría un gobierno cualquiera, más o menos revolucionario, y por lo tanto sería preciso que algún grupo o partido asumiera esta misión de gobernar. Ya que hacemos tal comprobación, ¿deberemos nosotros los anarquistas asumir esa tarea? ¡Nunca! Si el rebaño humano tiene todavía necesidad de pastores, que lo elija donde quiera entre los elementos más adaptables que nosotros. Nosotros, que no queremos pastores, no queremos tampoco serlo ni sabríamos serlo. Continuaremos estando por eso contra todos los pastores, en la medida que ellos mismos se merezcan, tanto más hostiles cuanto más propensos los veamos a emplear el bastón o las tijeras de esquilarse. Y comenzaremos mientras tanto nosotros mismos, desde el principio, por negarnos a ser oprimidos, apaleados, esquilados.

Los socialistas dicen siempre que la "dictadura" será pasajera, un estado imperfecto de transición, algo como una dolorosa necesidad. Hemos demostrado los errores y peligros que hay en esta creencia; pero dado, y no concedido, que la dictadura sea realmente necesaria, sería siempre un error presentarla como un fin ideal, hacer de ella una bandera para ser colocada en el puesto de la bandera de la libertad. De todos modos se debe convenir en que una de las condiciones *indispensables* para que tal dictadura sea provisoria y pasajera en realidad, para que no se consolide y no preludie una estable y duradera tiranía futura, es decir para que pueda cesar cuanto antes, es que exista contra y fuera de ella una oposición alerta y enérgica entre los revolucionarios, una llama viva de libertad, un partido fuerte que le impida estabilizarse y la combata como para lograr destruirla apenas haya perdido su razón de ser... ¡si es que la ha tenido alguna vez!

Función natural del anarquismo, que le pertenece por su misma esencia y por su tradición, será la de representar en la revolución esta oposición más revolucionaria aún, esta llama de libertad: el porvenir, en una palabra. Aquellos que temen que de

esto surja una ventaja para la reacción están en un grave error. ¡Triunfaría la contrarrevolución si la tendencia anarquista faltara, eso sí! Y nunca esta tendencia sería excesiva. El espíritu de revuelta del anarquismo, instintivo o consciente, fue el alma de todas las revoluciones, y tanto más lo será de la revolución social. Esta no tendrá nada que temer y sí todo que esperar de nuestro celoso amor a la libertad, de nuestra oposición razonada y esclarecida a todo poder oficial que se le sobreponga, porque será siempre una oposición subordinada a los intereses superiores de la revolución misma.

Los anarquistas no olvidarán nunca que, mientras la revolución no haya vencido a sus enemigos, todos sus esfuerzos deberán ir dirigidos contra éstos; y por lo tanto defenderán la revolución, cualquiera sea su orientación, de las insidias y de los asaltos de las fuerzas burguesas y reaccionarias, con una intransigencia y con un ardor superiores a todo otro partido.

Decía Juan Bovio que *el partido revolucionario por excelencia debe ser anarquista*. Y así será. La revolución podrá ser hecha, lo repetimos por milésima vez, aun con una orientación no anarquista, pero será tanto más completa cuanto más anárquica sea; y se salvará de un retorno al pasado, de un salto atrás, es decir habrá triunfado del todo sólo cuando haya dado a los hombres toda la libertad, haciendo imposible cualquier dominación y cualquier dictadura de cualquier especie que sea y bajo cualquier nombre que se esconda. He ahí por qué, continuando el combate por el anarquismo y no por la dictadura, sosteniendo que la práctica libertaria de la revolución es más útil para su éxito que toda práctica autoritaria, estamos seguros no sólo de continuar siendo coherentes con nuestro ideal sino también de estar y de permanecer en el terreno de la realidad más que los otros grupos y partidos; es decir de ser los mejores artífices prácticos del triunfo de la revolución.

* * *

Si en esta fuerte y profunda convicción los anarquistas llegan a ver sus esfuerzos coronados por el éxito en la revolución que se aproxima, ninguna utilidad recabarán ni como individuos ni como colectividad militante, excepto la que obtengan en común con los demás hombres, hechos más libres, en una sociedad más rica, más fraternal y más justa.

Si los anarquistas fracasaran —si recrudesciera la reacción, si la revolución fuera derrotada o diera lugar a una nueva tiranía más o menos encubierta y de cualquier modo que se la llame—, no se les escapa que habrían de pagar muy caro su sueño y su amor a la libertad. El odio de los dominadores, viejos o nuevos, se vengaría sin misericordia alguna de su rebelión jamás definitivamente apaciguada. Pero aun en tal caso los anarquistas, seguros de su reivindicación en un porvenir lejano, caerían con la frente alta, llenos aun de fe en la Idea, repitiendo la antigua invocación estoica: *Ave, libertas, morituri te salutant!*

INDICE

Nota de la Editorial	5
<i>Prólogo</i>	11
<i>Introducción</i>	21
I. ¿Vísperas de Revolución?	31
II. El problema del Estado	48
III. Del socialismo autoritario al comunismo dictatorial	68
IV. Dictadura y libertad en Rusia	87
V. La dictadura burguesa de la Revolución	116
VI. Comunismo autoritario y comunismo libertario	130
VII. El marxismo y la idea de dictadura	144
VIII. Qué es la dictadura	164
IX. Las enseñanzas de las revoluciones precedentes	177
X. El concepto anarquista de la Revolución	197
XI. Revolución y expropiación	213
XII. El miedo a la libertad	230
XIII. Trabajo y libertad	243
XIV. La defensa de la Revolución	260
XV. La función del anarquismo en la Revolución	274

OBRAS PUBLICADAS

- LA PERSONALIDAD AUTORITARIA, por T. W. Adorno, E. Frenkel-Brunswik, D. J. Levinson y R. Nevitt Sanford. (930 pp.)
- ORÍGENES DE LA FORMA EN EL ARTE, por Herbert Read. (224 pp. texto - 60 pp. ilustraciones.)
- AL DIABLO CON LA CULTURA, por Herbert Read. (2ª edición 212 pp.)
- EL SUDESTE ASIÁTICO, por Víctor García. (232 pp.)
- LA INQUISICIÓN EN HISPANOAMÉRICA, por Boleslao Lewin. (Agotado.)

Colección Interpretaciones y Experiencias

- IDEOLOGÍAS Y TENDENCIAS EN LA COMUNA DE PARÍS, por Heinrich Koechlin. (288 pp.)
- CATALUÑA 1937 (Testimonio sobre la Revolución Española), por George Orwell. (2ª edición - 248 pp.)
- TRES CIUDADES PARA EL HOMBRE (Medios de subsistencia y formas de vida), por Paul y Percival Goodman. (248 pp.)
- EN EL PAÍS DEL KIBUTZ (Ensayo sobre el sector cooperativo israelí), por Henri Desroche. (280 pp.)
- ESPAÑA, CRISOL POLÍTICO, por Henri Rabasseire. (336 pp.)

Colección Signo Libertario

- MARXISMO Y SOCIALISMO LIBERTARIO, por Daniel Guérin. (116 pp.)

PROBLEMÁTICA DE LA AUTORIDAD EN PROUDHON,
por Peter Heintz. (232 pp.)

LA REVOLUCIÓN, por Gustav Landauer. (160 pp.)

VIAJE A TRAVÉS DE LA UTOPIA, por María Luisa Berneri.
(Prólogo de Lewis Mumford.) (368 pp.)

REBELDE EN EL PARAISO YANQUI, por Richard Drinnon.
(432 pp.)

Colección Tiempo Vital

RÉQUIEM POR UN CAMPESINO ESPAÑOL, por Ramón
Sender. (2ª edición - 120 pp.)

EL ZORRO Y LAS CAMELIAS, por Ignazio Silone. (178 pp.)

NIKI O LA HISTORIA DE UN PERRO, por Tibor Déry.
(176 pp.)

LA MAYOR PENDIENTE, por Georges Arnaud. (192 pp.)

JOAO TERNURA, por Aníbal M. Machado. (320 pp.)

Este libro se terminó de imprimir en octubre de 1967,
en los Talleres Gráficos ZLOTOPHORO Hnos. S. R. L.,
San Luis 3149, Buenos Aires, República Argentina.